

Soberanía Alimentaria: Un diálogo crítico

Apuntes sobre su recorrido intelectual en los estudios agrarios críticos, la construcción de conocimiento campesino y la incorporación de la perspectiva de género a la propuesta política de la Soberanía Alimentaria.





EHNE-Bizkaia (Euskal Herriko Nekazarien Elkartasuna) es un sindicato agrario que tiene como objetivo impulsar la soberanía alimentaria en el conjunto de Euskal Herria. Para ello cuenta con diferentes líneas y ejes de trabajo, destacando entre otras, el asesoramiento, la formación, el acompañamiento a los procesos de instalación en el sector y la promoción de grupos de consumo-Nekasarea. Es a su vez, miembro de La Vía Campesina.



ETXALDE- El movimiento ETXALDE-Nekazaritza Iraunkorra / Agricultura Sostenible está formado por baseritarras y está abierto a personas vinculadas a la agricultura. La implementación de la soberanía alimentaria en Euskal Herria a través de la actividad agraria es su objetivo central. También busca impulsar alianzas estratégicas con movimientos sociales y sindicales para el desarrollo de la soberanía alimentaria, tanto en el ámbito local como en el internacional



ICAS - La Iniciativa ICAS (Initiatives in Critical Agrarian Studies) se ha establecido como una comunidad de Académicos y activistas del Desarrollo procedentes de Diferentes partes del mundo que trabajan sobre temas agrarios. Se trata de una iniciativa que promueve el pensamiento crítico con la intencionalidad de contribuir no solo a las (re) interpretaciones del mundo agrario, sino a su transformación, con una clara tendencia y compromiso a favor de las clases trabajadoras subalternas.

**International
Institute of
Social Studies**

Erapms



ISS – El Instituto Internacional de Estudios Sociales de la Universidad de La Haya, es una institución educativa dedicada a la promoción de estudios de cooperación, desarrollo y justicia agraria, con una fuerte apuesta por la cooperación interuniversitaria y por la convivencia entre alumnado y profesorado internacional para el desarrollo de proyectos educativos académicos y de interés para las organizaciones sociales.

HANDS ON THE LAND FOR FOOD SOVEREIGNTY
Es una plataforma Europea formada por más de 16 organizaciones de diferente índole (ONGS, organizaciones campesinas, institutos de investigación) que busca la promoción de la soberanía alimentaria a través de la sensibilización y la promoción de acciones educativas dirigidas a la ciudadanía europea y a actores clave de nuestras sociedades.

Agradecimientos especiales a:

Las personas que han contribuido con sus aportes académicos a la recopilación de artículos comprendidos en esta publicación, y en especial a Tanya Kerssen y Elyse Mills por su ayuda en la revisión de textos.

Para todas las personas que día a día, desde los campos, desde las aulas de estudio, desde las ciudades, desde todos los rincones del planeta, trabajan y luchan por hacer de la soberanía alimentaria una realidad...

Porque siga siendo la utopía que nos ayuda a caminar...

ÍNDICE

Prólogo	
Prof. Saturnino ('Jun') M. Borrás Jr.	9
PRIMER BLOQUE: Estudios críticos agrarios en torno a la soberanía alimentaria y el rol del campesinado	
Crecimiento agrícola dirigido por el campesinado y la soberanía alimentaria	
Jan Douwe van der Ploeg	13
La soberanía alimentaria: una perspectiva escéptica	
Henry Bernstein	27
Historizar la Soberanía Alimentaria; una perspectiva del régimen alimentario	
Philip McMichael	47
Soberanía alimentaria: genealogías olvidadas y futuros desafíos	
Marc Edelman	65
Los retos de la soberanía alimentaria: las relaciones capitalistas y el deterioro de la elección	
Tania Murray Li	83
El encuentro entre la tierra de cultivo y las finanzas: ¿Es la tierra la nueva burbuja económica?	
Madeleine Fairbairn	93
La financierización de las cadenas de suministros agroalimentarios: Una economía política	
S. Ryan Isakson	101
Soberanías rivales, procesos controvertidos: Políticas de construcción de la soberanía alimentaria	
Christina Schiavoni	117
¿Qué lugar ocupa el comercio internacional en la Soberanía Alimentaria?	
Kim Burnett y Sophia Murphy	133
Diálogo de saberes: La construcción colectiva de la soberanía alimentaria y la agroecología en La Vía Campesina	
María Elena Martínez-Torres y Peter Michael Rosset	147
SEGUNDO BLOQUE: Escuelas campesinas y promoción de la participación del campesinado en la construcción de conocimiento en torno a la soberanía alimentaria	
Hacia la soberanía alimentaria: las voces de los movimientos sociales en el Comité de Seguridad Alimentaria Mundial	
Josh Brem-Wilson	163

La soberanía alimentaria en la vida diaria: Hacia un enfoque de los sistemas alimentarios centrado en las personas	
Meleiza Figueroa	179
Nuevos derechos para los campesinos en Naciones Unidas: Perspectiva crítica de las reivindicaciones de derechos de La Vía Campesina	
Priscilla Claeys	193
Día de diálogo – espacios de intercambio entre comunidad académica y movimientos sociales como instrumentos de construcción colectiva de conocimiento	
Sofía Monsalve, Katie Sandwell y Silvy Kay	209
TERCER BLOQUE: Transformando la Soberanía Alimentaria desde las “gafas” del género: enfoques feministas y aportes desde organizaciones de mujeres.	
No todos somos iguales: hablando en serio sobre género en el discurso de la soberanía alimentaria	
Clara Mi Young Park, Ben White y Julia	221
La soberanía alimentaria y la elección democrática: ¿Pueden resolverse las contradicciones subyacentes?	
Bina Agarwal	237
De la seguridad alimentaria a la soberanía alimentaria feminista	
Carolyn Sachs y Anouk Patel-Campillo	255
El conocimiento de las mujeres que transforma la soberanía alimentaria: el movimiento cooperativo y las semillas indígenas de la Asociación de Mujeres Campesinas de Corea (KWPA)	
Hyo Jeong Kim	271
Epilogo	
Alazne Intxauspe y Unai Aranguren	285

PRÓLOGO

La recopilación de trabajos que aquí se presenta aborda cuestiones relacionadas con las políticas alimentarias. Es decir, con cuestiones relacionadas con quién obtiene qué alimentos, cómo, qué cantidad, con qué propósito y qué implicaciones conlleva.

Concretamente, es una recopilación que tiene que ver con el concepto de un proyecto político basado en la soberanía alimentaria, por lo tanto, la mayor parte de estos trabajos también tienen que ver con aspectos y cuestiones vinculadas a los movimientos agrícolas, alimentarios, medioambientales y sociales que construyen y hacen avanzar la soberanía alimentaria. Todas las autoras y autores que participan en esta recopilación defienden la justicia social y tienen un compromiso profundo con las personas empobrecidas y las personas que sufren varias formas de opresión. Todas las personas que escriben en estos trabajos están comprometidas con la idea de una alternativa o alternativas a lo que tenemos ahora mismo.

No obstante, en los últimos tiempos algunos académicos progresistas que trabajan en las líneas que he mencionado, difieren en cuanto a los enfoques teóricos, con sus debidas implicaciones en la forma en la que se percibe el problema. Algunas personas se centran en el empobrecimiento de las personas productoras de alimentos, mientras que otras destacan el enorme reto que supone, para quienes no son productoras de alimentos, asegurar su alimentación, incluyendo a aquellas personas que viven y trabajan en las zonas rurales. Otras personas también pueden hacer gala de su rapidez a la hora de descartar una visión tan polarizada, y sugieren que se puede evitar esta tensión entre salarios justos para las campesinas y campesinos y el acceso a los alimentos para todo el mundo, pero la realidad va más allá y es mucho más compleja de lo que esta postura optimista refleja. Los intereses que entran en juego en relación con la política alimentaria tienen múltiples dimensiones, como la clase, el género, o cuestiones generacionales y/o cuestiones vinculadas a la etnia. Esta tensión particular es un debate fundamental y recurrente entre los y las académicas progresistas, activistas y

académicos activistas. Las ideas viables para alternativas son aquellas que se construyen sobre un análisis riguroso de las situaciones difíciles y complejas. Esta recopilación ofrece análisis diversos y, a veces, contrapuestos de la situación que se debería cambiar y el modo de hacerlo. Por lo tanto, es una excelente demostración de que un diálogo crítico puede ser productivo.

¿Qué es lo que se va a hacer? Esta es una pregunta que puede provocar más desacuerdo y divergencia entre los colectivos mencionados, académicos progresistas, activistas y académicos activistas. Las ideas para otras alternativas y el modo de llevarlas a cabo son plurales y aún más diversas son las fuerzas sociales que las construyen y las hacen progresar. La historia de la izquierda en todo el mundo es una historia de desacuerdos y rupturas recurrentes, algunas de las cuales llegan a un grado de deterioro tal que en el planteamiento «revolucionario-contrarrevolucionario» se marca al otro como enemigo, algo que es peor que ser enemigos de clase. Esta recopilación está muy lejos de ese tipo de rupturas y desacuerdos entre posturas progresistas, sin embargo, reúne en un mismo trabajo autores/as cuyos análisis y posiciones pueden diferir de forma significativa – aun cuando pueden estar más o menos de acuerdo en su lectura de los problemas del sistema alimentario dominante y en la idea de seguir buscando algunas alternativas. Aunque algunos autores/as exponen sus diferentes perspectivas de un modo firme y claro, también son respetuosos y hacen gala de compañerismo y camaradería. Como muestra, tan solo podemos tomar como ejemplo a Henry Bernstein y Jan Douwe van der Ploeg, sus posiciones fundamentales difieren en muchos aspectos pero son respetuosos, compañeros y reconocen el trabajo del otro.

Esta recopilación es parte de un diálogo crítico que se está realizando sobre la soberanía alimentaria, y un momento importante de esta conversación fue el coloquio internacional de *Initiatives in Critical Agrarian Studies (ICAS)*, que tuvo lugar en septiembre de 2013 dentro del *Agrarian Studies Program* de la Universidad de Yale University, de la mano de James C. Scott. Este coloquio de Yale tuvo su edición europea en el *International Institute of Social Studies (ISS)* de La Haya en enero de 2014. En ambas ocasiones los debates fueron serios y divertidos, incluso cuando las discrepancias eran significativas. La mayoría de los trabajos de esta recopilación proceden de estas dos conferencias. El diálogo es crítico en dos sentidos y esto lleva al desarrollo de los debates que se mencionan arriba. Por un lado, es crítico con las políticas alimentarias y el sistema alimentario existentes, así que los y las participantes en las conferencias de Yale y el ISS eran todos académicos progresistas, activistas y

académicos activistas. Por otro lado, y en general, es crítico pero simpatiza con las ideas y el proyecto político de la soberanía alimentaria. El aspecto crítico de esta última no implica ir en contra o desdeñar la soberanía alimentaria y los movimientos sociales que la construyen y hacen avanzar, sino que es crítico en el sentido de elevar preguntas relevantes pero difíciles. Finalmente, como académicos progresistas, activistas y académicos activistas creemos que una reflexión crítica que se lleve a cabo con regularidad es garantía de que tanto el movimiento como sus ideas se mantienen relevantes y vivas. Esto es especialmente importante en la actualidad de cara a las dinámicas políticas cambiantes. Es una llamada a combinar las herramientas teóricas clásicas y contemporáneas así como las herramientas metodológicas de análisis de las ciencias sociales críticas, con herramientas que aún se tienen que pensar y crear. Todo esto solo se puede conseguir si llevamos nuestro proceso de aprendizaje y diálogo por el camino de la crítica.

El problema que afrontamos en el sistema alimentario global es enorme y está relacionado con todas las dimensiones básicas de la vida de las personas. Las alternativas que proclaman reformas pequeñas y paulatinas dentro del sistema tan solo servirán para reforzar dicho sistema. La forma de avanzar es pedir y demandar algo grande, un cambio que abarque todo el sistema. Esa llamada a la lucha exige un movimiento grande e insurgente, y ser grande e insurgente exige movimientos y alianzas mucho más allá de lo que atañe directamente a las políticas alimentarias del día a día. Finalmente, los movimientos de la soberanía alimentaria necesitarán aliados que pertenezcan a otros movimientos de justicia social, académicos progresistas y académicos activistas. En este contexto, las ideas y posiciones que convergen y divergen son y serán parte del proceso, y las tensiones y sinergias forman parte inherente de dicho proyecto político e intelectual. Esta recopilación es pequeña pero importante, es un punto de continuidad intelectual y política en torno a la soberanía alimentaria.

Prof. Saturnino ('Jun') M. Borras Jr.
International Institute of Social Studies (ISS), La Haya
Miembro del Transnational Institute (TNI)
Editor del *Journal of Peasant Studies*

PRIMER BLOQUE

Estudios críticos agrarios en torno a la soberanía alimentaria y el rol del campesinado





CRECIMIENTO AGRÍCOLA DIRIGIDO POR EL CAMPESINADO Y LA SOBERANÍA ALIMENTARIA

Jan Douwe van der Ploeg

Introducción

A nivel nacional e internacional, la naturaleza y el impacto del desarrollo de la agricultura se encuentran una vez más, muy arriba en la escala de temas para debatir: ¿cómo y hasta qué grado puede contribuir la agricultura al crecimiento económico? ¿Cómo puede aumentar el empleo y contribuir a la generación de ingresos y, por tanto, reforzar el mercado interno? ¿De qué manera puede la agricultura contribuir a la conservación de los paisajes, a la herencia cultural, al mantenimiento de la biodiversidad y al enfriamiento del clima? Un vistazo a la agenda del Comité de Seguridad Alimentaria Mundial (CSA) muestra que las cuestiones respecto a la alimentación son multidimensionales (ver HLPE 2013). Entre estas cuestiones existe una inquietud generalizada respecto a las consecuencias de permitir que el «libre» funcionamiento del mercado actual moldee la producción agrícola y alimentaria. A nivel de productores, consumidores y comunidades nacionales e internacionales, «el mercado» ya no se puede aceptar más como el principio de coordinación.

En este contexto, la idea de soberanía alimentaria (SA) surge como un contrapunto estratégico. Ya no es el mercado sino un sistema alimentario organizado y debatido de forma democrática el que se presenta como el principio que mejor guía la producción, procesamiento, distribución y consumo de alimentos. La SA aún no ha cristalizado totalmente y es un concepto «en construcción» mediante un proceso en el que las organizaciones de base son esenciales. A pesar de ser un proyecto bastante nuevo, la SA está movilizando a la gente, ayudando a formular debates y prometiendo integrar temas relacionados con la calidad, la cantidad, la disponibilidad y el origen de la comida; la identidad de los/las productores/as, la mejora del medio de vida y el estilo de cultivo. También puede contribuir a repensar el papel de la agricultura en aspectos como la naturaleza del crecimiento económico, los niveles de empleo, el cambio climático, etc.

En la actualidad, el concepto de soberanía alimentaria es importante porque (1) ayuda a poner en contacto a las personas consumidoras urbanas con los y las agricultoras, (2) promueve la democracia alimentaria activa invitando y estimulando a los actores locales a codiseñar el sistema alimentario, (3) refuerza las relaciones sociales (en oposición a los procesos de atomización), (4) ayuda a ir más allá de la inseguridad, inestabilidad, volatilidad y dependencia, y (5) ayuda a las personas productoras agrícolas a alinearse con la agroecología. En este capítulo, indago en uno de los muchos enlaces con la SA: la correlación entre desarrollo agrícola y SA. ¿Cuál es el tipo de crecimiento agrícola que mejor se ajusta con la SA? Esta pregunta trae a colación no solo las *cantidades* producidas, sino también el impacto en aspectos como la calidad, la democracia, la sostenibilidad y la resiliencia.

El discurso dominante traslada, cada vez más, la necesidad de un crecimiento agrícola a un programa que se centra en el capital y la tecnología, apuntando a una posterior industrialización de la producción agrícola, y al mismo tiempo asumiendo una continuación de los hábitos alimentarios entrelazados con el actual régimen alimentario. Dicho programa es intrínsecamente insostenible (Tittonell 2013) y dará como resultado lo opuesto a lo que proclama. No obstante, resulta problemático rechazar dicho programa en su totalidad, ya que el estandarte del crecimiento agrícola (y aspectos asociados como la pobreza rural, precio de los alimentos y distribución de los mismos) no debería pertenecer exclusivamente al discurso dominante, no es «un escollo que la SA desee evitar» (Bernstein 2013, 25), cuando el crecimiento reflexionado, remodelado y redimensionado puede ser una parte integral y coherente del discurso de la SA. La atención a la producción y al crecimiento no implica que temas como la redistribución, la reducción de pérdidas, los cambios en los hábitos alimenticios y la bioenergía sean de menor importancia, centrarse en lo primero reforzará lo segundo. No obstante, con el fin de tratar adecuadamente la producción alimentaria y el crecimiento agrícola hay algunos obstáculos que se deben eliminar.

Obstáculos para comprender la soberanía alimentaria

La economía política de la agricultura y alimentación adolece de una serie de conceptos (o subteoría) que ayuda en el estudio, análisis y explicación de los procesos de crecimiento agrícola. En este sentido existe realmente un «déficit intelectual» (Bernstein 2010, 300). Yo menciono que este déficit reside en tres principales dificultades conceptuales que en conjunto tienen consecuencias de gran alcance. Estas dificultades están en relación con

el *tipo* y *orígenes* del crecimiento agrícola, así como el *nivel* en que se ha realizado.

En primer lugar, la agricultura debe entenderse como una coproducción, entendiéndose por esto la interacción continua, la interconexión y la transformación mutua de *hombre (ser humano) y la naturaleza viva*. Como consecuencia de esto, los conceptos como crecimiento, desarrollo, productividad e incremento de productividad no se pueden reducir, sin una clara especificación, a nociones que reflejen solo una cara de los complejos mecanismos de la agricultura. A la hora de hablar de productividad, es crucial especificar si uno se refiere a la productividad del trabajo, a la productividad de la tierra (o la productividad de los recursos naturales implicados en la producción agrícola), o la productividad de *todos* estos recursos en conjunto. Esto es importante, especialmente porque estos tipos diferentes de productividad no están necesariamente alineados entre ellos y el incremento de uno de los tipos puede ir en detrimento del otro. Lo mismo se aplica al crecimiento agrícola, ya que puede provocar un aumento en el total de alimentos y otros productos que se producen (esto ocurre especialmente cuando la frontera agrícola se mueve hacia delante y/o cuando el rendimiento material mejora debido al aumento de la productividad de la tierra). Sin embargo, el crecimiento agrícola también puede provocar inmovilismo o incluso una reducción de la cantidad total que se produce (este es el caso cuando el crecimiento se materializa principalmente en incremento de la productividad laboral y de los beneficios). Esto pone de relieve una mayor debilidad de la economía política agraria que, según Bernstein menciona, generalmente se centra en «el aumento de la productividad del trabajo» y asume que esto último es el único vehículo posible para conseguir lo primero (2010, 302). Así, cuando los debates sobre la soberanía alimentaria plantean la cuestión de lo que será la trayectoria específica del desarrollo agrícola (qué tipo de crecimiento agrícola), la economía política de la agricultura muestra un escaso equipamiento para abordarla.

En segundo lugar, la economía política básicamente percibe el crecimiento agrícola como *derivado* de los procesos de desarrollo tecnológico, con origen en la ciencia y transmitido mediante la extensión y/o actividades de las agroindustrias. Así, los orígenes del crecimiento se consideran externos al sector agrícola y, en esta misma línea, los factores *internos* del sector agrícola se perciben como un impedimento para el crecimiento. Los ejemplos de ese razonamiento incluyen el supuesto «atraso de las

personas campesinas», la naturaleza de las relaciones intrasectoriales (por ejemplo, el complejo *latifundio-minifundio*), las relaciones entre el sector de exportación agraria a gran escala y el sector de subsistencia que contribuye a la «involución estructural» (Geertz 1963), el sesgo urbano que conforma las políticas agrarias (Lipton 1977) y la «ley de los rendimientos decrecientes». Estas opiniones reducen la percepción del papel de los agricultores al de *adoptar* el progreso tecnológico desarrollado en otra parte, manifestado en productos básicos provistos por las agroindustrias y/o en nuevas perspectivas e ideas propagadas por los extensionistas rurales. Su único papel en este *esquema* es reducir y minimizar el potencial de crecimiento mediante la falta de cooperación a la hora de conseguir el máximo de las tecnologías diseñadas para que las adopten. De este modo, como tenemos que introducir la centralidad de la productividad de la *tierra* en el debate actual, también tenemos que introducir (y en teoría probar) la posibilidad de que los *mismos* productores puedan desarrollar «fuerzas productivas» tal y como han hecho a lo largo de la historia (Mazoyer y Roudart 2006).

En tercer lugar, estas micro y macro relaciones que caracterizan al sector agrícola son muy complejas. Las unidades individuales de producción (localizadas en el nivel micro) pueden crecer de forma considerable, mientras que el sector agrícola en su totalidad (el nivel macro) está estancado o incluso en regresión. Por ejemplo, esto puede darse cuando estas unidades individuales se expanden asumiendo otras unidades con mayor nivel de productividad de la tierra. Esta puede parecer una tecnicidad irrelevante, sin embargo, está en el centro de la cuestión de la soberanía alimentaria y está también directamente relacionada con el acaparamiento de tierras. Para aclarar este punto, es importante reconocer que estar integrado en (y subordinado al) capitalismo *no* implica que *toda* la agricultura es agricultura capitalista (en la que todos los recursos, incluyendo la fuerza de trabajo están mercantilizados y que como consecuencia se basa en las relaciones capital-trabajo). Junto a la agricultura capitalista existe una agricultura campesina (que produce para los mercados descendentes y establecidos en bajos niveles de mercantilización de recursos) y una agricultura empresarial (que se basa en la amplia mercantilización de recursos y excluye la fuerza de trabajo). En general, las explotaciones agrícolas campesinas tienen unos niveles menores de producción *total* (en la explotación en conjunto) que las explotaciones empresariales y capitalistas y esto se debe principalmente a que su escala es muchísimo menor. Sin embargo, cuando observamos la productividad de la *tierra* de las explotaciones agrícolas campesinas normalmente nos damos

cuenta de que tienen un mayor nivel de producción por unidad de tierra que las explotaciones capitalistas o empresariales, traduciéndose en un mayor bienestar (más valor añadido) por objeto trabajado (por hectárea, por animal, etc.) en la agricultura campesina que en la capitalista o empresarial.

En conjunto, estas tres dificultades conforman una conclusión importante: la economía política de la agricultura no *logra identificar de forma positiva los factores del propio sector agrícola que inducen, sostienen o refuerzan (y explican) el proceso de crecimiento agrícola*, mucho menos proporciona herramientas conceptuales que puedan ayudar a distinguir y explicar los niveles diferenciados de crecimiento agrícola. Esto se aplica tanto a la agricultura capitalista como a la campesina, especialmente cuando se tienen en cuenta la relación con la naturaleza y la posibilidad de aprovechar la agroecología. Mientras que la búsqueda de beneficios es central para la agricultura capitalista, esto no conlleva necesariamente un aumento constante en la producción agrícola total. A nivel teórico tampoco está muy claro por qué esta búsqueda de beneficios a veces se mueve en una dirección (como el aumento del rendimiento), y algunas veces en otra (como el aumento constante de la escala). Lo mismo se aplica a la agricultura campesina: no hay capacidad para explicar de forma teórica *cómo, cuando, por qué* bajo *qué condiciones* y *hasta qué grado* la agricultura campesina puede comprometerse materialmente a ampliar la producción total de cosechas.

Cinco formas en las que la agricultura campesina tiene potencial productivo

[1] El crecimiento es intrínseco

Las explotaciones agrícolas campesinas tienden a aumentar la producción continua y persistentemente. La creatividad, los experimentos a largo plazo, el conocimiento añadido y su intercambio mediante redes amplias dan como resultado un incremento de las cosechas, calendarios de cosecha más intensivos, mejor gestión del suelo, etc. La búsqueda de la emancipación, de la mejora continua en su medio de vida y la de la siguiente generación se traduce en, y en parte ocurre por, el continuo y persistente incremento de la producción total. La agricultura campesina no es solo un sistema que crea valor sino que también tiende a *ampliar* de forma permanente la cantidad de valor creado. El mecanismo que guía el crecimiento agrícola dirigido por personas campesinas está relacionado con una continua actualización de los recursos naturales y sociales utilizados para la producción agrícola y con

la constante mejora de la «eficacia técnica» de la producción. Esto último significa que la relación entre recursos utilizados y producción realizada aumenta (mejora la relación insumo-producción). La artesanía, el saber campesino y la calidad de los recursos son factores decisivos para esto.

Con el fin de desarrollar la producción agrícola las familias campesinas necesitan los medios y el «espacio» (Halamska 2004) para hacerlo. Si los medios y el espacio están disponibles el resultado será un continuo crecimiento agrícola. De forma analítica, los *mecanismos* utilizados para ampliar la producción en la agricultura campesina y que contribuyen a un aumento de la productividad neta por unidad de tierra incluyen: más horas de trabajo, insumos y herramientas; reajuste de los procesos de producción agrícolas; mejora de los recursos; innovación en la producción y experimentación, y cálculos específicos para aumentar las cosechas. Todos estos mecanismos juntos crean y sostienen el aumento de la productividad de la *tierra* y, por lo tanto, también la productividad del trabajo.

[2] *Representa la resiliencia*

Las explotaciones agrícolas campesinas no solo llegan donde las explotaciones empresariales y capitalistas nunca llegan, sino que también afrontan dificultades y condiciones adversas y aun así continúan produciendo. En otras palabras, las explotaciones agrícolas campesinas son muchos más resilientes que las capitalistas y empresariales, lo que las convierte en un vehículo mucho mejor hacia la soberanía alimentaria que otros modos de producción. Esta resiliencia se debe a la forma en la que está enraizada en la sociedad ya que las explotaciones agrícolas campesinas se asientan básicamente sobre recursos naturales y sociales controlados por la misma unidad campesina. Son relativamente autónomas de los principales mercados ascendentes (Ploeg 2010), una característica que están promoviendo mucho los movimientos agroecológicos y de campesinos. Este factor estructural permite a las explotaciones campesinas producir *para* los mercados sin ser totalmente *dependientes del* mercado, algo que es estratégico para la soberanía alimentaria. Las explotaciones empresariales y capitalistas se basan principalmente en los productos y se llevan como operaciones financieras, lo que significa que se centran en conseguir beneficios al tiempo que degradan las bases de producción. Por el contrario, las explotaciones campesinas utilizan los *recursos* disponibles, autocontrolados, naturales y sociales para obtener dinero.

En relación con la soberanía alimentaria surgen tres puntos. Primero, la posibilidad de la repentina eliminación de alguna capacidad productiva (por ejemplo, la de la agricultura empresarial) es una amenaza inmediata y considerable para la SA. Segundo, la agricultura campesina tiene mayor capacidad para tratar con los altos niveles de volatilidad de los precios. Tercero, la propuesta de extender la agricultura empresarial a grandes zonas del sur global también supone una amenaza para la SA. No obstante, estas cuestiones surgen a partir de las estrategias que estructuran las actuales políticas agrarias nacionales, las políticas de crédito de los bancos, las políticas de precios de las agroindustrias y los mecanismos de negociación de los sindicatos de campesinos; cuando se aplican de forma sistemática (o impuesta) pueden causar un daño considerable (Ploeg 2003).

[3] Se reinventa continuamente

Las explotaciones agrícolas campesinas tienen la capacidad de reinventar y reconstruir materialmente la agricultura de forma que se protegen a sí mismos de las circunstancias y las relaciones producidas durante una crisis o a causa de ella. Los y las campesinas pueden labrar caminos que les ayuden a sobrevivir a las crisis, que de otro modo destruirían los sectores agrícolas, mediante la reconstrucción material de las prácticas agrícolas y cambiando los patrones en los que se integran estas prácticas. Como consecuencia de la actual crisis agrícola, las explotaciones no se pueden reproducir únicamente a través de los mercados, especialmente las grandes y especializadas en la producción para mercados de productos básicos. Ellas producen *para* el mercado pero la reproducción *a través* del mercado es cada vez más difícil, si no imposible. Los precios son demasiado bajos y los costes muy altos y sus principales puntos de venta (mercados de exportación) han sufrido fuertes reducciones. La volatilidad también significa que las perspectivas no son seguras y que las inversiones son arriesgadas, especialmente desde que los bancos han reducido el capital destinado a inversiones agrícolas.

Analíticamente, esto implica un gran cambio: en vez de construirse tan solo sobre un mercado de producto básico, la agricultura se basa cada vez más en muchos circuitos reproductivos alternativos (como la multifuncionalidad, nuevos mercados, agroecología). Estos circuitos alternativos no solo reducen la dependencia de los mercados globales, que ahora ofrecen perspectivas menos atractivas, sino que también sostienen nuevas formas de agricultura que incluyen realidades biofísicas y socioeconómicas que difieren enormemente de la agricultura especializada. Es interesante comprobar que

los mercados recién creados son en su mayoría nacionales, lo que ayuda a alejar la agricultura de la orientación a la exportación fomentada por el neoliberalismo. El mercado nacional se ve cada vez más como un escenario importante para generar crecimiento en los sectores «a pequeña escala» de la agricultura (HLPE 2013), ya que la agricultura campesina no es meramente de producción repetitiva. Más bien, implica una capacidad constructiva que incluye mecanismos que se utilizan para hacer crecer la agricultura, afrontar condiciones adversas, regenerar e incluso mejorar las bases biofísicas de la producción.

[4] *Enriquece la naturaleza*

La agricultura campesina gestiona y promueve el enriquecimiento de la biodiversidad. Ha habido un auge general de las prácticas agroecológicas, un proceso en constante progresión. La vuelta de la agricultura a su raíz, a lo local, a los recursos controlados por los y las campesinas supone una *reintroducción de la naturaleza* en la producción agrícola. Esta vuelta a las raíces implica muchas posibilidades diferentes, incluyendo el desarrollo de *estructuras ecológicas* a niveles micro y meso (por ejemplo, en la explotación y a niveles regionales; Visser 2000). Dicha estructura ecológica podría ser un patrón existente de setos, lagunas y pequeñas piezas de tierra en barbecho, pero también podría ser de nueva creación (Primdahl 1999). Otro aspecto es la revitalización de la compleja red trófica de organismos, que mejora y sostiene la capacidad productiva mediante la mejora de la capacidad de emisión de nitrógeno del subsuelo, supresión de plagas y contribución a la prevención de enfermedades (Smeding 2001, 84).

La ampliación de esta vuelta a las raíces puede dar como resultado una serie de beneficios económicos de refuerzo mutuo. Cuanto más se base la agricultura en las redes tróficas más se pueden reducir los costes. Esto permite un mayor despliegue del estilo de agricultura económicamente, al tiempo que mantiene los niveles de productividad (ver Brussaard et al., 2003). El incremento de la resiliencia y reducción del estrés tanto en las plantas como en los animales normalmente se traduce en una menor pérdida de cosechas, enfermedades y plagas así como en una reducción en el gasto de herbicidas, pesticidas y servicios veterinarios. Igualmente, hay un efecto generalmente positivo en la longevidad del ganado, que contrasta considerablemente con el acelerado «paso del tiempo» de los animales en la agricultura empresarial y capitalista. Ampliar la longevidad también contribuye a incrementar los

beneficios y reducir costes, al igual que una mejora significativa en la calidad de los alimentos. Así, gracias a métodos agroecológicos, la agricultura campesina está incrementando constantemente su contribución a la soberanía alimentaria.

[5] *Contribuye a la sociedad*

Cuando la agricultura a pequeña escala juega un papel central en la producción total contribuye, *simultáneamente*, a mitigar la pobreza y a consolidar y reforzar los mercados internos. En general también es más eficiente energéticamente que otras formas de producción agrícola (Netting 1993; Pimentel 2009a, 2009b), y con frecuencia es esencial para la gestión de recursos naturales. Además, el campesinado actual está generando *nuevos* beneficios, mayoritariamente relacionados con patrones sociales y que promete alternativas flexibles y atractivas a los sistemas regulatorios impuestos por corporaciones y estado. Las grandes características de los sistemas de mercado actuales incluyen relaciones centro/periferia; centros de mando que ejercen control sobre amplios espacios sociales; series múltiples de relaciones de dependencia; y una apropiación centralizada de valor generado. Frente a estas características, los mercados anidados que están surgiendo en muchos lugares representan una alternativa emergente que va mucho más allá de sus actuales mecanismos e impacto. Los sistemas alimentarios anidados son el equivalente de los *sistemas de redes inteligentes*, que prometen producción de energía, consumo y sus interrelaciones. Están centrados de forma local pero pueden estar conectados mutuamente, son flexibles, tienen pocas pérdidas y altos niveles de eficacia y tienen el potencial para incluir a *todos* los productores y consumidores.

Además, las nuevas formas de agricultura campesina y los nuevos mercados anidados que surgen son, hasta cierto punto, «espacios de autogobierno» que pueden protegerse a sí mismos (al menos en parte) del impacto de los planes regulatorios asfixiantes. Permiten mucho más espacio para que los actores implicados lleven a cabo sus aspiraciones en una forma de pleno derecho, y podrían ayudar a ampliar mucho más las posibilidades de autogobierno hacia las esferas sociales.

Capital y trabajo, imperios alimentarios y campesinado

Capital y trabajo están entrelazados uno con otro. No existe solo una cara de la serie de relaciones entre capital y trabajo (independiente/dependiente,

explotador/explotado, poderoso/sin poder, líder/seguir, dominante/subordinado). El trabajo conforma e impacta en el capital y lo que se aplica al capital y al trabajo generalmente se aplica a los imperios alimentarios y a las personas campesinas específicamente. Los imperios alimentarios y los campesinos de la actualidad están mutuamente relacionados a través de muchas interacciones en las que ambas partes se involucran, a veces son cooperativas mientras que otras implican conflicto. La población campesina y los imperios alimentarios son dos polos opuestos en una relación que se caracteriza por múltiples luchas, en general estos últimos tanto crean como destruyen a la primera (Cleaver 2000). Más específicamente, los imperios alimentarios en la actualidad se relacionan con el campesinado a través de: *desmontaje sistemático de la base de recursos sobre la que se asienta la agricultura campesina; la intensificación de los procesos de extracción y la adquisición de recursos estratégicos.*

Soberanía Alimentaria:

El impacto de los movimientos campesinos en los imperios alimentarios ocurre a diferentes niveles y mediante una serie de mecanismos. Un primer mecanismo ampliamente conocido, símbolos y prácticas desarrolladas en las luchas campesinas y de las que se han apropiado con posterioridad. El desarrollo de la agricultura orgánica fue en principio el objeto de arduas tareas por parte de los campesinos (Hollander 2012) que de forma eficaz desarrollaron lo que el capital y la ciencia imperial declararon como imposible e irrelevante: la agricultura sin la adición de químicos. Tuvieron éxito y vieron cómo las explotaciones empresariales, las industrias de procesamiento de alimentos y las grandes organizaciones de minoristas usurpaban y enarbolaban sus emblemas. El desarrollo de la agricultura multifuncional y de la construcción asociada de nuevos mercados anidados limita a los imperios alimentarios para implicarse en campañas contra las alternativas emergentes y las promesas que suponen, al tiempo que copian algunos de sus símbolos y métodos. Esto demuestra que los movimientos campesinos muchas veces abren el camino mientras que el capital se ve obligado a seguirlo.

El segundo mecanismo es el diseño y desarrollo de novedades que *no se pueden* asumir. Un caso es el Sistema de Intensificación del cultivo del arroz (SICA), «una serie de prácticas y principios [desarrolladas originalmente en Madagascar] como respuesta a diversas condiciones agroecológicas y socioeconómicas que afrontaban los campesinos» (Stoop 2011, 445; ver también ILEIA, 2013), y que «surgieron de un relativo aislamiento de la corriente internacional de la agronomía del arroz» (Maat y Glover 2012, 132).

Cada práctica en particular parece ser intuitivamente contraproducente, el SICA implica sembrar plántones muy jóvenes, espaciando ampliamente los cultivos individuales, alternando entre regímenes de humedad del suelo seco y húmedo (en vez de inundación permanente), el uso de fertilizantes orgánicos en vez de minerales y escarda frecuente. No obstante, estos factores *juntos* han producido un salto espectacular en las cosechas que se acompañan de un considerable descenso en los costes y ha llevado a que el SICA ahora se ponga en práctica en muchos países.

El tercer mecanismo a través del cual el campesinado re-conforma parcialmente el capital se puede encontrar en el fenómeno de las «huelgas de leche» (pero también incluye otros productos). Este tipo de lucha campesina se ha utilizado para presionar a la industria alimentaria a la que se entregaba el producto y renegociar el precio en la explotación agrícola y otras condiciones. Se inició en Francia a finales de la década de 1960 y se extendió por Europa en las décadas siguientes hasta convertirse en uno de los principales factores para desencadenar la política para áreas de producción alimentaria intercambiables. A este respecto, las luchas campesinas, de forma involuntaria, contribuyeron a la creación de los imperios alimentarios al perseguir mejores términos de intercambio y favorecer nuevos modos de acumulación.

El cuarto mecanismo es la nueva acumulación de modalidades que se puede dar gracias a operaciones a nivel del estado (supranacional). El objetivo explícito del Plan Mansholt (que buscaba la modernización a gran escala de la agricultura europea) era el de reemplazar las explotaciones campesinas por las recién creadas explotaciones empresariales a gran escala. Uno de los motivos subyacentes era que las explotaciones campesinas se consideraban demasiado intensivas y podían reemplazarse por grandes explotaciones empresariales con el fin de ralentizar el crecimiento de la producción y reducir el apoyo económico que proporcionaba la Comunidad Europea. Así, la intensidad de la agricultura de los campesinos activa una política cuyo objetivo era eliminar (o al menos reducir en gran medida) este sector. Irónicamente, esta política fracasó y a partir de la década de 1970 en adelante produjo nuevas tecnologías que de forma simultánea aumentaron los niveles de intensidad y la productividad del trabajo, lo que contribuyó a una enorme sobreproducción.

Conclusiones

En términos globales, el campesinado sigue siendo un fenómeno importante y desempeña un papel muy importante en las economías nacionales. Si el análisis que aquí se presenta es válido, entonces los y las campesinas del mundo son *políticamente* mucho más fuertes de lo que se cree generalmente, ya que controlan partes significativas de la producción agrícola y del suministro de alimentos. Además, están involucrados en una lucha para ampliar su autonomía. La importancia y la fuerza potencial del campesinado mundial residen cada vez más en su capacidad para establecer y asegurar la *soberanía alimentaria*, a la que se llega a través de su implicación activa en diferentes luchas sociales. A su vez, ellos y ellas transformarán la agricultura y tendrán un efecto positivo en una sociedad más amplia a nivel global.

Soberanía Alimentaria:

La lucha por la soberanía alimentaria no comienza ahora, ya que sus raíces históricas son bien profundas. En los años anteriores a la revolución rusa, Chayanov, junto con movimientos políticos radicales como *narodniki*, desarrolló un proyecto de transición para la agricultura rusa que tenía tres objetivos claros: 1) aumentar la producción agrícola tanto como fuera posible contribuyendo así al crecimiento de la economía nacional; 2) intentar maximizar la productividad del trabajo agrícola; y 3) distribuir los ingresos nacionales de forma más equitativa. Según el punto de vista de Chayanov, era muy importante que el campesinado mismo se dirigiera hacia esta transición. Hoy en día esto parece ser meramente de interés histórico, sin embargo, unos 90 años después China definió casi exactamente los mismos principios en su política *San Nong* (los «tres principios rurales» que guían la política agrícola). El primer principio, *Nong Ye*, que significa producir lo más posible con el fin de satisfacer la necesidad nacional de alimento es casi idéntico al primer objetivo del proyecto de transición de Chayanov. Aquí es de vital importancia la productividad de la tierra. El segundo principio, *Nong Ming*, se refiere a los y las campesinas y a sus ingresos, que deberían mejorar con la mejora en la productividad del trabajo (es decir, el segundo objetivo de Chayanov). Por último, *Nong Cun* que se refiere a la habitabilidad de las aldeas rurales y la calidad de vida de la vida rural y se hace eco del tercer objetivo para una distribución equitativa de los ingresos nacionales. De este modo, el proceso de transición de Chayanov no es solo de interés histórico, en la actualidad es muy importante para las políticas chinas como *San Nong*, y muchas otras iniciativas en otras partes del mundo. La lucha por

la soberanía alimentaria viene de muy atrás y continuará durante muchas décadas de aquí en adelante, con muchos y constantes cambios, como la importancia estratégica de los campesinos del mundo que están en el centro de la soberanía alimentaria.

Referencias

- Bernstein, H. 2010. Introduction: Some Questions Concerning the Productive Forces, en: *Journal of Agrarian Change*, Vol. 10, no. 3 (300-314)
- Bernstein, H. 2013. Food Sovereignty: A sceptical view, ponencia presentada en la #1, Conferencia Internacional «Soberanía Alimentaria: un diálogo crítico» que se desarrolló el 14-15 septiembre de 2013 en la Universidad de Yale,
- Brussaard, L, W. Rossingh and H. Wiskerke 2003. Número especial de *NJAS, Wageningen Journal of Life Sciences*, 51
- Cassel, Guilherme 2007. A atualidade da Reforma Agraria, en: *Jornal Folha de Sao Paulo* (04-03-2007)
- Cleaver, H. 2000. *Reading Capital Politically*, Anti/Theses, Cardigan Centre, Leeds
- Geertz, C. 1963. *Agricultural Involution*, University of California Press, Berkeley, CA
- Halamska, M. 2004. 'A different end of the peasants', *Polish Sociological Review*, 3(147)
- HLPE (Grupo de alto nivel de expertos) 2013. *Investing in smallholder agriculture for food security*, Informe 6 HLPE, junio 2013, CFS Comité de Seguridad Alimentaria Mundial, FAO, Roma
- Hollander, D. 2012. Tegen beter weten in. De geschiedenis van de biologische landbouw en voeding in Nederland (1880-2001), Universiteit van Utrecht, Utrecht
- ILEIA 2013. 'SRI, much more than more rice', número especial de marzo sobre asuntos agrícolas 2013
- Lipton, M. 1977. *Why poor people stay poor: urban bias in world development*, Temple Smith, London
- Maat, H. y D. Glover 2012. 'Alternative Configurations of Agronomic Experimentation', en J. Sumberg and J. Thompson (eds.), *Contested Agronomy* (131-145). Routledge: New York
- Mazoyer, M. y L. Roudart 2006. *A History of World Agriculture*, Earthscan, London
- Netting, R. 1993, *Smallholders, householders: farming families and the ecology of intensive, sustainable agriculture*, Palo Alto, USA, Stanford University Press
- Pimentel, D. 2009a. Energy inputs in food crops production in developing and developed nations, en: *Energy* 2: 1–24.
- Pimentel, D. 2009b. Reducing energy inputs in the agricultural production system, en: *Monthly Review*, 61(03).
- Ploeg, J.D. van der 2003, *The Virtual Farmer, past, present and future of the Dutch peasantry*, Royal Van Gorcum, Assen
- Ploeg, J.D. van der 2010. The Peasantries of the Twenty-First Century: the Commoditisation Revision del debate, en *The Journal of Peasant Studies* 37 (1), (1-30)

- Primdahl, J. 1999. 'Agricultural landscapes as production and living places: On the owner's versus producer's decision making and some implications for planning'. *Landscape and Urban Planning* 46 (1-3), (143-15)
- Smeding, F.W. 2001. *Steps towards food web management on farms*, Wageningen University, Wageningen
- Stoop, W. 2011. The scientific case for system of rice intensification and its relevance for sustainable crop intensification, en: *International Journal of Agricultural Sustainability*, 9(3), (443-455)
- Tittonell, Pablo A. 2013. *Farming Systems Ecology: Towards ecological intensification of world agriculture*, Wageningen University, Wageningen.
- Visser, A.J. 2000. Prototyping on farm nature management, a synthesis of landscape ecology, development policies and farm specific possibilities, en: *Aspects of Applied Biology* 58, (299-304)



LA SOBERANÍA ALIMENTARIA: UNA PERSPECTIVA ESCÉPTICA¹

Henry Bernstein

Introducción

La Soberanía Alimentaria se concibe como “el derecho de los pueblos a controlar su propio sistema alimentario incluyendo su propio mercado, sistema de producción, cultura y entorno alimentarios...como alternativa crítica al modelo neoliberal dominante para la agricultura y comercio” (Wittman et al 2010, 2). Este concepto está estrechamente relacionado con La Vía Campesina y aquellos que la apoyan, y sirve tanto de consigna y proclama como de proyecto político, además de aspirar a un ambicioso programa a nivel mundial. En este documento se intentan identificar y valorar algunos de los elementos claves que «enmarcan» la soberanía alimentaria como:

1. un ataque integral a la agricultura corporativa industrializada por su destrucción social y ambiental,
2. la reivindicación de la superioridad social, moral y ecológica de la agricultura campesina (o a pequeña escala), y
3. un programa para la creación de un nuevo orden alimentario mundial, sostenible y socialmente justo, «que vuelva a conectar alimentación, naturaleza y comunidad» (Wittman et al 2010).

Intentar analizar las demandas de la soberanía alimentaria en un solo capítulo presenta ciertas dificultades. En primer lugar, la cantidad de publicaciones generada por la soberanía alimentaria y engrandecida por las páginas web de muchas organizaciones comprometidas con ella; la recopilación de trabajos que han editado Hannah Wittman, Annette Aurélie Desmarais y Nettie Wiebe (2010) aporta muchos de los ejemplos de

¹ Una primera versión de este trabajo se redactó para la conferencia internacional sobre «Soberanía Alimentaria: un diálogo crítico» que tuvo lugar en la Universidad de Yale, los días 14-15 de septiembre de 2013. Una posterior versión se publicó en la *Journal of Peasant Studies* (2014).

argumentos y propuestas de la soberanía alimentaria.² En segundo lugar, la literatura de la soberanía alimentaria abarca casi todos los procesos y modelos de transformación agraria en el mundo actual, e incluye muchas de las diferentes dinámicas y luchas en este marco global. En tercer lugar, la defensa de la soberanía alimentaria se construye normalmente a partir de declaraciones sobre lo global por un lado, y por otro lado, sobre lo que yo denomino «casos emblemáticos» de las virtudes del «campesinado»/ a pequeña escala/ agricultura «familiar» y como el otro del capital. Ambas entazan con mucha frecuencia, de forma que la explotación «campesina» individual (y «la comunidad») ilustra la forma de salvar el planeta y alimentar a su población de forma más equitativa y sostenible. Cada «caso emblemático» merece un examen y una valoración en mayor profundidad que no se puede realizar aquí. Cuestionar e interrogar la construcción del otro del capital, en general y en particular, es donde este capítulo pone el énfasis.

Soberanía alimentaria: ¿cuándo y dónde?

Desde la década de 1970 la clave histórica del enfoque del análisis de la soberanía alimentaria y de su propuesta es «la globalización». Existen fuertes indicios de que se inició una nueva fase del capitalismo global y cambió nuestro concepto de las cuestiones agrarias, que anteriormente se centraban en las vías «nacionales» del desarrollo del capitalismo en las zonas rurales y su contribución a la industrialización (Bernstein 1996; 1997). La lista de algunos de los temas clave en el debate más reciente sobre la globalización y su impacto en la agricultura incluye (basada en Bernstein 2010a, 82-4):

1. La liberalización del comercio, cambios en las pautas del comercio global de los productos agrícolas, y luchas asociadas o referentes a la OMC;
2. Los efectos del futuro comercio de productos agrícolas en los precios de los mercados mundiales, es decir, la especulación incentivada a causa de la «financiarización»;
3. La eliminación de los subsidios y otras vías de apoyo a los pequeños campesinos del Sur a medida que se implantan las medidas de «austeridad» exigidas por el neoliberalismo junto con la promoción de la agricultura de exportación;

² La soberanía alimentaria está experimentando su propia «avalancha de publicaciones», en el término aplicado por Oya (2013) al tema asociado de «acaparamiento global de tierras».

4. El aumento de la concentración de empresas globales tanto de insumos agrícolas como agroalimentarias (en términos de Weis 2007), marcado por las fusiones y adquisiciones además del poder económico de unas pocas empresas que dominan mayores cuotas de mercado;
5. Las nuevas tecnologías organizativas utilizadas por estas empresas junto con las cadenas productivas; desde la explotación agrícola, a través de la elaboración y manufacturación, hasta la distribución minorista, como por ejemplo, «la revolución del supermercado»;
6. La forma en que estas tecnologías se combinan con el poder económico corporativo para dar forma y restringir las prácticas (y «elecciones») de agricultores/as y consumidores/as;
7. La presión por parte de las corporaciones para patentar los derechos de la propiedad intelectual del material genético según las disposiciones de la OMC respecto a los aspectos de los derechos de la propiedad intelectual relacionados con el comercio (ADPIC), y la cuestión de la «biopiratería» corporativa;
8. La nueva frontera técnica de ingeniería genética de plantas y animales (organismos modificados genéticamente) que, junto con el monocultivo especializado, contribuye a la pérdida de la biodiversidad;
9. La nueva frontera de beneficios de la producción de agrocombustible, dominada por las corporaciones agroalimentarias con el apoyo de ayudas públicas en EUA y en Europa, así como sus efectos en la provisión de grano mundial disponible para el consumo humano;
10. Las consecuencias en la salud entre las que se encuentran el aumento de niveles de químicos tóxicos en los alimentos cultivados de «forma industrial», los alimentos procesados y las carencias en las dietas compuestas de «comida basura», comida rápida y alimentos procesados; el crecimiento de la obesidad y las enfermedades relacionadas con la obesidad junto con la continuada, y tal vez creciente, hambruna y desnutrición;
11. Los costes medioambientales de todo lo anterior incluyendo los niveles de uso de combustibles fósiles y sus emisiones de carbono en la constante «industrialización» de la agricultura, procesamiento y ventas;

12. De ahí la cuestión de la «sostenibilidad» del actual sistema alimentario mundial de cara a su «aceleración de las contradicciones biofísicas» (Weis 2010): su crecimiento continuo o reproducción ampliada junto con las trayectorias observadas.

Todos estos temas están ampliamente expuestos en la actualidad y constituyen ámbitos en los que las diferentes perspectivas chocan, y la valoración de pruebas relevantes es una tarea que se torna más exigente que nunca; este es un reto que no se puede abordar aquí debido a lo limitado del espacio. Resumiendo, todos los aspectos que se mencionan arriba son claves para la oposición integral de la soberanía alimentaria a la «agricultura industrializada corporativa» que está creciendo en todo el mundo, que registra un «cambio en la relación con los alimentos impuesto por la industrialización de la producción agrícola y la globalización del comercio agrícola» (Wittman et al 2010, 5), y que tiene como resultado la «inseguridad alimentaria, la dependencia de los combustibles fósiles y el calentamiento global» (McMichael 2010, 172).

«La descampesinización y el desplazamiento» a través de una ola de «cercados globales» (Araghi 2009, 133-4) es el asunto central de la literatura sobre soberanía alimentaria. Se apela a la agricultura campesina como la alternativa a la agricultura corporativa, industrial y capitalista global. En la actualidad, el desplazamiento de los campesinos se presenta como la consecuencia de las presiones sobre su reproducción social tanto desde la retirada de apoyo público como de la liberalización del comercio, ambos puntos componentes estándar de las agendas políticas neoliberales. Además, el desposeimiento es también una consecuencia directa del «acaparamiento de tierra»: una nueva ola de cercados globales (en términos de Araghi) por parte de las agroempresas transnacionales, los fondos soberanos de inversión y las entidades financieras privadas en connivencia con los gobiernos para establecer empresas a gran escala dedicadas a la producción para exportación (Borras et al 2011).³

Los temas actuales descritos anteriormente conectan, por supuesto, con historias más amplias de capitalismo y agricultura, aspectos que mencionaré ahora.

³ Edelman (2013) y Oya (2013) aportar el correctivo necesario y valioso para las exageradas demandas respecto al «acaparamiento global de tierra.»

El capitalismo frente al campesino

El nacimiento del «capitalismo frente al campesino» (Bello y Baviera 2010, 69) forma parte de la obra de Marx de «la llamada acumulación originaria» ya que «...tan solo el proceso es el que separa al productor del propietario de las condiciones de su propio trabajo» (Marx 1976, 874 y Ch 27 *passim*). Bello y Baviera (2010, 73) se refieren al «largo proceso secular de desplazamiento de la agricultura campesina por parte de la agricultura capitalista», y Handy y Fehr (2010) explican los cercados ingleses desde el siglo XVI (antes de la primera revolución industrial británica) y especialmente a mediados de los siglos XVIII y XIX cuando nació la «alta agricultura» capitalista (junto con la industrialización). También refutan la visión de que el capitalismo agrícola no realizó ningún avance en términos de rendimiento en la agricultura a pequeña escala contemporánea en ese/esos período(s) en cuestión.

La industrialización del sistema alimentario

Wittman et al (2010, 5) sugieren que ha habido «doscientos años de industrialización del sistema alimentario», eso es algunos siglos después del nacimiento del capitalismo agrario.⁴ Holt-Giménez y Shattuck (2010, 85-6) proponen que la actual globalización neoliberal, en concreto el «boom de los agrocombustibles», «cierra un capítulo histórico en la relación entre la agricultura y la industria que se remonta a la Revolución Industrial», un capítulo con dos partes. En un principio, «la agricultura campesina efectivamente subvencionaba la industria con alimentos baratos y mano de obra barata» mientras que «posteriormente, el combustible barato y los fertilizantes derivados del petróleo abrieron la agricultura al capital industrial. La mecanización intensificó la producción manteniendo los precios de los alimentos bajos y la industria en auge. La mitad de la población mundial se vio empujada fuera del campo hacia las ciudades». La idea central de «alimento barato» señalada por Holt-Giménez y Shattuck es el hilo central que discurre por la economía política del capitalismo y la agricultura con implicaciones para la soberanía alimentaria, tal y como veremos.

4 Wittman (2010, 92) también sugiere el «comienzo del siglo XX» como el momento clave marcado por la «invención del motor de combustión interna y la innovación de aperos de labranza asequibles que funcionan con gasolina...», mientras que Ploeg (2013) fecha la promoción/ generalización de la «modernización» de la agricultura a mediados del siglo XX.

Regímenes alimentarios internacionales (IFRs)

El marco analítico más potente del que dispone la soberanía alimentaria es el de la economía política de los regímenes alimentarios internacionales (IFRs), que se inician en la década de 1870, que desarrollan Harriet Friedmann y Philip McMichael. McMichael ha proporcionado hace poco una «genealogía» del concepto en la que tiene en cuenta su origen y su consiguiente desarrollo y extensión para incluir «la relación de los movimientos sociales y ecológicos y la ciencia nutricional» (2009, 140). El enfoque de los IFR ofrece «una visión histórica-comparativa única respecto a las relaciones políticas y ecológicas del capitalismo moderno en general» (ibid 142). McMichael vincula ahora su análisis de los regímenes alimentarios, especialmente el actual régimen corporativo, a la fuerte defensa de la soberanía alimentaria, que conecta con la celebración de la resistencia.⁵

La resistencia

Son numerosos los debates referentes a «la perseverancia del campesinado» en la era del capital, incluyendo su actual fase de globalización, en la que la «Resistencia» campesina se desarrolla en diferentes registros y a diferentes escalas (Bernstein 2010a). La escala de resistencia más larga y heroica la presenta Eric Wolf en *Las luchas campesinas del siglo XX* (1969) con los casos prácticos de México, Rusia, China, Vietnam, Argelia y Cuba, desde la década de 1900 a la de 1960. La escala más pequeña y común es la que presenta James C. Scott en *Las armas de los débiles* (1985), un estudio sobre una pequeña población de Malasia a finales de la década de 1970. Scott mencionaba que los efectos acumulativos de «las formas diarias de la resistencia campesina» a nivel local hacen más por mejorar las condiciones de los campesinos que los episodios ocasionales de conflicto abierto y rebelión aunque estos sean más ampliamente reconocidos.

La resistencia que se invoca en el discurso de la soberanía alimentaria resuena a ambas escalas; la del compromiso del campesinado de continuar sembrando de cierta manera, fundamentada en la sabiduría agroecológica y los valores de autonomía, comunidad y justicia social, frente al capital y los estados «que se modernizan». A medida que el momento neoliberal intensifica la desposesión en todo el mundo, la resistencia campesina se

5 Para posteriores debates ver: McMichael (2016) *Commentary: Food regime for thought*. *Journal of Peasant Studies*; Friedmann (2016) *Commentary: Food regime analysis and agrarian questions: widening the conversation*. *Journal of Peasant Studies*.

ha ampliado y organizado llegando a la heroica escala de una «resistencia agraria global» (McMichael 2006) en la que normalmente se le atribuye el lema de la soberanía alimentaria a *La Vía Campesina*.

¿Los logros de la agricultura capitalista?

En 1750 la población mundial era de unos 750 millones de personas y en 1950 era de 2.500 millones; creció hasta los seis mil millones en los 50 años siguientes y se espera que siga creciendo hasta alcanzar alrededor de nueve mil millones a mediados de este siglo. Este crecimiento no hubiera sido posible sin el extraordinario desarrollo de la productividad de la agricultura capitalista. Esto no supone que el desarrollo de la agricultura capitalista sea la única explicación para el crecimiento de la población mundial, no más que otros elementos importantes como las modalidades médicas generadas por la «modernidad» capitalista. Sin embargo, apunta hacia un considerable desarrollo del conocimiento científico y sus aplicaciones en la era del capital, así como los cambios sociales múltiples e interrelacionados que han hecho posible la expansión de la escala de existencia humana y, yo diría también, su riqueza.

Por supuesto, nada de esto es consecuencia de intento alguno por parte del capital de mejorar la situación humana. El motor que le impulsa desde su nacimiento hasta hoy es el beneficio, pero una visión dialéctica de la carrera histórica del capital tanto en destrucción como en creación (Berman 1983) aporta una perspectiva diferente a aquellos binarios que ven el capitalismo *solo* como destructivo. ¿Destructor de qué? Formulemos la pregunta de una forma diferente y más específica: ¿en qué momento se fraguó la podredumbre de la agricultura capitalista? ¿Y qué es eso «podrido» sobre lo que se fraguó la agricultura capitalista, es decir, qué formas de sociedad precapitalista? ¿Fueron estas últimas siempre y necesariamente «superiores» al capitalismo en términos sociales, morales o ecológicos? Esto nos lleva a otra pregunta y la más importante: ¿quién o qué es el «otro» del capital en la etapa actual de la historia mundial?

El otro del capital

En el discurso de la soberanía alimentaria, el otro del capital se personifica en el «campesinado», el campesinado «pobre», pequeños campesinos/as, a veces, pequeños y medianos campesinos/as, trabajadores agrícolas, comunidades indígenas y (¿de forma más genérica?) «gente de la tierra»

(Desmarais 2002). Se denominan como el otro del capital en virtud de las cualidades que incluyen sus principios y prácticas de agricultura sostenible; su capacidad de gestión colectiva del medioambiente (Wittman 2010, 94), su «austeridad campesina» (McMichael 2010, 176) y «su visión de la autonomía, la diversidad y la cooperación» (Bello y Bavieri 2010, 74). Son los abanderados de las «tecnologías indígenas» que «muchas veces reflejan una visión del mundo y una comprensión de nuestra relación con el mundo natural que es más realista y sostenible que aquellas que proceden de la herencia Europea occidental» (Altieri 2010, 125). Estas y otras cualidades se combinan para representar o expresar un episteme totalmente diferente al centrado en las dinámicas y las relaciones de mercado. Por supuesto, estas representaciones se sitúan en nociones más antiguas y debatidas del «campesinado» y en una «vía de los campesinos y campesinas» proclamada por el populismo agrario (Bernstein 2009).

Tal y como es habitual con los conceptos (binarios) de tal entidad y su «otro», no siempre está claro cuál viene primero; siempre se plantea la intrigante cuestión del material y el método con el que se construye el otro. En este caso, sugiero que la construcción del otro incorpore una abstracción de «la economía campesina» con la que se pueda denominar a «las instancias representativas» de las prácticas de las «bases» campesinas (McMichael 2010, 168).⁶ Aquí abordo la cuestión de quienes son los campesinos y campesinas/ pequeños campesinos/ gente de la tierra, antes de avanzar y considerar los tipos de medidas concebidos para convertir la soberanía alimentaria en un movimiento viable de transformación del «sistema alimentario mundial».

¿Quiénes son los «campesinos y campesinas»?

La primera cuestión es:

(a) si campesinos y campesinas, campesinos y campesinas «pobres», pequeños campesinos y campesinos a media escala, trabajadores agrícolas, comunidades indígenas y «gente de la tierra» son sinónimos;

(b) en caso de ser así, si son sinónimos adecuados para las categorías *sociales que* podemos reconocer y en las que solemos pensar; y

(c) si las categorías sociales indicadas o implicadas en estas etiquetas son

⁶ La teoría más significativa de la «economía campesina» sigue siendo la de A. V. Chayanov (1966), que se publicó por primera vez en 1924-1925.

coherentes y útiles a nivel internacional. Por ejemplo, ¿existen diferencias entre campesinos/as y pequeños campesinos/as? ¿Quiénes son los y las campesinas pobres, y distingue el significante «pobres» a aquellos que describe de otros que no son pobres?. En ese caso, ¿cuál es el fundamento de esa distinción? ¿Existen diferencias sociales entre pequeños/as y medianos/as campesinos/as? ¿O su unión sirve tan solo para construir un «otro» común para la agricultura a gran escala? ¿Y qué hay de los y las trabajadoras agrícolas?

¿Son todos los campesinos y campesinas iguales? Primera parte

¿Son todos los campesinos y campesinas ejemplo de las cualidades del «otro» que se mencionan arriba? Si no, entonces a aquellos que lo hacen se les podría considerar como el tipo de vanguardia de la «vía de los campesinos y campesinas». Sobre esto siempre se vuelve ocasionalmente. Por ejemplo, Miguel Altieri, principal exponente de la agroecología en la soberanía alimentaria, reconoce que «una parte de campesinos/as a pequeña y mediana escala son convencionales» (2010, 122). Altieri señala el caso (emblemático) de los campesinos y campesinas que utilizan los policultivos en las colinas de Centroamérica, y que frente a las condiciones climáticas adversas «sufren unas pérdidas económicas menores que sus *vecinos* con monocultivos» (ibid 124-5, énfasis añadido). Sería deseable saber más sobre aquellos que practican una agricultura diversificada y aquellos que practican una «agricultura convencional»: si difieren significativamente en términos socioeconómicos. De no ser así, entonces, hacen lo que hacen, supuestamente, como resultado de una *elección*, «buena» y «mala» respectivamente. Es más, cabría preguntar si el hecho de que algunos campesinos/as /pequeños campesinos/as (de vanguardia) ilustren las virtudes de la «autonomía, diversidad y cooperación» en su agricultura, y otros no, es el resultado de una «elección» o de una *falta de elección*.

¿Son todos los campesinos y campesinas iguales? segunda parte

Mi postura básica es que no hay «campesinos y campesinas» en el mundo de la globalización capitalista contemporánea y la razón de esta postura ya ha sido ampliamente argumentada (Bernstein 2010a). Sus puntos principales incluyen los procesos de «comodificación de la subsistencia» en el capitalismo; la transformación de campesinas y campesinos en meros productores de mercancía; la consiguiente internalización de las relaciones comerciales en la reproducción de los hogares agrícolas, y la tendencia inherente a

diferenciar las clases de la pequeña producción de productos básicos. Otra dinámica estrechamente relacionada es la omnipresencia de los ingresos «no relacionados con la agricultura» de todas las clases de campesinas y campesinos, la denominada «pluriactividad». Todos estos procesos generan un «incesante microcapitalismo» de producción meramente mercantil en las zonas rurales (en el término aplicado por Mike Davis 2006, 181, a la «economía informal» urbana).

Una conclusión importante derivada de aplicar esta perspectiva es que en el mundo hay muchos menos pequeños productores de productos básicos capaces de reproducirse a partir de su propia agricultura, que de «campesinas y campesinos» como proclaman los defensores de la soberanía alimentaria. Es habitual que esas cifras incluyan a todas aquellas personas vinculadas con algún aspecto de la agricultura, aunque de forma marginal, como un elemento de su reproducción (una estimación del más del 60% de «campesinas y campesinos» de India, por ejemplo). Algunas veces, dichas cifras también contabilizan lo clasificado como «rural» en censos y estudios incluyendo a aquellas personas sin acceso a la tierra, aquellas no vinculadas con la tierra y aquellas que de alguna otra forma confían su reproducción a la «mano de obra independiente» (Breman 1996). Esto también significa que mucha de la gente rural del Sur actual, quizá la mayoría en muchos lugares, se percibe más como un componente particular de «clases de mano de obra» que como «campesinas y campesinos» en cualquier sentido útil.

Por esta razón, también muestro mi escepticismo en relación con muchas de las estimaciones aproximadas sobre la cantidad y proporción de población que recibe alimentos básicos de la agricultura a pequeña escala, junto con la afirmación de que al haber muchas campesinas y campesinos, incluso un modesto incremento de su producción aumentaría sustancialmente el suministro de alimentos que se agregan (por ej. Altieri 2008, 2010). ¿Existe alguna prueba sistemática para cualquiera de estas posturas cruciales?

¿Y la «comunidad» campesina?

La «comunidad» campesina es otro aspecto importante en el discurso del populismo agrario que lleva la soberanía alimentaria. Los principios que se le atribuyen incluyen la cooperación, la reciprocidad, la igualdad y los valores de la identidad localizada. Sus aspectos más emblemáticos se centran muchas veces en compartir e intercambiar semillas (Isakson 2009; Altieri 2010; Bezner Kerr 2010), el trabajo conjunto en los cultivos y redistribuir los alimentos de

los hogares con excedente a aquellos con déficit, además de diferentes casos de solidaridad. Al mismo tiempo, la «comunidad» suele mostrar una «estrategia de esencialismo» (Mollinga 2010) en el discurso de la soberanía alimentaria, al igual que en un discurso populista general, lo que oscurece el análisis de las contradicciones dentro de las «comunidades». Resumiendo, se mantiene (al igual que otras muchas cosas) en la subteoría; la «comunidad» y su reproducción es probable que siempre implique tensiones de género y en las relaciones intergeneracionales. Lo primero está ampliamente reconocido, lo segundo menos.

El otro del capital (agroecológico) y sus «casos emblemáticos»

En las últimas décadas se han producido importantes avances en agroecología que contribuyen a una mejor comprensión de las prácticas agrícolas. Resulta interesante que algunos «casos emblemáticos» de las virtudes de la agricultura a pequeña escala se centren en áreas de alta densidad de población, por ejemplo, en los límites del Sahara, en Nigeria, Níger, Senegal, Burkina Faso y Kenya (Lim 2008), así como en la meseta central de Burkina Faso y el sur de Níger (Reij 2006; ambos autores citados por McMichael 2010). Toda esta investigación contribuye al largo y prolongado debate entre las perspectivas de África como zona superpoblada y como zona con baja densidad de población. La primera se asocia con la *catástrofe malthusiana* respecto a la degradación medioambiental (pastoreo excesivo y desertización además de deforestación por la expansión de las fronteras de cultivo). La segunda se asocia con diversas corrientes contrarias a Malthus. Por ejemplo, el estudio realizado por Tiffen, Mortimore y Gichuli del distrito de Machakos en Kenia (1994), habla de que la población se ha sextuplicado en seis décadas con un incremento en la productividad de la tierra y de los ingresos, y aparece en el título de su libro como *Más gente, menos erosión*. Otro asunto es el modo convincente en el que Tiffen et al proporcionan un ejemplo del otro del capital. La tesis que defienden es que el resultado no viene dado por los valores agroecológicos o la comunidad, sino que es el resultado del aprovechamiento de las oportunidades del *mercado* por parte del campesinado así como de la inversión en conservación para mejorar la productividad del uso intensivo de la tierra y los beneficios que rinde. En resumen, no contemplan a las campesinas y campesinos de Machakos como el otro del capital sino como ejemplos del homo *economicus*.

Un tipo diferente de caso emblemático se presenta en el informe de Ryan Isakson (2009) sobre la milpa, policultivo de maíz, frijol y calabaza, en las tierras altas de Guatemala. Isakson sostiene que el cultivo de las milpas contribuye a «la soberanía alimentaria» (global) a través de la «conservación de la diversidad agrícola». Al mismo tiempo, menciona que es una «subsistencia orientada» y «autosuficiente» en combinación con la venta de fuerza de trabajo, en aumento por la migración laboral a larga distancia, y la pequeña producción en agricultura y artesanía. Efectivamente, la reproducción del cultivo de las milpas solo es posible a través de la implicación en las relaciones de producción. Sus practicantes tienen la posibilidad de rechazar «la total mercantilización de los alimentos» y la incertidumbre de la dependencia de los mercados para obtener alimentos (ibid 755). No obstante, el cultivo de las milpas no contribuye a la soberanía alimentaria en el sentido de producir excedente de alimentos más allá de las necesidades de aquellos que persiguen la «autosuficiencia».

Estos casos emblemáticos utilizados por la soberanía alimentaria son, normalmente, escasos en detalles socioeconómicos (Isakson es una excepción), pero sugieren que (a) la agricultura virtuosa la practican principalmente los campesinos y campesinas más pobres que afrontan las dificultades ecológicas y sociales más grandes y no «eligen» cultivar como lo hacen; (b) lo que practican es principalmente una agricultura con una baja aportación (externa) y una «subsistencia» con trabajo intenso; y (c) un aspecto clave de esta forma de agricultura es la actividad de otros tipos de relaciones comerciales, y los ingresos de estas, y principalmente la migración de la fuerza de trabajo (aspecto que, habitualmente, no se tiene en cuenta o no se menciona). En la soberanía alimentaria, aquellos que se perciben como la retaguardia de campesinas y campesinos, el estándar del «atraso» en las narrativas convencionales de la modernidad, se convierten en vanguardia como la invocación bíblica de Robert Chambers «el último será el primero» (1983). Cuando el otro del capital (agroecológico) se ilustra a través de prácticas de «subsistencia», «autosuficiencia» y «autoaprovechamiento» frente a la producción de excedente, se plantea un problema fundamental para la soberanía alimentaria.

En primer lugar, hay que tener en cuenta que algunos de estos casos emblemáticos se centran en una producción altamente especializada, como el queso parmesano y los productores de carne de la raza *Chianina* de Italia (Ploeg et al 2012). En segundo lugar, algunos se amparan en diversos tipos de

apoyo del estado y las políticas y fondos favorables a pequeños (y medianos) campesinos y campesinas son un eje central de este (nuevo) «desarrollo rural» (ibid). En tercer lugar, los «espacios de maniobra» en los mercados representan una preocupación para los capitales de todas las escalas, grandes, pequeños y medianos. Dependiendo de las circunstancias, algunos campesinos a gran escala han cambiado a cultivos bajos y sin labranza cuando se han visto sujetos a la inflación coste-precio de la maquinaria y el combustible. En cuarto lugar, el límite pragmático de la «resistencia legítima» se encuadra, junto con muchos tipos de cálculos y prácticas económicas, en la creencia extendida de que lo que une a los campesinos y campesinas, al menos potencialmente, es el hecho de perseguir una «autonomía» más o menos significativa de los mercados, de su «compulsión sorda» (en términos de Marx) y disciplinas. Esta afirmación del principio básico de que lo que los campesinos y campesinas hacen (¿en la historia moderna? ¿en la historia sin más?) procede del deseo de autonomía es una cuestión de fe, en la que se encuentran creyentes y no creyentes. En quinto lugar está la controvertida cuestión de la denominada «pluriactividad» (término de resonancia burocrática y quizá de ascendencia también), y la polémica suposición de que el trabajo periódico o regular asalariado y remunerado es (otro) tipo de *elección* que las familias rurales hacen con el fin de continuar produciendo, y viviendo, como campesinos/campesinas de una forma más o menos independiente/autónoma⁷

¿Transformar el sistema alimentario mundial?

El objetivo de la soberanía alimentaria es el de una «ciudadanía agrícola» que llama a una «democratización radical del sistema alimentario en favor de los pobres y desfavorecidos» (Holt-Giménez y Shattuck 2010, 76; también McMichael 2010, 174) y que incluye la relocalización de los mercados y la gobernanza (Fairbairn 2010, 27). La vía para llegar a esto incluye los retos de regular la agroindustria transnacional y el comercio internacional con el fin de «proteger» «la producción alimentaria nacional», y a los pequeños campesinos y campesinas como «guardianes del bien común» (McMichael 2010, 170-2). Incluye, además, el reto para la «ciudadanía agrícola» de

7 En mi opinión, un paso adelante sería sencillamente reemplazar la «pluriactividad» con el término descriptivo «campesinos y campesinas a tiempo parcial». Esta contendría, por supuesto, una amplia variedad de tipos en clases y términos sociales, digamos, profesionales urbanos que realizan labores agrícolas «de fin de semana» para los campesinos y campesinas marginales /«trabajadores ocasionales» de los campos del Sur. De esa forma se les podría identificar, distinguir, investigar y explicar más adecuadamente y no incluirlos dentro de muchos de los casos de «pluriactividad».

establecer «las relaciones horizontales en y entre las comunidades (capital social) y las ecologías sociales (capital ecológico), además de conectar de forma vertical con comunidades más grandes, integrando «humanidad» y «medioambiente»» (Wittman 2010, 103). Un término común para cumplir las ambiciones del paso de lo local a lo nacional y global es “la ampliación”.

“Crecer (*Scaling-up*)”

Hay dos aspectos críticos en relación con «el crecimiento». El primero, del que ya se ha hablado, trata sobre si el bajo insumo (externo), los productores intensivos dirigidos al «autoabastecimiento» (y la autonomía), pueden producir un excedente para aquellos que no cultivan con el fin de satisfacer su seguridad alimentaria. Aun suponiendo que fuera posible un excedente adecuado, la segunda cuestión es ¿de qué forma va a llegar ese excedente a quienes no son campesinos y campesinas y en qué términos? Efectivamente, el importante salto en «el crecimiento» abarca desde la pequeña producción individual y local para alimentar a «comunidades más amplias» como puntos «humanitarios» hasta «la cuestión del mercado» en la que el capitalismo registra unos logros sin precedentes en la historia de la humanidad.

El problema más grande de la soberanía alimentaria tiene que ver con la productividad del trabajo, los ingresos de las explotaciones y la distribución alimentaria. El primer elemento, la productividad del trabajo, es clave porque centra la atención en a cuántas personas puede alimentar cada persona que cultiva (o explotación campesina, comunidad, etc.) más allá de satisfacer su propia seguridad alimentaria. El segundo elemento, los ingresos agrícolas, son o deberían ser vitales para el programa de la soberanía alimentaria; en realidad, resuena como un problema antiguo en el discurso «estándar» de desarrollo para mejorar/eliminar la pobreza rural (el famoso Lipton 1977; más recientemente IFAD 2011). El tercer elemento se centra en la forma en la que los mercados deberían funcionar y qué tipo de reformas de este podrían cubrir las necesidades, tanto de los pequeños campesinos y campesinas como de las personas consumidoras de una forma plausible, y especialmente la de las personas consumidoras con bajo poder adquisitivo. La forma más obvia de intentar terminar con la pobreza de los pequeños campesinos y campesinas es *subvencionar* su producción. No obstante, en igualdad de condiciones, esto debería incrementar el precio de los alimentos, de ahí la necesidad de *subvencionar* los requisitos alimentarios de una gran cantidad de consumidores pobres. Esta parece ser la aguja con la que la soberanía alimentaria prefiere evitar pincharse y ciertamente implica un papel central para los gobiernos que retomo en breve.

Tecnología tradicional y moderna

Altieri (2010) utiliza el término «tradicional» de una forma amplia para caracterizar y elogiar las virtudes de la agricultura «campesina» a pequeña escala y la sabiduría agroecológica que acumula en sus conocimientos y prácticas. Su productividad «puede ser baja pero la razón parece ser social, no técnica» (ibid 126), aunque el significado de esto no queda claro. Más allá de reforzar las capacidades de los pequeños campesinos y campesinas basadas en la «tradicición» a través del «crecimiento (scaling up) » campesino a campesino, Altieri también habla de «los millones de campesinos y campesinas pobres a los que todavía no ha llegado la tecnología de la agricultura moderna» (ibid 131), aunque no está claro si considera esto algo positivo o negativo. En caso de ser lo último ¿de qué «tecnología de la agricultura moderna» se podrían beneficiar los campesinos y campesinas pobres y cómo hacérsela llegar?

El estado

Esa es realmente «el elefante en la cacharrería» de las aspiraciones programáticas de la soberanía alimentaria, además de poco problematizada o explorada más allá de pedir a los estados que intervengan para apoyar a los pequeños campesinos y campesinas. Esto incluiría una serie de políticas y prácticas, desde la regulación del comercio internacional (y nacional) en productos alimentarios hasta proteger y promocionar la agricultura a pequeña escala para «el crecimiento» de lo local a lo nacional. En resumen, una lista de demandas que ningún estado moderno ha satisfecho. Este llamamiento a una acción estatal tan amplia y progresiva se ha lanzado en un contexto histórico en el que la mayoría de los estados del momento están profundamente implicados en la constante marcha del capitalismo (y una vez socialismo de estado) «contra el campesino y campesina», tal y como destacan algunos análisis de la soberanía alimentaria. Por supuesto que, tal y como se ha indicado anteriormente, el objetivo inmediato de la mayoría del populismo agrario no ha sido el capitalismo sino el estado, tanto históricamente como movimiento y como ideología.

Cuestiones fronterizas

La soberanía alimentaria se distancia ella misma de otras perspectivas sobre agricultura y alimentación para reforzar sus características distintivas y su radicalidad, es decir, para salvaguardar sus «fronteras». Así su binaridad central es: agricultura «campesina» agroecológica *frente* a agricultura

industrial; lo local (rural) *frente* a lo global del capital; sostenibilidad *frente* a insostenibilidad, etc. Un ejemplo importante de esto lo representa la oposición a la «soberanía alimentaria» tal y como la articulan las organizaciones internacionales «principales» (por ej., Fairbairn 2010; McMichael 2010). No obstante, el proyecto radical de la soberanía alimentaria no se puede imaginar de forma adecuada, aislada y persiguiendo la viabilidad mientras se ignora o se elude gran parte de la historia agrícola del mundo moderno, más allá de enmarcarla en el «capitalismo frente a campesinos y campesinas». Como proyecto político, la soberanía alimentaria promueve ejemplos emblemáticos de resistencia política (Desmarais 2002; McMichael 2006; Wittman 2010, entre otros). También se enfrenta a una cuestión clásica de políticas radicales: de qué forma el movimiento de la soberanía alimentaria se posiciona en relación con los poderes establecidos de los estados y de los organismos internacionales (ONU, FAO, FIDA, CGIAR y el Banco Mundial), con el fin de intentar presionarles en la dirección que desea con todos los peligros de cooptación y compromiso, de fronteras desdibujadas, que puede implicar.

Conclusión

Para bien o para mal, este capítulo concluye con un gran escepticismo respecto a algunos aspectos de la soberanía alimentaria. Creo que los aspectos básicos de ese escepticismo están claros e incluyen una crítica a la creencia de que los «campesinos y campesinas» que practican un bajo insumo (externo) y producción agrícola intensiva pueden alimentar a la población del mundo; y la incapacidad de la soberanía alimentaria para avanzar desde su binaridad constitutiva hacia una síntesis que produzca un programa de «transformación». Es más, sostengo que esta incapacidad es *intrínseca* dado que la soberanía alimentaria descarta elementos cruciales de la política economía agraria, de la política económica del capitalismo de una forma más amplia y de la historia moderna con el fin de establecer sus tesis y, especialmente, su antítesis: el otro del capital.

No obstante, este escepticismo *no* es un rechazo a todo aquello a lo que apunta y agrupa la soberanía alimentaria. La soberanía alimentaria es solo un ejemplo, de hecho uno potente, a la hora de retar a la materialista política económica agraria a que tome en serio el cambio climático y que al hacerlo abandone los conceptos mecánicos de la agricultura (véase Bernstein 2010b). Es más, la soberanía alimentaria recoge muchos aspectos actuales y ejemplos de lucha en los que se puede optar por una postura diferenciada y de simpatía sin aceptar la ambición general de la soberanía

alimentaria de transformar el sistema alimentario mundial a través del otro del capital. Los ejemplos van desde la oposición a un comercio internacional desigual en alimentación y otros productos agrícolas (y su alta y excesiva «liberalización») hasta apoyar la resistencia contra el «acaparamiento de tierra». Como siempre, lo que cuenta aquí es tratar de captar las dinámicas sociales y las contradicciones que generan estos movimientos. La cuestión es que la simpatía y la solidaridad en todos estos casos no se tiene que basar en (ni llevar a) la creencia de la salvación de la humanidad a través de la agricultura a pequeña escala y, de hecho, queda enturbiada por esto.

Referencias

- Altieri, M.A., 2008. Small farms as a planetary ecological asset: Five key reasons why we should support the revitalization of small farms in the Global South. <http://www.foodfirst.org/en/node/2115> [Consultado el 2 de abril de 2013]
- Altieri, M.A., 2010. Scaling up agroecological approaches to food sovereignty in Latin America. *En: Wittman, Desmarais y Wiebe, eds., pgs.120-133.*
- Araghi, F. 2009. The invisible hand and the visible foot: peasants, dispossession and globalization. *En: Akram-Lodhi and Kay, eds., pgs.111-147.*
- Bello, W. y M. Baviera, 2010. Capitalist agriculture, the food price crisis & peasant resistance. *En: Wittman, Desmarais y Wiebe, eds., pp.62-75.*
- Berman, M., 1983. *All that is solid melts into air. The experience of modernity.* London: Verso.
- Bernstein, H., 1996/7. Agrarian questions then and now. *Journal of Peasant Studies*, 24(1/2), 22-59.
- Bernstein, H., 2009a. Agrarian questions from transition to globalization. *En: Akram-Lodhi y Kay, eds., pp. 239–61.*
- Bernstein, H., 2009b. V.I. Lenin y A.V. Chayanov: looking back, looking forward. *Journal of Peasant Studies* 36(1), 55-81.
- Bernstein, H., 2010a. *Class dynamics of agrarian change.* Halifax NS: Fernwood.
- Bernstein, H., 2010b. Introduction: some questions concerning the productive forces. Número especial sobre *Productive forces in capitalist agriculture: political economy and political ecology*, eds. H. Bernstein y P. Woodhouse, *Journal of Agrarian Change*, 10(1), 300-314.
- Bezner Kerr, R., 2010. Unearthing the cultural and material struggles over seed in Malawi. *En: Wittman, Desmarais y Wiebe, eds., pgs.134-151.*
- Borras, S. M. Jr., R. Hall, B. White and W. Wolford, eds, 2011. *Forum on global land grabbing.* Special issue of *Journal of Peasant Studies*, 38(2).
- Breman, J., 1996. *Footloose labour. Working in India's informal economy.* Cambridge: Cambridge University Press.
- Chambers, R., 1983. *Rural development. Putting the last first.* London: Longman.
- Chayanov, A.V., 1966. *The theory of peasant economy*, eds. D. Thorner, B. Kerblay y R.E.F. Smith. Homewood, Illinois: Richard Irwin para la Asociación Económica Americana.

- Davis, M., 2006. *Planet of slums*. London: Verso.
- Desmarais, A., 2002. The *Vía Campesina*: consolidating an international peasant and farm movement. *Journal of Peasant Studies*, 29(2), 91-124.
- Edelman, M., 2013. "Messy hectares": questions about the epistemology of land grabbing data. *Journal of Peasant Studies*, 40(3): 485-501.
- Fairbairn, M. 2010. Framing resistance: international food regimes & the roots of food sovereignty. *En: Wittman, Desmarais y Wiebe, eds.,* pgs.15-32.
- Holt-Giménez, E. y A.Shattuck, 2010. Agrofuels and food sovereignty: another agrarian transition. *En: Wittman, Desmarais and Wiebe, eds.,* pgs.76-90.
- IFAD, 2011. *Rural poverty report 2011. New realities, new challenges: new opportunities for tomorrow's generation*. Rome: IFAD.
- Isakson, R., 2009. *No hay ganancia en la milpa*: the agrarian question, food sovereignty, and the on-farm conservation of agrobiodiversity in the Guatemalan highlands. *Journal of Peasant Studies*, 36(4), 725-59.
- Lim, Li Ching, 2008. Sustainable agriculture pushing back the desert. <http://www.i-sis.org.uk/desertification.php>. [Consultado el 2 de noviembre de 2011]
- Marx, K., 1976. *Capital* Volume 1. Harmondsworth: Penguin Books.
- McMichael, P., 2006. Reframing development: global peasant movements and the new agrarian question. *Canadian Journal of Development Studies*, 27(4), 471-83.
- McMichael, P., 2009. A food regime genealogy. *Journal of Peasant Studies*, 36(1), 139– 70.
- McMichael, P., 2010. Food sovereignty in movement: addressing the triple crisis. *En: Wittman, Desmarais y Wiebe, eds.,* pp.168-185.
- Mollinga, P., 2010. The material conditions of a polarized discourse: clamours and silences in critical analysis of agricultural water use in India. *Journal of Agrarian Change*, 10 (3), 414-36.
- Oya, C., 2013. 'Methodological reflections on "land grab" databases and the "land grab" literature "rush"', *Journal of Peasant Studies*, 40(3): 503-520.
- Ploeg, J.D. van der, 2013. *Peasants and the art of farming. A Chayanovian manifesto*. Halifax NS: Fernwood.
- Reij, C., 2006. More success stories in Africa's drylands than often assumed. Presentación en el *Foro por la Soberanía Alimentaria*, Niamey, 7-10 de noviembre. http://www.roppa.info/IMG/pdf/More_success_stories_in_Africa_Reij_Chris.pdf [Consultado el 9 de noviembre de 2012]
- Scott, J. C., 1985. *Weapons of the weak. everyday forms of peasant resistance*. New Haven: Yale University Press.
- Tiffen, M. y M. Mortimore, 1994. 'Malthus controverted: the role of capital and technology in growth and environmental recovery in Kenya'. *World Development*, 22(7), 997-1010.
- Tiffen, M., M. Mortimore y F. Gichuki, 1994. *More people, less erosion. Environmental recovery in Kenya*. Chichester: John Wiley.
- Weis, T. 2007. *The global food economy. The battle for the future of farming*. London: Zed Books.
- Weis, T., 2010. The accelerating biophysical contradictions of industrial capitalist agriculture.

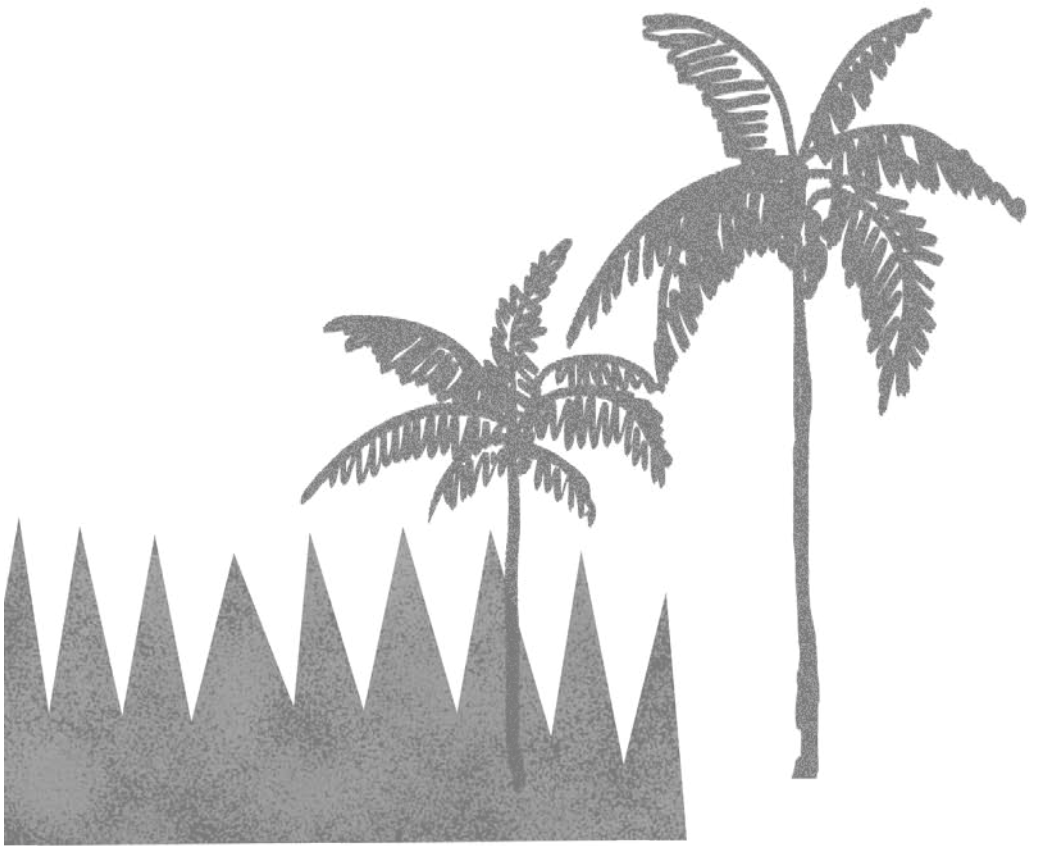
Journal of Agrarian Change, 10(3), 315–41.

Wittman, H., 2010. Reconnecting agriculture & the environment: food sovereignty & the agrarian basis of ecological citizenship. *En*: Wittman, Desmarais and Wiebe, eds., pgs.91-105.

Wittman, H., A. A. Desmarais, N. Wiebe, 2010. The origins and potential of food sovereignty. *En*: Wittman, Desmarais y Wiebe, eds., pgs.1-14.

Wittman, H., A. A. Desmarais, N. Wiebe, eds., 2010. *Food sovereignty. Reconnecting food, nature and community*. Oakland CA: Food First.

Soberanía Alimentaria:



HISTORIZAR LA SOBERANÍA ALIMENTARIA; UNA PERSPECTIVA DEL RÉGIMEN ALIMENTARIO

Philip McMichael

Introducción

Historizar la soberanía alimentaria no es tan solo reconocer sus múltiples formas y circunstancias en el tiempo y el espacio, sino también reconocer su relación con las dinámicas políticas del capital en tiempos de crisis. En otras palabras, el punto de vista actual de la soberanía alimentaria y el movimiento vienen determinados por la naturaleza del régimen alimentario al que se enfrentan. El régimen alimentario, que promete «soberanía alimentaria» a través del «libre comercio», ha perdido legitimidad a raíz de la reciente y continuada crisis alimentaria global (McMichael y Schneider 2011). Por su parte, la crisis ha desencadenado luchas que abarcan desde poner freno al acaparamiento de tierras, desahucios y monocultivos de OGM (cf Borrás y Franco 2013), hasta las iniciativas tácticas y discursivas en el seno de y entre el G8, el Banco Mundial y la FAO. En estas circunstancias, historizar la soberanía alimentaria es entender el cambio en el paisaje político desde el que tiene que actuar y contra el que se tiene que actuar.

El término «soberanía nacional» nació en la década de 1980 (Edelman 2013) y vino a representar la antítesis del régimen alimentario corporativo y sus afirmaciones (no llevadas a cabo) de «seguridad alimentaria» a través de las normas de libre comercio de la Organización Mundial de Comercio (OMC). El punto de vista y la política de la soberanía alimentaria se propusieron como una alternativa a la seguridad alimentaria basándose en una reconstrucción democrática de las agriculturas nacionales, lo que implicaba reducir los procesos de profundización de la dependencia alimentaria y la descampesinización promovidos por el marketing corporativo de los alimentos baratos que procedían «de ningún lugar» (Bové y Dufour 2001). Tal y como se indica en este capítulo, la consiguiente reestructuración del régimen alimentario altera las opciones y posibilidades para el movimiento de la soberanía alimentaria.

Historizar la soberanía alimentaria implica trazar su trayectoria política y económica, pero sus formas reales son muy diversas y su significado ha evolucionado con una flexibilidad que comprende grupos y prácticas más allá de sus raíces en lo rural, abarcando ahora tanto ámbitos rurales como urbanos. Tal y como denotan Bové y Dufour de *La Confédération Paysanne Européenne* (CPE) sobre el movimiento de la soberanía alimentaria:

“La fuerza de este movimiento global reside en que cambia de lugar a lugar...El mundo es un lugar difícil y sería un error buscar una sola respuesta para responder a fenómenos diferentes y complejos. Tenemos que proporcionar respuestas a diferentes niveles, no solo a nivel internacional, sino también a nivel local y nacional” (2001, 168).

Bajo estas circunstancias la «soberanía » alimentaria emplea una forma de «esencialismo estratégico» que anuncia la noción más compleja del «territorio de autodeterminación»; la reivindicación fundamental es que las sociedades pueden auto gestionarse por medio de sus productores rurales, de sus capacidades agrícolas y sus necesidades alimentarias nacionales. A este respecto, Polanyi anticipó la soberanía alimentaria cuando observó la presión competitiva que ejercían los cereales baratos del Nuevo Mundo sobre los productores europeos en el régimen alimentario de finales del siglo XIX, y destacó que: «los que practican el libre comercio han olvidado que la tierra forma parte del territorio de un país y que el carácter territorial de la soberanía no es tan solo el resultado de una asociación sentimental, sino de grandes hechos entre los que se incluyen los económicos» (1957, 183-4).

Plantear la cuestión «territorial» significa subrayar la relevancia y la urgencia del movimiento de la soberanía alimentaria. Tal y como se argumenta más abajo, la relevancia se refiere a la creciente incidencia del malestar político urbano bajo las condiciones de volatilidad del precio de los alimentos (con posibilidad de alianzas rurales/urbanas); y la urgencia se refiere a una extensión de la crisis económica global ya que se acentúa la insostenibilidad del consumo energético, hídrico y de los flujos de alimentación industrial, y se extiende la emergencia climática. Sostengo en este capítulo que es esta tendencia evidente (y relacionada) la que la soberanía alimentaria aborda, tanto como contramovimiento como alternativa a un régimen alimentario agotado por la crisis.

El contramovimiento de la soberanía alimentaria

La reciente «crisis alimentaria» es la culminación de una crisis agrícola más profunda asociada al largo régimen alimentario del siglo XX⁸ y a su dependencia del suministro de alimentos baratos con el fin de promover la mano de obra del capital. El modo en que se ha logrado ese suministro y bajo qué condiciones de relaciones geopolíticas y normas institucionales son factores que otorgan al régimen alimentario sus diversas formas (Friedmann y McMichael 1989). Pero la constante es una brecha metabólica que crece cada vez más⁹, es decir, se produce una desconexión de los ciclos ecológicos a medida que se alargan las cadenas de suministro alimentario, distanciando a los consumidores del expolio medioambiental que ocurre en el otro extremo de la cadena. Y lo más importante, el principio de la agricultura para la exportación de este régimen alimentario ha servido para desplazar a los productores/as gracias al acaparamiento de tierras por un lado,¹⁰ y a la conducta predatoria del mercado por otro;¹¹ y mientras que el acaparamiento de tierras es un elemento central de toda la época capitalista, el régimen de alimentos baratos (caracterizado por el *dumping*) tan solo se ha institucionalizado a nivel global durante la época neoliberal (Rosset 2006). Aquí, la agricultura para exportación tanto a través de la gestión de la deuda del Sur como de los subsidios del Norte ha erosionado las economías de las pequeñas explotaciones, provocando un contramovimiento campesino, organizado alrededor del principio de «la soberanía alimentaria» (McMichael 2005). Este principio se refiere, en última instancia, a las formas de vida adecuadas en el planeta en un tiempo de crecimiento del urbanismo y de crisis del ecosistema.

No obstante, el contramovimiento no es un simple movimiento campesino, se podría decir que es un movimiento con base en una perspectiva

8 Al igual que la «cara política de las relaciones de valor global» (Araghi 2003) el «régimen alimentario» es un medio específico histórico de orden geopolítico y ecológico-humano basado en los flujos transfronterizos de energía y alimentos (artificialmente) baratos.

9 La «brecha metabólica» de Marx se refiere a la desconexión de los ciclos nutrientes de la tierra y el agua asociados con la urbanización y la progresiva industrialización de la agricultura (Foster 1999) inherente al capital como un «régimen ecológico» (Moore 2011).

10 El acaparamiento colonial y de tierras incluía el requisado de las reservas de grano de una persona (Davis 2001).

11 El dumping de los alimentos del Norte en los mercados del Sur fue una característica de las décadas de 1980 y 1990 que ha llegado hasta el siglo XXI, al incorporarse los países del este a la UE y someterse a la colonización de los supermercados de Alemania, y Francia Dumping (La Vía Campesina, 2013a).

campesina. Desde esta perspectiva, los procesos de diferenciación social y descampesinización no solo ponen en duda la existencia del campesinado sino que son fuerzas que cuestionan un contramovimiento campesino dedicado a proteger las condiciones necesarias para existir en la tierra. Dichas condiciones pueden ser muy diversas pero lo que une a estas luchas diferentes es la violencia que ejerce el dominio del mercado instituido junto con una combinación de políticas de ajuste estructurales, las normas de comercio de la OMC y una lógica preponderante que aplica un cálculo económico a una serie de «prácticas» campesinas culturales y ecológicas más complejas (cf Ploeg 2009, 19).

Una comprensión historizada nos ayuda a ver la movilización campesina como un aviso preventivo (no demasiado) de una catástrofe socio-ecológica en proceso. *La Vía Campesina* (2000) forma parte de un contramovimiento que expresa una antinomia positiva a la agricultura industrial corporativa: replantea las condiciones necesarias para desarrollar formas resilientes y democráticas de reproducción social ancladas en la gestión sostenible del sistema alimentario por parte de los usuarios de la tierra. La importancia de los derechos de los campesinos se enmarca dentro de una perspectiva más amplia sobre cómo repensar las condiciones ecológicas y la escala a la que las comunidades pueden vivir y sobrevivir.

En consecuencia, más que centrar su política solo en las demandas de los campesinos y campesinas, el movimiento eligió un objetivo político más amplio: la «seguridad alimentaria» que mantiene un régimen que privatiza el comercio. La «soberanía alimentaria» pone en duda la racionalidad del mercado en un suministro global de alimentos y defiende los «derechos colectivos ya reconocidos por la ONU, como el derecho a la autodeterminación, el derecho al desarrollo y el derecho a una soberanía permanente sobre los recursos naturales» (Claeys 2013), restableciendo de forma efectiva la soberanía estatal en vez de la de las normas del mercado institucionalizadas en el Acuerdo sobre la Agricultura de la OMC (McMichael 2003). Podría decirse que el uso del término «soberanía» era una forma de «esencialismo estratégico» en la cara de las normas de comercio de la OMC, que amenazan la soberanía nacional. Podría parecer que esta soberanía alimentaria que lleva a la seguridad alimentaria nacional, promueve un nacionalismo reaccionario; su perspectiva, en realidad, implica tres pasos históricos: (1) volver a poner en valor los fundamentos agrarios humanos a través de la «re-territorialización» de la producción alimentaria (ecológicamente responsable), en vez de una

dependencia alimentaria de los «graneros del mundo» organizada por el régimen alimentario; (2) desafiar la violencia del principio de «ventaja comparativa» del sistema estatal, que permite a la agroindustria construir (y reconstruir) las regiones productoras del mundo, promover la agricultura para exportación a expensas de la tierra y sus habitantes en todas partes; y (3) democratizar los sistemas alimentarios con potencial para recalibrar las formas de urbanismo y fabricación como socios en vez de como predadores del campo.

Resumiendo, la soberanía alimentaria es un movimiento civil que combina una crítica a la «seguridad alimentaria» neoliberal (equiparando la agricultura para exportación con «alimentar el mundo») con los antiguos principios de autodeterminación re-enmarcados como derechos democráticos por y para ciudadanos/as y seres humanos (cf Claeys 2013). La ética principal, los alimentos como un derecho humano y no como un producto, expresa el potencial del movimiento para la politización de la «seguridad alimentaria» neoliberal.

La crisis del régimen alimentario

El incremento del hambre mundial a finales de la década del 2000 puso de relieve las consecuencias de inseguridad alimentaria del régimen alimentario y ayudó a fortalecer iniciativas dentro de Naciones Unidas para recalibrar el régimen comercial. En el contexto posterior a esta crisis alimentaria global, el Relator de Derechos Humanos de Naciones Unidas, De Schutter, también urgió a los miembros de la OMC a:

[Re]definir el modo en el que se trata la seguridad alimentaria en los acuerdos de comercio multilaterales de modo que *las políticas para alcanzar la seguridad alimentaria y la realización del derecho humano a alimento adecuado no sean tratadas de soslayo sino como objetivos principales reconocidos de una política de comercio agrícola...* Un replanteamiento más adecuado de las normas de comercio agrícola reconocería de forma más explícita que los resultados determinados por el mercado no mejoran necesariamente la seguridad alimentaria ... (2011b, 16, énfasis añadido)”.

El régimen alimentario asume en su base que el mercado es el proveedor más eficaz de seguridad alimentaria en un mundo desigual; aquí, el paso de alimentos por las fronteras es una operación perfecta de mercado y la

adhesión al principio de ventaja comparativa es lo que guía los protocolos de comercio de la OMC (lo que debilita a las pequeñas explotaciones). Esta lógica es la que ha llevado a la crisis del régimen alimentario, una crisis en la que convergen también las crisis energética, climática y financiera; y sobre el terreno esto es lo que ha estado impulsando el acaparamiento de tierra para alimentos y agrocombustibles (Houtart 2010), sumideros de carbono (Fairhead et al 2012), agua (Mehta, Veldwisch y Franco 2012), y como nuevo activo financiero (Russi 2013, Fairbairn 2013). El acaparamiento de tierra indica una reestructuración del régimen alimentario/combustible a través de la transformación de su geografía y gobernanza, además de suponer un renovado reto para los pequeños productores del mundo. Contribuye a un proceso general de reubicación de la producción alimentaria en el Sur global, revirtiendo de manera efectiva los patrones de circulación de alimentos asociados con los anteriores regímenes alimentarios.

La crisis alimentaria fue el punto de inflexión al precipitar una movilización política en ambos extremos del debate sobre el contenido y los mecanismos adecuados de la «seguridad alimentaria». Mientras los principios de libre comercio de la OMC aún se mantenían (aunque bajo la mirada crítica de los miembros clave, India, Brasil y China, del recién formado Grupo de los 20), la Cumbre Mundial sobre Alimentación que tuvo lugar en Roma en 2008 allanó el camino para la asociación público-privado en nombre de la «alimentación mundial» cuyas expectativas eran alcanzar los nueve mil millones para el año 2050.

La política de la Soberanía Alimentaria

El nacimiento del régimen alimentario/combustible ha transformado el contenido y coordenadas del régimen alimentario. En general, para el movimiento de la soberanía alimentaria ya no es tan solo el gran movimiento alimentario alrededor del mundo sino el enorme movimiento de dinero para un entorno global lo que ahora requiere atención. Los retos a los que se enfrenta el movimiento de la soberanía alimentaria en el siglo XXI abarcan desde proteger el derecho a la tierra y los recursos de las propiedades comunes hasta la lucha por un esquema de responsabilidad social de las corporaciones que se contemplan como una «lista de cómo destruir el campesinado global de una forma responsable» (De Schutter 2011a). Dado que la exportación de alimentos fluye cada vez más por las fronteras en su camino hacia los consumidores con poder adquisitivo, crece también «la dependencia alimentaria» haciendo que las poblaciones rurales y urbanas con ingresos bajos sean cada vez más vulnerables al aumento de precios.

La crisis alimentaria no está relacionada solo con el hambre y la disponibilidad de alimentos, sino que también es la expresión (y conductora) de una reestructuración del régimen alimentario que continua utilizando la desposesión como arma. Los mecanismos de descampesinización y penuria han cambiado, con nuevos acaparamientos de tierra para alimentos, piensos, combustible así como compensaciones y precios (especulativos) financierizados que sustituyen al mercado de régimen de alimentos «baratos» en el que se centraba la OMC. Lo que no varía es que estos procesos continúan buscando la legitimidad en la narrativa capitalista que representa al campesinado como una reliquia histórica que no encaja en un mundo productivo moderno. Aun así, son precisamente la experiencia y la presencia campesina las que hacen posible articular no solo el problema sino la solución a las contradicciones del régimen alimentario que amenazan la salud del ecosistema y por ende la supervivencia de la humanidad y de otras especies.

El momento de crisis ha cambiado el foco de atención hacia el Comité de Seguridad Alimentaria Mundial (CSA) de la FAO como la organización multilateral más adecuada para afrontar aspectos como la alimentación y el hambre. En este momento, con el apoyo de la región latinoamericana, el CIP para la Soberanía Alimentaria ha negociado una reforma del CSA, el resultado de esto es que la sociedad civil dispondrá de una voz institucional a través del recién formado Mecanismo de la Sociedad Civil (MSC) junto con las delegaciones de los estados miembro y el recién creado Mecanismo del Sector Privado (MSP) (McKeon 2009). A pesar de sus carencias, el CSA es un nuevo espacio para el debate a nivel global nutrido por los movimientos sociales y la sociedad civil. Tal y como afirma La Vía Campesina: «los movimientos sociales disponen ahora de una nueva herramienta internacional que pueden utilizar cuando llegue el momento de pedir a los gobiernos locales o nacionales que tomen medidas para frenar el acaparamiento de tierras» (2012b, 11).

No obstante, también reconoce que:

“Para los movimientos sociales supone un gran reto participar en una institución como el CSA porque no están necesariamente preparados para ello, en especial por su escasa cultura de la negociación y los diminutos avances que se encuentran en el centro de las negociaciones en un sistema multilateral (Ibid, 8)”.

Sin embargo, el CSA, al contrarrestar el apoyo del Banco Mundial a los derechos del capital, ha introducido el debate sobre los derechos de

los habitantes de la tierra destinada a inversión agrícola, destacando el papel desproporcionado y la importancia de la inversión de los pequeños agricultores en sistemas agrícolas. Las claves de esta iniciativa son dos marcos de políticas alternativas: las Directrices (Voluntarias) sobre la tenencia (diseñadas para reforzar el reconocimiento de la tenencia consuetudinaria de la propiedad y abordar la desigualdad de género), y el Principio de Derechos Humanos mínimo propuesto por el Relator especial de Naciones Unidas para el Derecho de Alimentación.

No obstante, en este contexto de reformulación, el Foro Económico Mundial y el G8 han contado con la Nueva Alianza para la Seguridad Alimentaria y Nutrición (NASAN), compuesta por la Unión Africana (UA), su organismo de planificación La Nueva Alianza para el Desarrollo de África (NEPAD), diversos gobiernos africanos y más de 100 empresas. Cuando el régimen comercial es vulnerable a las crisis de precios y a la prohibición de exportaciones comprobamos cómo la *asociación público-privado*,¹² que se basa en la inversión directa y subvencionada por la agroindustria, se convierte en *el nuevo mecanismo institucional del régimen alimentario*.

En resumen, las élites políticas y corporativas están maniobrando para comprometer y menoscabar la autoridad recién establecida del CSA como el foro adecuado para las iniciativas globales sobre tierra, alimentación y nutrición. El contramovimiento corporativo está en marcha. La fetichización de la agricultura a través de la especulación con la tierra como activo financiero y los casos de acaparamiento de tierra completan el atractivo plan para atar a las pequeñas explotaciones a los nuevos circuitos de valor controlados por la agroindustria y subvencionado con dinero público (McMichael 2013b)

En este contexto, los movimientos agrarios están utilizando el marco de los derechos humanos para defender el territorio y el acceso a la tierra de los sin tierra como medio legal eficaz para asegurar que «los países de origen de estas empresas regulan el comportamiento de estas en el exterior» (Saragih, citado por Monsalve-Suárez 2013, 243). Por su parte, la legislación internacional de derechos humanos también dispone del potencial para crear «alianzas más amplias entre los diferentes actores, por ejemplo, campesinas y campesinos, consumidores, profesionales del derecho, los y las responsables

12 Hasta la fecha y desde que se constituyera la Nueva Alianza en mayo de 2012, el G8 ha firmado Acuerdos Marco de Cooperación (AMC) con Benín, Burkina Faso, Costa de Marfil, Etiopía, Ghana, Malawi, Mozambique, Nigeria y Tanzania (Oxfam 2013, 3).

de las políticas y científicos, así como la capacidad de operar simultáneamente a diferentes niveles y en diferentes ámbitos de acción » (Ibid, 248).

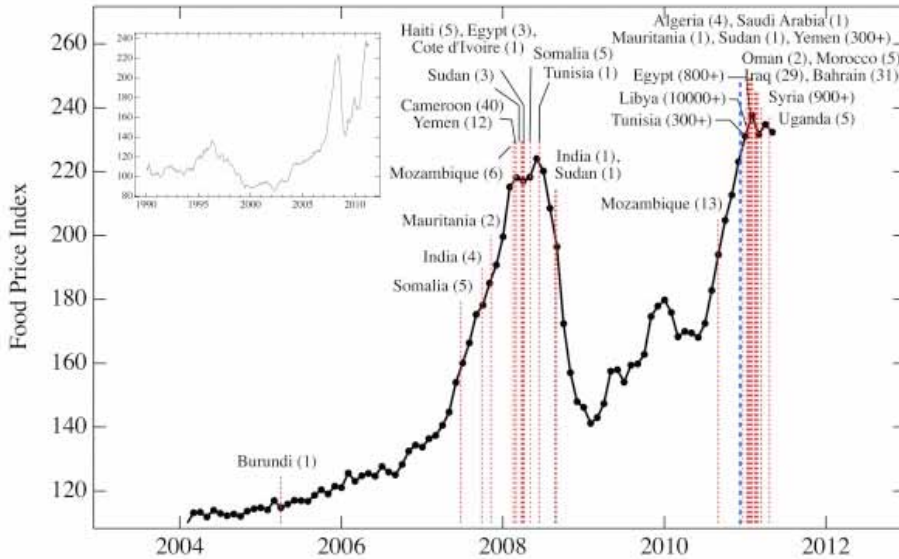
Desafíos inminentes

El acaparamiento de tierra, sea a través de medios directos o indirectos, es una forma de intensificar la relación consumo excesivo / bajo consumo que organiza el régimen alimentario (Patel 2007) al expulsar a más campesinas y campesinos hacia los barrios marginales urbanos y aumentar la dependencia alimentaria, ya que cada vez se requisa más tierra para dedicarla a cosechas para exportación. De esa forma, es probable que se renueve la lucha alimentaria en todo el Sur global, lo que contribuirá a la «urbanización» de las sensibilidades de la soberanía alimentaria. Tal y como nos recuerda Araghi (2000), la cuestión agraria se extiende mucho más allá del desplazamiento de los desposeídos del campo hacia los destinos urbanos, y esta conexión funciona en modo inverso a medida que se aclara la importancia estratégica de la agricultura.¹³

Por lo tanto, la soberanía alimentaria no trata únicamente sobre campesinas y campesinos, su importancia es universal pero con un significado local distintivo. El suministro de alimentos es el talón de Aquiles del gobierno: «no poder suministrar seguridad (alimentaria) socava la razón de la existencia principal del sistema político» (Lagi et al 2011). La lucha alimentaria «afecta a la economía política del suministro de alimentos desde una perspectiva histórica mundial, la lucha por los alimentos ha implicado siempre más que comida, su aparición ha supuesto, normalmente, un cambio en los acuerdos políticos y económicos» (Patel & McMichael 2009, 11). Podría decirse que el mundo se encuentra en los umbrales de una crisis debido a que los acuerdos políticos y económicos y la dependencia del régimen alimentario están al descubierto. La concentración de las luchas alimentarias que se puede contemplar en la Figura 1 indica «una rebelión contra la economía política del neoliberalismo tal y como se expresa en contextos locales y nacionales» (idem).

Figura 1: Inflación del precio de los alimentos y protestas.

13 En relación con esto, Cohen y Garrett señalan: «en la mayoría de los países, en ciudades que no son las más importantes, la agricultura resulta aún más vital. Comerciantes y mecánicos proporcionan insumos y aperos agrícolas; los comerciantes conectan de un modo dinámico la ciudad y el campo, y en algunas ciudades un número importante de residentes en la ciudad tienen la agricultura como medio de vida (principalmente en tierra fuera de la ciudad). El 10% de la población urbana fuera de las principales zonas metropolitanas de Egipto y Malawi mencionaron la agricultura como su principal ocupación; y el 40% de la población de algunas ciudades africanas, hasta el 50% en Latinoamérica, tienen relación con la agricultura urbana o periurbana» (2009, 6, 8). Ver también Vanhaute (2011, 57-9).



Nota: El Índice de Precios de los Alimentos desde enero de 2004 hasta mayo de 2011 superpuesto sobre una línea temporal que refleja la convulsión a nivel global. El número total de víctimas asociado con cada acontecimiento aparece entre paréntesis (Myerson 2012).

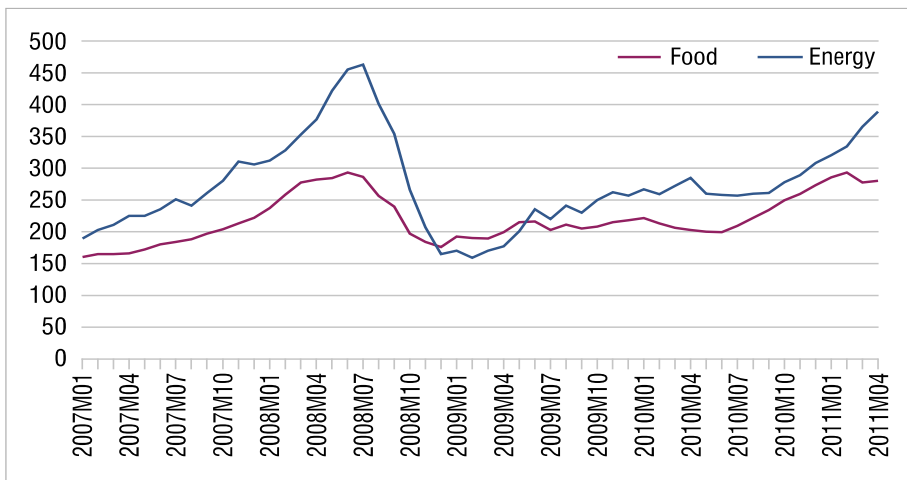
La forma en la que la política alimentaria se desenvuelve no depende tan solo de las luchas entre las corporaciones y los movimientos agrícolas por los derechos sobre la tierra y los alimentos, sino también de las potenciales alianzas entre el campo y la ciudad previstas en los recientes perfiles de la lucha alimentaria. Dado que las élites políticas y económicas continúan aplicando soluciones de mercado al déficit de alimentos, continuará también el descontento político, lo que dará mayor credibilidad a una política de soberanía alimentaria que conecta la dependencia alimentaria con el comercio por encima de los sectores agrícolas nacionales estables.

Los disturbios por los alimentos son solo un indicador de la crisis pero dirigen la atención hacia la perversidad de «vaciar el campo»¹⁴ en un momento en el que el déficit de alimentos (con base en el mercado) y la posibilidad de restaurar el campo con una agricultura ecológica de bajos insumos tiene

14 Si no vaciando el campo sí, al menos, ejerciendo la discriminación sobre los y las pequeñas productoras al aumentar el precio de los insumos (relacionados con el precio de la energía), debilitar los precios y las ayudas a los créditos, con lo que se ve afectada su capacidad para incrementar la producción cuando aumenta el precio del producto. (El-Dukheri et al 2011, Patnaik 2008).

relación también con las crisis energética y climática a las que se enfrenta el mundo. La merma en la productividad biofísica de la agricultura industrial (agotamiento del suelo y de la eficiencia del uso de nitrógeno) requiere aumentar el uso de fertilizantes sintéticos (con base de combustibles fósiles) cuando estos han duplicado su precio desde 1960 y el precio de la energía está subiendo (Ploeg 2010, Cribb 2010, 76, Weis 2007). En la Figura 2 se muestra la escasa distancia de separación entre las líneas de evolución de los precios de los alimentos y la energía.

Figura 2: Precio internacional de la energía y los alimentos.



(Índice, corriente, US\$2000 – 100)

Fuente: Banco Mundial, grupo de análisis de perspectivas DEC (Loening y Ianchovichina 2011, 17).

Más allá de que el alza del precio de la energía incremente el precio de los alimentos, el incremento de los costes del material de la agroindustrialización (energía, ecosistema, agotamiento) subrayan la importancia del énfasis que el contramovimiento de la soberanía alimentaria pone sobre las práctica agrícolas multifuncionales. La Vía Campesina defiende ahora la agroecología en previsión de un agravamiento de la crisis de la agricultura industrial, y afirma que «para alimentar a los pueblos del futuro tenemos que alimentar la tierra» (2010, 6). Para este proyecto son vitales las prácticas intensivas de conocimiento que reducen el uso de químicos y otros insumos comerciales en la agricultura, además de instaurar de nuevo los conocimientos ecológicos fundamentales tanto para los sistemas democráticos como para los sistemas

alimentarios sostenibles (Rosset y Martínez-Torres 2012, Massicotte 2014).¹⁵ Mientras el moderno capitalismo promueve la «agricultura sin campesinas y campesinos», el monocultivo extensivo depende enormemente de la energía y de los insumos mecánicos y químicos. El movimiento de la soberanía alimentaria ve la multifuncionalidad de la agricultura como una práctica ecológica y cultural que se basa en una mano de obra cualificada y la economía solidaria de compartir semillas.

Por lo tanto, el contramovimiento de la soberanía alimentaria está desarrollando escuelas de agroecología y redes de asistencia a personas agricultoras que están en proceso de conversión o consolidación hacia la agricultura ecológica, además de promover públicamente la reorientación de la investigación y de los sistemas de extensión que apoyan la innovación agroecológica y el crecimiento a través de organizaciones de campesinas y campesinos (Ibid, 13). Al mismo tiempo, las prácticas campesinas incluyen la innovación constante para la supervivencia de la tierra en estas condiciones de cambio climático.

Mientras tanto, las respuestas convencionales a las emisiones que causan el cambio climático organizadas a través del mercado de carbono con el objetivo de promocionar la trayectoria de la nueva «economía verde» amenazan con convertir la tierra de cultivo en sumideros de carbono, intensificando la presión sobre el movimiento de la soberanía alimentaria para que proteja a las campesinas y campesinos y sus tierras no solo de los alimentos baratos y del acaparamiento de tierra sino también del actual «acaparamiento verde» (Fairhead, Leach y Scoones 2012). El acaparamiento verde utiliza el comercio de carbono como método para reparar el medio ambiente o como guardián para resolver problemas sistémicos: «De este modo, los viveros de árboles reemplazarán los campos y tierras de barbecho de campesinas y campesinos con el fin de absorber las emisiones de dióxido de carbono procedentes del sistema industrial. Los bosques tropicales y los conocimientos de sus habitantes serán los que proporcionen servicios a la industria del Norte, a los investigadores y a los turistas» (Lohman 1993, 158).

15 De este modo, La Vía Campesina sostiene que su propia investigación muestra que: «las explotaciones agroecológicas son sustancialmente más productivas (y) realizan una agricultura más integrada que combina cultivo y ganadería, cultivos intercalados y de rotación, utilizan la agrosilvicultura y, en general, muestran un mayor nivel de biodiversidad funcional. Estos sistemas no son solo más productivos sino que tienen un coste mucho menor, especialmente en términos de maquinaria y productos químicos» (2010, 10).

Para las pequeñas explotaciones y poblaciones de los bosques esta adaptación al cambio climático supondrá una intensificación de la amenaza¹⁶ lo que abrirá un nuevo frente en la lucha por construir la soberanía alimentaria y por valorar el mundo natural como una fuente de vida en vez de como un sumidero de carbono.

Conclusión

A medida que ha evolucionado el régimen alimentario corporativo, desde saturar el mercado con alimentos baratos (subvencionados) ante campesinos y campesinas cada vez más desprotegidos y apropiarse de la tierra para destinarla a cosechas para exportación, hasta el desplazamiento de las normas comerciales de la OMC mediante protección (dirigida), la intervención inicial de la soberanía alimentaria ha madurado tanto en perspectiva como en circunstancias. La crisis confiere credibilidad pero también concede poder a las nuevas iniciativas del capital para hacer retroceder los objetivos conseguidos por el movimiento, un proceso posible gracias a la complicidad de los estados neoliberales. Este síndrome explica en parte por qué la soberanía alimentaria resuena en las comunidades locales que están viviendo la austeridad y la falta de alimentos, aun cuando el movimiento de la sociedad civil continua la lucha a nivel global por el reconocimiento y la redistribución tanto de la generosidad como de la perspectiva, pero los estados/gobiernos se lanzarán a la pista de baile a medida que las condiciones empeoren y el nuevo aumento del precio de los alimentos provoque alianzas entre clases/sectores.

Estas alianzas son incipientes y puntuales pero es probable que se consoliden bajo la presión de la crisis ya que la cuestión de la alimentación se entiende por lo que es: una relación política duradera que no puede ser fetichizada/reducida a la pregunta de «cuánto» sino que es una relación política y ecológica. El hecho de que más de la mitad de la producción mundial de alimentos proceda de pequeñas explotaciones, hay estimaciones que la sitúan en más de un 70% (ETC 2009), es una razón importante para reivindicar el apoyo a esta clase de productores (por ejemplo, revertir las subvenciones a la energía, a las agroindustrias y a las exportaciones), incluyendo al «campesinado» urbano. De este modo: «según cálculos, unos 200 millones de habitantes de la ciudad producen alimentos para el mercado urbano, lo que supone un 15–20% de la producción total global de alimentos (Cohen y Garrett 2009, 9). Este es un fundamento para nacionalizar la

16 Cf McMichael (2009a).

seguridad alimentaria y ofrece una respuesta clara a aquellos que fetichizan la agricultura para exportación como solución al hambre global. Debería ser una parte importante de la contranarrativa, una que solo subraya la importancia de una agricultura local y regenerativa como solución a la crisis combinada que afronta el planeta.

La sabiduría inherente a la soberanía alimentaria, como utopía real, inspira cambios y es implícita o explícita en la asociación que hacen consumidores, pequeñas explotaciones y clases urbanas entre el régimen alimentario y la inseguridad alimentaria. Las comunidades están desarrollando estrategias de adaptación que entrelazan con las perspectivas de la soberanía alimentaria, independientemente de su denominación. A veces pasan desapercibidas pero muchas de estas iniciativas buscan lograr prácticas resilientes, no exentas de contradicción, especialmente en lo que se refiere a olvidar la justicia social; pero estas son semillas cuyo fruto será imprevisible, desde el origen de la transición en Kinsale, Irlanda, pasando por la Detroit Black Community Food Security Network y D-town Farm hasta un descentralizado «movimiento social con raíces en las comunidades de México pero relacionado con los esfuerzos de la soberanía alimentaria global» (Baker 2013, 3-4). Las comunidades políticas se están formando de antemano, están creando redes de conocimiento como el *Movimiento Campesino a Campesino* (MCAC) e intercambiando semillas (Holt-Giménez 2006, Da Via 2012). En Canadá la soberanía alimentaria conlleva una mayor importancia el papel que desempeñan las ONG a la hora de proporcionar servicios para acceder a los alimentos en lugares abandonados por el estado (Martin y Andree 2014), dando lugar a que la comunidad establezca planes de gestión con respecto a la alimentación (cf Friedmann 2011).

Esta «urbanización» de la soberanía alimentaria subraya el potencial para establecer lazos entre los movimientos rurales y urbanos que implícitamente comprenden la vulnerabilidad de un mundo ecológico comprometido, y del punto de vista neoliberal de bancarrota social, que propone soluciones de mercado a la cuestión alimentaria. Por todo esto, la soberanía alimentaria se ve constantemente envuelta en una tensión dialéctica con el régimen alimentario, y mientras los términos del poder luchan por desarrollarse a través del tiempo y del espacio (como se ha visto anteriormente) es, en última instancia, un conflicto entre diferentes puntos de vista con respecto a la agricultura; bien como un sector económico con unidades de producción que emplea cálculos del mercado a corto plazo, o como un paisaje habitado por

campesinas, campesinos/pastores/pescadores bajo la guía de las relaciones ecológicas sostenibles. Es decir, mientras la lucha refleje la desigualdad histórica del poder estará cada vez más definida por la regeneración de energía y clima, lo que altera fundamentalmente las condiciones posibles de supervivencia humana.

Referencias

- Abramsky, S. 2013. Dust Bowl Blues. *The Nation*, 5/12 de agosto, 14-19.
- Araghi, F. 2000. The great global enclosure of our times: Peasants and the agrarian question at the end of the twentieth century. En F. Magdoff, J.B. Foster y F.H.
- Buttel, eds. *Hungry for Profit*. New York: Monthly Review Press. 2003. Food regimes and the production of value: Some methodological issues. *The Journal of Peasant Studies*, 30(2), 337–68. 2009. Accumulation by displacement: global enclosures, the food crisis, and the ecological contradictions of capitalism. *Review*, XXXII(1), 113–46.
- Baker, L. 2013. *Corn Meets Maize: Food Movements and Markets in Mexico*. Boulder, CO: Rowman and Littlefield.
- Borras, S., y J. C. Franco. 2013. Global land grabbing and political reactions ‘from below.’ *Third World Quarterly*, 34(9), 1723-47.
- Bové, J., y F. Dufour. 2001. *The World Is Not for Sale*. London: Verso.
- Claeys, P. 2013. From food sovereignty to peasants’ rights: An overview of Via Campesina’s struggle for new human rights. *El Libro Abierto de La Via Campesina: Celebrando 20 años de lucha y esperanza*. Disponible en: <http://viacampesina.org/downloads/pdf/openbooks/EN-02.pdf>
- Cohen, M. J., y J. L. Garrett. 2009. The food price crisis and urban food (in)security. *Human Settlements Working Paper Series*. London & New York: iied/UNFPA. Disponible en: <http://www.iied.org/pubs/display.php?o=10574IIED>
- Cribb, J. 2010. *The Coming Famine. The Global Food Crisis and What We Can Do About It*. Berkeley: University of California Press.
- Da Vía, E. 2012. Seed diversity, farmers’ rights, and the politics of repeasantization. *International Journal of Sociology of Agriculture and Food*, 19(2), 229-242.
- Davis, M. 2010. Who will build the ark? *New Left Review*, 61, 10-25.
- De Schutter, O. 2011a. La manera incorrecta de pensar sobre el acaparamiento de tierras. *Relator especial de Naciones Unidas sobre el Derecho a la Alimentación, Nota de prensa*. Bruselas. Disponible en: <http://www.srfood.org/en/how-not-to-think-about-land-grabbing>
- _____. 2011b. The World Trade Organization and the post-global food crisis agenda. *Nota informativa 04*, noviembre. Roma: FAO/Naciones Unidas.
- Edelman, M. 2013. Soberanía alimentaria: Genealogías olvidadas y futuros desafíos. *Soberanía alimentaria: un diálogo crítico*, Conferencia Internacional, Yale University, 14-15 septiembre. Disponible en: <http://www.yale.edu/agrarianstudies/foodsovereignty/papers.html>
- El-Dukheri, I., N. Elamin and M. Kherallah. 2011. Farmers’ response to soaring food prices in the Arab region. *Food Security*, 3(1), S149-S162.

- ETC. 2009. Who Will Feed Us? *ETC Group Communiqué*, 102 (noviembre). Disponible en: www.etcgroup.org.
- Fairbairn, M. 2013. 'Like gold with yield': Evolving intersections between farmland and finance. *Soberanía alimentaria: un diálogo crítico*, Conferencia Internacional, Yale University, 14-15 septiembre. Disponible en: <http://www.yale.edu/agrarianstudies/foodsovereignty/papers.html>
- Fairhead, J., M. Leach, y I. Scoones. 2012. Green grabbing: A new appropriation of nature? *The Journal of Peasant Studies*, 39(2), 237–62.
- Foster, J. B. 1999. Marx's theory of the metabolic rift: classical foundations for environmental sociology. *American Journal of Sociology*, 105(2), 366-405.
- Friedmann, H. 2000. What on earth is the modern world-system? Foodgetting and territory in the modern era and beyond. *Journal of World-Systems Research*, 1(2), 480–515.
- _____. 2005. From colonialism to green capitalism: Social movements and the emergence of food regimes. En F.H. Buttel and P. McMichael (eds.), *New Directions in the Sociology of Global Development* 11, 229–67. Oxford: Elsevier.. 2011. Food sovereignty in the Golden Horseshoe region of Ontario. En H.
- Wittman, A.A. Desmarais, y N. Wiebe, eds. *Food Sovereignty in Canada: Creating Just and Sustainable Food Systems*. Halifax: Fernwood.
- Friedmann, H., y P. McMichael. 1989. Agriculture and the state system: The rise and fall of national agricultures, 1870 to the present. *Sociologia Ruralis*, 29(2), 93–117.
- Friedmann, H., y A. McNair. 2008. Whose rules rule? Contested projects to certify 'local production for distant consumers'. *Journal of Agrarian Change*, 8(2–3), 408–434.
- Holt-Giménez, E. 2006. *Campesino-a-Campesino: voces de Latinoamérica movimiento campesino a campesino para la agricultura sustentable*. Oakland: Food First Books.
- Houtart, F. 2010. *Agrofuels: Big profits, ruined lives and ecological destruction*. London & New York: Pluto Press.
- Lagi, M., Bertrand, K.Z., y Yaneer, B.Y. 2011. *The Food Crises and Political Instability in North Africa and the Middle East*. Cambridge, MA: New England Complex Systems Institute.
- Martin, S., y P. Andree. 2014. A seat at the neoliberal table: From food security to food sovereignty in Canada. En P. Andree, J. Ayres, M. Bosia y M-J. Massicotte, eds. *Globalization and Food Sovereignty*. Toronto: University of Toronto Press.
- Massicotte, M-J.. 2014. Beyond political economy: Political ecology and La Vía Campesina's struggle for food sovereignty through the experience of the Escola Latinoamericana de Agroecología (elaa), Brazil. en P. Andree, J. Ayres, M. Bosia y M-J. Massicotte, eds. *Globalization and Food Sovereignty*. Toronto: University of Toronto Press.
- McKeon, N. 2009. *The United Nations and Civil Society. Legitimizing Global Governance: Whose Voice?* London: Zed.
- McMichael, P. 2003. Food security and social reproduction: issues and contradictions. En I. Bakker and S. Gill, eds. *Power, Production and Social Reproduction*. New York: Palgrave Macmillan.
- _____. 2005. Global development and the corporate food regime. En F. H. Buttel y P. McMichael, eds. *New Directions in the Sociology of Global Development* 11, 229–67. Oxford: Elsevier.. 2008. The peasant as 'canary'? Not too early warnings of global catastrophe. *Development*, 51(4), 504-511. Número especial: Future of Agriculture

- _____. 2009a. Contradictions in the global development project: geo-politics, global ecology & the 'development climate'. *Third World Quarterly*, 30(1), 247-262.
- _____. 2000b. A food regime analysis of the 'world food crisis.' *Agriculture and Human Values*, 26, 281-295.. 2012. The 'land grab' and corporate food regime restructuring. *The Journal of Peasant Studies*, 39(3/4), 681-701.. 2013a. "Land grabbing as security mercantilism in international relations. *Globalizations*, 10(1): 47-64.
- _____. 2013b. Value-chain agriculture and debt relations: Contradictory outcomes. *Third World Quarterly*, 34(4), 671-90.. 2013c. *Food Regimes and Agrarian Questions*. Halifax: Fernwood Press.
- McMichael, P., y M. Schneider. 2011. Food security politics and the Millennium Development Goals. *Third World Quarterly*, 32(1), 119-139.
- Moore, J. 2011. Transcending the metabolic rift: a theory of crisis in the capitalist world ecology. *The Journal of Peasant Studies*, 38(1), 1-46.
- Myerson, J.A. 2012. The real reason the Middle East is rioting. *Pacific Standard*, 13 septiembre. Disponible en: <http://www.psmag.com/politics/why-the-middle-east-is-rioting-46792/>
- Oxfam. 2013. The New Alliance: A New Direction Needed. *Nota informativa de Oxfam*, septiembre.
- Patel, R. 2007. *Stuffed and Starved: Markets, Power and the Hidden Battle over the World's Food System*. London: Portobello Books.
- Patel, R., y P. McMichael. 2009. A political economy of the food riot. *REVIEW*, XXXII(1), 9-36.
- Patnaik, P. 2008. The accumulation process in the period of globalization. *Economic & Political Weekly*, 28, 108-113.
- Ploeg, J.D. 2009. *The New Peasantries: Struggles for Autonomy and Sustainability in an Era of Empire and Globalization*. London: Earthscan.. 2010. The food crisis, industrialized farming and the imperial regime. *Journal of Agrarian Change*, 10(1), 98-106.
- Polanyi, K.. 1957. *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*. Boston: Beacon Press.
- Rosset, P. 2006. *Food Is Different: Why We Must Get the WTO Out of Agriculture*. Halifax: Fernwood.
- Rosset, P. y M-E. Martinez-Torres. 2012. Rural social movements and agroecology: context, theory and process. *Ecology and Society*, 17(3), 17. Disponible en: www.ecologyandsociety.org/vol17/iss3/
- Russi, L. 2013. *Hungry Capital: The Financialization of Food*. Winchester, UK: Zero Books.
- Vanhaute, E. 2011. From famine to food crisis: what history can teach us about local and global subsistence crises. *The Journal of Peasant Studies*, 38(1), 47-66.
- Vía Campesina. 2000. Declaración de Bangalore de La Vía Campesina, 6 octubre. Disponible en: http://viacampesina.org/main_en/index.php?option=com_content&task=view&id=1453&Itemid=1428.
2006. Sovranita Alimentare, Final Declaration. Disponible en: www.viacampesina.org/main_en/index.php?option=com_content&task=view&id=180&Itemid=27
2010. Peasant and Family-Farm-based Sustainable Agriculture Can Feed the World. *Vía Campesina Views*, Jakarta, septiembre.

- 2012a. The people of the world confront the advance of capitalism: Rio +20 and beyond. Disponible en: <http://viacampesina.org/en/index.php/actions-and-events-mainmenu-26/-climate-change-and-agrofuels-mainmenu-75/1248-the-people-of-the-world-confront-the-advance-of-capitalism-rio-20-and-beyond>
- 2012b. The Committee on World Food Security (CFS): A new space for the food policies of the world, Opportunities & Limitations. *LVC Notebook #4.* 2013a. Europa: los campesinos y campesinas necesitan también derechos reconocidos y específicos. Disponible en: <http://viacampesina.org/en/index.php/main-issues-mainmenu-27/human-rights-mainmenu-40/1464-specific-rights-for-peasants-are-also-important-for-european-farmers>.
- 2013b. Climate Summit: Don't turn farmers into 'climate smart' carbon traders! noviembre 7. Disponible en: <http://viacampesina.org/en/index.php/actions-and-events-mainmenu-26/-climate-change-and-agrofuels-mainmenu-75/1515-climate-summit-don-t-turn-farmers-into-climate-smart-carbon-traders>.
- Weis, T. 2010. The accelerating biophysical contradictions of industrial capitalist agriculture. *Journal of Agrarian Change*, 10(3), 315–41. 2013. *The Ecological Hoofprint*. London & New York: Zed Books.



SOBERANÍA ALIMENTARIA: GENEALOGÍAS OLVIDADAS Y FUTUROS DESAFÍOS

Marc Edelman

As is well known, criticizing one's friends is more demanding and therefore more interesting than to expose once again the boring errors of one's adversaries.

—Albert O. Hirschman,
A Propensity to Self-Subversion (1995, 58)

Introducción

Desde mediados de la década de 1990, la «soberanía alimentaria» ha surgido como un poderoso marco de movilización para los movimientos sociales, un conjunto de normas legales y casi legales y prácticas con el objetivo de transformar los sistemas alimentarios y agrícolas además de un indicador de flotación libre lleno de contenidos variados. Es a la vez un slogan, un paradigma, una mezcla de políticas prácticas y una aspiración utópica. Ha contribuido a la formación de coaliciones transnacionales de base amplia y se ha incorporado a las normas legales, incluyendo las constituciones nacionales de Venezuela, Senegal, Mali, Nicaragua, Ecuador, Nepal y Bolivia (Beauregard 2009, Gascón 2010, 238–242, Muñoz 2010, Beuchelt y Virchow 2012). En este capítulo se reconoce la idea de que la «soberanía alimentaria» ha contribuido de muchas maneras y en muchas partes del mundo a la realización de una agenda progresiva en cuestiones alimentarias y agrícolas. Al mismo tiempo, el concepto y la forma en la que se entiende tradicionalmente tienen muchas limitaciones. El objetivo de este capítulo es ampliar el debate a través de un breve análisis de diversas dimensiones de la «soberanía alimentaria» que hasta ahora no han recibido suficiente atención. Las observaciones escépticas que se exponen a continuación se muestran con un espíritu de profunda simpatía y solidaridad con el proyecto de soberanía alimentaria, que solo puede avanzar si quienes lo proponen agudizan su enfoque crítico y reconocen lo abrumadores que son los desafíos

La historia de su origen

Todos los grupos sociales tienen sus historias de origen y mitos, que sirven para reafirmar las identidades y valores compartidos, para movilizar y unir colectivos, para definir adversarios y para conectar el presente con el pasado. En el caso de la soberanía alimentaria la consideración canónica se repite más o menos de la misma forma casi en cada análisis, tanto sea por investigadores-activistas (Windfuhr y Jonsén 2005, 45–52, Martínez-Torres y Rosset 2010, Wittman *et al.* 2010, Focus on the Global South 2013) como por los escépticos (Beuchelt y Virchow 2012, 260, Hospes 2013). Los siguientes elementos se repiten en la mayoría de la bibliografía sobre soberanía alimentaria:

1. La soberanía alimentaria fue debatida por primera vez por La Vía Campesina en su segunda Conferencia Internacional de Tlaxcala, México, en 1996.
2. La Vía Campesina y sus aliados «lanzaron» o hicieron pública una llamada a la soberanía alimentaria en la Conferencia Mundial de la Alimentación patrocinada por la FAO en 1996 en Roma.
3. Unieron la «soberanía alimentaria» a la «seguridad alimentaria» que se vio como un concepto contrario, deficiente y «mediocre» (Rosset y Martínez-Torres 2013, 6) por razones que se verán más adelante en este documento.
4. La idea y la práctica de la soberanía alimentaria se perfeccionaron en diversas reuniones internacionales de movimientos campesinos y agricultores, además de otras organizaciones de la sociedad civil, incluyendo las de La Habana (Foro Mundial 2001), Roma (Foro de las ONG/ OSC 2002), Sélingué, Mali (Foro de Nyéléni 2007), y Ciudad de México (Vía Campesina 2012).

Hay algo más respecto a la historia del origen de la soberanía alimentaria, que se refiere a los investigadores que han escrito sobre el concepto y su origen. En octubre de 2012, el relator especial de La ONU para el Derecho a la alimentación, Olivier De Schutter, realizó un discurso inaugural en la ceremonia anual del Premio Soberanía Alimentaria en Nueva York. De Schutter comenzó su discurso ante la audiencia neoyorquina remarcando que «el primer investigador que había utilizado el concepto de soberanía

alimentaria era alguien de Nueva York, Marc Edelman, en un libro titulado *Campesinos contra la globalización* en el año 1999» (De Schutter 2012, Edelman 1999, 102–103).

Vi el vídeo del discurso de De Schutter, con una sensación de halago por supuesto, pero también experimentando cierta incredulidad puesto que no recordaba haber utilizado «soberanía alimentaria» en mi libro *Campesinos contra la globalización: Movimientos sociales rurales en Costa Rica*. Fui al índice del libro y después a las notas de campo y transcripciones de las entrevistas recogidas desde finales de la década de 1980 y 1990, donde encontré algunas referencias a la «soberanía alimentaria», normalmente en relación con el descarte de los excedentes de maíz de Estados Unidos que minaba a los productores nacionales. El registro documental de una mesa redonda que tuvo lugar a principios de 1991, indica que los activistas rurales de Costa Rica emplearon el término soberanía alimentaria en relación con el descarte y también para hablar de la *soberanía en las exportaciones* (Alforja 1991, 1, 7). Para ellos esto significaba que las empresas extranjeras no controlarían las exportaciones agrícolas de Costa Rica.

Una nueva e importante herramienta de investigación lexicográfica arroja más luz sobre los orígenes de la soberanía alimentaria y también rebate de una vez por todas la idea de De Schutter de que yo fui «el primer investigador que realmente había utilizado este concepto». Google dispone de una herramienta de búsqueda llamada Ngram Viewer que permite buscar la frecuencia relativa con la que ciertas palabras o frases aparecen en los textos.¹⁷ También es posible explorar fuentes específicas que emplean la búsqueda del término en períodos delimitados. En las imágenes 1 y 2 se ve una representación gráfica de los datos del Ngram para «food sovereignty» y «soberanía alimentaria» respectivamente. Ambas gráficas muestran un pronunciado aumento en las búsquedas a finales de la década de 1990, un reflejo del creciente tirón en ese momento del concepto de soberanía alimentaria, tal y como lo empleaban La Vía Campesina y sus aliados. No obstante, ambas gráficas también muestran un significativo aunque más pequeño repunte desde comienzos hasta mediados de la década de 1980. El escrutinio de estos datos complica aún más la historia del origen de la soberanía alimentaria.

En el año 1983 el gobierno mejicano anunció un nuevo *Programa Nacional*

17 Ver Egnal (2013) y Rosenberg (2013) en Ngram.

de Alimentación, PRONAL (Comisión Nacional de Alimentación 1984).¹⁸ El primer objetivo del PRONAL era «procurar la soberanía alimentaria», un concepto que se entendió como «más que la autosuficiencia en alimentos, implica el control nacional sobre los diversos aspectos de la cadena alimentaria reduciendo así la dependencia sobre el capital extranjero y bajando las importaciones de alimentos básicos, insumos y tecnología» (Heath 1985, 115). Está claro que el ascenso que se percibe en las líneas de las gráficas a mediados de la década de 1980 está directamente relacionado con este programa del gobierno mejicano y con su retórica sobre la soberanía alimentaria. Muchos investigadores que escriben en inglés y en español, incluyendo a Esteva (Esteva 1984, Austin y Esteva 1987), Heath (1985), y Sanderson (1986)—utilizaron el término en este contexto. La complicación genealógica que esto representa en cuanto a la historia del origen de la soberanía alimentaria de Vía Campesina (y su casi aceptación universal por parte de los investigadores) es obvia.¹⁹ Lo que no está tan claro (y probablemente no se sepa) es si México exportó el lenguaje de la «soberanía alimentaria» a Centroamérica a través de los medios de comunicación, por el contacto entre movimientos campesinos con otros grupos de la sociedad civil o si el nacimiento de este término en Centroamérica es un caso de simultaneidad de la invención.²⁰

18 Dos años antes, la frase «soberanía alimentaria» aparece en los debates del programa de ayuda alimentaria de Canadá, en el que uno de los oradores mencionaba que «la primera prueba de la soberanía real de cualquier nación emergente es la soberanía alimentaria» (Canadian Institute of International Affairs 1981, 107). No obstante, el término no cuajó en aquel momento.

19 Martínez-Torres y Rosset están en lo cierto «la soberanía alimentaria es un concepto acuñado a través de una apropiación activa e inventiva del lenguaje» (2010, 161). No obstante, en lo que ellos y otros activistas de Vía Campesina no cayeron es en que parece que el lenguaje se ha tomado, aunque sea de forma indirecta, del PRONAL y del presidente mejicano Miguel de la Madrid (que probablemente no es político o intelectual más inspirador para estos investigadores y activistas.)

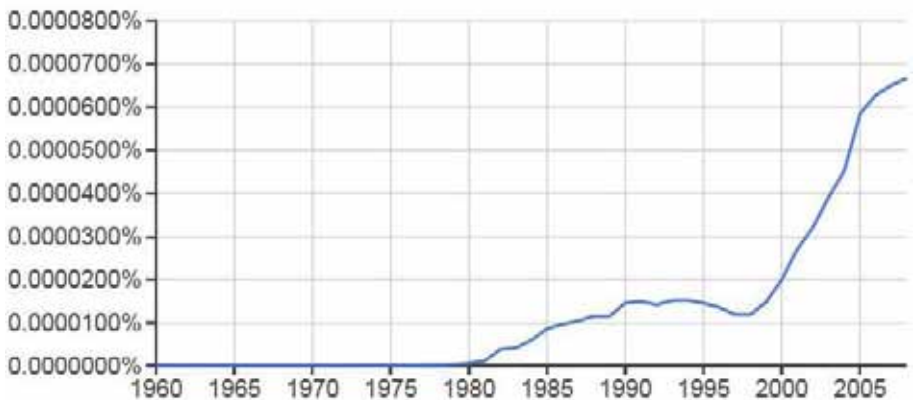
20 Para ver los contactos de este periodo entre los activistas campesinos de Méjico y Centroamérica, consultar Boyer (2010) y Holt-Giménez (2006). Puede resultar llamativo que la conferencia de Vía Campesina de 1996 que adoptó el programa de soberanía alimentaria tuviera lugar en México, donde los movimientos locales habrían tenido, por lo menos, alguna idea de la retórica del gobierno de De la Madrid respecto a la «soberanía alimentaria».

Gráfica 1: Frecuencia con la que aparece el término «soberanía alimentaria» en la base de datos de Google Books en inglés entre 1960-2009



Fuente: Google Ngram, 11 de diciembre de 2013

Gráfica 2: Frecuencia con la que aparece el término «soberanía alimentaria» en la base de datos de Google Books en español entre 1960-2009



Fuente: Google Ngram, 11 de diciembre de 2013

¿Qué tiene de diferente la seguridad alimentaria?

En el año 1996 La Vía Campesina avanzó la «soberanía alimentaria» como una alternativa al concepto de «seguridad alimentaria» de la FAO. Sin embargo, ¿son ideas totalmente opuestas? A mediados de la década de 1990 había unas 200 definiciones de «seguridad alimentaria» en publicaciones

escritas (Clay 2003). Algunas de esas definiciones se solapan sustancialmente con la idea emergente de la «soberanía alimentaria» y, como Patel reconoce, «la soberanía alimentaria está...sobredefinida. Hay muchas versiones de este concepto y es muy difícil saber exactamente qué significa» (2009, 663).

La seguridad alimentaria ya se consideraba parte de la agenda de los derechos humanos en la conferencia de gobiernos aliados que tuvo lugar en Hot Springs, Virginia, en 1943 y que dio lugar a la FAO (Valente 2002, Shaw 2007, 8–10). Tres décadas después, en la Cumbre Mundial sobre la Alimentación de 1974, que se desarrolló en un contexto de agravamiento de la escasez, se ajustó la definición de seguridad alimentaria a «la disponibilidad en todo momento de existencias mundiales suficientes de alimentos básicos para mantener una expansión constante del consumo y contrarrestar las fluctuaciones de la producción y los precios» (citado en Clay 2003, 27). Esta definición se centra especialmente en los países y en el consumo total más que en el nivel familiar o individual. Durante este periodo la seguridad alimentaria se desvincula cada vez más de los derechos humanos y se centra más en la producción y provisión en relación con los criterios de necesidad física y nutritiva (Shaw 2007, Valente 2002). En las dos décadas siguientes, la FAO añadió elementos adicionales a su definición, incluyendo «el acceso» para todo el mundo, la seguridad alimentaria y el equilibrio nutricional, además de preferencias culturales (Clay 2003). Este nuevo énfasis en el consumo y el acceso para todo el mundo incluye a los pueblos vulnerables, como se reflejaba en el influyente trabajo de Amartya Sen (1981) respecto a los «derechos». Sin embargo, la teoría del derecho también contribuyó a un cambio en la seguridad alimentaria apartando la idea de la nación y enfocándola hacia el núcleo familiar o el individuo como la unidad relevante segura o insegura (Fairbairn 2010, 24).

Algunas de las definiciones que se citan con más frecuencia sobre «seguridad alimentaria» desarrolladas en la década de 1980 y comienzos de 1990 contienen elementos que figuran posteriormente en la idea de «soberanía alimentaria». Tomemos por ejemplo, la definición de Solon Barraclough desarrollada como parte de un estudio patrocinado por el Instituto de Investigación de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social:

“La seguridad alimentaria se puede definir como el acceso constante y seguro de todos los grupos sociales e individuos a la comida, adecuada en cantidad y calidad para cubrir las necesidades nutritivas.

Un sistema alimentario que ofrece seguridad alimentaria debería tener las siguientes características: (a) capacidad para producir, almacenar e importar suficiente comida para cubrir las necesidades básicas de todos los grupos; (b) máxima autonomía y autodeterminación (sin implicar autarquía), reduciendo la vulnerabilidad con respecto a las fluctuaciones del mercado internacional y las presiones políticas; (c) fiabilidad, de modo que las variaciones estacionales y cíclicas en el acceso a la comida sean mínimas; (d) sostenibilidad de tal modo que el sistema ecológico esté protegido y se mejore con el tiempo; y (e) equidad, entendiendo esto como el acceso mínimo y fiable a alimento adecuado para todos los grupos sociales.” (Barracough 1991, 1)

Téngase en cuenta la preocupación con «autonomía y autodeterminación»; «sostenibilidad» y protección del «sistema ecológico»; y «equidad». Ahora compárese la declaración «original» de 1996 de La Vía Campesina, en la Cumbre Mundial sobre Alimentación de Roma:

No se puede alcanzar la seguridad alimentaria sin contar con aquellos que producen los alimentos. Cualquier debate que ignore nuestra contribución no podrá erradicar la pobreza y el hambre. La alimentación es un derecho humano básico. Este derecho solo se puede llevar a cabo en un sistema en el que se garantice la soberanía alimentaria. La soberanía alimentaria es el derecho de cada nación a mantener y desarrollar su propia capacidad de producir sus alimentos básicos respetando la diversidad productiva y cultural. Tenemos derecho a producir nuestros propios alimentos en nuestro territorio. La soberanía alimentaria es una condición previa para una verdadera seguridad alimentaria. (citado en NGLS Roundup 1997)

Al igual que las definiciones de «seguridad alimentaria» de la FAO, la unidad relevante de soberanía es la nación, y el respeto a la diversidad cultural tiene la máxima importancia. El «derecho a producir alimentos» es un añadido nuevo, al igual que lo es la mención al «territorio», un término que ha figurado históricamente en las demandas de los pueblos indígenas pero que aquí se refiere a las naciones estado.

Quizá más indicativa de la diferencia entre «seguridad alimentaria» y «soberanía alimentaria» en 1996 sea la Declaración del Foro de las ONG en la Cumbre Mundial sobre Alimentación titulada «Profit for Few or

Food for All» con el subtítulo «*Food Sovereignty and Security to Eliminate the Globalisation of Hunger*» (cursiva añadida). Esta extensa declaración destacaba seis elementos clave que se resumen aquí de forma muy sintética: (1) refuerzo de las familias campesinas junto con los sistemas alimentarios locales y regionales; (2) revertir la concentración de riqueza y poder a través de la reforma agraria y establecer los derechos de los campesinos a los recursos genéticos; (3) reorientar la investigación agrícola, la educación y la extensión hacia un paradigma agroecológico; (4) reforzar la capacidad de los estados para asegurar la seguridad alimentaria mediante una suspensión de los programas de ajuste estructurales, garantías de derechos económicos y políticos y políticas que «mejoren el acceso de los pobres y personas vulnerables a productos alimentarios así como a los recursos para la agricultura»; (5) profundizar en la «participación de las organizaciones de los pueblos y las ONG a todos los niveles»; y (6) asegurar que la legislación internacional garantiza el derecho a la comida y que la soberanía alimentaria prevalece sobre las políticas macroeconómicas y la liberalización del comercio (Foro de las ONG 1996, ver también Shaw 2007, pp. 355–356).

En la Declaración del Foro de Nyélény para la Soberanía Alimentaria de 2007 se redujo el ámbito de soberanía simplemente a «pueblos»:

La soberanía alimentaria es el derecho de los pueblos a alimentos nutritivos y culturalmente adecuados, accesibles, producidos de forma sostenible y ecológica y su derecho a decidir su propio sistema alimentario y productivo. (Foro de Nyéléni 2007, 9)

«Alimentos nutritivos y culturalmente adecuados» era, por supuesto, parte de las definiciones previas de «seguridad alimentaria» de la FAO. Este y otros muchos ejemplos citados anteriormente sugieren tanto en sus orígenes como en su expresión contemporánea, que la «soberanía alimentaria» entrelaza considerablemente y converge en ocasiones con la «seguridad alimentaria».

La pregunta de quién es el soberano en la «soberanía alimentaria» es también de vital importancia, puesto que está relacionada, de forma inevitable, con la administración de la soberanía alimentaria. ¿Es la nación-estado, una región, una localidad o «el pueblo»? ¿El significado de «soberanía alimentaria» es el mismo en un país grande (por ejemplo, Canadá) y en uno pequeño? Si la unidad soberana es una región que se define como «un ecosistema alimentario local que basa sus fronteras en parámetros agrométricos como

corrientes de agua en vez de en líneas arbitrarias estatales» (Field y Bell 2013, 59), entonces ¿cómo se delimita la circunscripción relevante? ¿Qué instituciones políticas administrarán la «soberanía alimentaria»? ¿Cómo se van a diferenciar de las instituciones estatales existentes? y ¿Qué procesos establecerán su legitimidad democrática?

El comercio de larga distancia y el tamaño de la empresa

La idea de la soberanía alimentaria perfila una serie de ricas ideas y prácticas relacionadas con los «graneros de alimentos», redes alimentarias alternativas y la localización de economías como una defensa frente a la globalización. Estas incluyen la reducción de los «alimentos kilométricos»; la promoción del marketing directo e indicaciones de origen geográfico; el abastecimiento local a restaurantes e instituciones como escuelas, universidades, hospitales, geriátricos y prisiones; y mantener los cinturones verdes alrededor de las zonas urbanas. Los defensores de la soberanía alimentaria difieren en lo referente a las fuerzas del mercado aunque la mayoría insiste en que la comida no es solo un producto. También difieren en lo referente al papel del comercio de larga distancia y especialmente en el comercio internacional en una sociedad soberana alimentaria y, en general, han guardado silencio respecto a la cuestión de los pequeños productores que dependen de la producción para exportación (por ejemplo, café, cacao, etc.) para su supervivencia (Burnett y Murphy 2013, 5–6). Algunos partidarios de la soberanía alimentaria reclaman explícitamente la protección de los precios y «el fin de los acuerdos de comercio internacionales y de instituciones financieras que interfieren con la soberanía y la sostenibilidad de los sistemas alimentarios » (Field y Bell 2013, 8–9).

Imaginen por un momento una pequeña y próspera explotación en una sociedad soberana en alimentación; produce una amplia variedad de alimentos de alta calidad para los mercados cercanos y usa prácticas agroecológicas. Realiza en la mayor medida posible el procesamiento tras la recogida, embalaje, almacenamiento y transporte con el fin de mantener el valor añadido que de otra forma iría a manos de intermediarios, agroindustrias y minoristas. Paga un salario digno y beneficios a sus trabajadores y posee unos excelentes niveles de salud y seguridad ocupacional. Tal vez tenga lazos directos con consumidores urbanos u otros consumidores a través de los mercados agrícolas semanales, tiendas agrícolas o grupos de consumo (Agricultura apoyada por la Comunidad); además, genera ganancias significativas. Por supuesto, puede volver a invertir esos beneficios en la

granja existente y algunos mantenerlos como ingresos o bonificaciones para los trabajadores. También puede decidir que quiere expandir la escala de sus operaciones, comprar o alquilar más tierra y contratar más trabajadores (o si es una cooperativa acoger más cooperativistas). Puede incluso decidir que quiere vender algunos de sus productos en mercados al otro lado del país o fuera. ¿De qué manera gestiona la sociedad «soberana en alimentación» ese tipo de aspiraciones en las que «las personas deciden su propio sistema agrícola y alimentario?»

Como promotores de grandes esfuerzos para «localizar» las economías frente a la globalización (Hines 2000, Halweil 2002, Nonini 2013), los seguidores de la «soberanía alimentaria» raras veces consideran qué tipo de aparato regulador sería necesario para gestionar las cuestiones relacionadas con el tamaño de la empresa y de una explotación, mezclas de tecnología y producto, y comercio de larga distancia e internacional.²¹ La «soberanía alimentaria» implica límites a todo esto. ¿Quién impone esos límites? Una de las ironías de plantear estas cuestiones en estos términos es que muchos entusiastas de la soberanía alimentaria favorecen eliminar o disminuir la regulación del comercio local y de los productos preferentes (por ejemplo, leche cruda y quesos elaborados con leche cruda). A este respecto, su visión coincide a veces con la de los aborrecidos neoliberales, que suelen percibir todas las regulaciones como gravosas para los negocios, grandes y pequeños.

Tanto el neoliberalismo posterior al Consenso de Washington como los movimientos de la soberanía alimentaria, manifestaron su interés por la descentralización y el empoderamiento local, aunque con fundamentos muy diferentes. La perspectiva neoliberal apoya la descentralización como un método descendente de reforma institucional que incrementa la «eficacia» y (supuestamente) empodera a las comunidades frente a estamentos superiores de gobernanza. Por otro lado, los movimientos de soberanía alimentaria apoyan la descentralización porque puede crear un espacio para una versión alternativa de desarrollo basada en agricultura a pequeña escala, agroecología y que «el pueblo» ejerza el control sobre «su» sistema alimentario. De nuevo, la cuestión de lo que ese «control» puede parecer

21 Ishii-Eitman (2009) y Burnett y Murphy (2013) se encuentran entre las pocas excepciones a esta generalización. Hinrichs (2003), Mohan y Stokke (2000) y Robotham (2005) aportan un inusual debate de reflexión que se basa en los debates respecto a las complejas construcciones de «lo local».

no se especifica con suficiente detalle para que se convierta en una política viable. Mi preocupación aquí es respecto a dos imperativos específicos, limitar el tamaño de la empresa y la explotación agrícola y el comercio de larga distancia, que probablemente supone un control estatal relativamente draconiano, aunque este aspecto no está muy claro.

Las economías planificadas desde la centralidad han sido (y son, puesto que aún existen) notablemente infructuosas en lo referente a proporcionar a sus ciudadanos productos básicos de consumo y, en particular, alimentos suficientemente frescos y variados. La tensión y la pérdida de tiempo que la gente ha soportado con un sistema que ha utilizado la acumulación en vez del poder de compra como el principio de racionamiento para productos básicos, ha sido un aspecto importante en el desgaste de la legitimidad que ha contribuido finalmente al hundimiento de esas sociedades (Shanin 1990, 71, Verdery 1996, 26–29).²² La conclusión, que algunos defensores de la «soberanía alimentaria» pueden encontrar lamentable, es que (1) los mecanismos del mercado, incluso si generan injusticia y desigualdad muchas veces, pueden ser especialmente eficaces a la hora de proporcionar una amplia mezcla de productos a los y las consumidoras; y (2) microgestionar el sector de los bienes de consumo, en especial el sector alimentario y agrícola, ha sido casi siempre demostradamente contraproducente. Esto no quiere decir que la gestión del suministro y los productos básicos u otros estén condenados, sino que apunta al fuerte control de regulación que será necesario para localizar y nacionalizar el comercio, y mantener en límites tolerables los tamaños de las empresas y las explotaciones agrícolas. La responsabilidad la tienen los entusiastas de la soberanía alimentaria para lidiar con las economías planificadas y proponer ideas con mecanismos creativos que promuevan la diversidad, que cubran las necesidades de productores/as y consumidores/as y que alcancen un sistema verdaderamente democrático de producción y distribución de la «soberanía alimentaria».

22 Por supuesto, muchos, sino la mayoría de la gente no solo se dedicó a hacer cola sino que trabajaron sus conexiones y acudieron a la economía del mercado ilegal para obtener artículos de primera necesidad. Los cubanos llaman a esto, de forma sarcástica, «*sociolismo*», un juego de palabras que nace de unir «*socialismo*» y «*socio*», por el significado que tiene este último término para indicar a un colega o amigo.

El gusto del consumidor en una sociedad soberana en alimentación

Burnett y Murphy (2013) llaman directamente la atención sobre el silencio del movimiento de la soberanía alimentaria respecto a los pequeños productores que dependen de sus cultivos para exportación. Aducen que los productores al cambiar esos, a veces, lucrativos cultivos para exportación por productos básicos de bajo coste para consumo doméstico, se agrava el riesgo de desigualdades al reducirse los ingresos de los productores. Una cuestión relacionada son los gustos y necesidades de los consumidores (incluso si estas últimas están socialmente construidas). Sidney Mintz analizó de forma excelsa el papel del azúcar importado del Caribe en la estimulación de los obreros que iniciaron la revolución industrial en Inglaterra (1986). Junto con los estimulantes (primero el té y después el café) la cafeína y el azúcar se convirtieron en necesidades básicas en muchos países que no producían estos elementos. Una sociedad soberana en alimentación podría desechar totalmente estos productos, pero incluso en el caso de que la prohibición del café y el té no sea políticamente muy popular, el comercio internacional de larga distancia es esencial para proveerlos (a menos que se contemple su producción en invernaderos en climas fríos, algo que no es rentable).

La comida no es solo una fuente necesaria de nutrientes sino también una fuente de placer y socialización. Algunos partidarios de la soberanía alimentaria, como Slow Food, ponen esto en el centro de su práctica política (y culinaria), pero muchos otros, especialmente los más relacionados con la política, han otorgado a esta dimensión muy poca atención sistemática. Los consumidores de los fríos países del norte han llegado a disfrutar de una extraordinaria abundancia de frutas tropicales perecedoras y otros productos, por ejemplo, chocolate, nueces de macadamia, etc., y esperan disponer de estos manjares todo el año. El problema no es cómo cambiar los gustos construidos a lo largo de años, algo que es casi imposible, sino de qué manera crear un apoyo político para «el pueblo» que ejerce un control democrático sobre «su» sistema alimentario, es decir, soberanía alimentaria. Limitar el acceso a esos alimentos exóticos y deliciosos es probablemente un camino muy pobre para lograr el consenso.

Conclusión

Los activistas e investigadores de la soberanía alimentaria, casi sin excepción, atribuyen la invención de la soberanía alimentaria a La Vía

Campesina y aceptan el argumento de que la «soberanía alimentaria» y la «seguridad alimentaria» son conceptos diametralmente opuestos. En cambio, en este documento se ha mostrado que los orígenes más inmediatos de la frase están en el programa de principios de la década de 1980 del gobierno mejicano, y que su adopción por parte de los movimientos campesinos de Centroamérica se dio en un contexto en el que durante un tiempo «seguridad alimentaria», «soberanía alimentaria» y muchos términos similares se superpusieron, se mezclaron unos con otros y se utilizaron durante mucho tiempo indistintamente.

Es más, los seguidores de la soberanía alimentaria han sido tremendamente ambiguos respecto a quién o qué es «la parte soberana» en la soberanía alimentaria, con diferentes organizaciones y teóricos, bien en desacuerdo, ignorando el tema totalmente, o bien cambiando con el tiempo, entre señalar a la nación-estado, una región, una localidad o «al pueblo». Este tema es importante porque habla del aspecto central de cómo se va a administrar una sociedad soberana en alimentación. ¿Permitirá una sociedad soberana en alimentación que una pequeña y exitosa explotación agrícola amplíe sus operaciones o que entre en los mercados internacionales? Si es así, ¿hasta qué punto? ¿Quién trazará la línea y hará que se cumpla? Urge dedicar más atención a las instituciones políticas necesarias para la soberanía alimentaria, al igual que a la forma en la que establecerán y mantendrán la legitimidad democrática.

Del mismo modo, rara vez se analiza la naturaleza de la «soberanía» en sí misma en la literatura sobre soberanía alimentaria o por parte de los movimientos de soberanía alimentaria, la mayoría de los cuales tienen relaciones conflictivas con los estados en los que funcionan. Las políticas que reforzarían la soberanía nacional a nivel nacional implican inevitablemente reforzar los estados con los que los movimientos están normalmente en conflicto. La experiencia de las economías centralizadas sugiere que las acciones firmes del estado necesarias para imponer los límites en el tamaño de la explotación y de la empresa, así como en el comercio internacional de larga distancia, podrían dar paso fácilmente a consecuencias imprevistas que afectarían negativamente tanto a los pequeños productores como a los consumidores que simpatizan con ellos y que dependen de ellos.

La localización de la producción y el consumo, que es central en la mayoría de los conceptos de la soberanía alimentaria, plantea numerosos problemas a

los que, una vez más, se les ha prestado muy poca atención. ¿Qué porcentaje de comercio no local se toleraría o apoyaría? ¿Qué sería de los millones de los pequeños propietarios que, para su supervivencia, dependen de la producción para la exportación? La localización también hace surgir algunos problemas fundamentales para los consumidores dependientes o incluso adictos a algunos productos, como el café, que se producen en lugares muy lejanos. Tanto este tipo de necesidades como la predilección por productos exóticos son indicativos de hasta qué punto la comida tiene profundas raíces y acepciones culturales que se han formado durante largos períodos y que van más allá de lo que se ha mencionado tradicionalmente en la literatura sobre soberanía alimentaria.

De este modo, los defensores de la soberanía alimentaria se encuentran en un momento interesante y fértil. Una proliferación de conceptos, experimentos y experiencias que aportan abundante material para la reflexión y para realizar esfuerzos prácticos con el fin de solidificar el paradigma en la base y ampliarlo. Al mismo tiempo, la negligencia casi deliberada en algunas cuestiones teóricas y políticas clave impide que se progrese; si deseamos imaginar una sociedad soberana a nivel alimentario tenemos que dedicar mucha más atención a algunos de los desafíos y paradojas que se han presentado aquí.

Referencias

- Alforja, ed. 1991. El campesino ve el ajuste estructural así. Reflexiones de Jorge Hernández (UPANACIONAL), Carlos Hernández (Consejo Justicia y Desarrollo), y Oscar Monge (UNAC). San José: Centro de Estudios y Publicaciones Alforja.
- Austin, J.E. y G. Esteva. 1987. Final reflections. En: J.E. Austin y G. Esteva, eds. *Food policy in Mexico: the search for self-sufficiency*. Ithaca, N.Y: Cornell University Press, pp. 353–73.
- Barraclough, S.L. 1991. *An end to hunger? The social origins of food strategies*. London and Geneva: Zed Books, UNRISD, South Centre.
- Beauregard, S. 2009. *Food policy for people: incorporating food sovereignty principles into state governance. Case studies of Venezuela, Mali, Ecuador y Bolivia* [en línea]. Urban and Environmental Policy Department, Occidental College. Disponible en: <http://www.oxy.edu/sites/default/files/assets/UEP/Comps/2009/Beauregard%20Food%20Policy%20for%20People.pdf> [Consultado el 19 de mayo de 2013].
- Beuchelt, T.D. y D. Virchow. 2012. Food sovereignty or the human right to adequate food: which concept serves better as international development policy for global hunger and poverty reduction? *Agriculture and Human Values*, 29(2), 259–73.
- Boyer, J. 2010. Food security, food sovereignty, and local challenges for transnational agrarian movements: the Honduras case. *Journal of Peasant Studies*, 37(2), 319–51.

- Burnett, K. y S. Murphy. 2013. What place for international trade in food sovereignty? Presentado en la Conferencia Soberanía Alimentaria: Un diálogo crítico, Universidad de Yale.
- Instituto Canadiense de Asuntos Internacionales. 1981. *International Canada*. Ottawa: Instituto Canadiense de Asuntos Internacionales y Centro Parlamentario de Asuntos Exteriores y Comercio Exterior.
- Clay, E. 2003. Food security: concepts and measurement. En: FAO, ed. *Trade reforms and food security: conceptualizing the linkages*. Roma: FAO, pp. 25–34.
- Comisión Nacional de Alimentación. 1984. PRONAL - Programa Nacional de Alimentación. México, D.F.: Comisión Nacional de Alimentación.
- De Schutter, O. 2012. Food sovereignty prize address [en línea]. Food Sovereignty Prize. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=qeht1Q-Twsl> [Consultado el 24 de noviembre de 2012].
- Edelman, M. 1999. *Campesinos contra la globalización: Movimientos sociales rurales en Costa Rica*. Stanford, Calif.: Stanford University Press.
- Egnal, M. 2013. Evolution of the novel in the United States: the statistical evidence. *Social Science History*, 37(2), 231–54.
- Esteva, G. 1984. *Por una nueva política alimentaria*. Mexico, D.F.: Sociedad Mexicana de Planificación.
- Fairbairn, M. 2010. Framing resistance: international food regimes and the roots of food sovereignty. En: H. Wittman, A.A. Desmarais, y N. Wiebe, eds. *Food sovereignty: reconnecting food, nature & community*. Halifax, N.S.: Fernwood Publishing, pp. 15–32.
- Field, T. y B. Bell. 2013. *Harvesting justice: transforming food, land, and agricultural systems in the Americas*. New York: Other Worlds & U.S. Food Sovereignty Alliance.
- Focus on the Global South. 2013. Editorial : Soberanía alimentaria ya! Nyéléni Newsletter, Mar, p. 1.
- Foro Mundial. 2001. El Foro Mundial sobre Soberanía Alimentaria propone alternativas a las políticas alimentarias que generan hambre y malnutrición [en línea]. Disponible en: <http://www.vivalaciudadania.org/forosocial/htm/foro8.htm> [Consultado el 12 de enero de 2003].
- Gascón, J. 2010. ¿Del paradigma de la industrialización al de la soberanía alimentaria? Una comparación entre los gobiernos nacionalistas latinoamericanos del siglo XX y los posneoliberales a partir de sus políticas agrarias. En: J. Gascón y X. Montagut, eds. *¿Cambio de rumbo en las políticas agrarias latinoamericanas? Estado, movimientos sociales campesinos y soberanía alimentaria*. Barcelona: Icaria Editorial, pp. 215–59.
- Halweil, B. 2002. *Home grown: the case for local food in a global market*. Washington, DC: Worldwatch Institute.
- Heath, J.R. 1985. El Programa Nacional de Alimentación y la crisis de alimentos. *Revista Mexicana de Sociología*, 47(3), 115–35.
- Hines, C. 2000. *Localization: a global manifesto*. London: Earthscan.
- Hinrichs, C.C. 2003. The practice and politics of food system localization. *Journal of Rural Studies*, 19(1), 33–45.
- Hirschman, A.O. 1995. *A propensity to self-subversion*. Cambridge: Harvard University Press.

- Holt-Giménez, E. 2006. *Campesino a campesino: voces de Latinoamérica. Movimiento campesino a campesino para la agricultura sustentable*. Oakland: Food First Books.
- Hospes, O. 2013. Food sovereignty: the debate, the deadlock, and a suggested detour [en línea]. *Agriculture and Human Values*. Disponible en: <http://link.springer.com/10.1007/s10460-013-9449-3> [Consultado el 24 de julio de 2013].
- Ishii-Eiteman, M. 2009. Food sovereignty and the International Assessment of Agricultural Knowledge, Science and Technology for Development. *Journal of Peasant Studies*, 36(3), 689–700.
- Martínez-Torres, M.E. and P.M. Rosset. 2010. La Vía Campesina: the birth and evolution of a transnational social movement. *Journal of Peasant Studies*, 37(1), 149–75.
- Mintz, S.W. 1986. *Dulzura y poder: el lugar del azúcar en la historia moderna*. New York: Penguin Books.
- Mohan, G. and K. Stokke. 2000. Participatory development and empowerment: The dangers of localism. *Third World Quarterly*, 21(2), 247–68.
- Muñoz, J.P. 2010. Constituyente, gobierno de transición y soberanía alimentaria en Ecuador. En: J. Gascón y X. Montagut, eds. *Cambio de rumbo en las políticas agrarias latinoamericanas? Estado, movimientos sociales campesinos y soberanía alimentaria*. Barcelona: Icaria Editorial, pp. 151–68.
- NGLS Roundup. 1997. Cumbre Mundial de la Alimentación [En línea]. Servicio de Enlace No Gubernamental de Naciones Unidas. Disponible en: <http://www.un-ngls.org/orf/documents/text/roundup/11WFS.TXT> [Consultado el 22 de marzo de 1997].
- NGO Forum. 1996. Profit for few or food for all: food sovereignty and security to eliminate the globalisation of hunger [En línea]. Disponible en: http://www.foodsovereignty.org/Portals/0/documenti%20sito/Resources/Archive/Forum/1996/wfs+5_NGO_FORUM96.pdf [Consultado el 30 de junio de 2013].
- NGO/CSO Forum. 2002. Soberanía alimentaria: un derecho para todos. Declaración política de Foro de ONG/OSC para la Soberanía Alimentaria [En línea]. Disponible en: <http://www.foodsovereignty.org/Portals/0/documenti%20sito/Resources/Archive/Forum/2002/political%20statement-eng.pdf> [Consultado el 22 de junio de 2006].
- Nonini, D.M. 2013. The local-food movement and the anthropology of global systems. *American Ethnologist*, 40(2), 267–75.
- Nyéléni Forum. 2007. *Nyéléni 2007: Foro para la Soberanía Alimentaria*.
- Patel, R. 2009. What does food sovereignty look like? *Journal of Peasant Studies*, 36(3), 663–73.
- Robotham, D. 2005. *Culture, society, and economy: bringing production back in*. Thousand Oaks, CA: Sage Publications.
- Rosenberg, D. 2013. Data before the fact. In: L. Gitelman, ed. *'Raw data' is an oxymoron*. Cambridge, MA: MIT Press, pp. 15–40.
- Rosset, P.M. and M.E. Martínez-Torres. 2013. Rural Social Movements and Diálogo de Saberes: Territories, Food Sovereignty, and Agroecology. Presentado en Presentado en la Conferencia Soberanía Alimentaria: Un diálogo crítico, Univesidad de Yale.
- Sanderson, S.E. 1986. *The transformation of Mexican agriculture: international structure and the politics of rural change*. Princeton, N.J: Princeton University Press.

- Sen, A. 1981. *Poverty and famines: an essay on entitlement and deprivation*. Oxford: Oxford University Press.
- Shanin, T. 1990. The question of socialism: a development failure or an ethical defeat? *History Workshop*, 30, 68–74.
- Shaw, D.J. 2007. *World food security: a history since 1945*. New York: Palgrave Macmillan.
- Valente, F.L.S. 2002. Um breve histórico do conceito de segurança alimentar no âmbito internacional [En línea]. *Red Interamericana de Agriculturas y Democracia*. Disponible en: www.riad.org/articulo.php3?id1=3a27eaf3d0bc&id2=3a27eb5 [Consultado el 24 de octubre 2002].
- Verdery, K. 1996. *What was socialism, and what comes next?* Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Vía Campesina. 1996. *La Vía Campesina: Procedimientos de la II Conferencia Internacional de La Vía Campesina, Tlaxcala, México, 18-21 de abril, 1996*. Bruselas: NCOS Publications.
- Vía Campesina. 2012. Seminario Internacional Interno: Políticas públicas para la soberanía alimentaria (informe preliminar).
- Windfuhr, M. y J. Jonsén. 2005. *Food sovereignty: towards democracy in localized food systems*. Warwickshire, UK: ITDG Publishing & FIAN.
- Wittman, H., A. Desmarais, y N. Wiebe. 2010. The origins and potential of food sovereignty. In: H. Wittman, A.A. Desmarais, y N. Wiebe, eds. *Food sovereignty: reconnecting food, nature & community*. Halifax, N.S.: Fernwood Publishing, pp. 1–14.

Soberanía Alimentaria:



LOS RETOS DE LA SOBERANÍA ALIMENTARIA: LAS RELACIONES CAPITALISTAS Y EL DETERIORO DE LA ELECCIÓN

Tania Murray Li

En la definición que proporcionaron los organizadores de uno de los coloquios ICAS sobre soberanía alimentaria en Yale en 2013, la soberanía alimentaria es «el derecho de los pueblos a alimentos nutritivos y culturalmente adecuados, accesibles y producidos de forma sostenible y ecológica, y el derecho a decidir su propio sistema alimentario y productivo».²³ Otras definiciones destacan otros aspectos pero siempre mencionan la perspectiva de la soberanía como el derecho de «los pueblos» a decidir y controlar su sistema alimentario. Ciertamente, este es un derecho por el que merece la pena luchar aun cuando los desafíos son enormes.

Uno de los desafíos de la noción de soberanía alimentaria que destaca Bina Agarwal (2014) es que los elementos que se unen bajo esta definición y que se mencionan en el párrafo anterior no coinciden necesariamente: la sostenibilidad, la proximidad, la suficiencia y la democracia pueden tirar en diferentes direcciones. Esta situación es, en parte, un problema de escala. Gran parte de la movilización en torno a la soberanía alimentaria está dirigida contra el régimen alimentario corporativo, y presenta una imagen muy exhaustiva, casi genérica del tipo de régimen alimentario no-global y no corporativo (por ejemplo, basado en agricultura local, nacional a pequeña escala) que es necesario defender. También se basa en ejemplos de sistemas agrícolas sostenibles de base local para inspirar a activistas y confirmar que son alternativas viables. Ambas formas de argumentación (la genérica y la que se basa en ejemplos) pueden abrir una brecha entre la plataforma del movimiento y sus grupos potenciales.

En la medida en que la soberanía alimentaria aspira a ser un movimiento

²³ Para más detalles ver: https://www.iss.nl/research/research_programmes/political_economy_of_resources_environment_and_population_per/networks/critical_agrarian_studies_icas/icas_colloquium/

masivo de base popular y que se ocupa de los problemas de los campesinos y campesinas, tiene que articular una perspectiva, una visión con la que los campesinos y campesinas se puedan identificar. También ofrece una vía para avanzar desde los conflictos de base de algunos grupos de campesinas y campesinos hacia un futuro más brillante que se recoge en la promesa del movimiento. Mi contribución a este diálogo crítico sobre la soberanía alimentaria explora los desafíos desde la perspectiva de un lugar concreto, donde el objetivo principal del movimiento, el control democrático sobre el sistema alimentario, no resuena.

El lugar que voy a describir es las tierras altas de Lauje en la isla indonesia de Sulawesi, un lugar en el que durante siglos los indígenas han producido la mayor parte de sus alimentos y han gestionado sus tierras con un sistema de tenencia colectiva con prácticas de trabajo recíproco e intercambio de alimentos (para más información ver Li 2014). A comienzos de 1990, los habitantes de las tierras altas abandonaron la producción de alimentos y cambiaron al cultivo exclusivo de cacao; realizaron esta transición por iniciativa propia, sin presión por el acaparamiento de tierra por parte del estado o de empresas, y sin presión por los planes estatales de desarrollo o agroindustrias. La experiencia de estos campesinos y campesinas nos desafía a pensar en profundidad sobre el significado de la soberanía alimentaria en esas condiciones y qué ofrece como forma de avanzar.

Los retos de la soberanía alimentaria antes del cambio

Antes de realizar la transición al cacao, los habitantes de Lauje cultivaban maíz, arroz y tubérculos con un sistema de barbecho forestal (también conocido como cultivo migratorio). Ellos producían para consumo propio y vendían e intercambiaban alimentos con vecinos, con gente del valle vecino y con gente que subía de la costa. Aún así, su producción de alimentos les mantenía en una situación crónica de inseguridad. Sus cosechas sufrieron pestes (monos, pájaros y cerdos silvestres) y el exceso de viento o lluvia podía acabar con el maíz. Gestionaron estos riesgos lo mejor que pudieron plantando diferentes variedades en diferentes terrenos, en diferentes laderas, en suelos con diferentes condiciones y exposición a sol y viento; pero cada 4-7 años sufrían las catastróficas sequías relacionadas con el fenómeno meteorológico El Niño, un fenómeno especialmente severo en esta zona.

Durante las sequías, con temperaturas muy altas o muy prolongadas, todas las cosechas se marchitaban y morían y no podían vender ni cambiar alimentos con otras personas porque todo el mundo estaba en la misma

situación. Eran tiempos terribles para ellos; no era posible acceder a alimentos y no era algo ocasional, la gente compartía recuerdos de diferentes sequías y de cómo se las arreglaban para superar esas situaciones. Aprovechaban alimentos tradicionales de las épocas de hambre, raíces silvestres y sagú, pero estas fuentes de alimentos podían terminarse. Las epidemias surgieron a raíz del agua contaminada y de la debilidad; decenas de personas podían morir en una aldea en tan solo una semana. Los registros muestran ciclos relacionados de sequía, hambruna, epidemias y conflictos dos siglos atrás, por lo tanto este no era un problema nuevo.

La experiencia con la escasez de alimentos y las hambrunas periódicas de los habitantes de las tierras altas, les sirvió de acicate para buscar la forma de conseguir dinero para comprar alimentos y cubrir otras necesidades. Cultivaron tabaco para exportar en la década de 1820, después añadieron chalotas a su repertorio, recogieron productos forestales para vender y, ocasionalmente, realizaban trabajo remunerado entre ellos o para gente de la costa. Apenas querían el dinero para ropa (una camiseta y un par de pantalones cortos, una blusa y una falda o un *sarong* decentes para los días de mercado), cuchillas, cazuelas y queroseno para las lámparas que fabricaban con latas viejas. Lo que deseaban cada vez con más intensidad era enviar a sus hijos a la escuela para que aprendieran a hablar indonesio; se veían a sí mismos como parte de una sociedad grande más que una parte aislada, una parte empobrecida. Se les recordaba su pobreza cada vez que bajaban a la costa a comerciar, se les ridiculizaba por su ropa raída y sus formas anticuadas. Su deseo de acceder a productos surgió de ese contexto social culturalmente significativo y ordenado de forma jerárquica.

La implicación de la gente de las tierras altas en las relaciones de mercado no les permitió escapar de su pobreza, algo lamentable pero nada excepcional, ya que los comerciantes de Lauje y otros lugares de la costa les engañaban repetidamente. Los comerciantes de tabaco se llevaron la mayor parte del excedente de los habitantes de las tierras altas, con lo que se vieron atrapados en deudas que pasaron de una generación a otra. Un buen comerciante les «ayudaba» en los tiempos difíciles cuando necesitaban dinero para bodas o para reponer una producción de alimentos fallida; pero los comerciantes de tabaco no les proporcionaron una «garantía para la supervivencia» (ver Scott 1976). Los comerciantes no ayudaron a los campesinos y campesinas que no podían pagar y no les protegieron de los terribles efectos de la sequía.

La situación de los habitantes de las tierras altas de Lauje está muy lejos de ser única; también en otras partes del mundo los pueblos indígenas están sujetos a este tipo de relaciones extractivas. No viven aislados de los flujos económicos y culturales y se juzgan a sí mismos y son juzgados por los demás en términos relacionales. Para esta gente de las tierras altas el deseo de ser menos pobres, de vivir decentemente y de enviar a sus hijos a la escuela fue un poderoso motivo para el cambio. Les llevó a tomar la decisión de comenzar a plantar cacao siguiendo el ejemplo de decenas de miles de pequeños campesinos y campesinas, emigrantes e indígenas cuya iniciativa convirtió Sulawesi en uno de los primeros productores de cacao de la década 1990.

Después del cambio ¿por qué no surgió un campesinado «medio» estable?

Mucha de la ideología de la soberanía alimentaria y la «vía campesina» se centra en el «campesino medio», una figura prudente que bien podría desear riqueza pero que se guía por una fuerte aversión al riesgo ecológico y de mercado (Netting 1993). Esta figura nunca hubiera actuado como actuaron las gentes de las tierras altas, cosechar en la mayor parte de su tierra y de forma permanente un cultivo comercial. Ya he explicado sus motivos iniciales. El cacao prometía proporcionarles una fuente segura de ingresos, reducir su vulnerabilidad a la sequía y ofrecer una modesta perspectiva de avance (un techo de latón, una casa más resistente, mejor ropa, educación); en un principio también intentaron mantener la producción de alimentos pero pronto se quedaron sin tierra. No solo el cacao ocupaba espacio sino que alteró el sistema que mantenían de compartir la tierra ya que algunos campesinos y campesinas reclamaron como propiedad individual la tierra en la que habían plantado cacao de modo que ni los vecinos ni allegados la pudieron seguir utilizando. La calidad del suelo de la tierra que quedaba por cultivar de las tierras altas era muy poca para la producción intensiva de alimentos, y ellos sabían muy bien que si no dejaban los campos de barbecho y los quemaban periódicamente, acabarían con la tierra llena de maleza.

La escasez de tierra hacía difícil que los habitantes de las tierras altas siguieran los patrones establecidos por los campesinos y campesinas de otras partes de Indonesia, que podían añadir cultivos permanentes a su sistema de cultivo sin exprimir los de alimentos (cf. Dove 1993). Los habitantes de Lauje no podían hacer ambas cosas. A medida que la tierra escaseaba

tenían que hacerla tan productiva como fuera posible lo que significó plantar más del cultivo con mayor valor. Eran perfectamente conscientes de que se habían vuelto vulnerables a las fluctuaciones de los precios del mercado, más concretamente a la relación entre el precio del cacao y el precio del arroz, producto que ahora tenían que comprar, pero su antiguo sistema también tenía fallos: les había conducido a una pobreza e inseguridad crónicas.

La experiencia de estos pueblos de las tierras altas sugiere que no podemos contar con que la condición de «campesino medio» surja de forma natural (o la condición de campesinos y campesinas indígenas ecológicamente equilibrados) (Roseberry 1989), sino que tenemos que preguntar bajo qué condiciones se puede poner en marcha un régimen estable de cultivo comercial y de alimentos. Por supuesto, las condiciones son variadas y ya hemos mencionado dos: la disponibilidad de la tierra y la proporción entre el precio de lo que se puede vender y de lo que se debe comprar. Otras condiciones que destacar son:

1. El carácter del cultivo. El cacao es un cultivo fácil en principio ya que, de entrada, tiene un coste bajo, tan solo es necesario disponer de un poco de tierra y unas plantas. Pero es proclive a enfermedades y la producción se reduce a nada al séptimo año si no se utilizan productos químicos caros. Los campesinos y campesinas poco eficaces que no hicieron suficiente dinero para invertir acabaron con deudas muy fuertes y con el tiempo perdieron su tierra.
2. El acceso a los mercados. Los campesinos y campesinas periurbanos y los que disponen de buenas carreteras con acceso a un amplio mercado local pueden sostener más fácilmente sistemas mixtos de cultivo que aquellos que viven en zonas remotas. Los mercados locales donde los habitantes de las tierras altas de Lauje podían vender sus frutas y verduras se saturaban muy pronto y el excedente se estropeaba antes de que llegaran a la ciudad más cercana. Para ganar el dinero que tanto necesitaban la mejor posibilidad que tenían era cultivar productos que se pudieran almacenar y transportar, preferiblemente cultivos destinados a los mercados nacionales o globales lo suficientemente grandes como para absorber su producción sin reducir el precio.
3. Disponibilidad de subvenciones. A pesar de su imagen de campesinos y campesinas a pequeña escala y autosuficientes, en muchas partes del mundo desempeñan un papel clave las subvenciones significativas que

reciben en forma de remesas estatales e ingresos por actividades distintas a la agricultura. Se amparan en estas fuentes externas como base de protección frente a las adversidades para generar fondos que puedan invertir en sus explotaciones y mantener en marcha las explotaciones marginalmente productivas de forma que pueden seguir vinculados con la tierra (Bernstein 2010, 104–8). Los habitantes de las tierras altas de Lauje no disponían de esas remesas, dependían de ellos mismos, dependían directamente de sus cultivos para sobrevivir y estaban obligados a hacer lo mejor posible con sus escasos recursos. En vez de mejorar el control sobre su vida y sus cultivos, la dependencia de sus explotaciones les hacía más vulnerables.

4. Instituciones sociales. Muchos estudios de «campesinos y campesinas medios» e indígenas destacan el papel de la solidaridad de la comunidad, y una «economía moral» de cuidado mutuo a la hora de proteger los hogares más vulnerables frente a adversidades como enfermedades o quedarse sin cosecha. Los habitantes de las tierras altas de Lauje disponían de instituciones para cuidar y compartir pero no eran suficientes para protegerles de las hambrunas del pasado ni para evitar que privatizaran la tierra común. Cada uno reclamó la tierra en la que plantaba cacao como propiedad individual. Sus instituciones «tradicionales» no tenían normas contra el cerramiento individual o la concentración de la tierra, porque hasta ese momento la tierra había sido suficiente. Aún pueden crear instituciones sociales protectoras y una «ética de acceso» explícita (Peluso 1996) adecuada a sus nuevas condiciones, pero no se puede asumir que esas instituciones existan con antelación de forma natural (Li 2010).

Las relaciones capitalistas y el deterioro de la elección

Una característica destacable de la transformación ocurrida en las tierras altas de Lauje fue la velocidad a la que se deterioró su elección a medida que los campesinos y campesinas se vieron sujetos a nuevas relaciones de producción de las que no podían salir. Estas relaciones eran capitalistas en forma, ya que se integraron en la propiedad individual de la tierra y el capital, que comenzaron a acumularse en manos de los campesinos y campesinas que los utilizaron de forma eficiente para obtener beneficios y crecer. Aquellos campesinos y campesinas que no pudieron mantener familia y explotación se endeudaron y entraron en una espiral negativa que dio como resultado la venta de su tierra a vecinos y allegados con más éxito. Fue una polarización

de clase en una escala pequeña e íntima, un proceso difícil y doloroso para la gente implicada. No obstante, se dio de manera rápida e implacable. ¿Por qué fue así?

El nacimiento de las relaciones capitalistas plantea el reto más significativo para los conceptos de la soberanía alimentaria que destacan el control del campesino y campesina, de modo que es importante desentrañar qué es lo que hace a las relaciones capitalistas tan distintas y persistentes. Como he mencionado antes, la gente de las tierras altas de Lauje tenían más de un siglo de experiencia en producir para los mercados, el nuevo elemento era la estructura de su compromiso de mercado que cambió de ser una cuestión de elección a una cuestión de obligación. (Brenner 1985; Wood 2002). Los habitantes de las tierras altas de Lauje que cultivaban la tierra en común en las décadas pasadas podían aprovechar las oportunidades de mercado cuando parecían atractivas, pero no estaban obligados a vender sus cosechas o su trabajo si las condiciones no eran las adecuadas. Por ejemplo, podían dejar de producir tabaco si consideraban que la extracción de los comerciantes les procuraba pocos ingresos y volver a la producción de alimentos.

Una vez que la tierra se convirtió en propiedad privada aquellas personas que no poseían tierra no tenían elección: se vieron obligadas a trabajar asalariadas o a morir de hambre. Aquellos campesinos y campesinas que tenían poca tierra y no podían cultivar suficiente alimento para abastecerse ellos mismos se encontraban casi en la misma posición. Irónicamente, la mejor «elección», una muy forzada, fue plantar más cacao y esperar a que los ingresos fueran suficientes para comprar alimentos. El intento de sobrevivir de los alimentos en una tierra deficiente garantizaba el camino directo a las deudas y a la pérdida de la tierra; tan solo los campesinos con mucha tierra podían mantener una parte para la producción de alimentos, lo que les permitía mantener un equilibrio que les daba el control directo sobre su suministro de alimentos.

La polarización no es inevitable, muchos campesinos y campesinas en muchas partes del mundo poseen la tierra como una propiedad individual, pero la sostienen con fuerza al estilo del cauto «campesino medio». La rápida polarización que se dio en las tierras altas de Lauje fue el resultado de las dificultades que vivieron los habitantes de allí al establecer y defender una posición estable de «campesino medio». Una vez que las relaciones capitalistas arraigaron se volvieron obligatorias y aquellos que eligieron

de forma «equivocada» (siendo muy generosos al ayudar a sus allegados con problemas o utilizando tierra y capital escasos o degradados de forma «poco eficaz») acabaron en la miseria. Un atento estudio de las coyuntura cuando se da esa polarización, así como la coyuntura cuando no se da, lanza el reto de conseguir poner de relieve un medio de vida estable y próspero para el «campesino medio» con base en su explotación agrícola. También destaca los límites de un concepto de soberanía entendido en términos de ideas liberales de elección. Las elecciones siempre son limitadas y son especialmente limitadas para los más pobres, que tienen menor capacidad de elegir el régimen alimentario y de cultivo que desean.

Conclusión

La coyuntura que he descrito aquí es muy concreta, estaba formada por relaciones ecológicas, culturales, sociales, económicas y políticas que fueron determinadas históricamente y formaron el carácter de la gente y el lugar. No es mi intención generalizar a partir de ahí pero sí utilizar esta especificidad como herramienta para destacar los retos de lograr la soberanía alimentaria. Si volvemos a la definición mencionada más arriba, la soberanía alimentaria es «el derecho de los pueblos a alimentos nutritivos y culturalmente adecuados, accesibles y producidos de forma sostenible y ecológica, y el derecho a decidir su propio sistema alimentario y productivo».

Antes de 1990 los habitantes de las tierras altas de Lauje producían sus propios alimentos, pero vieron que esta situación estaba lejos de ser la ideal; sus cosechas de alimentos se perdían con mucha frecuencia y en las épocas de sequía se instauraba la hambruna. La explotación por parte de los comerciantes locales hacia que fuera imposible para ellos protegerse a través de ahorros o mejorar su situación. Así que ejercieron su soberanía para hacer una elección: cambiaron al cacao, un cultivo que estaba extendiéndose rápidamente por Sulawesi en aquel momento. Como resultado del cambio algunos de ellos lograron sus objetivos de viviendas mejores, ropa y educación para sus hijos; otros se empobrecieron aún más y perdieron sus tierras. Increíblemente, incluso aquellos campesinos y campesinas que no tenían casi tierra, expresaron muy poca nostalgia por los viejos tiempos en los que producían sus propios alimentos, y aún describían la producción migratoria como un trabajo agotador con unos resultados inciertos. A sus ojos la elección cultural apropiada para los ricos y para los pobres no era quedarse como estaban sino luchar para lograr una mayor seguridad y, si fuera posible, algún grado de avance social y material.

El cultivo de cacao comenzó como una elección pero pronto se convirtió en algo obligatorio ya que los habitantes de las tierras altas transformaron su tierra en propiedad privada y se vieron obligados a producir de forma efectiva tan solo para mantener su tierra. En las condiciones imperantes (escasez de tierra, su escasa calidad, la distancia a los mercados y el carácter del cacao) era muy difícil para ellos establecer explotaciones de «campesino medio» estables. Una rápida y dura polarización dividió a esta gente entre los que tienen y los que no tienen, dos clases distintas establecidas en diferentes trayectorias aun cuando estaban muy conectados y relacionados y los más ricos ayudaban a los que tenían problemas en determinadas ocasiones.

Para que el movimiento de la soberanía alimentaria resonase en las tierras altas sería necesario abordar las restricciones que he identificado y ayudar a cambiarlas. Los habitantes de las tierras altas con poca tierra que intentaban desesperadamente mantener su tierra y su autonomía residual hubieran estado encantados si se les hubiera ofrecido una cosecha de alimentos suficientemente productiva como para alimentar a sus familias a partir de esas parcelas pequeñas, empinadas, infértiles y explotadas. También podrían utilizar cultivos comerciales de alto valor, resistentes, con un rendimiento rápido y suficientemente compacto como para transportarlos a hombros o en moto. Hasta ese momento el mejor candidato que encontraron fue el cacao, pero tenía sus inconvenientes: es proclive a las enfermedades y muy dependiente de los insumos químicos. Para aquellas personas que habían perdido sus tierras los nuevos cultivos no ayudarían ya que no tenían donde plantar, aunque los cultivos que requieren mucho trabajo y que les ofrecen la oportunidad de trabajar asalariados suponen una ayuda. Incluso cuando los campesinos y campesinas a pequeña escala no se ven afectados por el acaparamiento de tierra o los planes de las empresas, como es este caso, ampliar su capacidad para ejercer el control sobre sus alimentos, sus explotaciones y su futuro es aún un gran reto.

Referencias

- Agarwal, B. 2014. Food security, food sovereignty and democratic choice: Critical contradictions, difficult conciliations. *Journal of Peasant Studies*. DOI:10.1080/03066150.2013.876996
- Bernstein, H. 2010. *Class dynamics of agrarian change*. Halifax: Fernwood Publishing.
- Brenner, R. 1985. Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa pre-industrial. En el debate Brenner: Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa pre-industrial, eds. T. H. Alston y C. H. E. Philpin, 10–63. Cambridge: Cambridge University Press.

- Dove, Michael R. 1993. Smallholder rubber and swidden agriculture in Borneo: A sustainable adaptation to the ecology and economy of the tropical rainforest. *Economic Botany* 47, n°. 2:136–147.
- Li, T.M. 2010. Indigeneity, capitalism, and the management of dispossession. *Current Anthropology* 51, n°. 3: 385–414.
- Li, T.M. 2014. *Land's end: Capitalist relations on an indigenous frontier*. Durham, N.C.: Duke University Press.
- Netting, R.McC. 1993. *Smallholders, householders: Farm families and the ecology of intensive, sustainable agriculture*. Stanford: Stanford University Press.
- Peluso, N.L. 1996. Fruit trees and family trees in an anthropogenic forest: Ethics of access, property zones, and environmental change in Indonesia. *Comparative Studies in Society and History* 38, n°. 3: 510–48.
- Roseberry, W. 1989. *Anthropologies and histories: Essays in culture, history, and political economy*. New Brunswick and London: Rutgers University Press.
- Scott, J. 1976. *The moral economy of the peasant*. New Haven: Yale University Press.
- Wood, E.M. 2002. *The origin of capitalism: A longer view*. London and New York: Verso.



EL ENCUENTRO ENTRE LA TIERRA DE CULTIVO Y LAS FINANZAS: ¿ES LA TIERRA LA NUEVA BURBUJA ECONÓMICA?

Madeleine Fairbairn

Introducción

La tierra de cultivo, una inversión segura en un momento económico problemático

A comienzos del siglo XXI una gran parte del sector financiero aún consideraba la tierra de cultivo una inversión marginal. Aunque algunas aseguradoras han tenido durante años explotaciones agrícolas, la mayor parte de los inversores han visto la tierra de cultivo y la inversión en la agricultura en general como algo con poco atractivo en comparación con los beneficios mucho más elevados que se podían obtener en los mercados financieros. No obstante, en 2007 se produjo un cambio cuando los precios de los productos agrícolas comenzaron a crecer y el precio de la tierra siguió el mismo camino. La recesión que se inició en el año 2008 con el estallido de la burbuja inmobiliaria de Estados Unidos provocó que el interés de los inversores decayera momentáneamente pero también añadió leña al fuego ya que los inversores buscaron alternativas y lugares más seguros donde colocar su dinero.

En este informe se identifican las tendencias respecto a la inversión en tierras de cultivo con potencial para afectar a los países del Norte y Sur global.

Los inversores privados se están moviendo en grupo hacia la tierra de cultivo, tanto por los beneficios que proporciona como por el papel que esta puede tener en la cartera de inversiones; dado que el valor de la tierra de cultivo tiene tendencia a subir junto con la inflación pero no se mueve con la Bolsa, se presenta como cobertura contra la inflación y como una excelente forma de reducir el riesgo de toda la cartera a través de la diversificación. (HighQuest Partners 2010).

Los inversores financieros no son los únicos actores que están comprando

tierra de cultivo, a ellos se unen los gobiernos nacionales preocupados por la soberanía alimentaria y campesinos/as que desean ampliar sus plantaciones como respuesta a los altos precios de las cosechas, pero su participación conlleva un nuevo desarrollo muy significativo. El repentino entusiasmo por la tierra de cultivo como cartera de inversiones está contribuyendo al acaparamiento de tierras a gran escala en los países en desarrollo y al estallido de precios de la tierra en los países con estos mercados más desarrollados (Knight Frank 2011). En Estados Unidos, los precios desorbitados de la tierra han aumentado la preocupación respecto a una posible burbuja en su precio (Abbott 2011).

Tanto si los mercados de la tierra de cultivo están sobrecalentados de una forma peligrosa o no, lo que sí es cierto es que están en ebullición. La tierra de cultivo está atrayendo inversiones de «individuos con un alto valor neto» así como de fondos de pensión, fondos de cobertura, fondos de dotación de la universidad, fundaciones privadas y fondos soberanos. Inversores célebres como George Soros están invirtiendo en tierra de cultivo (O’Keefe 2009), y las conferencias sobre inversión agrícola (que ofrecen a gestores de fondos y operadores de tierra de cultivo la oportunidad de conectar con los inversores) han adquirido una enorme popularidad. Las empresas de gestión de activos, que actúan como intermediarias de las inversiones, han respondido a este repentino interés de los inversores creando un generoso buffet de nuevos fondos de tierra de cultivo (IIED 2011). A pesar de este rápido crecimiento, el alcance de este interés de los mercados de capitales en la tierra de cultivo es aún relativamente menor. Las estimaciones de la inversión institucional total en tierra de cultivo varían entre 30 y 40 mil millones de dólares en todo el mundo (Wheaton y Kiernan 2012). Sin embargo, no se puede negar que desde el año 2007 el mercado inmobiliario de la tierra de cultivo a nivel mundial ha sufrido una transformación para convertirse en una alternativa de inversión deseable.

En octubre de 2010, el blog financiero Zero Hedge escribió sobre la enorme inversión en tierra de cultivo, dos mil millones de dólares, que había realizado el fondo TIAA-CREF. Los comentarios posteriores de los lectores captaban la ironía respecto al repentino interés de los mercados financieros en los asuntos agrícolas. Un lector comentaba en tono jocoso que una burbuja de tierra de cultivo sería un magnífico tema para un nuevo programa de realidad en la televisión, «Granjeros a la carrera especulativa, los jueves en su canal favorito» e incluso se podría ver parte de un falso contenido: «por supuesto

que ponemos todos los comederos de acero inoxidable y granito, y cubos de agua. Pensamos obtener un 300 por ciento de beneficio cuando vendamos el mes que viene.» Otro lector pregunta si el turno de los bienes inmuebles es un «signo del papel engañoso de Wall Street en el camino de la obsolescencia o si es más de lo mismo» Parafraseando, la cuestión podría ser ¿el giro hacia la tierra de cultivo apunta a un abandono de la financierización entre otros activos inmobiliarios o tan solo indica que la tierra de cultivo en sí misma se está tratando como un activo financiero?

La financierización de la tierra de cultivo: «Una suerte de oro cosechado»

La «financierización,» es un término general que se refiere al crecimiento del poder y el protagonismo de las finanzas desde la década de 1970. Uno de los aspectos de esta tendencia es la «propensión a que las ganancias en la economía se den cada vez más a través de los canales financieros en vez de a través de las actividades productivas» (Krippner 2011, 4). Básicamente, los inversores están ganando más dinero prestando o invirtiendo su capital y esperando a que este crezca por sí mismo que utilizando el capital para producir y vender mercancía. El caso de la tierra de cultivo es interesante porque la diferencia entre fuentes de beneficio «productivas» y «financieras» no es siempre fácil de discernir.

La tierra juega dos papeles económicos diferentes: es un medio esencial de producción pero también actúa como una reserva de valor y crea riqueza a través de su apreciación. En otras palabras, es un activo productivo que se pluriemplea como activo financiero. Aunque las cualidades financieras de la tierra de cultivo siempre han tenido atractivo para los especuladores, la financierización de la economía global desde la década de 1970 ha abierto nuevas posibilidades para la incorporación de la tierra de cultivo en los circuitos financieros. La actual ola de inversiones en tierra de cultivo combina un renovado interés en activos inmobiliarios productivos con una lógica de financierización subyacente.

En las década de 1970 y 1980, los investigadores comenzaron a darse cuenta de que los inversores se estaban dirigiendo cada vez más a la tierra por sus cualidades financieras. David Harvey (1982) sostenía que los inversores estaban tratando la tierra como un «capital ficticio» que se sumaba a la corriente de ingresos al igual que sus otras inversiones en acciones o bonos. Massey y Catalano (1978) se encontraron con que los inversores financieros

estaban comprando tierra de cultivo británica y arrendándola a arrendatarios agrícolas, motivados por los ingresos de las rentas y el potencial de apreciación del valor de las propiedades. Contrastaron este comportamiento con el de aquellos agricultores que daban valor a la tierra por sus cualidades productivas y mostraron su preocupación por que estos inversores estuvieran inflando los precios de la tierra, lo que obliga al «propietario- inquilino» a tener que pagar más por ella. Mientras tanto, Whatmore (1986), señaló que los propietarios-inquilinos también pueden ser participantes activos en la especulación del precio de la tierra, sin embargo, observó que los inversores de fuera podrían importar volatilidad a los mercados de la tierra porque ellos tratan la tierra como un capital ficticio y su decisión de mantenerla o de vender no se ve influida solo por el valor agrícola de la tierra sino también por un entorno financiero más amplio como la inflación y los tipos de interés.

En la actualidad muchos inversores se ven atraídos por la tierra de cultivo por lo que esta les puede aportar económicamente. El atractivo de la tierra de cultivo como una reserva de valor y fuente de incremento del capital a causa de la apreciación queda claramente reflejado con las frecuentes comparaciones entre la tierra de cultivo y el oro. Al igual que el oro la tierra de cultivo está limitada en cantidad, se aprecia con el tiempo y proporciona refugio a los inversores ansiosos durante las crisis económicas. A diferencia del oro, la tierra de cultivo es también un medio de producción, un hecho que a veces se olvida. En los medios y las publicaciones sobre inversiones se refieren muchas veces a la tierra de cultivo como «el oro negro» (Cole 2012) o «como una suerte de oro cosechado» (Koven 2012). En una conferencia sobre inversión, un director de un fondo agrícola sudamericano llevó esta analogía más allá y dijo que si la tierra de cultivo de Brasil y Argentina era oro entonces los viñedos de Chile eran diamantes, esmeraldas y rubíes. Estas expresiones se dicen, porque implican que el principal recurso de la tierra de cultivo es su capacidad para ser reserva y para incrementar su valor, mientras que el hecho de que venga además «cosechado» con la producción agrícola es tan solo la guinda del pastel.

Debido a la naturaleza dual de la tierra, como productiva y como activo financiero, es posible utilizar la tierra de forma productiva al tiempo que se especula de forma simultánea con la rentabilidad económica por su apreciación. En contra de la presentación simplista de la adquisición de tierra de cultivo a gran escala (o acaparamiento de tierra) como algo productivo o especulativo, esto demuestra que, muchas veces, puede ser ambas cosas al mismo tiempo.

Posibles impactos de la financierización de la tierra

Separar propiedad y control

Son muchas las implicaciones derivadas del creciente interés en la tierra como valor financiero las que merecen una mención especial. En primer lugar, cuando los inversores compran tierra y la arriendan a arrendatarios agrícolas contribuyen a la separación de la propiedad y el control en los mercados de tierras; al mismo tiempo que los inversores pueden proporcionar a los campesinos la financiación necesaria también se desplaza la propiedad de la persona que cultiva la tierra. Aparte del impacto obvio que esto tiene en la estructura social de la agricultura, también reduce el incentivo del campesino para utilizar prácticas sostenibles al eliminar su participación en la productividad futura.

La concentración de la tierra y el reducido acceso a la tierra

Algunas vías a través de las cuales los inversores «añaden valor» a la tierra de cultivo antes de volver a vender, podrían reducir también el acceso a la tierra de los pequeños campesinos. Muchas empresas ven las pequeñas propiedades como parte integral de su estrategia de transformación de la tierra, su razonamiento es que las parcelas grandes resultarán más atractivas para las agroindustrias y otros compradores. Además, algunas empresas añaden valor al aclarar la titularidad legal donde antes no estaba claro. En muchas partes del Sur global un título de propiedad blindado va en detrimento de los residentes locales cuyo único justificante de titularidad se basa en años o generaciones de vidas enraizadas en ese lugar.

Pensamiento no sostenible a corto plazo

También existe el peligro de trasladar el pensamiento a corto plazo del entorno financiero a los mercados de la tierra. Si se va a producir una plusvalía entonces se venderá la tierra. La idea de entrar en la propiedad de la tierra con una «estrategia de salida» en el mismo sitio, tal y como hacen muchas veces los gestores de fondos de capital privado, confundiría enormemente a la mayoría de los campesinos del mundo para los que conservar su tierra es un objetivo principal. Sin embargo, para la mayoría de los inversores financieros siete u ocho años es un compromiso a largo plazo; aunque muchos gestores de fondos privados sostienen que su breve permanencia como propietarios implica una calidad de la tierra u otras mejoras en la propiedad como medio de incrementar el beneficio en la reventa. Igualmente parece posible que esa

visión a corto plazo pueda llevar a un tratamiento descuidado de la tierra y los recursos acuíferos.

Incrementar el precio de la tierra

Algunos inversores, incluyendo muchos fondos de pensiones, planean mantener sus tierras de cultivo durante muchos años. No obstante, este tipo de inversión también podría contribuir a cambiar la dinámica del mercado de la tierra. Tan solo los fondos de pensiones globales gestionan más de 30 billones de dólares en activos (Towers Watson 2013). Si todos destinaran tan solo un 1% de su cartera a la inversión en tierras de cultivo habría 300 mil millones de dólares compitiendo en los mercados globales de tierra. Esta cantidad de capital podría elevar el precio de la tierra ponerlo fuera del alcance de los pequeños campesinos, especialmente si las inversiones se concentran en un puñado de mercados atractivos.

Conclusión

Es posible que seamos testigos del nacimiento de un nuevo tipo de financierización en unos tiempos en los que crece la escasez de recursos, uno en la que el papel de la tierra de cultivo como un activo cuasi-financiero será aún más notorio. Tal y como señala McMichael (2012, 686), la reestructuración del régimen de alimentación industrial conlleva la apertura de nuevas oportunidades de inversión para el capital, lo que da como resultado que «la llamada planificación racional de los recursos planetarios como la tierra (y el agua) esté impulsada principalmente tanto por objetivos financieros como por consideraciones materiales.» El aumento del interés económico en la tierra de cultivo puede resultar un fenómeno pasajero. La burbuja de la tierra de cultivo, en caso de que realmente exista, puede explotar pronto o simplemente desinflarse, especialmente debido a que el atractivo de la tierra como activo financiero depende mucho de los tipos de interés. No obstante, si los inversores institucionales y las empresas financieras continúan abrazando la tierra de cultivo como un activo financiero, podría tener efectos duraderos en la propiedad de la tierra y en la agricultura de todo el mundo.

Referencias

- Abbott, C. 2011. "U.S. farmland boom may carry long-term risk: FDIC." *Reuters*, 10 de marzo. Consultado el 22 de marzo 2012. <http://www.reuters.com/article/2011/03/10/us-fdic-farmland idUSTRE72968T20110310>
- Cole, R. 2012. "The new black gold: U.S. farmland." *The Globe and Mail*, 22 de marzo.
- IIED. 2012. Farms and funds: investment funds in the global land rush. *IIED Briefing*. Consultado el 15 de mayo 2014. <http://pubs.iied.org/pdfs/17121IIED.pdf>
- Harvey, D. 1982. *The limits to capital*. Oxford: Blackwell.
- Knight, Frank. 2011. "How the land lies: review of the international farmland market." *The Wealth Report 2011*. Consultado el 22 de mayo 2012. <http://www.knightfrank.com/wealthreport/2011/international-farmland-market/>
- Koven, P. 2012. "ETF may stand for exchange-traded farmland." *Financial Post*, 19 de enero.
- Krippner, G. 2011. *Capitalizing on crisis: the political origins of the rise of finance*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Massey, D. y A. Catalano. 1978. *Capital and Land: Landownership by capital in Great Britain*. London: Edward Arnold.
- McMichael, P. 2012. "The land grab and corporate food regime restructuring." *Journal of Peasant Studies* 39 (3-4): 681-701.
- O'Keefe, B. 2009. "Betting the farm." *Fortune Magazine*, 16 de junio.
- Towers Watson. 2013. "Global Pension Assets Study 2013." *Towers Watson*. Consultado el 31 de diciembre 2013. <http://www.towerswatson.com/en/Insights/IC-Types/Survey-Research-Results/2013/01/Global-Pensions-Asset-Study-2013>
- Whatmore, S. 1986. Landownership Relations and the Development of Modern British Agriculture. In *Agriculture: people and policies*, editado por G. Cox, P. Lowe, y M. Winter. Amsterdam: Springer Netherlands, pp.105-125.
- Wheaton, B. y W. Kiernan. 2012. Farmland: an untapped asset class? *Food for Thought*, December. Sydney, AU: Macquarie Agricultural Funds Management. Consultado el 24 de julio 2013. <http://www.macquarie.com/dafiles/Internet/mgl/com/agriculture/docs/food-for-thought/food-for-thought-dec2012-anz.pdf>
- Zero Hedge. 2010. "Is TIAA-CREF Investing in Farmland a Harbinger of the Next Asset Bubble?" Consultado el 18 de marzo 2012. <http://www.zerohedge.com/article/tiaa-cref-investing-farmland-harbinger-next-asset-bubble>



LA FINANCIERIZACIÓN DE LAS CADENAS DE SUMINISTROS AGROALIMENTARIOS: UNA ECONOMÍA POLÍTICA

S. Ryan Isakson

Introducción: el auge de las finanzas

La crisis alimentaria actual, que cobró relevancia con el notable incremento de los precios de los alimentos en 2007-2008, continúa devastando a los pobres del mundo. Casi mil millones de personas padecen desnutrición crónica mientras que otros mil millones viven con la incertidumbre constante de saber si habrá una próxima comida y de dónde vendrá. Muchos analistas apuntan a la «financierización de los alimentos» como responsable principal de la crisis actual. Está claro que la relación entre los sectores financiero y agroalimentario tiene siglos de antigüedad (Martin y Clapp 2015), es más, tal y como muchos economistas políticos han mencionado, las presiones para la financierización son una característica latente del capitalismo (Arrighi 1994, Kotz 2010, Christophers 2015). Esto ha llevado a algunos analistas a cuestionar si la «financierización de los alimentos» es necesariamente nueva (Ouma 2016). Al tiempo que se reconoce el valor de estas perspectivas, este capítulo sostiene que el reciente crecimiento de los actores financieros y los motivos realmente marcan una transformación significativa del suministro agroalimentario, convirtiendo la «financierización de los alimentos» en un fenómeno digno de estudio. De este modo, recurre a un conjunto de publicaciones para documentar el modo en el que la financierización está reconfigurando casi cada aspecto de las cadenas de suministro agroalimentarias; desde la producción agrícola al comercio, al procesado de productos agrícolas hasta los alimentos en las estanterías de los supermercados. En la tradición de la economía política también se tiene en cuenta el modo en que estas transformaciones financierizadas dan nueva forma a las dinámicas de poder y la distribución de valor en las cadenas de suministro agroalimentario.

Parafraseando a Epstein (2001, 2005), la financierización tiene que ver con la creciente importancia de los motivos, actores, mercados e instituciones

financieras a nivel nacional e internacional. Para Krippner (2011, 4) este proceso se puede entender como «la tendencia, cada vez mayor, a obtener beneficios económicos a través de canales financieros en vez de a través de actividades productivas» (cf Arrighi 1994). Kripner distingue las actividades financieras, donde el capital líquido se dota (o transfiere) a la espera de futuros intereses, dividendos o plusvalías, de la economía real donde se da la producción y el comercio actual de productos.

El auge en las finanzas se ha dado en el contexto de salarios estancados, deuda creciente y desregulación financiera. En los Estados Unidos y otros centros financieros, el salario real percibido por los trabajadores ha permanecido fijo desde la década de 1970 a pesar del crecimiento de la productividad (Palley 2007, Wolff 2013). Evocando la crisis marxista de la «sobrecumulación» este escenario ha creado una situación en la que la demanda insuficiente por parte de los hogares con pocos recursos ha desincentivado la inversión en el sector inmobiliario y ha estimulado a los inversores a depositar sus fondos excedentarios en el sector financiero. Algunos de estos fondos se volvieron a prestar a los consumidores lo que les permitió mejorar su nivel de vida a pesar del estancamiento de los salarios, pero esto también ha contribuido a un considerable crecimiento de la deuda en el sector de los préstamos hipotecarios y de uso doméstico (Palley 2007). Los hogares de la clase trabajadora se adaptaron mediante el envío adicional de los miembros de la unidad familiar al mundo del trabajo remunerado, lo que ayudó a incrementar la demanda de bienes y servicios, incluyendo la demanda de alimentos procesados y preparados. Esta transición contribuyó al crecimiento de los fabricantes de alimentos hasta convertirlos en uno de los grupos de actores más poderosos en el sector agroalimentario durante las décadas de 1970 y 1980.

La reestructura neoliberal de las economías tanto en el Norte como en el Sur también permitió el crecimiento de lo financiero (Kotz 2008). Enfrentados a la turbulencia económica de la década de 1970 y comienzos de 1980, los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña, al igual que otros centros financieros, dismantelaron las regulaciones que habían gobernado el sector financiero durante casi cincuenta años. A medida que las instituciones financieras se consolidaban y amasaban una enorme cantidad de fondos de inversión, sus técnicos ideaban nuevos productos financieros que supuestamente permitirían a los mercados financieros regularse ellos mismos, e identificaron nuevos ámbitos para la inversión que incluían

derivados agrícolas, tierra de cultivo y empresas agroalimentarias. Esta financierización del sector agroalimentario ha transformado por completo el suministro de alimentos, en especial, como menciono en este documento, ha consolidado la riqueza y el poder de las élites financieras a costa de los productores y trabajadores agrícolas y ha agravado la fragilidad del sistema de alimentación industrializada global.

La financierización del comercio minorista de alimentos

Desde el inicio de la «revolución de los supermercados» a comienzos de la década de 1990, los minoristas de alimentación se han revelado como los actores más poderosos en el sistema agroalimentario (Busch y Bain 2004, Reardon y Berdegué 2002). Enfrentados a mercados saturados y a ventas estancadas en casa, los minoristas de alimentación del norte encontraron la oportunidad de incrementar sus ventas en los nuevos mercados liberalizados del Sur global (Reardon et al. 2009). Los supermercados de Estados Unidos y Europa se fusionaron y adquirieron a sus homólogos del Sur al tiempo que abrían nuevas tiendas para expandir su base de clientes en zonas donde el comercio de alimentos se había realizado en mercados al aire libre y otros escenarios (Reardon and Berdegué 2002). El resultado ha sido un sector minorista de alimentación cada vez más globalizado y concentrado dominado por un puñado de supermercados con base en el Norte.

La globalización y concentración de minoristas de la alimentación no solo ha impulsado las ventas para un pequeños número de cadenas de supermercados, sino que también ha mejorado su poder económico con respecto a otros actores de la cadena de suministro agroalimentario. Este acceso único a los consumidores finales de alimentos implica que los minoristas ostentan un inmenso poder sobre los actores alimentarios iniciales, lo que les otorga una voz destacada a la hora de determinar el tipo y la calidad de alimentos producidos, la forma en la que se producen esos alimentos, la localización de la producción de alimentos, los términos del intercambio de alimentos y, finalmente, la distribución del valor en el sistema alimentario (Busch y Bain 2004, Burch y Lawrence 2005).

Al igual que el proceso de financierización en general, la financierización del comercio minorista de alimentos ha difuminado los límites entre el sector financiero y el ámbito real. Por un lado, esto implica más actores financieros entrando en el sector minorista, tal y como han observado Burch y Lawrence (2009, 2013); por otro lado, también gran parte de los ingresos de los

minoristas proceden de las actividades financieras. Desde la desregulación financiera de las décadas de 1980 y 1990 los supermercados han ofrecido una creciente variedad de productos financieros a sus clientes, entre los que se incluyen tarjetas de crédito y prepago, cuentas corrientes y de ahorro, programas de seguros e incluso créditos hipotecarios.

Es probable que el crecimiento de los fines y actores financieros en el comercio minorista de alimentos tenga implicaciones negativas para los trabajadores del sector alimentario y productores agrícolas a pequeña escala; por ejemplo, al servir a los accionistas los minoristas han ignorado los compromisos previos con los trabajadores y la calidad medioambiental (Burch y Lawrence 2013). Del mismo modo, la presión de los actores financieros para optimizar las cadenas de suministros puede reducir los costes de los supermercados, pero también limita el número de compradores del producto agrícola. Por su parte, los mercados más concentrados reducen el peso de los campesinos y campesinas en el mercado y podrían echar de este a aquellos productores a pequeña escala cuya producción no es suficiente para satisfacer a los compradores que prefieren comprar por volumen.

Dado que a los minoristas se les han comenzado a agotar las oportunidades de expansión en el exterior han puesto la mirada, cada vez más, en las actividades financieras que generan nuevos ingresos para los accionistas. Su diversificación en seguros, banca y otras actividades financieras ha sido un impulso para los accionistas. Baud y Durand (2012) analizaron la interrelación entre globalización y financierización en el sector minorista y, al centrarse en los diez minoristas más importantes del mundo,²⁴ se dieron cuenta de que aunque las corporaciones han experimentado un crecimiento lento de los ingresos en los mercados nacionales desde la década de 1990, el rendimiento del capital de sus accionistas se ha incrementado, con un crecimiento especialmente rápido desde la crisis del punto.com en 2001. Ciertamente, y a pesar de la caída del crecimiento en las ventas nacionales, los accionistas de las corporaciones minoristas han obtenido buenos resultados en los últimos años.

²⁴ Ordenados por orden de ingresos totales, los diez minoristas más importantes son Wal-Mart, Carrefour, Metro, Tesco, Kroger, Costco, Target, Home Depot, Sears y Ahold. Todos a excepción de Home Depot y Sears generan una parte significativa de sus ingresos gracias a las ventas de alimentación.

Con el continuado proceso de internacionalización, fusiones y adquisiciones, un reducido número de minoristas del sector alimentario está desempeñando un importante papel como guardianes entre los fabricantes y los consumidores. La intensificación de su poder ha posibilitado a los minoristas del sector de la alimentación transferir los costes a los proveedores, incluso mientras demandan precios más bajos y cambios en la calidad. Igualmente, los minoristas han aumentado hasta en un 50% el promedio de tiempo entre la entrega de los productos de alimentación y el abono de los mismos, con lo que liberan fondos adicionales para sus actividades financieras (Burch y Lawrence 2013, Baud y Durand 2012). El pago por la fruta y la verdura frescas se realiza normalmente a 45-60 días y en algunos casos se retrasa hasta los 90 días (Reardon y Berdegué 2002), esta práctica es especialmente difícil para los campesinos y campesinas a pequeña escala con una liquidez estancada y que buscan mercados para sus productos.

La financierización del riesgo agrícola y el establecimiento de precios

La agricultura es una empresa difícil. A lo largo de gran parte de la historia de la humanidad las comunidades rurales han mitigado muchos de los riesgos de la agricultura gracias a las denominadas «economías morales», en las que las prácticas agrícolas locales y las entidades sociales, como la reciprocidad y la redistribución, han ayudado a asegurar el acceso a alimento suficiente a las familias campesinas (Scott 1976, Watts 1983). Las economías morales se vieron socavadas por las prácticas imperiales y coloniales, elevando significativamente la vulnerabilidad ante el hambre de las poblaciones del Sur (Davis 2002, Watts 1983). En las décadas de 1950 y 1960 muchos estados postcoloniales (re)instauraron una serie de protecciones para los productores agrícolas que incluían consejos para la compra de cereales, mantenimiento de precios, seguros para las cosechas y programas de ayudas. No obstante, estas protecciones sociales tuvieron un corto recorrido y se desmantelaron durante la reestructuración neoliberal de las décadas de 1980 y 1990. La gestión del riesgo se transformó en una responsabilidad privada en vez de pública y en vez de apoyarse en los programas públicos, se espera que los campesinos y campesinas gestionen el riesgo a través de instrumentos financieros como derivados y microseguros en los que se asigna un valor monetario a las probabilidades de un desastre agrícola (Breger Bush 2012, Isakson 2015).

Los derivados agrícolas son contratos financieros cuyo valor se deriva del valor de una variable subyacente, que, normalmente, es el producto agrícola en cuestión, pero también puede ser algún otro factor como la probabilidad de algo relacionado con la meteorología. Los futuros contratos, que se resumen en que el vendedor acuerda suministrar una cantidad específica de producto a un precio específico y en un momento específico en un lugar en el futuro, son el tipo de derivado más familiar. Los agricultores venden contratos de futuros como forma de cobertura frente a la probabilidad de que el precio de su cosecha caiga por *debajo* de un precio especificado, mientras que el usuario final, como los comerciantes de cereales y procesadores de alimentos, compran contratos de futuros como forma de cubrirse frente a la probabilidad de que los precios agrícolas suban por *encima* de un precio específico. Complementando estas coberturas en los mercados de futuros están los especuladores que buscan beneficiarse de los cambios en los precios de las cosechas futuras pero no tienen interés real en la cosecha en sí misma.

Los mercados de derivados no son un medio para proteger a usuarios y productores de alimentos de la incertidumbre agrícola, sino que cada vez con más frecuencia se convierten en espacios para las apuestas especulativas. Muchos de los nuevos inversores han depositado su dinero en fondos índice de materias prima que fusionan en una sola medida valores derivados por una serie de productos. Estos fondos han facilitado el nacimiento del riesgo agrícola como un «activo financiero» que es especialmente atractivo para inversores a gran escala como fondos de pensiones, fondos de cobertura y fondos soberanos, porque estos requieren poco conocimiento de los mercados actuales (Kaufman 2011, Murphy et al. 2012). La especulación en estos fondos índice estalló tras la desregulación financiera de la década de 1990, pasando de 13 mil millones de dólares americanos en 2003 a 317 mil millones en 2008 (Kaufman 2010). La pregunta que surge es si la especulación en estos fondos es la causante del incremento del precio de los alimentos, y la volatilidad de donde ellos obtienen sus beneficios.

A comienzos de 2008, cuando los precios de los alimentos alcanzaron niveles de record, más de 50 millones de personas fueron excluidas del mercado de alimentos y la población mundial con desnutrición ascendió a más de mil millones (FAO 2009). Tal y como se comentó en Clapp (2009, 2012), el Banco Mundial, la FAO, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y otros organismos influyentes atribuyeron el incremento de los precios a

un desajuste entre la oferta y la demanda, denominada «fundamentos del mercado». Existe un amplio acuerdo respecto a que el desvío de alimentos y tierras de cultivo hacia la producción de agrocombustibles ha reducido significativamente el suministro de alimentos (Akram-Lodhi 2012, Bello 2009, Ghosh et al. 2012, Clapp 2012). No obstante, al mismo tiempo, existe una creciente conciencia de que los fundamentos del mercado no pueden explicar la *envergadura* de los recientes picos en los precios de los alimentos o la volatilidad en la evolución de los precios (Clapp 2012, Ghosh et al. 2012). Son numerosos los estudios que han demostrado realmente que la evolución, otrora «normal», de los precios de materias primas fueron desproporcionados debido al espectacular aumento de las actividades especulativas en los mercados de futuros: la especulación financiera puede relacionarse con el incremento de los precios de los alimentos y su creciente volatilidad (Clapp 2009, Ghosh et al. 2012, Spratt 2013).

En la mayoría de las zonas del Sur global, los picos en los precios de la materia prima se han traducido en unos precios excesivamente altos de los alimentos (Ghosh 2010). Dedicar del 50 al 80 por ciento de los ingresos a alimentación supuso un duro varapalo para la gente sin recursos de los países en desarrollo, especialmente para mujeres y niños (Clapp 2012, Heltberg et al. 2013), y la volatilidad de los precios también ha afectado a los campesinos y campesinas que miran los precios del mercado a la hora de determinar qué cosechan y cuánto producen. Dado que la actividad especulativa distorsiona los precios constantemente, los agricultores reciben señales erróneas con respecto a los precios lo que lleva a la sobresiembra cuando los precios son artificialmente altos y a la siembra intercalada cuando los precios son artificialmente bajos (Ghosh 2010, Breger Bush 2012). La incapacidad para predecir con exactitud los movimientos de los precios puede tener consecuencias especialmente graves para los agricultores pobres y vulnerables que operan en los márgenes de la producción agrícola.

La financierización del comercio de alimentos y del procesado

A pesar de haber recibido mucha menos atención en la literatura, existen pruebas significativas de que el comercio y procesado de alimentos han entrado en la financierización en los últimos años, esto ha supuesto que los comerciantes y los procesadores de alimentos han diversificado en las actividades financieras, una característica del proceso de financierización. Al mismo tiempo, los actores financieros están desempeñando un papel cada vez más activo y directo en aspectos como la fabricación, almacenaje

y distribución de alimentos. Es decir, se ha producido un desdibujamiento de líneas entre las finanzas y estos enlaces intermedios de la cadena de suministro agroalimentaria.

Según el discurso del «valor del accionista» este incremento en las finanzas se puede atribuir al alineamiento de los intereses de los gestores corporativos y los accionistas, puesto que ambos creen que el único propósito de la empresa es maximizar el valor de las opciones sobre acciones (Froud et al. 2000), y así es como se ha producido la transformación del procesado de alimentos en la era de la financierización. Los fabricantes de alimentos se han comenzado a sentir cada vez más obligados con los accionistas que demandan unos rendimientos del 20–30 por ciento (Rossman 2010), de modo que en vez de ofrecer alimentos más saludables por ejemplo, los procesadores de alimentos han optado por producir alimentos llenos de sal, azúcar y grasa que estimulan una ingesta excesiva de producto y, por lo tanto, maximizan los dividendos para los accionistas (Moss 2013).

La financierización de la fabricación de alimentos no solo ha supuesto que los procesadores se sientan más obligados con los accionistas, sino también que los bancos de inversión desempeñen un papel más activo en el procesado de alimentos. Por ejemplo, Goldman Sachs, ha apostado que la «carnificación» (Weis 2013) de la dieta china incrementará los beneficios del sector avícola del país, y el icónico banco de inversión ha comprado recientemente una participación del 13% de la segunda empresa más grande del país en el procesado de carnes y aves además de invertir otros 300 millones de dólares americanos en la compra de diez granjas avícolas (Burch and Lawrence 2009).

El desvanecimiento de las líneas entre finanzas y alimentación se ha producido también en el mercado de productos primarios. Murphy et al. (2012) aporta un minucioso debate sobre el modo en el que los cuatro comerciantes de cereales más grandes del mundo, Archer Daniels Midland (ADM), Bunge, Cargill y Louis Dreyfus (o las ABCD, como se refieren a ellas en general), se están implicando en diferentes actividades financieras. Las ABCD han constituido vehículos de inversión que permiten a los inversores externos especular con los productos agrícolas y con otras dimensiones de la producción de alimentos. Entre estas ABCD, Cargill es la más implicada en las actividades financieras (Murphy et al. 2012). En el año 2003 Cargill comenzó a ofrecer servicios financieros a los inversores externos y desde

ese momento ha creado una serie de filiales financieras que ofrecen diversos productos financieros, entre ellos fondos índice de materias primas, servicios de gestión de activos, seguros, oportunidades para especular en el campo inmobiliario, crédito comercial y energía. En resumen, Cargill, la empresa privada más grande del mundo, no es solo un comerciante de cereales sino también una empresa financiera.

Los beneficios de las ABCD se han incrementado significativamente desde que comenzaron a financierizar sus actividades a comienzos de siglo (Murphy et al. 2012), y estos beneficios alcistas son atribuibles, en parte, a la especulación con los precios volátiles y al alza de los alimentos. El acceso único de las ABCD a los proveedores de alimentos es una inestimable fuente de información sobre las existencias mundiales de alimentos, lo que les proporciona ventaja a la hora de establecer estrategias de protección y de especular con la fluctuación de precios. Por ejemplo, los comerciantes son de los primeros en saber cuándo descienden los suministros lo que les confiere ventaja en los mercados de derivados (Meyer 2011), y Cargill fue de las primeras en especular con la caída del precio del trigo en 2008 (Murphy et al. 2012), un movimiento directamente relacionado con el significativo incremento en los beneficios. Los observadores como Murphy et al. (2012) y Salerno (2016) han comparado sus actividades con las operaciones que se llevan a cabo con información privilegiada.

A pesar de que, en general, intentan mantenerse con un perfil bajo, los grandes comerciantes de cereales han presionado activamente para mantener la capacidad de especular en los mercados de derivados agrícolas. Incluso cuando apoyan las regulaciones a los bancos y otros jugadores financieros en los mercados de derivados, las ABCD mantienen que ellos deberían estar exentos de los límites especulativos puesto que, de hecho, son usuarios finales con interés comercial en los productos agrícolas físicos (Murphy et al. 2012). Obviamente, esto les daría aún una ventaja mayor en los mercados de derivados e incrementaría su poder frente a los productores de alimentos, con lo que se reforzaría su posición en la cadena de valor agroalimentaria.

La financierización de los insumos agrícolas y tierras de cultivo

Durante mucho tiempo las finanzas han desempeñado un papel en el suministro de insumos agrícolas. Desde la aparición de la industria agrícola y la comercialización de insumos agrícolas relacionados con esta, los agricultores han dependido de los créditos agrícolas para la compra de

semillas, productos agroquímicos y equipos de labranza. ¿Se ha financierizado más este eslabón de la cadena de valor agroalimentaria en los últimos años? ¿Son las actividades financieras las que proporcionan la mayor parte de los beneficios a los proveedores? ¿Desempeñan los actores financieros un papel más importante en el suministro de insumos? Hasta ahora no se ha realizado un análisis sistemático de la financierización de los insumos agrícolas, sin embargo, hay razones para creer que el sector está experimentando transformaciones similares a las que se dan en algunos puntos de la cadena de suministros agroalimentarios. Desde el repunte de los precios de los alimentos en 2007-2008, los actores financieros han efectuado inversiones significativas en empresas que fabrican tractores y otros equipamientos agrarios, semillas y agroquímicos (Ross 2008, The Economist 2009).

También hay razones para creer que los proveedores de insumos agrícolas están obteniendo una gran parte de sus ganancias de las actividades financieras, en particular de la provisión de crédito. La reestructuración neoliberal, que ha supuesto la reducción de las ayudas a los insumos agrícolas y el apoyo a bancos de desarrollo rural, no redujo las presiones sobre los agricultores con respecto a la producción, por el contrario, las ha empeorado y promovido con el fin de intensificar la producción agrícola. Paradójicamente, esto ha tenido como efecto añadido el descenso de los precios de las cosechas con lo que ha crecido la pobreza de los agricultores y, por tanto, su deuda (Vakulabharanam 2004, 2005). Resulta irónico que la deuda de los campesinos y campesinas actúe como probable impulso para los prestamistas y proveedores agrícolas que venden insumos a crédito. Por otra parte, este aumento del endeudamiento ha forzado a muchos campesinos y campesinas a deshacerse de su activo principal y base de su medio de vida: su tierra.

El alza de precios de los productos básicos y el temor a que la contratación de cosechas sea cada vez más competitiva ha incrementado el valor percibido de la propiedad agrícola y la propiedad de la tierra, fomentando las inversiones en tierra a gran escala o *land-rush* (Cotula 2012). Junto con diversos actores, entre los que se incluyen empresas agroalimentarias, gobiernos, fondos soberanos y desarrolladores de agrocombustibles, los inversores institucionales privados buscan beneficiarse de la apreciación del valor de la tierra. Los inversores que desean especular sobre su valor pueden depositar sus fondos en grandes bancos de inversión, fondos especulativos, fondos de inversión inmobiliaria (REIT) públicos y privados o en empresas que

combinen la gestión agrícola con estrategias para adquirir tierra para uso agrícola (HighQuest 2010).

Además de por los altos rendimientos, los inversores se ven atraídos por la tierra como medio de gestionar el riesgo. En una encuesta realizada por la OCDE, los inversores institucionales privados identificaron la cobertura de inflación (la expectativa de que la tierra mantendrá su valor frente al alza de precios) como su motivación principal para invertir en tierra de cultivo. Históricamente, los inversores institucionales privados poseían la mayor parte de sus tierras de cultivo en Europa, Norteamérica y Australia, donde tanto el riesgo como el rendimiento eran bajos. No obstante, en los últimos años han vuelto la mirada hacia Sudamérica, especialmente Brasil, y África (HighQuest 2010), ya que estas tierras «fronterizas» tienen potencial para proporcionar altos rendimientos aunque también tienen riesgos más altos. Esos riesgos se han visto mitigados de alguna manera por los gobiernos de los países receptores e instituciones de financiación al desarrollo que han buscado facilitar la inversión en tierra a gran escala. Por ejemplo, la Agencia Multilateral de Garantía de Inversiones del Banco Mundial (MIGA), proporciona contratos que garantizan la inversión extranjera directa frente a una serie de riesgos; igualmente, la Corporación Financiera Internacional del Grupo del Banco Mundial (IFC) ha apoyado a algunos fondos de inversión privada que invierten en agricultura y apoya el establecimiento de redes entre inversores institucionales.

Con el fin de que la tierra se convierta en un objeto de finanzas, como Li (2014, cf. Visser 2016) ha observado, esta debe estar inscrita como tal; si la tierra se va a convertir en un activo financiero con un precio cuantificable es necesario abstraerse de las prácticas, significados y relaciones históricamente enraizadas en la tierra así como eliminar las diferencias cualitativas y los aspectos contextuales. Inscribir la tierra con títulos, medidas y otros instrumentos permite la comparación y la asignación de un valor. Esta abstracción de la tierra hacia la métrica del mercado permite que se entienda como un «fardo de activos» que se puede atar y desatar de distintas formas con el fin de «desbloquear» y «crear» valor para los inversores. Basándose en la lógica de que las pequeñas explotaciones están atrasadas y no son eficientes, los actores financieros enmarcan sus actividades como inversiones socialmente necesarias que modernizarán la agricultura y resolverán la escasez de alimentos malthusiana (por ej. Wheaton y Kiernan 2012). Estos actores perciben la conversión de explotaciones familiares en operaciones

industriales más grandes como una solución a la escasez y una contribución positiva a la sociedad.

En resumen, la financierización de las tierras de cultivo ha difuminado las líneas entre la tierra como un activo productivo y la tierra como objeto de especulación (cf. Fairbairn 2014). Las finanzas, junto con la cadena de suministro agroalimentario, están empujando a los campesinos y campesinas fuera de la tierra al incrementar los costes de los insumos (y la deuda), debilitar su poder de negociación frente a los compradores y a las condiciones cada vez más inciertas del mercado. Esto, combinado con el tirón de la apreciación del valor de las tierras de cultivo, puede favorecer que muchos pequeños campesinos y campesinas se inclinen por vender su tierra tan solo para darse cuenta de las escasas alternativas que hay a su trabajo en otras partes. El resultado será medios de vida cada vez más precarios, crecimiento de la pobreza y creciente concentración de la propiedad de la tierra (cf. De Shutter 2011, Li 2011). Es más, dado que las finanzas ejercen un mayor control sobre el modo en que la tierra y el trabajo entran en la producción agrícola, sin duda alguna dará prioridad a los dividendos sobre la seguridad alimentaria, el bienestar de los trabajadores y el mantenimiento de la tierra de cultivo.

Conclusión

La línea entre finanzas y suministro de alimentos se ha desdibujado cada vez más en las últimas décadas. Este es un proceso que se ha extendido en los principales eslabones de la cadena de suministros agroalimentarios, desde el control de las tierras de cultivo hasta el comercio minorista de alimentos. Al capitalizar su posición privilegiada en la economía alimentaria mundial, fuertemente concentrada, los minoristas han podido forzar que fabricantes de alimentos, distribuidores y trabajadores sean los que financien sus actividades financieras y, por lo tanto, mejore la rentabilidad de los mercados y reforzar así su posición de poder. En otra fase del proceso, los comerciantes de cereales han establecido instrumentos de inversión y sus actividades especulativas han sido especialmente lucrativas.

Los minoristas de alimentación también están elevando sus demandas a los trabajadores. Los gestores de las empresas agroalimentarias han realineado sus intereses con los valores de los accionistas, intensificando la carga de trabajo de los trabajadores incluso cuando sus salarios han permanecido estancados y sus posiciones más precarias. A los productores agrícolas a pequeña escala tampoco les ha ido bien; los pequeños

campesinos y campesinas son probablemente los grandes perdedores de la financierización del sector agroalimentario, ya que se enfrentan a la creciente amenaza de la desposesión, a los términos a la baja del comercio y a la creciente inestabilidad de los mercados para su producción. Para los actores financieros y de la agroindustria los nuevos instrumentos de inversión para la tierra y los riesgos agrícolas han resultado ser bastante lucrativos, mientras que en gran medida excluyen a los pequeños campesinos y campesinas cuyo medio de vida se ve directamente afectado.

Dado el regresivo impacto que la financierización ha tenido en la distribución de la riqueza y el valor en las cadenas de suministros agroalimentarios, cabe preguntarse por la posibilidad de acuerdos alternativos para financiar los alimentos. ¿Sería posible constituir un sistema alimentario más justo y sostenible que no esté sujeto a la búsqueda de beneficios por parte de los actores financieros? Parafraseando a Russell (2008) ¿podrían reorientarse las finanzas para que sirvan a la economía alimentaria en vez de a sus dueños? Si es así ¿cómo serían esos acuerdos financieros? Instituir esta visión bien puede requerir una reestructuración radical del papel de las finanzas en el suministro de alimentos, pero la injusticia de miles de millones de personas desnutridas y con inseguridad alimentaria demanda que tengamos en cuenta soluciones radicales.

Referencias

- Akram-Lodhi, A.H. 2012. Contextualizing land grabbing: contemporary land deals, the global subsistence crisis and the world food system. *Canadian Journal of Development Studies*, 33(2), 119-42.
- Arrighi, G. 1994. *The long twentieth century: money, power, and the origins of our times*. New York: Verso.
- Baud, C. y C. Durand. 2012. Financialization, globalization, and the making of profits by leading retailers. *Socio-Economic Review*, 10, 241-66.
- Bello, W., 2009. *The food wars*. London: Verso.
- Breger Bush, S. 2012. *Derivatives and development: a political economy of global finance, farming, and poverty*. Palgrave Macmillan.
- Burch, D. and G. Lawrence. 2009. Towards a third food regime: behind the transformation. *Agriculture and Human Values*, 26(4), 267-279.
- Burch, D. and G. Lawrence. 2013. financialization in agri-food supply chains: private equity and the transformation of the retail sector. *Agriculture and Human Values* DOI 10.1007/s10460-012-9413-7
- Busch, L. and C. Bain. 2004. New! improved? the transformation of the global agrifood system. *Rural Sociology*, 69(3), 321-346

- Christophers, B. 2015. The limits to financialization. *Dialogues in Human Geography*, 5(2), 183-200.
- Clapp, J. 2014. Financialization, distance, and global food politics. *Journal of Peasant Studies*, 41(5), 797-814.
- Clapp, J. 2012. *Food*. Malden, MA: Polity Press.
- Clapp, J. 2009. Food price volatility and vulnerability in the Global South: considering the global economic context. *Third World Quarterly*, 30(6), 1183-96.
- Cotula, L. 2012. The international political economy of the global land rush: a critical appraisal of trends, scale, geography, and drivers. *The Journal of Peasant Studies*, 39(3-4), 649-680.
- Davis, M. 2002. *Late Victorian holocausts: el niño famines and the making of the third world*. London: Vero.
- The Economist. 2009. Green shoots – no matter how bad things get, people still need to eat. *The Economist*, 19 mayo de 2009.
- Epstein, G. 2005. Introduction: financialization and the world economy. En: G. Epstein, ed. *Financialization and the world economy*. Cheltenham, UK: Edward Elgar Publishing.
- Epstein, G. 2001. *Financialization, rentier interests, and central bank policy (versión 1.2, junio 2002)*. Documento preparado para la Conferencia PERI sobre la “Financierización de la Economía Mundial”, 7-8 de diciembre de 2001, Universidad de Massachusetts Amherst.
- FAO. 2009. *El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo: crisis económicas, repercusiones y enseñanzas extraídas 2009*. Roma: Organización de las Naciones Unidas para Agricultura y Alimentación.
- FAO. 2013. FAOSTAT <<http://faostat3.fao.org/home/index.html#DOWNLOAD>>. [Consultado el 20 de junio de 2013].
- Fairbairn, M. 2014. ‘Like gold with yield’: Evolving Intersections between farmland and finance. *Journal of Peasant Studies* 41(5), 777-795.
- Froud, J., C. Haslam, S. Johal, and K. Williams. 2000. Shareholder value and financialization: consultancy promises, management moves. *Economy and Society*, 29(1), 80-110.
- Ghosh, J. 2010. The unnatural coupling: food and global finance. *Journal of Agrarian Change*, 10(1), 72-86.
- Ghosh, J., J. Heintz, and R. Pollin. 2012. Speculation on commodities futures markets and destabilization of global food prices: exploring the connections. *International Journal of Health Sciences*, 42(3), 465-83.
- Heltberg, R., N. Hossain, A. Reva, and C. Turk. 2013. Coping and resilience during the food, fuel, and financial crisis. *The Journal of Development Studies*, 49(5), 705-18.
- HighQuest Partners. 2010. *Private Financial Sector Investment in Farmland and Agricultural Infrastructure*. OCDE Food, Agriculture, and Fisheries Papers, No. 33, OECD Publishing.
- Isakson, S.R. 2015. Small-farmer vulnerability and climate risk: index insurance as a financial fix. *Canadian Food Studies*, 2(2), 267-77.
- Kaufman, F. 2010. The food bubble: how Wall Street starved millions and got away with it. *Harper's Magazine*, 32 (julio 2010): 27-34.
- Kaufman, F. 2011. How Goldman Sachs created the food crisis. *Foreign Policy*, 27 abril de 2011.

- Kotz, D.M. 2010. Financialization and neoliberalism. En G. Teeple y S. McBride (eds.) *Relations of global power: neoliberal order and disorder*. Toronto: University of Toronto Press.
- Krippner, G. 2011. *Capitalizing on Crisis: The Political Origins of the Rise of Finance*. Cambridge: Harvard University Press. .
- Li, T.M. 2014. What is land? Assembling a resource for global investment. *Transacciones del Instituto de Geógrafos Británicos*, 39(4), 589-602.
- Li, T.M. 2011. Centering labor in the land grab debate. *Journal of Peasant Studies*, 38(2), 281-98.
- Martin, S.J. and J. Clapp. 2015. Finance for agriculture or agriculture for finance? *Journal of Agrarian Change*, 15(4), 549-59.
- Meyer, G. 2011. Commodity traders hit back at planned US futures curbs. *Financial Times*. 14 junio de 2011.
- Moss, M. 2013. *Salt, sugar, fat: how the food giants hooked us*. New York: Random House.
- Murphy, S., David Burch y Jennifer Clapp. 2012. *Cereal Secrets: The World's Largest Grain Traders and Global Agriculture*. Oxfam Informes y Estudios . Oxford: Oxfam International.
- Palley, T. 2007. *Financialization: what it is and why it matters*. The Levy Economics Institute, Documento de trabajo n° 525.
- Ouma, S. 2016. From financialization to operations of capital: historicizing and disentangling the finance-farmland nexus. *Geoforum*, doi: 10.1016/j.geoforum.2016.01.003.
- Reardon, T. and J.A. Berdegú. 2002. The rapid rise of supermarkets in Latin America: challenges and opportunities for development. *Development Policy Review*, 20(4), 371-388.
- Reardon, T., C.B. Barrett, J.A. Berdegú, and J.F.M. Swinnen. 2009. Agrifood industry transformation and small farmers in developing countries. *World Development*, 37(11), 1717-27.
- Ross, A. 2008. Profiting from food crisis can be hard to stomach. *Financial Times*, April 25, 2008.
- Rossmann, P. 2010. What 'financialization' means for food workers. *Seedling* (January 2010): 21-5.
- Russell, E.D. 2008. Finance as servant? lessons from New Deal financial reform. *Review of Radical Political Economics*, 40(3), 250-7.
- Salerno, T. 2016. Cargill's corporate growth in times of crisis: how agro-commodity traders are increasing profits in the midst of volatility. *Agriculture and Human Values*, DOI: 10.1007/s10460-016-9681-8.
- Scott, J.C. 1976. *The moral economy of the peasant: rebellion and resistance in Southeast Asia*. New Haven: Yale University Press.
- Spratt, S. 2013. *Food price volatility and financial speculation*. Future Agricultures Consortium, Documento de trabajo n° 047.
- Vakulabharanam, V. 2004. *Immiserizing growth: globalization and agrarian change in Telangana, south India between 1985 and 2000*. Tesis doctoral, Universidad de Massachusetts, Amherst, Departamento de Económicas.
- Vakulabharanam, V. 2005. Growth and distress in a south Indian peasant economy during the era of economic liberalization. *The Journal of Development Studies*, 41(6), 971-97.
- Visser, O. 2016. Running out of farmland? Investment discourses, unstable land values and the sluggishness of asset making. *Agriculture and Human Values*, DOI: 10.1007/s10460-015-9679-7.

Watts, M.J. 1983. *Silent violence: food, famine, and peasantry in northern Nigeria*. Berkeley: University of California Press.

Weis, T. 2013. The meat of the global food crisis. *Journal of Peasant Studies*, 40(1), 65-85.

Wheaton, B. and W.J. Kiernan. 2012. *Farmland: an untapped asset class? quantifying the opportunity to invest in agriculture*. Global AgInvesting: Research and Insight, diciembre de 2012.

Wolff, R.D. 2013. *Capitalism hits the fan: the global economic meltdown and what to do*



SOBERANÍAS RIVALES, PROCESOS CONTROVERTIDOS: POLÍTICAS DE CONSTRUCCIÓN DE LA SOBERANÍA ALIMENTARIA

Christina Schiavoni

La soberanía alimentaria en la encrucijada

Una fuente de inspiración, desconcierto, fascinación y frustración, en las últimas décadas nada ha sacudido tanto los estudios agrícolas y campos relacionados como el concepto de soberanía alimentaria, un concepto ampliamente definido como «el derecho de los pueblos a alimentos nutritivos y culturalmente adecuados, accesibles, producidos de forma sostenible y ecológica y su derecho a decidir su propio sistema alimentario y productivo» (Nyéléni 2007). Casi dos décadas después de su nacimiento en la escena internacional gracias a los esfuerzos del movimiento campesino transnacional La Vía Campesina, la soberanía alimentaria está incrementando su presencia en los espacios políticos, desde los debates dentro de la Comisión de Naciones Unidas para la Seguridad Alimentaria hasta la incorporación a la constitución y/o legislación nacional de al menos siete países, pasando por las «ordenanzas de soberanía alimentaria local» en el estado de Maine en Estados Unidos.

El progresivo calentamiento de los actores estatales con respecto a la soberanía alimentaria como un marco político, plantea cuestiones que son a la vez políticas, filosóficas y prácticas. Fundamentalmente, hace aflorar a la superficie tensiones no resueltas en torno a la «soberanía» de la soberanía alimentaria; soberanía ¿para quién y cómo? Este documento busca tratar estas cuestiones explorando la cuestión de las «soberanías rivales» en la construcción política de la soberanía alimentaria, prestando especial atención a las dimensiones de la escala, geografía e instituciones.

Soberanías múltiples y rivales

¿Quién es el soberano de la soberanía alimentaria? Los investigadores han estado planteando esta pregunta y el movimiento se ha enfrentado a ella

puesto que buscan poner en práctica la soberanía alimentaria, en particular una vez que se haya adoptado en la política del estado. Por un lado, la soberanía alimentaria nació a raíz de una percepción de debilidad con respecto al control del estado sobre los sistemas alimentarios nacionales y a raíz de una necesidad de reclamar parte de ese control frente a las políticas neoliberales; por otro lado, la soberanía alimentaria ha estado siempre asociada a la idea de ser un proyecto político «dirigido por la comunidad» e independiente del estado. Un añadido a la complejidad de la soberanía alimentaria es el hecho de que el concepto sobre el que se ha construido, *soberanía*, se considera «una fuente constante de confusión teórica» (Bartelson 1995: 12). Entre las razones tras esta confusión, según Bartelson, se encuentra que la soberanía está asociada tanto con dimensiones internas como externas en una dualidad compleja que se ha obviado durante mucho tiempo.

¿Sería posible que la naturaleza dual de la soberanía ayudase a explicar la confusión en torno a la soberanía alimentaria, especialmente en la falta de claridad, que tanto se menciona, con respecto a la soberanía alimentaria frente al estado? Podría parecer que la dimensión externa de la soberanía alimentaria es mucho más fácil de abordar conceptualmente que la dimensión interna a la hora de aplicarla a la soberanía alimentaria, por ejemplo, en la reivindicación de que la capacidad de producción y distribución de los alimentos de un país no debería ser socavada por la OMC, el Banco Mundial, corporaciones multinacionales, etc. Por otro lado, la dimensión interna de la soberanía es mucho más oscura cuando se aplica a la soberanía alimentaria, al menos siguiendo la definición tradicional de ser una «autoridad final y absoluta en la comunidad política» (Hinsley 1986: 158). Por definición, la soberanía alimentaria es contraria a la idea de ser una autoridad singular y absoluta con respecto al sistema alimentario; la soberanía alimentaria supone una nueva conceptualización de la soberanía tal y como la conocemos.

Patel (2009: 668) ha compartido algunas percepciones importantes respecto a esta cuestión, él menciona la superposición de la jurisdicción implicada en la soberanía alimentaria cuando el llamamiento es para que diversas naciones, pueblos, regiones y estados elaboren su propia política agraria.» En la articulación de Patel, el estado aún figura en la soberanía alimentaria, pero partiendo de las nociones tradicionales de soberanía, el estado se «descentraliza» para dar paso a otros actores de una variedad de escalas y jurisdicciones. En otras palabras, no hay una sola soberanía de soberanía alimentaria, sino «soberanías múltiples y rivales » (ibid). McMichael

apunta a un fenómeno similar en muchos de los movimientos que contrarrestan la globalización corporativa: «en vez de una perspectiva única asociada al estado moderno, estos movimientos practican una política de multiperspectiva reivindicando su derecho a formas alternativas de organización democrática y a asegurar el bienestar material mediante *soberanías múltiples basadas* en la sostenibilidad cultural, ambiental y económica» (2009: 39, énfasis añadido).

Está claro que se plantean algunas tensiones al facilitar una demanda de soberanía a múltiples actores con jurisdicciones disputadas y superpuestas. Por ejemplo ¿de qué forma se puede conciliar el deseo de los estados de reivindicar su soberanía respecto a los sistemas alimentarios frente a las políticas neoliberales con el deseo de las comunidades de reivindicar su propia soberanía sobre los sistemas alimentarios locales? ¿Pueden el estado y las unidades que están en ello ser soberanos con respecto a la alimentación al mismo tiempo? ¿Son todas las comunidades igual de soberanas con respecto a la alimentación rural y urbana? ¿Qué significa esto cuando algunas comunidades disponen de una mayor capacidad de producción de alimentos que otras? Estas cuestiones hablan de un complejo conjunto de «soberanías rivales» en el juego de la construcción de la soberanía alimentaria.

En las páginas siguientes se explorará la cuestión de *cómo las «soberanías rivales» están dando forma a la construcción política de la soberanía alimentaria* a través de tres visiones analíticas interconectadas de escala, geografía e instituciones:

- **Escala** se puede entender como «las dimensiones espaciales, temporales, cuantitativas o analíticas utilizadas para determinar y estudiar cualquier fenómeno» (Cash et al. 2006: 8). «Las soberanías rivales» se pueden ver en debates respecto a los modelos de producción (es decir, «gran escala» frente a «pequeña escala») así como en cuestiones sobre el nivel, o niveles, sobre los que se va a ejercer la soberanía alimentaria, en especial cuando estos niveles pueden cruzarse y solaparse.
- **Geografía** básicamente trata con las cuestiones de espacialidad y «las relaciones sociales prolongadas en el espacio» (Massey 2004: 23), y se interesa por los procesos y relaciones a través de las cuales nacen los lugares y los espacios. Aquí se suele observar la división espacial que constituye lo «urbano» y lo «rural», y las divisiones sociales, económicas, políticas y culturales asociadas que se han erigido en torno a esta dicotomía.

- **Instituciones** se puede entender como «las organizaciones formales y las reglas y procedimientos informales que estructuran la conducta» (Thelen y Steinmo 1992: 2). «Las soberanías rivales» se pueden ver tanto en interacciones entre diferentes actores dentro de la misma institución como en tensiones entre diferentes tipos de instituciones mientras compiten por el poder.

En cualquiera de estas áreas de tensión subyacen preguntas en torno al papel del estado, el papel de la sociedad y la interacción entre ambos. Para explorar esta cuestión de forma que se conecte la teoría con la práctica se parte de las enseñanzas del caso de Venezuela, donde en los últimos dieciséis años se ha desarrollado un experimento de soberanía alimentaria en el contexto de cambio dinámico en la relación estado-sociedad en el país y en la región adyacente.

Perspectivas desde el experimento de soberanía alimentaria en Venezuela

En 1999, al comienzo de su proceso de transformación social conocido como la Revolución bolivariana, Venezuela se convirtió en uno de los primeros países del mundo, para algunos el primero, en adoptar una política nacional de soberanía alimentaria. Su recién reformada constitución garantizaba a sus ciudadanos el derecho a alimentación a través de un suministro nacional de alimentos basado en la agricultura sostenible como marco estratégico para llevar a cabo el desarrollo rural mediante una serie de leyes, institutos y programas bajo el lema «soberanía alimentaria». Este movimiento se podía ver como un acto de fe para un país que había abandonado, en gran parte, su agricultura a medida que construía su economía en torno a la industria petrolera a partir de la década de los años 1930 en adelante. Efectivamente, el éxito de esa política supuso un giro de 180° grados para el que fuera el primer país latinoamericano en ser un importador neto de alimentos y una de las poblaciones más urbanizadas de Latinoamérica (Wilpert 2006).

Las iniciativas de Venezuela hacia la soberanía alimentaria se enmarcan aquí como «el experimento venezolano de la soberanía alimentaria» por diversas razones. En primer lugar, es la naturaleza sin precedentes y realmente experimental de lo que ocurre; en segundo lugar, este marco permite además examinar un cierto conjunto de actores y dinámicas puesto que es un conglomerado actual, a veces divergente, de iniciativas que se dan a diferentes escalas, algunas lideradas principalmente por el gobierno,

algunas por la sociedad civil y la mayoría por una combinación de las dos. Este complejo paquete se logra aquí en «el experimento venezolano de la soberanía alimentaria.»

Teniendo esto en cuenta, es importante considerar dos dinámicas principales que vienen en conjunto a dar forma a las iniciativas de la soberanía alimentaria en Venezuela. En primer lugar, es una iniciativa nacional que está guiada por la constitución y una serie de leyes para cambiar de una situación de *dependencia* alimentaria en Venezuela a una situación de *soberanía* alimentaria. Esto implica alejarse de un sistema de alimentación nacional caracterizado por altos niveles de importación e importantes desigualdades en el acceso a la tierra y la comida e ir hacia un sistema en el que a todos los ciudadanos se les garantice el derecho a la alimentación a través de un sistema de abastecimiento nacional basado en una producción nacional sostenible. La otra dinámica es un intento de cambio de una democracia *representativa* a una *participativa*, en la que los ciudadanos tengan un papel más activo en la política y la gobernanza. Uno de los principales vehículos para llevar esto a cabo son los consejos comunales, entidades locales auto-organizadas a través de las cuales las comunidades determinan sus propias prioridades, gestionan sus propios presupuestos e interactúan con el gobierno. Apoyados por la Ley Orgánica de Consejos Comunales de 2006, existen en Venezuela más de 44.900 consejos comunales en la actualidad.²⁵ Más recientemente, proveniente tanto de arriba como de abajo se está realizando un gran esfuerzo para construir comunas mediante la unión de múltiples consejos comunales en un territorio compartido. El objetivo que se plantea es que el poder se transfiera de forma gradual del estado a las comunas a medida que se vayan organizando. En agosto de 2015 había 1.212 comunas registradas oficialmente además de otras en fase de constitución. La creación de comunas se ve como la piedra angular de la etapa más reciente de la Revolución bolivariana.

El objetivo del estudio del que se nutre este documento es el de determinar de qué manera aquellos que trabajan por la soberanía alimentaria perciben y navegan por las «soberanía rivales» que emergen. En especial, la investigación desarrollada en el verano de 2013 en Venezuela buscaba descubrir las tensiones existentes entre el estado y los actores sociales y la forma en la que se estaban tratando esas tensiones. Una de las áreas era la

25 Comunicación personal con Raúl Key de Fundacomunal, 23 de julio de 2015.

creación de comunas como espacios dinámicos de organización ciudadana y principales vehículos para la interacción entre estado y sociedad en la Venezuela actual.²⁶

Más allá de las fronteras: soberanías rivales a todas las escalas

Enmarcados de formas diversas como iniciativas locales, nacionales y/o internacionales, los aspectos de la escala abundan en los debates sobre soberanía alimentaria. En *Building Relational Food Sovereignty Across Scales: An Example from the Peruvian Andes*, Iles y Montenegro (2013) mencionan una falta de consistencia en el uso del término «escala» en referencia a la soberanía alimentaria y sugieren observar las tres dimensiones de la escala: *la escala en cuanto a dimensión, la escala como nivel y la escala como relación*, con énfasis especial en la última. Este marco se empleará aquí para examinar las tensiones en torno a la escala en el experimento de la soberanía alimentaria en Venezuela.

La escala en cuanto a dimensión

La cuestión de la escala en cuanto a dimensión va directa al corazón de antiguas controversias de paradigmas relacionados con la producción agrícola; concretamente, a mayor escala, intensiva en capital, producción industrial frente a menor escala, menos intensiva en capital, producción basada en el campesinado. Efectivamente, en Venezuela, como proceso de reforma agraria que está haciendo posible repensar lo que la agricultura es para el país, existe una batalla interna respecto al modelo y escala de agricultura sobre la que debería basarse la soberanía alimentaria en este país. Para algunos no hay duda de que el *conuco*, una forma de agricultura tradicional a pequeña escala y con origen indígena, serviría como base para la soberanía alimentaria, convirtiendo «¡Viva el conuco!» en un grito de guerra para la agroecología y los movimientos anti-transgénicos. Para otros, dado el cambio radical que Venezuela está intentando llevar a cabo, de una fuerte dependencia de la importación de alimentos al autoabastecimiento mediante la producción nacional, el único camino para conseguir este objetivo en un previsible futuro es mediante la agricultura industrial a gran escala. En una contradicción aparente, estas visiones rivales están siendo apoyadas por diferentes políticas y programas estatales, desde créditos a proyectos agroecológicos y apoyo a laboratorios de control biológico hasta la provisión de maquinaria agrícola a gran escala e insumos químicos.

26 Más información respecto a la metodología de este estudio en Schiavoni 2014.

La escala como nivel

La escala de producción agrícola tiene implicaciones respecto a la forma en la que está organizado un sistema alimentario más amplio, lo que nos lleva a *la escala como nivel*. En Venezuela, a medida que las comunas se ocupan de las iniciativas de la soberanía alimentaria, algunas se encuentran con tensiones con los mecanismos más centralizados del estado. Esto se puede ver por ejemplo en la comuna rural El Maizal, que vende su maíz a la Corporación venezolana de Alimentos (CVAL) como condición por recibir crédito del estado. Algunos miembros de la comuna dicen que preferirían procesar, distribuir y consumir el maíz a nivel local. Es más, se da la ironía de periodos de escasez de harina de maíz en El Maizal debido a continuos problemas con los canales nacionales de distribución, un gran reto al que se enfrenta actualmente el estado.

Un portavoz del Maizal recalca que los miembros de la comuna se han comprometido a contribuir a la soberanía alimentaria nacional. Ellos creen que las iniciativas estatales, a nivel nacional, por la soberanía alimentaria deberían apoyar y no obstaculizar las iniciativas comunitarias más localizadas. Esto implica un cambio por parte de los actores estatales a la hora de mirar más allá de unos resultados rápidos y permitir a la gente que, verdaderamente, lleve las riendas una vez se hayan organizado. Esta persona explica que un objetivo del Maizal es alejarse del suministro de materias primas de la CVAL desarrollando la capacidad interna de la comuna para procesar y distribuir sus propios alimentos locales, primero entre los 7.000 habitantes de la comuna y después ayudar a proveer de alimento a otras comunas «especialmente a comunas urbanas que no tienen las mismas capacidades de producción de alimentos». Añade, además, que no prevé la disolución de las redes de distribución del estado sino un escenario en el que las redes de distribución del estado y las de las comunidades se complementen.

La escala como relación

La visión que se describe arriba, en la que las iniciativas de soberanía alimentaria comienzan a nivel local y se construyen hacia el exterior, fue un tema común en el transcurso del trabajo de campo y lleva a *la escala como relación*. Este cambio de concepción de la escala en términos de fronteras a la concepción en términos de relaciones parece describir una dinámica que ya está en marcha en Venezuela, en especial en la construcción de las comunas. Ninguna de las personas entrevistadas mencionó los sistemas de alimentación local como el objetivo final. Una cuestión recurrente es que

lo local se ve como un punto de partida en la construcción de la soberanía alimentaria, y que después se debe extender a escala regional y nacional. Entre las personas que realizan un trabajo de base local había un gran sentido de estar conectadas con una iniciativa nacional más amplia. Un portavoz del Movimiento Campesino Jirajara añade que la construcción de la soberanía alimentaria también se extiende y sobrepasa las fronteras estatales como parte de una visión de la integración regional y la solidaridad. Un portavoz de Venezuela libre de transgénicos añade otra perspectiva más al explicar que no es simplemente sobre la construcción de la soberanía alimentaria desde la escala local hacia fuera, sino el hecho de que otras escalas, como la nacional o internacional, condicionan lo que es posible localmente.

La geografía de las soberanías rivales: abordar la «división urbano-rural»

Alimentar la ciudad

Con más del 90% de su población viviendo en zonas urbanas la soberanía alimentaria de Venezuela no es defendible que sea más una cuestión rural que urbana. En los inicios de la revolución bolivariana entre los retos inmediatos estaba el de asegurar las necesidades alimentarias de las poblaciones predominantemente urbanas del país. En principio esto se llevó a cabo a través de una serie de «misiones» gubernamentales creadas para sortear la infraestructura burocrática y conectar directamente con las comunidades. Entre los resultados de estas primeras iniciativas se encuentran las 6.000 casas de alimentación gestionadas entre comunidad y gobierno que llegan a 900.000 de los venezolanos más vulnerables y a la red nacional de supermercados subvencionados para hacer que los alimentos económicos fueran accesibles a todo el mundo. Estos programas han permitido a Venezuela superar el primer Objetivo de Desarrollo del Milenio de reducir el hambre a la mitad antes de 2015, tal y como reconoció la FAO (FAO 2013a). Según el censo nacional, el 96,2% de los venezolanos comen hoy en día 3-4 comidas al día, y el gobierno se ha comprometido a llegar al 3,8% restante con el objetivo de llegar al «hambre cero» en 2019. (AVN 2013).

Cabría mencionar que estos acontecimientos se dieron en un momento en el que los medios se centraban en la escasez de alimentos, presentando un escenario bastante diferente al reconocido por la FAO. Efectivamente, la escasez de algunos alimentos (y no alimentos) es algo que ocurre de forma habitual en tiendas minoristas en Venezuela. Unos lo atribuyen a la

regulación de precios del gobierno porque crea trabas a las empresas para vender productos en el país junto con una mala gestión general del gobierno; otros lo atribuyen al acaparamiento por motivos políticos y a la retención de productos con la intención de desestabilizar al gobierno. No ven como una coincidencia que los principales productos que faltan de las estanterías de los supermercados sean productos básicos como harina de maíz y papel de baño, y consideran esto parte de una «guerra económica» por parte de los miembros de la oposición política que es propietaria de las empresas privadas de alimentación más grandes del país. El gobierno ha tomado una serie de medidas para combatir esta escasez, incluyendo medidas severas respecto a las prácticas ilegales y el aumento de importaciones de ciertos bienes de países colindantes como Brasil.

De acuerdo con muchas de las personas entrevistadas, la capacidad del gobierno para asegurar las necesidades nutricionales de la población se han cumplido, pese a que la escasez indica que Venezuela ha alcanzado un cierto nivel de *seguridad* alimentaria pero aún está lejos de la *soberanía* alimentaria. Tal y como mencionó un portavoz del Movimiento Campesino Jirajara «sabemos que la seguridad alimentaria se alcanza a través de los recursos, pero la soberanía alimentaria tiene que ser un proceso de abajo hacia arriba, que parta del campesino, desde las comunidades.»

Repensar el territorio

Los movimientos sociales en Venezuela apuntan a una nueva vía, no solo moviéndose más allá de lo que ellos denominan «lógica de la importación» sino más allá de un flujo único de productos del campo a la ciudad. Una portavoz del movimiento anti-transgénicos de Venezuela menciona que esto implicará romper barreras que tradicionalmente se han mantenido entre las poblaciones rurales y urbanas o lo que ella denomina «división territorial del trabajo».

Este último punto lleva a afrontar un reto fundamental no solo para Venezuela sino para el movimiento de soberanía alimentaria en conjunto. La soberanía se ha entendido tradicionalmente como una autoridad sobre un territorio, por lo tanto la soberanía alimentaria se suele asociar con un control colectivo de la tierra, el agua y otros recursos productivos en un territorio. Del mismo modo, esta idea puede parecer suficientemente sencilla para considerar, sino retar a poner en práctica, en un contexto rural cuál es su significado para las poblaciones urbanas. Esta pregunta

De muchas maneras, la construcción de las comunas es un ejemplo real de «instituciones sociales de escala múltiple» descritas por Iles y Montenegro (ibid) como claves para facilitar la relación de la soberanía alimentaria. En primer lugar (recordando el punto anterior sobre la dualidad de la soberanía), es importante que aquellos que trabajan por la soberanía alimentaria reconozcan de forma interna y externa su soberanía. La misma formación de una comuna es una demostración de soberanía interna en cuanto que, a través de la unión y organización en una comuna, los consejos comunales y comunidades que las componen están demostrando su intención de funcionar como una unidad soberana. Al hacerlo, también sientan las bases para un reconocimiento externo de su soberanía porque las comunas están reconocidas por la ley y las instituciones estatales tienen la obligación de trabajar con ellas y apoyarlas. Un tercer factor importante es la creación de «bases de soberanía múltiples e interdependientes » (ibid: 27). Las comunas hacen esto a través de la creación de una red nacional de organismos comunales semiautónomos que interactúan no solo con el estado sino entre ellos.

En cuarto lugar, tal y como Iles y Montenegro (ibid, 19) han señalado, la soberanía no implica necesariamente una completa autonomía: «compartir el poder es algo inherente a este concepto de soberanía relacional...algunas formas de soberanía se desarrollan fuera de ese compartir, no solo pura autonomía.» Esto es especialmente relevante en las comunas, no solo debido a la relación que se crea entre ellas sino también debido a la relación con el estado que se enmarca en términos de *corresponsabilidad* (Daal 2013). Primero, la *corresponsabilidad* se percibe como necesaria en la construcción de las comunas a través de un gran impulso desde arriba y desde abajo. Segundo, una vez que existe la comuna, la *corresponsabilidad* describe el proceso por el cual algunas instituciones del estado tienen que trabajar de forma activa para transferir poderes a la comuna al tiempo que los miembros de la comuna se organizan para asumir nuevas responsabilidades. En este sentido la *corresponsabilidad* se percibe como un vehículo de conexión entre la formación del poder popular y la existencia (y gradual redistribución) del poder estatal establecido.

De forma paralela a la construcción de las comunas está la reforma de las instituciones estatales a las que se obliga a trabajar directamente en conjunto con las comunas. Por un lado, este es un ejemplo de viejos actores asumiendo nuevos papeles, mientras, de forma simultánea, los nuevos

conecta con los debates en torno a las nociones de cambio de soberanía y territorio frente a cuestiones medioambientales globales que trascienden las fronteras geopolíticas. Litfin (1998: 12) sostiene que: «si el territorio proporciona el recipiente para la soberanía estatal, entonces los problemas medioambientales transnacionales y las iniciativas para tratarlos pueden dar nueva forma a ese recipiente.» Esta nueva forma del «recipiente» del territorio tiene relevancia para el sistema alimentario global, a través del cual gran parte de la población se distancia tanto de la producción de alimentos como de aquellos que los producen. Un objetivo del movimiento de la soberanía alimentaria es disminuir esta distancia pero dado un contexto como el de Venezuela, en el que la inmensa mayoría de la población está físicamente separada del territorio donde la mayor parte de la producción de alimento se desarrolla ¿cómo se puede llevar esto a cabo?

Según Litfin, es aconsejable examinar cómo evoluciona el concepto de territorio, por ejemplo, desde las nociones de territorio como «espacio cartográfico» hacia un concepto más basado en la cultura del espacio y del territorio que asume una posición más relacional (Bryan 2012). Estos cambios de concepto del territorio evitan los enfoques tradicionales excluyentes en los que la soberanía para un grupo puede significar el desplazamiento de otro. Por ejemplo, Bryan apunta hacia los movimientos de indígenas con base urbana de Bolivia «que cambian la atención del control sobre la tierra y los recursos a cuestiones de bienestar colectivo con el fin de sobrevivir al desplazamiento» (Mamani Ramirez 2011, cita en Bryan 2012, 223). Este ejemplo está en consonancia con la experiencia venezolana puesto que la mayoría de los pobres urbanos son aquellos que han sido desplazados desde zonas rurales o sus descendientes.

Transformar las relaciones y las identidades

El hecho de que la mayoría de las comunidades urbanas de Venezuela no lleven más de una o dos generaciones desplazadas de sus zonas rurales apunta a la frecuente binaridad artificial o arbitraria levantada entre «urbano y rural» y «productores y consumidores». Una de las formas en las que esto se está tratando es a través de la creación y refuerzo de relaciones en las tradicionales divisiones urbana y rural. Esto pasa no solo a través de la creación de canales de marketing directo sino también a través de la co-construcción de la soberanía alimentaria como un proyecto común compartido por los venezolanos urbanos y rurales. Es decir, la gente cada vez más se ve a sí misma conectada mediante el *proceso* de construcción de la soberanía alimentaria. En este proceso no están solo cambiando sus

relaciones entre ellos sino también su *relación con los alimentos* y con el proceso de producción, distribución y consumo alimentario. Uno de los muchos ejemplos es la comuna El Panal 2021 de Caracas asociada con el Movimiento Campesino Jirajara en diversos frentes. De acuerdo con un portavoz de El Panal, «estamos construyendo puntos de conexión nacionales entre lo urbano y lo rural que nos permite romper las cadenas de producción y distribución capitalistas.»

Nuevos marcos institucionales para navegar por las soberanías rivales

A medida que la soberanía alimentaria continua siendo adoptada por las políticas, la cuestión de qué tipo de marco institucional la puede sustentar mejor se vuelve más relevante. En Venezuela, la construcción de las comunas está dando paso a nuevas formas de instituciones sociales, mientras que a las instituciones estatales existentes se les pide tanto que faciliten la creación de comunas como que las apoyen una vez instauradas, algo que para muchos supone una forma radicalmente diferente de funcionamiento. A estas dinámicas hay que añadirle la eliminación gradual de las líneas entre los actores sociales y estatales, ya que los actores sociales se involucran en la gobernanza no solo a través de las comunas sino, cada vez más, también a través de instituciones estatales existentes, un proceso que por supuesto no está exento de tensiones.

En conversaciones con activistas de base de Venezuela la mayoría ponía de relieve que más que esperar una clara delineación de los papeles y responsabilidades entre el estado y la sociedad, existe una necesidad de avanzar en un diálogo abierto entre las dos partes, y muchos han vuelto la mirada hacia las comunas como espacios que facilitan ese diálogo e interacción. Es más, dado que ven la soberanía alimentaria como un proceso en evolución, reconocen que lo que se da como correcto una semana/mes/año puede no ser el caso la siguiente vez, por lo tanto es importante que las relaciones institucionales sean flexibles y dinámicas. De esto se hacen eco Thelen y Steinmo (1992, 6) que apuntan que «más importante que las características formales del estado o de las instituciones sociales per se, es la forma en la que una configuración institucional concreta da forma a las interacciones políticas.» Ejemplifica también lo que apuntan Iles y Montenegro (2013, 17) respecto a que la soberanía es un concepto relacional: «las unidades soberanas siempre se definen en relación con algo más y siempre son un proceso más que un “estado.”»

actores, como los líderes de los movimientos sociales, están también entrando en las instituciones existentes. La transformación de las instituciones a través de la incorporación de nuevos actores no es, sin embargo, una simple cuestión de «compromiso de base» sino una transformación fundamental de las instituciones desde dentro, reflejada en un nuevo marco institucional del estado conocido como *nueva institucionalidad* (Daal 2013).

Por supuesto, hay muchas tensiones. Muchas de las personas a las que se ha entrevistado, tanto de dentro como de fuera del gobierno, han mencionado una situación de constante confrontación entre las estructuras tradicionales de poder y las estructuras emergentes, dando lugar a tensiones y contradicciones, tal y como se ha visto, por ejemplo, en la lucha relacionada con los enfoques hacia los alimentos y la agricultura por parte de las instituciones estatales.

Como representante de Tres Rs Cooperativa en el estado de Yaracuy la situación se puede resumir parafraseando a Gramsci: «lo Viejo aún no ha terminado de secarse y lo nuevo aún no ha terminado de nacer.»

«Soberanías rivales» y más allá

El caso de Venezuela demuestra que algunos de los escollos teóricos de la soberanía alimentaria en el mundo académico también presentan desafíos prácticos para aquellos que intentan llevarla a cabo. Al mismo tiempo, estos desafíos se gestionan claramente en la base, con diversos grados de éxito, y hay mucho que aprender de este proceso. Quizá entre los aprendizajes clave se encuentra que, como la soberanía alimentaria es un proceso dinámico, las instituciones que lo faciliten deben ser igualmente dinámicas, y en Venezuela esto se intenta a través de enfoques como los de *corresponsabilidad* y *nueva institucionalidad*. Igualmente, la construcción de la soberanía alimentaria se refiere menos a construir silos (tanto de forma literal como figurada) y más a construir relaciones, es decir, a través de escalas, entre la división rural - urbano y entre los actores sociales y estatales.

Con la mirada en Venezuela, una cuestión candente que se mantiene es hasta qué punto coexistirán, chocarán o se complementarán las nuevas iniciativas de soberanía alimentaria lideradas por las bases emergentes y las iniciativas de seguridad alimentaria ya existentes. Es importante recordar que los índices de hambre se redujeron de forma drástica gracias a un gran esfuerzo realizado por parte del estado (en conjunto con las comunidades),

mediante un enfoque que de forma discutible encaja con la mayoría de los paradigmas de seguridad alimentaria, particularmente por su dependencia de las importaciones y de los mecanismos centralizados del estado. Al mismo tiempo, algunas de las iniciativas más vanguardistas de este momento, incluyendo aquellas dirigidas por las comunas, entran directamente en el paradigma de la soberanía alimentaria. Una pregunta que surge, recordando la experiencia de la comuna El Maizal, es qué posibilidades hay de que estos dos paradigmas se unan. Esta pregunta se plantea más allá de Venezuela, sobre todo dado el reciente compromiso de los Jefes de estado de trabajar por el «hambre cero» en toda América Latina y el Caribe (FAO 2013b), al tiempo que los movimientos sociales de la región se organizan cada vez más y forjan nuevas alianzas con vistas a alcanzar la soberanía alimentaria.

Referencias

- AVN, 2013. «Gobierno Nacional Mantiene Meta de Desnutrición Cero Para 2019». Consultado el 17 de octubre de 2013. <<http://www.avn.info.ve/contenido/presidente-maduro-aspira-lograr-meta-desnutrici%C3%B3n-cero-2019>>.
- Bartelson, J. 1995. *A Genealogy of Sovereignty*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bryan, J. 2012. 'Rethinking Territory: Social Justice and Neoliberalism in Latin America's Territorial Turn', *Geography Compass* Vol. 6(4): 215-226.
- Cash, D., W. Adger, F. Berkes, P. Garden, L. Lebel, P. Olsson, L. Pritchard y O. Young 2006. 'Scale and Cross-Scale Dynamics: Governance and Information in Multilevel World', *Ecology and Society*, Vol. 11(2): 8.
- Daal, U. 2013. ¿Dónde está la Comuna en la Constitución Bolivariana? Caracas: Asamblea Nacional de la República Bolivariana de Venezuela.
- FAO 2013a. «38 países alcanzan las metas contra el hambre fijadas para 2015». Consultado el 17 de octubre de 2013. <<http://www.fao.org/news/story/en/item/177728/>>.
- FAO 2013b. FAO en CELAC: ¿Podemos ser la primera generación de latinoamericanos y caribeños en vivir sin hambre? Consultado el 7 de septiembre de 2014. <<http://www.fao.org/americas/noticias/ver/en/c/230191/>>
- Hinsley, F. 1986. *Sovereignty*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Iles, A. y M. Montenegro 2013. 'Building Relational Food Sovereignty across Scales: An Example from the Peruvian Andes' documento presentado en Soberanía alimentaria: un diálogo crítico, Yale, CT (14-15 de septiembre).
- Litfin, K. 1998. 'The Greening of Sovereignty: An Introduction' in Liffin, K. (ed.) *The Greening of Sovereignty in World Politics*, pp. 1-27. Cambridge, MA: MIT Press.
- Massey, D. 1994. *Space, Place and Gender*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- McMichael, P. 2009. 'Global Citizenship and Multiple Sovereignties: Reconstituting Modernity' in Atasoy, Y. (ed.) *Hegemonic Transitions, the State and Crisis in Neoliberal Capitalism*, pp. 23-42. New York: Routledge.

- Nyeléni 2007. «Declaración de Nyéléni». Consultado el 16 de marzo de 2013 <<http://www.nyeleni.org/spip.php?article290>>.
- Patel, R. 2009. 'Food Sovereignty', *Journal of Peasant Studies*, Vol. 36(3): 663-706.
- Schiavoni, C. 2014. «Soberanía rivales, procesos controvertidos: políticas de construcción de la soberanía alimentaria». ISS Working Paper n°.583. The Hague: International Institute of Social Studies.
- Thelen, K. y S. Steinmo 1992. 'Historical Institutionalism in Comparative Politics' en Steinmo, S., K. Thelen y F. Longstreth (eds.) *Structuring Politics: Historical Institutionalism in Comparative Analysis*, pp. 1-32. New York: Cambridge University Press.
- Wilpert, G. 2006. 'Land for People Not for Profit in Venezuela', en Rosset, P., R. Patel, and M. Courville (eds.) *Promised Land*, pp. 249-264. New York: Food First Books.

Soberanía Alimentaria:



¿QUÉ LUGAR OCUPA EL COMERCIO INTERNACIONAL EN LA SOBERANÍA ALIMENTARIA?

Kim Burnett y Sophia Murphy

Introducción

El Movimiento por la Soberanía Alimentaria (MSA) nació en parte como resistencia al modelo de globalización institucionalizado en los Acuerdos de la Ronda Uruguay (URA) y la creación de la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 1995. Desde su creación, el Movimiento por la Soberanía Alimentaria ha impugnado la legitimidad de la OMC para gobernar la inversión y el comercio agrícola y alimentario. La conexión entre el origen del MSA y su rechazo a la OMC ha conferido al movimiento la reputación de ser un organismo anti-comercio. Esto no es así; el movimiento no está tanto en contra del comercio como del lugar privilegiado que se le otorga a este en la política y las leyes agrarias y alimentarias. Es más, el MSA apoya una relocalización de los mercados agrícolas y rechaza las leyes multilaterales que rigen la alimentación y la agricultura. Sostenemos que existe confusión sobre el tipo de comercio que sería aceptable en el marco de una soberanía alimentaria y la consideración insuficiente que el MSA tiene respecto a lo que significa en realidad el «comercio internacional» y la mejor manera de regularlo.

Sostenemos también que el MSA debería aspirar a una postura menos ambigua en el comercio internacional, una postura que tenga en cuenta los diversos intereses y medios de vida de millones de pequeños campesinos y campesinas y trabajadores agrícolas de todo el mundo con base en el comercio. Desde la firma del Acuerdo sobre Agricultura de la OMC se dan tres cambios que hacen que sea importante que el MSA participe de nuevo de las normas multilaterales de comercio. En primer lugar, quién comercia qué productos con quién ha cambiado significativamente en los últimos quince años; en segundo lugar, la OMC se está adaptando a este nuevo contexto que incluye cambios en el equilibrio de poder geopolítico mundial y en la forma en la que las instituciones se relacionan con la sociedad civil. En tercer lugar, el

propio MSA ha comenzado a implicarse más en los debates sobre gobernanza del comercio y las condiciones bajo las cuales debería desenvolverse, defendiendo que es Naciones Unidas y no la OMC quien debería regular el comercio. Estamos de acuerdo en que la OMC tiene limitaciones estructurales en sus principios fundacionales así como deficiencias significativas en su cultura de negociación, pero también vemos oportunidades para que la OMC contribuya a una campaña más amplia de soberanía alimentaria basada en el comercio mejorando las leyes de comercio internacional para beneficiar a las pequeñas explotaciones, a los trabajadores agrícolas y sus comunidades.

El objetivo de este documento es plantear aspectos importantes que en la actualidad el MSA no aborda de forma adecuada sobre la soberanía alimentaria y el comercio. Comenzamos explorando la historia del MSA antes de considerar algunas formas en las que la postura ambigua del movimiento con respecto al comercio deja un poco de lado el medio de vida y los intereses de los campesinos y campesinas de pequeñas explotaciones y trabajadores agrícolas. Posteriormente examinaremos los cambios, tanto en el comercio como en la OMC, valorando las preferencias del movimiento para que Naciones Unidas acoja las negociaciones y acuerdos de comercio; y finalmente exploraremos las posibilidades para una estrategia de comercio más comprometida por parte del MSA y expondremos algunas observaciones finales.

La soberanía alimentaria, el comercio y la OMC

El movimiento transnacional para la soberanía alimentaria es una red de defensa relativamente nueva que nació como movimiento político en la Cumbre Mundial sobre Alimentación en 1996, cuando La Vía Campesina (LVC) acuñó el término para describir su alternativa a la expansión de la producción agrícola capitalista. En tan solo veinte años, el MSA se ha convertido en un importante movimiento agrario transnacional para las organizaciones campesinas que representan a la gente marginada de más de 150 movimientos sociales y 79 países. El movimiento se ha convertido en una fuerza fundamental en trabajar para salvaguardar los derechos, la dignidad y el medio de vida de millones de la gente y las comunidades más vulnerables de todo el mundo.

En sus inicios, LVC definió la soberanía campesina como «el derecho de cada nación a mantener y desarrollar su propia capacidad para producir sus alimentos básicos, respetando la diversidad cultural y de producción...el derecho a producir sus alimentos en su propio territorio»; y posteriormente se

añadió «su derecho a definir sus propios sistemas agrícolas y alimentarios» (Desmarais 2007, 34). Tanto el movimiento como el concepto se formalizaron en el Foro para la Soberanía Alimentaria que tuvo lugar en 2007 en Nyéléni, Mali. La Declaración de Nyéléni contiene la definición más reconocida de la soberanía alimentaria: «La soberanía alimentaria es el derecho de los pueblos a alimentos nutritivos y culturalmente adecuados, accesibles y producidos de forma sostenible y ecológica, y el derecho a decidir su propio sistema alimentario y productivo.» (Nyéléni 2007). En el foro también se establecieron los objetivos principales del movimiento: la reforma agraria y de la tierra, protección del mercado para campesinas y campesinos, producción agrícola ecológica y sostenible, un mayor control para los campesinos sobre las semillas y los recursos, y los derechos de las mujeres (Nyéléni 2007, Holt-Gimenez y Shattuck 2011).

Desde los inicios del MSA, el comercio internacional ha sido el eje central de su trabajo político. El movimiento se muestra crítico con las estructuras económicas que sirven de base al comercio y con las reglas institucionalizadas en los acuerdos de comercio internacional. No obstante, el movimiento no tiene una actitud hostil frente al comercio; de hecho, algunos campesinos y campesinas de organizaciones asociadas al MSA venden sus cosechas en los mercados internacionales, incluyendo la ROPPA en África occidental y la Coalición Nacional de Familias Campesinas. Con el paso del tiempo, el movimiento ha adoptado una postura más clara respecto a aceptar el comercio bajo ciertas circunstancias.

En general, el MSA acepta la necesidad de importaciones para cubrir la escasez cuando la producción nacional no puede cubrir la demanda, y las exportaciones cuando existe un excedente de producción o cuando las cosechas no se pueden cultivar en el país. (Vía Campesina 2010). Windfuhr y Jonsén comentan, «el marco de la soberanía nacional es una contrapropuesta al marco político macroeconómico neoliberal. No se dirige contra el comercio en sí mismo sino que se basa en la realidad de que las prácticas del comercio internacional y las reglas del comercio no están funcionando a favor de los pequeños campesinos y campesinas» (2005, 32). Del mismo modo, el tercer pilar de la Declaración de Nyéléni rechaza: «las estructuras de gobernanza, los acuerdos y las prácticas que promueven y dependen del comercio internacional no sostenible y desigual además de otorgar poder a empresas lejanas e irresponsables» (IPC 2009). El movimiento apela a reglas de comercio que permitan la protección y el apoyo a productores a pequeña escala así

como a mecanismos como gestión del suministro, acuerdos sobre productos y cuotas que apoyan la seguridad alimentaria y medios de vida sostenibles (Pimbert 2009). Dentro del MSA también se promueve un comercio más justo y transparente que «garantice unos ingresos justos a todos los pueblos así como los derechos de los consumidores a controlar su propia alimentación y nutrición». Hace muy poco, en el boletín de Nyéléni incluso se promovía un comercio socialmente justo:

La soberanía alimentaria pone énfasis en la producción, distribución y consumo adecuados desde el punto de vista ecológico, en la justicia social y económica, y en los sistemas locales de alimentos como vías para luchar contra el hambre y la pobreza y garantizar la seguridad alimentaria sostenible para todos los pueblos. Defiende un comercio e inversión que trabajen en favor de las aspiraciones sociales colectivas de la sociedad. (2013).

Al considerar la OMC como una institución ilegítima y no representativa que promueve la gobernanza neoliberal de la producción agrícola y del comercio a expensas de los pequeños productores, los miembros de LVC han rechazado el acuerdo de la OMC sobre agricultura (AoA) así como cualquier otro acuerdo de esta organización que afecte a la agricultura. El objetivo más general de LVC es proteger el espacio de los gobiernos para apoyar a los sectores agrícolas más que liberalizarlos, y se insiste en la importancia de incluir la voz de los productores en los mecanismos de gobernanza así como el rechazo al control corporativo de los mercados de productos básicos. LVC ha denunciado que las actuales estructuras de producción agrícola global y el comercio son económica, cultural, social y políticamente dañinas para las campesinas y campesinos, pequeños productores, pueblos indígenas y otros productores de alimentos, causando pobreza, hambre y desposesión en todo el mundo (Wittman et al. 2010, Rosset 2009).

El MSA otorga una prioridad al intercambio en los mercados locales sobre el comercio global, en parte como clara respuesta a la globalización neoliberal y a la liberalización de la agricultura que la acompaña. (Wittman et al. 2010, Rosset 2006). La idea de que el MSA está en contra del comercio internacional se ve acentuada por las fuertes posiciones adoptadas por algunos de los defensores más destacados de la soberanía alimentaria. Por ejemplo, las publicaciones del Oakland Institute sobre la soberanía alimentaria relaciona la producción de café, cacao y otros productos con un «legado colonial» para

el hambre y la pobreza (Oakland Institute N.D.). Rosset también documenta el modo en que el comercio orientado a la exportación sustenta los intereses de explotaciones ricas y grandes a costa de los pequeños productores, campesinas y campesinos que se ven desplazados por la expansión del comercio para exportación y forzados a tierras marginales con una calidad de suelo escasa y unas pobres condiciones de cultivo (Rosset 2006, 5). Holt-Gimenez y Shattuck critican lo que denominan «comercio justo integrado», clasificándolo como parte del régimen alimentario corporativo en el sentido de que algunos dentro del «comercio justo alternativo» adoptan «posturas progresistas y a veces radicales respecto a cuestiones de alimentación y justicia» mientras que la mayoría no es capaz de pensar fuera de lo establecido (2011).

La representación de las pequeñas explotaciones y el comercio internacional

Millones de productores y trabajadores agrícolas a pequeña escala ganan su sustento exportando sus cosechas, aunque el MSA no ha articulado el modo en que estos productores realizarían la transición a su nuevo modo de vida si la producción para exportación cesara. Tampoco está claro si en realidad quieren hacer esa transición. El fundamento de la soberanía alimentaria de que la agricultura debería tener como objetivo principal alimentar a las comunidades locales suscita la pregunta de en qué lugar encaja la exportación de productos, en particular de los que no son productos básicos como el cacao y el café. Cinco millones de pequeñas explotaciones cosechan el 90% del cacao mundial, mientras que 25 millones producen el 80% del café mundial y millones producen otras cosechas como té, azúcar y plátanos (Fairtrade Foundation 2013). Muchos de ellos han expresado su interés en mejorar sus condiciones laborales y su poder económico de negociación en sus mercados. (Wolford 2010, Murphy 2010). Un estudio reciente realizado por IIED/Hivos sobre la representación de los pequeños productores en los mercados globales sostiene que se sabe que tanto las organizaciones campesinas como las ONG han seguido una agenda que deja de lado las diversas preferencias económicas de muchos pequeños productores (Vorley et al. 2012). Muchos de estos productores a pequeña escala pueden preferir involucrarse con estructuras globales ya existentes puesto que ellos dependen de los mercados de exportación. Estos mercados se consideran prestigiosos en algunos contextos y pueden ofrecer alternativas importantes para la gente cuyas opciones son escasas:

Muchos campesinos y campesinas a pequeña escala están menos preocupados por las críticas del poder global y más interesados en sus derechos como actores económicos. Es decir, quieren mejorar su posición de negociación en los mercados a los que compran y en los que venden, quieren leyes que satisfagan sus necesidades...quieren programas y estructuras de apoyo que les ayuden a cumplir mejor con las demandas de los mercados más prometedores (Murphy 2010, 27).

El análisis que Wolford realizó sobre el Movimiento Sin Tierra de Brasil (MST) destaca que mientras que el MST quería relevar a los campesinos y campesinas de la producción de caña de azúcar debido a su naturaleza explotadora, los pobladores del norte querían seguir produciéndola porque ya sabían cómo y de qué forma acceder a los mercados. Se sentían más cómodos con las relaciones de poder y los riesgos del sector de la caña de azúcar que teniendo que aprender a vivir con la agricultura de subsistencia, prefiriendo tener un salario seguro a ser autosuficientes. (2010).

Otro ejemplo se puede encontrar en África occidental, donde una cooperativa de cacao de Ghana, Kuapa Kokoo, representa a más de 400.000 campesinos y campesinas en 1.300 pueblos (Kuapa Kokoo N.D.) y produce el 10% del suministro de cacao de Ghana. Es la única cooperativa de Ghana con permiso para exportar y obtuvo el certificado de *Fairtrade* (comercio justo)²⁷ de la Fairtrade International (FLO) tan solo dos años después de su creación, y poco después consiguió un accionista mayoritario, Divine Chocolate, una empresa de chocolate de comercio justo e independiente. El chocolate se produce en Alemania y la base de operaciones está en Londres pero los beneficios recaen sobre la cooperativa de Ghana. El 95% de la producción de Kuapa Kokoo es para mercados convencionales y apoya la integración del comercio justo en la corriente general del comercio. Muchos productores del Sur comparten la idea de unos objetivos generales para mejorar el mercado y las condiciones económicas en las que opera (Raynolds et al. 2007).

Los productos con certificado de comercio justo representan un nicho de mercado que se enfrenta a dificultades estructurales respecto a su potencial para ampliarse y reproducirse. No obstante, pueden considerarse una parte importante del proceso de cambio dentro del movimiento más

27 «Fairtrade» se refiere al programa de certificación de la FLO mientras que «comercio justo» (fair trade) se refiere al concepto de un movimiento más general.

general de comercio justo (Raynolds et al. 2007). El comercio justo destaca de muy diversas formas el impacto socioeconómico perjudicial creado por las estructuras económicas existentes y desafía las afirmaciones sobre los beneficios del libre comercio y las actuales relaciones en la cadena de productos básicos. Los mercados de libre comercio también proporcionan importantes oportunidades para los campesinos y campesinas que tienen escasas alternativas, lo que demuestra que no todos los pequeños productores persiguen el mismo modelo de gobernanza. Estos ejemplos plantean dudas respecto cómo y hasta qué punto los diversos intereses de producción están representados de forma equitativa en el MSA.

LVC nació como una voz campesina alternativa para desafiar a todos aquellos que proclaman representar las voces de los campesinos y campesinas, como la Federación Internacional de Productores Agrícolas (IFAP) y algunas ONG que trabajan con pequeños productores en el Sur global. Se ha visto a la IFAP como a la representante de agricultores a gran escala cuyos intereses se identificaban con las estructuras capitalistas y neoliberales de la producción agrícola y el comercio (Borras 2010, Pimbert 2010). Al mismo tiempo se ha reconocido la labor de muchas ONG por ejercer de puentes entre las organizaciones campesinas y los foros gubernamentales, existen ciertas tensiones en lo referente al papel que deberían continuar desempeñando ahora que los campesinos y campesinas han conseguido más espacios para hablar por sí mismos (Desmarais 2007). Hoy en día, el MSA trabaja con un selecto grupo de ONG como FoodFirst Information and Action Network (FIAN), Red de Investigación-Acción sobre la Tierra (LRAN), y la organización Inter-Church Organisation for Development Cooperation (ICCO) (Borras et al. 2008).

No obstante, Borras sostiene que el MSA está relativamente apartado de los escenarios nacionales y locales y no representa a las campesinas y campesinos en la división geográfica, política, ideológica y de clase (2008). Otros sostienen que los esfuerzos internacionales del movimiento no se han alineado con los intereses del campesinado en su base (Boyer 2010, Windfurh y Jonsén 2005). Boyer menciona que en Honduras los miembros a nivel local han sentido que los objetivos internacionales del movimiento no reflejaban sus necesidades lo que provocó algunas tensiones (2010). Igualmente, en el caso del MST en Brasil, Wolford averiguó que la aparición de la representación necesita contradicciones y excluir intereses dentro del movimiento. No necesita percibir esto como un problema sino como

una tendencia natural a causa de la tensión al tiempo que reconoce las consecuencias de simplificar en extremos los ideales de representación. Al intentar integrar a los productores de caña de azúcar del norte brasileño en el MST se dio por sentada la idea, equivocada, de que una vez que se unieran al movimiento los agricultores de caña de azúcar compartirían sus ideales, no fue ese el caso y los agricultores abandonaron finalmente este movimiento (2010).

Dados los límites de representación, la pregunta que surge es de qué forma se regula el sistema de comercio internacional que sirve a los intereses de los pequeños productores, tanto dentro como fuera del MSA. La pregunta no es solo de qué modo construir un sistema de comercio que concuerde con la visión real del MSA, sino también de qué forma dicho sistema puede surgir a partir de las actuales estructuras de comercio internacional. A pesar de sus limitaciones, tanto en la teoría como en la práctica, el comercio internacional sigue siendo importante para la agricultura además de ser una red de seguridad que protege frente a los problemas con las cosechas locales. Si una región no recoge la cosecha que necesita entonces otra puede aportar parte de su excedente. El comercio también puede hacer posible que se establezcan asentamientos humanos en lugares donde los alimentos disponibles a nivel local no serían suficientes para una gran población. El comercio permite a la gente probar diferentes alimentos y enriquecer su dieta además de intercambiar alimentos por otros productos, diversificando así su economía. El desafío reside en la forma de alinear las reglas del comercio con los principios de la soberanía alimentaria.

El rostro cambiante del comercio internacional y la OMC

El comercio internacional ha evolucionado significativamente en los últimos veinte años centrándose cada vez más en las cadenas globales de valor (GVC), en las que las empresas organizan la producción de una cosecha o alimentos implicándose directamente con los productores (o sus cooperativas), y supervisando todas las etapas del proceso hasta el punto final de venta. El nacimiento de las GVC integradas verticalmente en el comercio de productos agrícolas tiene una historia compleja que está relacionada con la innovación en la comunicación, almacenaje y transporte así como cambios en la política de algunos países y de forma multilateral. Los cambios en la política incluyen los acuerdos de la OMC así como los acuerdos bilaterales y regionales de comercio y políticas nacionales para trasladar el poder del estado al sector privado. A medida que se han ido produciendo estos cambios Estados Unidos

y la UE han dejado de ser las figuras dominantes en los mercados agrícolas internacionales (Bureau and Jean 2013); Brasil, Argentina, Tailandia, India, Ucrania, Rusia y China han surgido como grandes productores, importadores y exportadores (Daviron and Douillet 2015).

Dado que las fuentes de exportación de alimentos han cambiado, los comerciantes privados han consolidado su poder. Por ejemplo, se estima que las empresas ABCD (Archer Daniel Midland, Bunge, Cargill y Louis Dreyfuss) controlan del 75 al 90 por ciento de todo el comercio de cereal en los mercados internacionales (Murphy et al. 2012). Igualmente, la privatización de las Juntas canadiense y australiana del trigo, algo muy buscado por las empresas privadas de cereales a través de la presión ejercida por grupos nacionales y multilaterales, ha llevado a tomar el mando a los comerciantes de productos ya dominantes en estos países. La demanda de productos agrícolas continúa creciendo reflejando los cambios de la dieta en los países con ingresos medios a medida que incrementan el consumo de carne y lácteos, además de la consolidación de los mercados de biocombustible. Esta demanda, que proviene principalmente de consumidores relativamente acomodados y que han sufrido un impacto menor por el alza de precios, está marcando y modelando qué es lo que se cosecha, lo que se comercia y a qué precio. Algunos de los países más pobres también están importando más al tiempo que disminuye la producción nacional para mantener el ritmo con el crecimiento de la población. Tal y como demostró la crisis alimentaria global de 2007-2008 son los pobres los que soportan los embates de los precios y la incertidumbre del suministro (Dawe y Timmer 2012, McCreary 2012).

Mientras tanto, la OMC también ha cambiado. Los cuatro países conocidos como la Cuadrilateral (Quad en inglés) que dominaron los debates en la década de 1980 y 1990 (Estados Unidos, la UE, Canadá y Japón) han sido sustituidos por un bloque de cinco, Estados Unidos, la UE, Brasil, India y China (Hopewell 2013). Estados económicamente más débiles también han combinado sus fuerzas frente los más poderosos; por ejemplo, el G33 es un grupo de países en desarrollo dirigidos de manera no oficial por Filipinas, Indonesia e India, que se ha convertido en una voz decisiva en agricultura. Las demandas del G33, que incluyen la protección de la seguridad alimentaria nacional y apoyar a campesinos con escasos recursos o bajos ingresos, siguen la misma línea de los principios de la soberanía alimentaria. También existe un G20 dirigido por Brasil y Argentina, que aunque está involucrado en las negociaciones agrícolas no se alinea totalmente con el G33. El objetivo del

G20 se centra en los países industrializados para la concesión de posteriores aranceles agrícolas, al tiempo que sigue comprometido con la apertura de mercados en el Sur para sus propias exportaciones. Brasil se ha revelado como un potente motor del comercio agrícola con una fuerte presencia en las negociaciones de la OMC y ha liderado dos desafíos con éxito: uno frente a Estados Unidos por el algodón y el otro frente la UE por las ayudas a la exportación de la industria azucarera.

Además de los cambios en los mercados agrícolas y la posición negociadora de los estados miembros de la OMC, la institución ha transformado su compromiso con la sociedad civil desde su fundación en 1995. Esta expansión incluye facilitar pases a las organizaciones civiles sociales con presencia permanente en Ginebra, sesiones informativas habituales y actualizaciones proporcionadas por el personal de secretaría además de una conferencia anual con las ONG, investigadores y el sector privado a los que se invita a organizar comités e interactuar entre ellos y delegados de gobierno.

¿Cuál es el papel de la OMC en el Movimiento de la Soberanía Alimentaria?

Al tiempo que rechaza a la OMC como institución global, el MSA acepta la necesidad de unas reglas multilaterales para el comercio y sostiene que la ONU, especialmente la Organización de Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), debería determinar las reglas que rijan la agricultura y la alimentación a nivel mundial. El MSA considera que la ONU es más democrática que la OMC, más accesible a la sociedad civil y así más propensa a representar los intereses de diferentes accionistas. El reformado Comité de Seguridad Alimentaria Mundial, que alberga y en parte está gobernado por la FAO, ha afrontado algunos de los desafíos más grandes de la seguridad alimentaria global en sus reuniones anuales desde 2010, sentándose a la mesa con gobiernos, sociedad civil y actores del sector privado. Sin embargo, la propuesta de que la FAO se convierta en el foro para las negociaciones sobre comercio internacional no es convincente, puesto que la FAO no tiene competencia para regular el comercio agrícola. Es más, las normas que dirigen este sector también deben tener en cuenta las prioridades económicas de otros sectores, y la FAO sencillamente no tiene los mecanismos adecuados para supervisar un debate económico integrado de esta naturaleza.

Del mismo modo, la OMC no tiene competencia para regular el comercio y, mientras la batalla por devolver poder a la ONU es de obvia importancia

para el MSA, un objetivo a más corto plazo podría ser el de apoyar a aquellos países que quieren cambiar la OMC desde dentro. El riesgo de no implicarse es perder una oportunidad para reforzar a los pequeños productores en las negociaciones que atañen directamente a su medio de vida y permitir que otros intereses, especialmente las agroindustrias transnacionales, ejerzan una influencia desproporcionada. La inmediata disolución de la OMC suscitaría un vacío en la gobernanza del comercio internacional con el que se correría el riesgo de potenciar los acuerdos plurilaterales entre las economías más ricas y dejar aún en mayor desventaja a los países más pobres y a sus sectores agrícolas.

Como organización basada en el consenso y que se acerca más a un carácter casi universal, la autoridad de la OMC no es menor pero las críticas cuestionan hasta qué punto la OMC se puede hacer más democrática en la práctica. La organización está más dirigida por la mayoría de las agencias de la ONU que por su secretaría y es en este sentido más responsable para los miembros de lo que lo son los portavoces de la mayoría de los gobiernos elegidos. Los cambios en la acreditación, el acceso a los documentos de negociación y resúmenes de las reuniones además de la creación de un foro público para abrir el debate dan lugar a la esperanza. Además de los canales mejorados y en constante evolución para un compromiso con la sociedad civil, los países en desarrollo se han mostrado como negociadores más fuerte y capaces; mientras que el contexto político ha cambiado de forma significativa hacia un análisis más crítico de los modernos sistemas agrícolas globalizados. Las posibilidades no son perfectas pero tampoco lo es la situación existente. Al tiempo que en la ONU se continúan promoviendo cambios que podrían contener y dirigir la política comercial (especialmente a través del CSA) ¿por qué no se presiona de forma simultánea para promover un cambio que mejore las reglas del comercio multilateral en la OMC y, como mínimo, limitar el daño que las políticas agrícolas de un país puede hacer a los intereses de otro país?

Es posible imaginar reglas de comercio multilateral que fomenten y apoyen la pluralidad de los mercados, y que otorguen poder a los gobiernos para negociar espacios políticos para estos mercados en interés de sus ciudadanos, de la seguridad alimentaria y la reducción sostenible de la pobreza. De alguna manera, el espacio que ha intentado crear el G33 con su propuesta de eximir de gastos las reservas de cereales públicas que están bajo los límites de control de gasto de la OMC, supone un paso en

esta dirección. Consideramos que es posible imaginar la OMC como un espacio que contrarresta el poder de aquellos países (y empresas) que han establecido las reglas para su beneficio propio y en detrimento de los pequeños productores y trabajadores agrícolas. Ese tipo de OMC sería muy diferente en la actualidad; sería más democrática y se alejaría de esa misión de aumentar la liberalización decantándose hacia un mayor interés por las necesidades de los mercados específicos; apoyaría un tratamiento especial y diferenciado, productos especiales, acuerdos sobre productos y otras medidas que parecen útiles para proteger el interés público en general. Incluiría la seguridad alimentaria nacional así como los derechos e intereses de los productores y trabajadores agrícolas más específicamente.

Conclusión

Este documento se implica en el debate sobre por qué el comercio debería integrarse en una perspectiva de soberanía alimentaria. La posición ambigua y a veces contradictoria del MSA respecto al comercio lleva a malentendidos sobre la percepción del movimiento, lo que puede dar como resultado divisiones dentro del mismo. El compromiso con el comercio no solo ofrece nuevas vías para hacer realidad la soberanía alimentaria, sino que también ofrece vías para desarrollar el concepto en sí mismo. El diálogo con pequeños productores para la exportación sobre sus intereses y motivaciones así como ampliar el ámbito de la soberanía alimentaria será una parte importante de esto. Tanto si se produce para mercados de comercio justo como para cadenas de productos agrícolas tradicionales, algunos productores están motivados para continuar su implicación con los mercados de exportación. Igualmente, millones de trabajadores agrícolas están luchando para mejorar sus condiciones laborales y también creen que el comercio internacional es vital para su medio de vida.

Nuestra sugerencia es que el MSA reconsidere su alejamiento de la OMC. La literatura sobre movimientos sociales y cambio político sostiene que los temas controvertidos requieren políticas controvertidas que son esenciales para abrir aquellas puertas donde las oportunidades de implicación brillan por su ausencia. De este modo, la literatura sostiene que los movimientos deberían estar abiertos a oportunidades para cambios estructurales cuando estos surgen (Gaventa y McGee 2010, Tarrow 2011). A medida que aparecen grietas en la OMC aparecen nuevos puntos de entrada que no eran posibles hace 20 años, y que pueden representar oportunidades importantes para transformar no solo las reglas de comercio sino también la forma en que esas

reglas se determinan, con potencial para integrar los principios de la soberanía alimentaria. Nuestro deseo es contribuir desde una perspectiva analítica teórica que pueda ser útil para el MSA mientras continúa oponiéndose a las estructuras dominantes de producción agrícola y comercio al tiempo que construye alternativas.

Referencias

- Bacon, C. M. 2010. Who decides what is fair in fair trade? The agri-environmental governance of standards, access, and price. *Journal of Peasant Studies*, 37(1), 111-147.
- Borras et al. 2008. Transnational Agrarian Movements: Origins and politics, campaigns and impacts. *Journal of Agrarian Change* 8(2-3), 169-204
- Borras, S. M., Jr. 2010. The Politics of Transnational Agrarian Movements. *Development and Change* 41.5, pgs. 771-803.
- Boyer, J. 2010. Food security, food sovereignty, and local challenges for transnational agrarian movements: the Honduras case. *Journal of Peasant Studies*, 37(2), 319-351.
- Bureau, J.C. y Jean, C. Forthcoming. Do yesterday's disciplines fit today's farm trade? Challenges and policy options for the Bali ministerial conference. Documento del ICTSD. Ginebra.
- Daviron, B., & Douillet, M. 2013. *Major players of the international food trade and the world food security* (No. 12). Wageningen.
- Dawe, D. y Timmer, C.P. 2012. Why stable food prices are a good thing: Lessons from stabilizing rice prices in Asia, *Global Food Security*, 1(2), 127-133.
- De Schutter, O. 2011. The World Trade Organization and the post-global food crisis age. Informe de actividad. Oficina del Relator especial de Naciones Unidas sobre el Derecho a la Alimentación. Noviembre.
- Desmarais, A. A. 2007. *La Via Campesina: Globalization and the power of peasants*. Canada. Black Point: Fernwood.
- Fairtrade Foundation. 2013. Powering UP smallholder farmers to make food fair. Accesible en: http://www.fairtrade.org.uk/includes/documents/cm_docs/2013/F/FT_smallholderpercent20report_2013_lo-res.pdf [Consultado en mayo de 2013]
- Gaventa, J. y McGee, R. 2010. *Citizen Action and National Policy Reform: Making Change Happen*. London: Zed Books.
- Holt-Gimenez, E. 2010. Grassroots Voices: Linking farmers' movements for advocacy and practice. *Journal of Peasant Studies*, 37(1), 203-236.
- Holt-Gimenez, E. y Shattuck, A. 2011. Food Crisis, food regimes, and food movements: rumblings of reform or tides of transformation. *Journal of Peasant Studies* 38(1), 109-144.
- Hopewell, K. (2013) New Protagonists in Global Economic Governance: Brazilian agribusiness at the WTO. *New Political Economy*, 18(4), 603-623
- International Planning Committee for Food Sovereignty (IPC). 2009. What is the IPC. Disponible en <http://www.foodsovereignty.org/Aboutus/WhatIsIPC.aspx> [Consultado en mayo de 2013].

- Kuapa Kokoo. N.D. Disponible en http://www.kuapakokoo.com/index.php?option=com_content&view=article&id=48&Itemid=56 [Consultado en abril de 2012] Relations.
- Murphy, S. 2010. Changing perspectives: small-scale farmers, markets and globalization. IIED/HIVOS Documento de trabajo. Reino Unido y Países Bajos. Disponible en http://www.hivos.net/content/download/37718/244245/file/Sophia_Murphy-Web.pdf
- Murphy, S., Burch, D. y Clapp, J. 2012. Overview and Part 1: The ABCD commodity traders, pp. 5-21 in *Cereal secrets: The world's largest grain traders and global agriculture*. UK: Informe de investigación de Oxfam. <http://www.oxfam.org/sites/www.oxfam.org/files/rr-cereal-secrets-grain-traders-agriculture-30082012-en.pdf>
- Nyeléni. 2007. Declaración de Nyéléni. Disponible en <http://www.nyeleni.org/spip.php?article290> [Consultado en marzo de 2011].
- Nyeléni. 2013. Editorial: food sovereignty now! Nyéléni Newsletter nº 13, marzo. Disponible en: http://www.nyeleni.org/DOWNLOADS/newsletters/Nyeleni_Newsletter_Num_13_EN.pdf [Consultado en mayo de 2013].
- Oakland Institute. 2013. N.D. Food Price Crisis: A Wake Up Call for Food Sovereignty. Policy Brief. Disponible en <http://www.oaklandinstitute.org/content/food-price-crisis-wake-call-food-sovereignty> [Consultado en mayo de 2013].
- Pimbert, M. 2009. *Towards Food Sovereignty*. Londres: IIED. Disponible en <http://dlc.dlib.indiana.edu/dlc/bitstream/handle/10535/5851/14.855IIED.pdf>
- Raynolds, L, Murray, D.L. and Wilkinson, J. 2007. *Fair Trade: the Challenges of Transforming Globalization*. London: Routledge.
- Rosset, P. 2006. *Food Is Different*. Nova Scotia: Fernwood.
- Rosset, P. 2009. Fixing our global food system: Food sovereignty and redistributive land reform. *Monthly Review* 61(3).
- Tarrow, S. G. 2011. *Power in Movement: Social Movement sin Contentious Politics*. 3rd Edition. New York, NY: Cambridge University Press.
- Via Campesina. 2010. Towards a common agriculture and food policy 2013 within a food sovereignty framework. Disponible en <http://www.eurovia.org/spip.php?article274&lang=fr> [Consultado en mayo de 2013].
- Vorley, B., Del Pozo-Vergnes, E. y Barnett, A. 2012. *Small Producer Agency in the Globalised Market: Making Choices in a Changing World*. UK and the Netherlands: IIED/HIVOS. Disponible en <http://pubs.iied.org/16521IIED.html>
- Windfuhr, M. and Jonsén, J. 2005. *Food Sovereignty: Towards Democracy in Localized Food Systems*. Warwickshire: FIAN International/ITDG Publishing. <http://www.ase.tufts.edu/gdae/Pubs/rp/GC57Feb13Wise.pdf>.
- Wittman, H., Desmarais, A. A. y Wiebe, N. 2010. *Food Sovereignty: Reconnecting Food, Nature and Community*. Nova Scotia: Fernwood.
- Wolford, W. 2010. *This Land is Ours Now: Social Mobilization and the Meanings of Land in Brazil*. North Carolina: Duke University Press.

DIÁLOGO DE SABERES: LA CONSTRUCCIÓN COLECTIVA DE LA SOBERANÍA ALIMENTARIA Y LA AGROECOLOGÍA EN LA VÍA CAMPESINA

María Elena Martínez-Torres y Peter Michael Rosset

Introducción

Durante los últimos 20 años se ha observado una confluencia de movimientos sociales y organizaciones rurales alrededor del mundo, la cual ha desembocado en la formación de La Vía Campesina (LVC). Esta organización, que representa a unos 200 millones de familias de todo el mundo, es el movimiento social transnacional más grande y está integrado por movimientos nacionales, regionales y continentales, así como por organizaciones de familias rurales (Desmarais 2007; Martínez-Torres y Rosset 2008 y 2010). Cada organización integrante, al afiliarse a esta constelación mundial, incorpora su propia historia y cultura, así como su red de relaciones y de organizaciones, sean estas integrantes de LVC o no, a nivel local, regional, nacional o internacional. En este sentido, LVC es un “espacio de encuentro” abierto a distintas culturas rurales y campesinas, sean de oriente o de occidente, del norte o del sur, de campesinos con o sin tierra, de agricultores familiares, pastores, trabajadores agrícolas, indígenas o no indígenas, de mujeres, hombres, ancianos o jóvenes, de credo hindú, musulmán, budista, animista, maya, cristiano o ateo (Martínez-Torres y Rosset 2010; Rosset 2013).

Debido a esta diversidad, existen muchas diferencias aún por resolver; sin embargo, es notable que LVC haya permanecido durante 20 años sin sucumbir a la fragmentación interna, como ha sucedido en muchos otros movimientos y alianzas transnacionales (Martínez-Torres y Rosset 2010). Sostenemos que, sin el proceso llamado diálogo de saberes (Leff 2004), que en términos generales alude al ‘diálogo entre distintos conocimientos y entre distintas maneras de saber’, no es posible entender por qué la constelación de LVC se ha mantenido durante tanto tiempo. Se trata de un proceso en el que se comparten distintas visiones y cosmovisiones a partir de la horizontalidad e igualdad que crea la voluntad de trabajar en conjunto. Afirmamos que el proceso de diálogo de saberes también ha acelerado la reciente transición hacia la promoción de la

agroecología como alternativa a la llamada ‘revolución verde’ en el seno de muchos movimientos sociales rurales contemporáneos que antaño luchaban por conseguir mayores dotaciones de insumos agrarios industrializados y de maquinaria agrícola (Altieri y Toledo 2011; Rosset *et al.* 2011). La historia de esta transición se remonta a la construcción y a la elaboración del paradigma de ‘soberanía alimentaria’ en LVC, el cual, esencialmente, se forjó a partir de su encuentro interno y dinámico con el diálogo de saberes.

Diálogo de saberes

En el mundo moderno actual, la racionalidad formal, instrumental y económica es utilizada como una herramienta para la dominación, el control, la ‘eficiencia’, y la mercantilización del mundo, y se ha orientado a generar lo que Boaventura de Sousa Santos ha llamado ‘monoculturas del saber’ (Santos 2009, 2010). De manera similar, Enrique Leff (2004, 15, 24) sostiene que las disciplinas científicas crean obstáculos epistemológicos a la ‘reintegración de los saberes que orbitan en sus espacios de externalidad’ ya que cosifican el mundo ‘encerrándolo en sus conceptos y categorías’. En cambio, el diálogo de saberes se produce a partir del reconocimiento, de la reivindicación, y de la valorización de los saberes autóctonos, locales o tradicionales, en particular de aquellos que dieron sustento a las culturas tradicionales (Leff 2011). Santos (2009, 2010) llama a estos saberes ‘ausencias’ ya que han sido marginados de la monocultura dominante.

Leff (2004, 24) concluye que en el diálogo de saberes ‘seres y saberes [se relacionan] en un espacio y un tiempo que están fuera de la positividad del conocimiento’, y los significados del mundo se encuentran en constante movimiento en contraste con el equivocado deseo de construir diccionarios y glosarios’. LVC es un espacio en el que el diálogo de saberes se realiza con intensidad, poniendo en juego la (re)apropiación y el intercambio de saberes —las ‘ausencias’ de Santos. Ello da pie a nuevos discursos e interpretaciones colectivas de la realidad (Santos 2009, 2010; Calle 2011; Sevilla 2013) que cuestionan tanto el dominio de la racionalidad mercantil y objetivante, como la mercantilización de la naturaleza y del mundo. Tales saberes emergentes surgen del diálogo establecido a partir de la verdadera ‘ecología de saberes’ existente en los pueblos excluidos, la cual se vincula y se identifica estrechamente con sus territorios específicos (Santos 2009, 2010; Cárdenas 2010).

Por ejemplo, la evolución del posicionamiento de LVC en torno a la tierra y el territorio es el resultado de encuentros, debates, y confrontaciones por las diferencias inherentes a la diversidad de sus miembros. En marzo de 2006, en el marco de la primera reunión sobre reforma agraria que la FAO organizó en Porto Alegre, Brasil, LVC realizó un encuentro paralelo. En ese encuentro participaron diversos actores que compartían territorios rurales. Un resultado de ese encuentro fue el análisis colectivo, que incluyó un llamado a reconcebir la reforma agraria desde una perspectiva territorial, de tal forma que la distribución de tierra a los campesinos no terminara significando el truncamiento de los derechos de los pastores a áreas de pastoreo estacionales, de los derechos de los pescadores a lugares de pesca, y de los derechos de los habitantes de los bosques a zonas boscosas (Rosset 2013, 4). En este sentido definimos diálogo de saberes como: la construcción colectiva de significancia emergente, basada en el diálogo establecido entre pueblos cuyas experiencias, cosmovisiones, y maneras de saber son específicas e históricamente diferentes, particularmente cuando confrontan a los nuevos desafíos colectivos de un mundo cambiante. Desde nuestro análisis, el diálogo de saberes es un proceso básico y subyacente, aunque no explícito, en las interacciones y procesos dentro de LVC.

Diálogo de saberes: soberanía alimentaria y agroecología

Las políticas neoliberales implementadas durante las últimas décadas han acelerado las tendencias a largo plazo y las han orientado hacia la consolidación del sistema alimentario mundial—caracterizado por la desregulación, la privatización, los recortes de servicios esenciales, los mercados abiertos, y el libre comercio—lo que ha contribuido a la creación de un patrón centralizado en la producción de insumos, el procesamiento y el comercio, bajo el control de corporaciones transnacionales. Esto determina que la producción de alimentos se descontextualice y desvincule de las particularidades de las relaciones sociales y de los ecosistemas locales (Rosset y Martínez 2012; Van der Ploeg 2008). Este sistema es creado e impulsado por instituciones como el Banco Mundial, los gobiernos, las instituciones financieras, y algunas organizaciones no gubernamentales y universidades, quienes promueven el agronegocio como solución para ‘alimentar al mundo’ y alcanzar la ‘seguridad alimentaria’ (Borlaug 2007; Rosset 2003).

A pesar de que la seguridad alimentaria incorpora el derecho humano a la alimentación—cada niño, mujer, y hombre debe tener la certeza de contar con el alimento suficiente cada día—durante la década de los noventa se

cuestionó este concepto debido a que no hace referencia a la procedencia del alimento, a quién lo produce, o a la forma en que se produce (Rosset 2003; Martínez y Rosset 2010). Sin esta clarificación, los representantes de los grandes países agroexportadores argumentan en las negociaciones internacionales que la importación de sus alimentos baratos es la mejor manera que tienen los países pobres de alimentar a sus poblaciones. Sin embargo, la importación masiva de alimentos subsidiados baratos socava a los productores locales porque no pueden vender sus productos y se ven obligados a abandonar sus tierras, por lo que pasan a engrosar las cifras de los hambrientos, ya que su seguridad alimentaria se pone en manos del mercado cuando migran a los barrios urbanos pobres. Para lograr una seguridad alimentaria genuina, los pueblos de las áreas rurales deben tener acceso a tierra productiva y a recibir precios justos por sus cosechas para tener la posibilidad de gozar de una vida digna (Rosset 2003 y 2013).

Gracias al sostenido proceso de diálogo de saberes dentro de, y encabezado por, LVC, el concepto de soberanía alimentaria surgió como un marco alternativo a la seguridad alimentaria. El concepto fue complementado durante el gran diálogo de saberes que LVC convocó para el Foro Internacional sobre la Soberanía Alimentaria en 2007, donde se reunieron movimientos internacionales de pueblos indígenas, pescadores, mujeres, ambientalistas, académicos, consumidores, y sindicatos, en Nyéléni, Malí.²⁸ En aquella ocasión, la soberanía alimentaria fue definida como:

...el derecho de los pueblos a alimentos nutritivos y culturalmente adecuados, accesibles, producidos de forma sostenible y ecológica, y el derecho a decidir su propio sistema alimentario y productivo. Esto pone a aquellos que producen, distribuyen, y consumen alimentos en el corazón de los sistemas y políticas alimentarias, por encima de las exigencias de los mercados y de las empresas. Defiende los intereses de, e incluye a, las futuras generaciones. Nos ofrece una estrategia para resistir y dismantlar el comercio libre y corporativo y el régimen alimentario actual, y para encauzar los sistemas alimentarios, agrícolas, pastoriles, y de pesca para que pasen a estar gestionados por los productores y productoras locales... La soberanía alimentaria promueve el comercio transparente, que garantiza ingresos dignos para todos los pueblos, y los derechos de

los consumidores para controlar su propia alimentación y nutrición. Garantiza que los derechos al acceso y la gestión de nuestra tierra, de nuestros territorios, nuestras aguas, nuestras semillas, nuestro ganado, y la biodiversidad, estén en manos de aquellos que producimos los alimentos. La soberanía alimentaria supone nuevas relaciones sociales libres de opresión y de desigualdades entre los hombres y mujeres, pueblos, grupos raciales, clases sociales, y generaciones [luchamos por un mundo donde] exista una verdadera reforma agraria integral que garantice a los campesinos plenos derechos sobre la tierra, que defienda y recupere los territorios de los pueblos indígenas, que garantice a las comunidades pesqueras el acceso y el control de las zonas de pesca y de los ecosistemas, que reconozca el acceso y el control de las tierras y las rutas de migración de pastoreo... (Declaración de Nyéléni 2007)

Como había ocurrido con el concepto de reforma agraria el año anterior, el amplio diálogo de saberes que se produjo en Nyéléni dio cabida a las inquietudes de campesinos, pescadores, pastores, consumidores, y de otros sectores sobre el concepto de soberanía alimentaria. En ese proceso también se abordaron asuntos de desigualdad y de opresión entre los pueblos. Para este movimiento, la reforma agraria, la defensa de la tierra y el territorio (Rosset 2013), la defensa de los mercados nacionales y locales (Martínez y Rosset 2010), y la agroecología (LVC 2010) fueron reafirmados como los pilares básicos de la soberanía alimentaria.

Los procesos de diálogo de saberes sobre la soberanía alimentaria impulsaron reflexiones y suscitaban inquietudes en torno al uso de químicos, semillas comerciales, o maquinaria pesada por parte de las familias integrantes del movimiento. Se plantearon debates alrededor del significado de la presencia 'del modelo del agronegocio en nuestra propia casa' (Rosset 2013, 7). Estas prácticas particularmente se utilizaron en los casos en que las tierras obtenidas a través de las ocupaciones o de la reforma agraria oficial fueron de mala calidad, o erosionadas y compactadas. Asimismo, los ex trabajadores del agronegocio muestran una tendencia a reproducir su modelo tecnológico de producción a la hora de conquistar sus propias tierras. El abordaje gradual de estas contradicciones y las desventajas experimentadas por los productores al competir con el agronegocio en su propio ámbito de la agricultura industrial, llevaron poco a poco a los integrantes de LVC, a través de un diálogo de saberes, a proponer el rescate

de las prácticas agroecológicas tradicionales, que son capaces de restaurar la materia orgánica, la fertilidad y la biodiversidad funcional al suelo.

A partir de 2008, al interior de LVC se desarrolló un proceso intenso de intercambio y construcción colectiva (Rosset y Martínez 2012; LVC 2013a), a través de la realización de varios ‘encuentros de formadores y formadoras en agroecología’ a nivel regional y continental. Para ilustrar cómo se ha desarrollado el diálogo de saberes en la construcción de los significados de la agroecología, partimos de la definición de ‘agricultura campesina sostenible’ de LVC de 2009:

La defensa del modelo campesino de agricultura sostenible constituye un tema básico para LVC. No se trata de que la producción campesina sea la ‘alternativa’, sino de que es el modelo de producción que ha alimentado al mundo durante miles de años y de que sigue siendo el modelo principal de producción de alimentos. Más de la mitad de la población mundial trabaja en el sector de la agricultura campesina y la inmensa mayoría de esta población depende de la producción de alimentos por parte del campesinado. De cara al futuro, este modelo, ‘La Vía Campesina’, constituye la mejor manera de alimentar al mundo, de atender las necesidades de nuestros pueblos, de proteger al medio ambiente y de preservar nuestros bienes naturales o bienes comunes. (LVC 2013a, 9-12)

Esta definición es similar a las formuladas por sectores menos radicales, como las organizaciones no gubernamentales. Esta definición se fue transformando en los siguientes años a través de un diálogo permanente sobre agroecología. Un momento clave e ilustrativo que aportó mucho a la evolución del concepto ocurrió en agosto de 2009, al realizarse el I Encuentro Continental de Formadores/as en Agroecología de LVC de las Américas, en el plantel del Instituto Universitario Latinoamericano de Agroecología “Paulo Freire” en Barinas, Venezuela. En este encuentro tuvo lugar un debate durante el cual se hicieron explícitas tres visiones rurales emblemáticas que coexisten en el seno de LVC en América Latina. Tales visiones fueron discutidas con el fin de avanzar hacia la construcción colectiva de una agroecología campesina.

El diálogo de saberes entre las visiones campesina, indígena, y proletaria rural

Las organizaciones integrantes de LVC y de la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo en América Latina pueden agruparse en tres categorías imprecisas y muy estilizadas basadas en el marco de la identidad movilizadora que enarbolan en sus luchas. Por supuesto, sus posiciones e identidades son meras tendencias de un amplio *continuum*, que aquí serán simplificadas con fines didácticos. Las más comunes son aquellas organizaciones que suscriben una identidad ‘campesina’ y que, por ello, centran sus acciones de organización en personas unidas por un modo específico de producción o por un modo de vida. Aunque una organización campesina cuente con una mayoría de campesinos indígenas, típicamente suele organizarse en torno a temas de ‘producción’ tales como el acceso a la tierra, los precios de los cultivos o del ganado, los subsidios o el crédito. Las organizaciones que mayormente se adjudican una identidad ‘indígena’ suelen organizarse con el objetivo de defender el territorio, la autonomía, la cultura, la comunidad o la lengua, entre otros factores. Las organizaciones que tienen una identidad ‘proletaria rural’ generalmente organizan a los productores sin tierra para ocupar tierra o para promover la sindicalización de los trabajadores rurales. Los últimos dos tipos de organizaciones tienden a ser más radicales que las organizaciones campesinas tradicionales en sus posiciones antisistémicas y, entre ellas, las proletarias son las que manifiestan posiciones más abiertamente ideológicas.

En el marco del encuentro que tuvo lugar en Venezuela, resultó evidente que cada una de estas agrupaciones concebía de manera muy diferente la agroecología en términos epistémicos. Las organizaciones indígenas la planteaban como sinónimo de los sistemas agrícolas tradicionales en torno a los cuales ciertas prácticas, como las fechas de siembra basadas en calendarios tradicionales inspirados en el cosmos, habían sido transmitidas de una generación a otra. En cambio, las organizaciones campesinas postulaban que la familia constituye la unidad básica de organización en las áreas rurales y daban múltiples ejemplos acerca de cómo la metodología de ‘campesino a campesino’ ha sido aprovechada para difundir la agroecología. Las organizaciones indígenas respondieron que, en su mundo, la comunidad constituye la unidad básica y que, a diferencia de los métodos ‘campesino a campesino’, que promueven que la familia individual tome decisiones por sí sola, la agroecología debe ser tema de discusión en la asamblea comunitaria.

Por otro lado, las organizaciones proletarias, cuya unidad de organización básica es el colectivo—de trabajadores, de familias, de militantes—sostenían que la agroecología se basa en la ciencia y en los conocimientos impartidos en el salón de clases, en el cual se capacita a la gente joven sobre materias técnicas para que apoyen a sus colectivos familiares en su transición a la producción ecológica, que tendría que implementarse en parcelas grandes, trabajadas tal vez por colectivos de familias y trabajadores. En otras palabras, cada agrupación tenía una utopía, una unidad de organización básica, y un método de transmisión de conocimientos sumamente distintos. Lo anterior se muestra esquemáticamente en la tabla 1.

A pesar de las ocasionales discusiones acaloradas, los hombres y mujeres delegados que asistieron al encuentro pudieron dialogar entre sí y con quienes sostenían opiniones ‘científicas’ y ‘de expertos’, es decir, con los aliados técnicos y académicos que habían sido invitados. Lo anterior devino en lo que Guiso (2000) llamó una hermenéutica colectiva, y se logró establecer cuáles serían las características de una nueva visión de la agroecología.

Tabla 1: La agroecología y las organizaciones campesinas, indígenas y proletarias

Marco identitario	Unidad de organización	Transmisión de conocimientos	Luchas emblemáticas	Fuente de afinidad con la agroecología
Indígena	Comunidad	Codificados en tradiciones culturales	Defensa del territorio y construcción de autonomía	Cosmovisión indígena y cuidado de la Madre Tierra
Campesino	Familia	Experiencial, campesino a campesino	Acceso a la tierra, precios, subsidios, crédito	Costos de producción más bajos, autoabastecimiento en combinación con el mercado
Proletario	Colectivo	Salones de clase y asistencia técnica	Ocupaciones de tierra, huelgas y transformación del modelo económico	Ideología socialista, disputa con el capital

Fuente: elaboración propia

En Colombo, Sri Lanka, en mayo de 2010 se llevó a cabo el diálogo de saberes de la región de Asia del Sur; en Shashe, Masvingo, Zimbabue, en junio de 2011 se llevó a cabo el diálogo de saberes de formadores y formadoras del sur, centro y oriente de África; el segundo encuentro de las Américas se llevó a cabo en Chimaltenango, Guatemala, en julio de 2011; en Techiman, Ghana, en septiembre de 2011 se realizó el diálogo de saberes de formadores del occidente de África; y en Durango, País Vasco, el diálogo de saberes de

formadores de Europa en julio de 2012. Asimismo, se llevó a cabo el primer Encuentro Mundial de Productores Campesinos de Semillas en Bali, Indonesia en 2011 y el Primer Encuentro Agroecológico Mundial en Surin, Tailandia en 2012 que culminó con la inauguración de una ‘aldea agroecológica’ en el marco de la VI Conferencia Internacional de LVC en Yakarta, Indonesia en 2013. Este proceso de intensos diálogos de saberes entre distintas (cosmo) visiones sobre la agricultura campesina llevaron a un posicionamiento común en 2012, muy distinto al de 2009:

Como mujeres, hombres, ancianos y jóvenes, campesinos, pueblos indígenas, trabajadores sin tierra, pastores nómadas, y otros pueblos rurales, estamos luchando para defender y recuperar nuestra tierra y territorios para preservar nuestra forma de vida, nuestras comunidades, y nuestra cultura. También estamos defendiendo y recuperando nuestros territorios porque la agricultura campesina agroecológica que practiquemos en ellos es pieza en la construcción de la soberanía alimentaria, y es la primera línea en nuestra defensa de la Madre Tierra. Estamos comprometidos en la producción de alimentos para las personas—los pueblos de nuestras comunidades, pueblos, y naciones—en vez de producir biomasa para celulosa o agrocombustible, o exportaciones para otros países. Los pueblos indígenas entre nosotros, y todas nuestras tradiciones y culturas rurales, enseñan respeto a la Madre Tierra, y estamos comprometidos para recuperar nuestros saberes ancestrales de la agricultura y apropiar los elementos de agroecología... Cuando controlamos nuestro territorio, buscamos practicar una agricultura campesina agroecológica basada en sistema de semillas campesinas en él, que es comprobadamente mejor para la Madre Tierra, ya que ayuda a *enfriar el planeta*, y que ha demostrado ser más productiva por unidad área que el monocultivo industrial, ofreciendo el potencial para alimentar al mundo con alimentos sanos y saludables, producidos de forma local, mientras que a su vez garantiza una vida con dignidad para nosotros/as y para las generaciones futuras de los pueblos rurales. (LVC 2013a, 69-70)

Esta nueva declaración habla directamente sobre la agroecología como tal, elemento impulsado por las organizaciones latinoamericanas. En el lenguaje que utilizan, se manifiestan las cosmovisiones indígenas, la cada vez más álgida disputa territorial que plantean las organizaciones proletarias,

la agricultura campesina de las organizaciones campesinas, y la necesidad de diferenciar los territorios campesinos de los territorios pertenecientes del agronegocio y de las industrias extractivistas (Fernandes, 2008a, 2008b, 2009; Fernandes *et al.*, 2010; Rosset y Martínez-Torres, 2012). Para utilizar los términos de Santos (2009, 2010), esta evolución puede considerarse como una “emergencia” surgida del diálogo entre las “ausencias”.

Resultados y retos

Podemos afirmar que, como resultado de este intenso proceso, actualmente casi todas las organizaciones y movimientos integrantes promueven alguna combinación de agroecología y prácticas tradicionales, en vez de métodos asociados a la agricultura industrial o se encuentran en deliberaciones para impulsarla (Rosset 2013, 7). Sin embargo, no es cosa sencilla andar el camino que lleva a la agroecología como forma de producción agrícola. Los factores que dificultan este camino incluyen la pérdida de conocimientos, la desmovilización producida por la extensión convencional ejercida verticalmente, y los sesgos en las políticas que dan ventajas al modelo de agricultura industrial (Rosset *et al.* 2011). En este sentido, una variante del diálogo de saberes—la metodología de campesino a campesino—se ha convertido en una metodología de suma importancia (Holt-Giménez 2008; Rosset *et al.* 2011). ‘Campesino a campesino’ constituye una metodología de procesos sociales centrada en promotores campesinos que han ideado soluciones nuevas para los problemas que enfrentan muchos agricultores, o que han recuperado o redescubierto antiguas soluciones tradicionales y que, además, utilizan sus propias parcelas como aulas con el fin de compartir sus conocimientos con los demás campesinos. Durante la visita de otros campesinos y campesinas a la parcela del promotor no sólo se produce un diálogo de saberes; además, los campesinos pueden ver, tocar, sentir, y hasta degustar una práctica alternativa que ‘ha echado raíz’, lo que les permite adaptarla después a sus propios espacios productivos. Posteriormente, en sus parcelas experimentan con dicha práctica o la adaptan a sus necesidades con su propia creatividad.

Debido a que la agroecología se basa en la aplicación de principios acordes a las realidades locales y no en la aplicación de ‘recetas’ universales, los conocimientos locales y la ingeniosidad de los campesinos pasan a primer plano. Este proceso de diálogo de saberes ha posibilitado que organizaciones sin experiencia en agroecología aprendan de sus similares más experimentadas. Asimismo, los encuentros han conformado un

espacio en el cual se ha construido colectivamente una visión compartida sobre el significado de la agroecología para LVC, es decir, sobre la filosofía, el contexto político y la justificación necesarios para lograr la vinculación de las organizaciones en este trabajo, que los lleva a la construcción de la soberanía alimentaria.

Conclusiones

Al interior de LVC, el diálogo de saberes ha constituido una fructífera conversación entre las ausencias registradas a partir de la imposición de la monocultura de ideas dominante. A través de este proceso, LVC ha podido evitar su fragmentación y, además, ha creado marcos movilizados emergentes, como el de la soberanía alimentaria, y ha construido su propia y cambiante visión de la agroecología. La visión y las metodologías compartidas que emergen a partir del proceso continuo de diálogo de saberes están haciendo de la agroecología un instrumento de activación social que transforma las realidades rurales a través de la acción colectiva. El proceso de diálogo de saberes, desde la parcela familiar hasta el nivel global, sirve para construir consensos sobre la soberanía alimentaria y la agroecología, con base en las diferencias, para generar argumentos y marcos de interpretación para afrontar la batalla de ideas en la sociedad, y para movilizar a las bases en la transformación de sus realidades. En la agroecología, el diálogo de saberes es fundamental tanto para la construcción colectiva de visiones conjuntas, como para el intercambio y la adaptación de prácticas productivas.

Referencias

- Altieri, M.A. y V.M. Toledo. 2011. The Agroecological Revolution in Latin America: rescuing nature, ensuring food sovereignty, and empowering peasants. *Journal of Peasant Studies*, vol. 38, núm. 3, julio, pp. 587-612.
- Borlaug, N. 2007. Feeding a Hungry World. *Science*, vol. 318, octubre, p. 359.
- Calle Collado, A., ed. 2011. *Democracia radical: entre vínculos y utopías*. Barcelona: Icaria.
- Cárdenas Grajales, G.I. 2010. El conocimiento tradicional y el concepto de territorio. *Revista NERA* vol. 2, febrero, pp. 1-12.
- Declaración de Nyéléni*. 2007. Disponible en: <http://www.nyeleni.org/spip.php?article291> [consultado el 31 de mayo de 2013].
- Desmarais, A.A. 2007. *Vía Campesina: Globalization and the Power of Peasants*. Halifax: Fernwood Publishing, Londres: Ann Arbor y Michigan: Pluto Press.
- Fernandes, B.M. 2008^a. Questão agraria: conflitualidade e desenvolvimento territorial. En A.M. Buainain, ed. *Luta pela terra, reforma agraria e gestão de conflitos no Brasil*. Campinas, Brasil: Editora Unicamp, pp. 173-224.

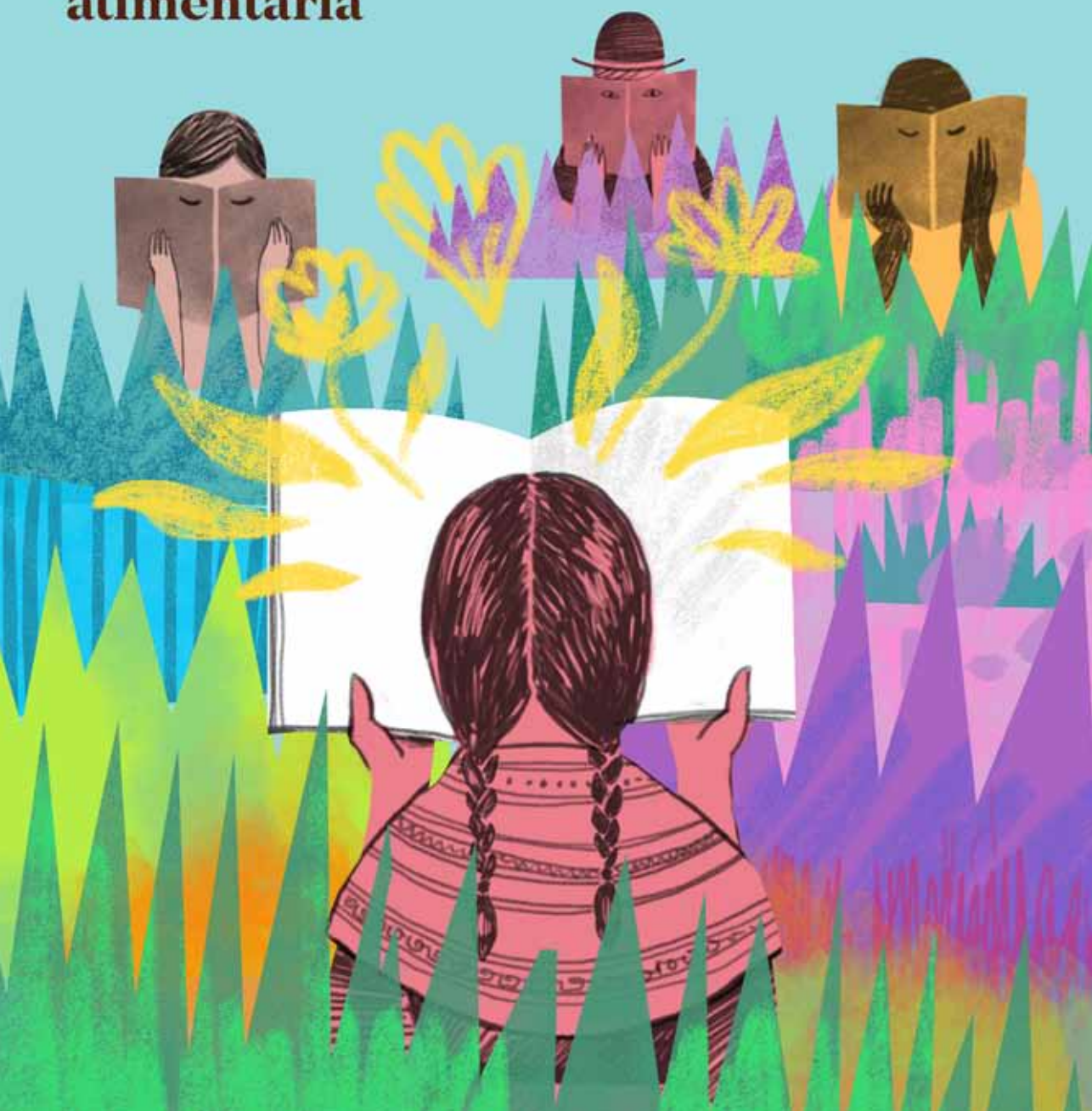
- Fernandes, B.M. 2008b. Entrando nos territórios do territorio. En E.T. Paulino y J.E. Fabrini, eds. *Campesinato e territórios em disputas*. Sao Paulo, Brasil: Expressão Popular, pp. 273–301.
- Fernandes, B.M. 2009. Sobre a tipologia de territorios. En M.A. Saquet y E.S. Sposito, eds. *Territórios e territorialidades: teoria, processos e conflitos*. Sao Paulo, Brasil: Expressão Popular, pp. 197–215.
- Fernandes, B.M., C.A. Welch y E.C. Gonçalves. 2010. Agrofuel Policies in Brazil: Paradigmatic and Territorial Disputes. *Journal of Peasant Studies*, vol. 37, núm. 4, octubre, pp. 793-819.
- Guiso, A. 2000. Potenciando la diversidad. Diálogo de saberes, una práctica hermenéutica colectiva. *Revista Aportes*, núm. 53, febrero, pp. 57-70.
- Holt-Giménez, E. 2008. *Campesino a campesino: voces de Latinoamérica. Movimiento campesino para la agricultura sustentable*. Managua: SIMAS.
- La Vía Campesina (LVC). 2010. *Sustainable Peasant and Family Farm Agriculture Can Feed the World*. S.l.: LVC. Disponible en: <http://viacampesina.org/downloadDS/pdf/en/paper6-EN-FINAL.pdf> [consultado el 12 de agosto de 2014].
- La Vía Campesina (LVC). 2011a. *1st Encounter of Agroecology Trainers in Africa Region 1 of LVC, 12-20 June 2011, Shashe Declaration*, S.l.: LVC. Disponible en: http://viacampesina.org/en/index.php?option=com_content&view=article&id=1098:1st-encounter-of-agroecology-trainers-in-africa-region-1-of-la-via-campesina-&catid=23:agrarian-reform&Itemid=36 [consultado el 12 de agosto de 2014].
- La Vía Campesina (LVC). 2011b. *Peasant Seeds: Dignity, Culture and Life. Farmers in Resistance to Defend Their Right to Peasant Seeds: La Via Campesina, Bali Seed Declaration*. S.l.: LVC. Disponible en: http://viacampesina.org/en/index.php?option=com_content&view=article&id=1057:peasant-seeDS-dignity-culture-and-life-farmers-in-resistance-to-defend-their-right-to-peasant-seeDS&catid=22:biodiversity-and-genetic-resources&Itemid=37 [consultado el 12 de agosto de 2014].
- La Vía Campesina (LVC). 2011c. *2nd Latin American Encounter on Agroecology*. S.l.: LVC. Disponible en http://viacampesina.org/en/index.php?option=com_content&view=article&id=1105:2nd-latin-american-encounter-on-agroecology&catid=23:agrarian-reform&Itemid=36 [consultado el 12 de agosto de 2014].
- La Vía Campesina (LVC). 2012. *Bukit Tinggi Declaration on Agrarian Reform in the 21st century*. S.l.: LVC. Disponible en <http://viacampesina.org/en/index.php/main-issues-mainmenu-27/agrarian-reform-mainmenu-36/1281-bukit-tinggi-declaration-on-agrarian-reform-in-the-21st-century> [consultado el 12 de agosto de 2014].
- La Vía Campesina (LVC). 2013a. *De Maputo a Jakarta: 5 años de agroecología en La Vía Campesina*. S.l.: LVC. Disponible en <http://www.viacampesina.org/downloadDS/pdf/sp/De-Maputo-a-Yakarta-ES-web.pdf> [consultado el 12 de agosto de 2014].
- La Vía Campesina (LVC). 2013b. *The Jakarta Call*. S.l.: LVC. Disponible en: <http://viacampesina.org/en/index.php/our-conferences-mainmenu-28/6-jakarta-2013/resolutions-and-declarations> [consultado el 14 de Agosto de 2014].
- Leff, Enrique. 2004. "Racionalidad ambiental y diálogo de saberes. Significancia y sentido en la construcción de un futuro sustentable". En *Polis. Revista de la universidad bolivariana*, vol. 2, núm. 7, pp.1-29.

- Leff, Enrique. 2011. *Aventuras de la epistemología ambiental: de la articulación de ciencias al diálogo de saberes*. México: Siglo XXI.
- Martínez-Torres, M.E. 2012. *Territorios disputados: tierra, agroecología y recampesinización. Movimientos sociales rurales en Latinoamérica y agronegocio*. Ponencia presentada en la Conference of the Latin American Studies Association, San Francisco, California, 23-26 de mayo de 2012, pp. 1-26. Disponible en: <http://lasa.international.pitt.edu/members/congress-papers/lasa2012/files/4305.pdf> [consultado el 12 de agosto de 2014].
- Martínez-Torres, M.E. y P.M. Rosset M. 2008. La Via Campesina: Transnationalizing Peasant Struggle and Hope. En R. Stahler-Sholk, H.E. Vanden y G.D. Kuecker, eds. *Latin American Social Movements in the Twenty-first Century: Resistance, Power, and Democracy*. Lanham, Maryland: Rowman & Littlefield, pp. 307-322.
- Martínez-Torres, M.E. y P.M. Rosset M. 2010. La Via Campesina: the Birth and Evolution of a Transnational Social Movement. *Journal of Peasant Studies*, vol. 37, núm. 1, enero, pp. 149-175.
- Rosset, P.M. 2003. Food Sovereignty: Global Rallying Cry of Farmer Movements. *Food First Backgrounder*, vol. 9, núm. 4, Oakland: Institute for Food and Development Policy. Disponible en: <http://www.foodfirst.org/node/47> [consultado el 31 de mayo de 2014].
- Rosset, P.M. 2011. Food Sovereignty and Alternative Paradigms to Confront Land Grabbing and the Food and Climate Crises. *Development*, vol. 54, marzo, pp. 21-30.
- Rosset, P.M. 2013. Re-thinking Agrarian Reform, Land and Territory in La Via Campesina. *Journal of Peasant Studies*, vol. 40, núm. 4, julio, pp. 721-775.
- Rosset, P.M., B. Machín Sosa, A.M. Roque Jaime y D.R. Ávila Lozano. 2011. The Campesino-to-Campesino Agroecology Movement of ANAP in Cuba: Social Process Methodology in the Construction of Sustainable Peasant Agriculture and Food Sovereignty. *Journal of Peasant Studies*, vol. 38, núm. 1, enero, pp. 161-191.
- Rosset, P.M. y M.E. Martínez-Torres. 2012. "Rural Social Movements and Agroecology: Context, Theory, and Process". En *Ecology and Society*, vol. 17, núm. 3. Disponible en <http://www.ecologyandSociety.org/vol17/iss3/art17/> [consultado el 30 de septiembre de 2013].
- Santos, B.S. 2009. *Una epistemología del sur*. México: Siglo XXI.
- Santos, B.S. 2010. *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- Sevilla Guzmán, E. 2013. El despliegue de la sociología agraria hacia la agroecología. *Cuaderno Interdisciplinar de Desarrollo Sostenible*, núm.10, pp. 85-109.
- Van der Ploeg, J.D. 2008. *The New Peasantries. Struggles for Autonomy and Sustainability in an Era of Empire and Globalization*. Londres: Earthscan.



SEGUNDO BLOQUE

Escuelas campesinas y promoción de la participación del campesinado en la construcción de conocimiento en torno a la soberanía alimentaria



HACIA LA SOBERANÍA ALIMENTARIA: LAS VOCES DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN EL COMITÉ DE SEGURIDAD ALIMENTARIA MUNDIAL

Josh Brem-Wilson

Introducción

La soberanía alimentaria es «el derecho de los pueblos a alimentos nutritivos y culturalmente adecuados, producidos de forma sostenible y ecológica y el *derecho a definir* su propio sistema alimentario y productivo» (La Vía Campesina 2013, énfasis añadido). La Vía Campesina y la amplia red activista por la soberanía alimentaria han reclamado y luchado de muchas formas por su «derecho a definir» en la elaboración de las políticas alimentarias transnacionales. Se han movilizadado con el fin de aportar una nota discrepante a las reuniones de los organismos internacionales por la alimentación y la agricultura, como la Organización Mundial del Comercio, y han participado más activamente en otros como el Tratado Internacional para Recursos Fitogenéticos para la Alimentación y Agricultura (el «Tratado»). También han creado espacios autónomos para la movilización, debate y creación de movimiento, incluyendo La Vía Campesina como espacio para una «nueva ciudadanía» (Borras y Franco 2009).

El objetivo de los activistas por la soberanía alimentaria al querer participar de forma directa en la elaboración de las políticas alimentarias ha propiciado el nacimiento de una agenda complementaria de activismo e investigación. Esto conlleva buscar e identificar con el fin de superar las barreras que inhiben la participación de los grupos de la soberanía alimentaria en la toma de decisiones políticas (Patel, 2009). Este capítulo contribuye a esa agenda desglosando las dinámicas de participación de los movimientos sociales en un organismo formal de elaboración de políticas: El Comité de Seguridad Alimentaria Mundial (CSA) de Naciones Unidas. El CSA es un organismo significativo para el movimiento de la soberanía alimentaria por distintos motivos, uno de los motivos principales es que amplía el derecho formal a participar en su trabajo con los representantes de productores de alimentos a

pequeña escala y otros grupos de la soberanía alimentaria.

No obstante, la participación formal no es participación efectiva y en este capítulo identifico cinco áreas en las que la participación efectiva se puede asegurar o perder, así como las dinámicas subyacentes que influyen en el grado de participación alcanzado en cada área. El objetivo aquí es analizar las *evaluaciones* y ver hasta qué punto se lleva a la práctica el objetivo de la soberanía alimentaria de que los productores a pequeña escala participen en la elaboración de políticas, y analizar las *intervenciones* para solucionar los persistentes bloqueos que impiden alcanzar dicho objetivo.

La reforma del CSA como momento histórico de la lucha por la soberanía alimentaria

El CSA se creó por primera vez en la Conferencia Mundial de la Alimentación en 1974 con el objetivo de realizar un seguimiento de las acciones y políticas de seguridad alimentaria. En 1996, durante un nuevo intento de movilizar el deseo de la comunidad política internacional de acabar con el hambre, al CSA se le encargó la tarea de supervisar el Plan de Acción de la Cumbre Mundial sobre Alimentación. A los actores de la sociedad civil se les reconoció un papel significativo y los estados miembros se comprometieron a potenciar su participación en este proceso de seguimiento. En el año 2006, el descontento con el rendimiento del CSA fue suficiente como para que Brasil realizara una propuesta seria de reforma. Entre los años 2006 y 2008 las propuestas de reforma no sumaron mucho y el CSA se encontraba en un estado precario. No obstante, un año después del anuncio de proceso de reforma formal en octubre de 2008 se articuló una nueva versión que tuvo como resultado reformas que superaron con mucho las expectativas de muchos de los actores civiles que se comprometieron con su trabajo. Algunas dinámicas contribuyeron a este resultado.

En primer lugar, la crisis de precios de los alimentos en 2007-2008 provocó un aumento significativo de la atención a la seguridad alimentaria en las agendas políticas a nivel global. Cuando el presidente francés Nicolás Sarkozy participó en la Conferencia de Alto Nivel sobre Seguridad Alimentaria Mundial en 2008, anunció una propuesta para una Alianza Global para Agricultura, Seguridad Alimentaria y Nutrición, la cuestión de la reforma de la gobernanza se convirtió en parte formal de esta agenda posterior a la crisis alimentaria. La idea de una Alianza Global también sugería un intento de trasladar la responsabilidad de gobernanza de la seguridad alimentaria

de Roma (lugar donde se encuentran las agencias alimentarias de la ONU) a Washington (lugar donde se encuentran las instituciones de Bretton Woods). Esto acentuó la idea de aquellos que querían que la responsabilidad de la coordinación de la seguridad alimentaria se mantuviese dentro del sistema de la ONU. El hecho de que los estados miembros estuvieran saliendo de un extenso proceso para reformar la FAO (institución que alberga al CSA) supuso un impulso importante para el proceso de reforma y para que este, por lo tanto, estuviera *preparado para la reforma*. Esto supuso que el compromiso y la colaboración de los estados miembros en el trabajo de la FAO se encontraba en niveles álgidos, lo que ayudó mucho al proceso de reforma del CSA.

La contribución de la sociedad civil también fue un factor importante tanto en el proceso de reforma, relativamente rápido, del CSA como en el ambicioso resultado (McKeon 2009b), en especial la contribución de los activistas en el Comité Internacional de Planificación (CIP); una red internacional de representantes de oenegés y movimientos sociales (incluyendo La Vía Campesina) que trabajaron en una plataforma por la soberanía alimentaria. En el momento en el que se lanzó la reforma, en octubre de 2008, el CIP ya había facilitado la participación de grupos rurales en los procesos políticos de la FAO durante casi 7 años, estableciendo una red activista eficaz y resiliente, con objetivos claramente definidos y canales de comunicación (McKeon 2009a; Brem-Wilson 2012). Por lo tanto, estaban bien posicionados en términos de capacidad y reconocimiento por parte de la FAO para responder a la oportunidad que presentaba el proceso de reforma del CSA. La estrecha colaboración con los actores de las oenegés internacionales, Ayuda en Acción y Oxfam, reforzó su contribución. No obstante, sin una apertura en el proceso de reforma la influencia de la sociedad civil hubiera sido mínima, por lo que la decisión de la oficina del CSA de otorgar derechos de participación, relativamente iguales a los de los estados, a los representantes de la sociedad civil fue crucial; esto marcó la diferencia en el resultado final. Al final del proceso los estados miembros participantes reconocieron que la contribución de los actores de la sociedad civil había sido fundamental para las ambiciosas reformas que se habían aprobado.

Tres aspiraciones clave del reformado CSA

Desde una perspectiva de soberanía alimentaria, son tres las aspiraciones importantes del reformado CSA y estas aparecen en su documento de

reforma.

En primer lugar, el CSA aspira ahora a la centralidad política. Tal y como han comunicado los organismos implicados en la gobernanza de la seguridad alimentaria, además de la importancia de la «coordinación» dentro de estas actividades, la toma de decisiones sobre alimentación y agricultura internacional está muy fragmentada. Por ejemplo, la convocatoria del Equipo de Tareas de Alto Nivel del Secretario de Naciones Unidas para responder a la «crisis de precios de los alimentos» de 2007/2008 incluyó a 20 organismos miembros diferentes. Para la mayoría de los actores no es posible la participación en todos los espacios internacionales de toma de decisión sobre alimentación y agricultura. Por lo tanto, para La Vía Campesina ha sido importante perseguir un espacio global único de toma de decisiones sobre alimentación y agricultura, como objetivo estratégico que permitiera a sus representantes tener un «impacto efectivo» (entrevista, Nico Verhagen, La Vía Campesina, 2011).

El contenido final del proyecto de reforma articula una perspectiva del CSA que supone un paso significativo hacia el objetivo que buscaba La Vía Campesina de elaborar una política transnacional para alimentos y agricultura. En este se identifica al CSA como: «[La] plataforma política central de Naciones Unidas que se ocupa de la seguridad alimentaria y la nutrición [y] la principal plataforma inclusiva internacional y la plataforma intergubernamental para un amplio comité de agentes que trabajen juntos y de forma coordinada para apoyar los procesos liderados por los países en pos de la eliminación del hambre» (CSA 2009).

La segunda aspiración importante de la reforma del CSA es para que sea un espacio de debate político. Los estudiosos de la política alimentaria sostienen que la elaboración de la política alimentaria y agrícola contemporánea ha sufrido una transformación, de un periodo de optimismo y consenso a un periodo de opciones políticas controvertidas (Lang et al., 2009; Maxwell y Slater, 2004). El cambio de perspectiva sobre el lugar adecuado de acción y responsabilidad, estado frente a mercado, es una clave variable a la hora de seguir la transformación de la política alimentaria tras la 2ª Guerra Mundial (Fairbairn 2010, McMichael 2005). El nacimiento de La Vía Campesina y el crecimiento del movimiento de la soberanía alimentaria reflejan esta transición de consenso a disputa; la soberanía alimentaria desafía la política alimentaria contemporánea sancionada institucionalmente a diferentes

niveles. Primero, propone diversos *fin*es para las políticas alimentarias y agrícolas, como la autonomía política, sostenibilidad ecológica y diversidad cultural, que cuestionan los estrechos marcos económicos hallados en textos como el Informe de Desarrollo Mundial 2008 del Banco Mundial, que reduce la actividad agrícola a un medio de generación de beneficio económico (ver Banco Mundial 2007). Segundo, busca ampliar el rango de *medios* (instrumentos políticos) que hay que tener en cuenta, en especial más allá de las restrictivas fronteras del estado-mercado neoliberal. La Vía Campesina defiende una serie de intervenciones en el mercado, incluyendo los patrones restrictivos de acumulación, los sistemas alimentarios con orientación local, colectivizar el control de los recursos y reconstituir y redirigir las estructuras de apoyo del estado hacia los pequeños productores agroecológicos (Desmarais 2007). Desde esta perspectiva, es significativo el hecho de que el CSA perciba su papel como espacio que alberga y permite el debate político (CSA, 2009, párrafos 2 y 20).

La tercera aspiración clave del reformado CSA es la inclusión; ahora el CSA extiende sus derechos de participación formal a los pequeños productores de alimentos y otros grupos de la soberanía alimentaria, a pesar de la autoridad de la toma de decisiones, más o menos iguales de los estados. Esto incluye el derecho a «intervenir en los debates de las sesiones plenarias, aprobar documentos de reuniones y agendas así como enviar y presentar documentos y propuestas formales» (CSA 2009, párrafo 12). Esto es algo sin precedentes en la historia de la ONU (McKeon, 2015). No obstante, los miembros de la sociedad civil no son los únicos actores no estatales a los que se les concede derecho de participación en el reformado CSA: la reforma distingue entre 5 categorías de participantes, incluyendo a los representantes del sector privado y las instituciones financieras internacionales. En la reforma del documento se da prioridad a la participación de aquellos más afectados por la inseguridad alimentaria, que incluye a pequeños campesinos, pescadores artesanales y pastores.

Estas tres aspiraciones muestran por qué la reforma del Comité de Seguridad Alimentaria Mundial de Naciones Unidas representa un momento histórico en la lucha por la soberanía alimentaria. Por supuesto que hay que marcar una diferencia importante entre la promesa en el texto y el grado en el que la promesa se puede llevar a la práctica.²⁹ Si se pone el foco en las

29 Aquellos más familiarizados con el CSA reconocerán que esta es una perspectiva

aspiraciones integradoras del CSA, no hay duda de que tras su reforma los grupos rurales y otros representantes de la sociedad civil han experimentado un cambio cualitativo en las oportunidades para participar y en el impacto de su participación en un organismo intergubernamental (McKeon, 2015; Duncan, 2014). La creación del Mecanismo de la Sociedad Civil (organismo autónomo a través del cual la sociedad civil organiza su participación en el CSA) y la libertad que tenían las Organizaciones de la Sociedad Civil (OSC) para organizar, por ejemplo, su participación en las negociaciones de las Directrices voluntarias sobre la gobernanza de la tenencia responsable de la tierra, pesca y los bosques (DGVT), sugiere que se respeta el principio de autonomía de la sociedad civil. No obstante, también es cierto que el aumento de la participación supone un serio reto para las capacidades técnicas y de infraestructura de organizaciones como La Vía Campesina. El atractivo del CSA tras la reforma para oenegés y organizaciones del sector privado con recursos amenaza también con marginar la voz de los grupos rurales (La Vía Campesina 2012a).

Los requisitos de una participación efectiva

Si bien diversos estudios han captado importantes ideas, desde la reforma del CSA en 2009 no se ha producido una evaluación sistemática de hasta qué grado movimientos sociales como La Vía Campesina han sido capaces de convertir su derecho de participación en este organismo en una participación efectiva. Tal evaluación es muy importante, ya que no realizarla implica dificultades para identificar y superar los retos que afrontan los movimientos sociales que participan en el CSA. De cara al futuro, dicha evaluación debería centrarse en identificar el grado de participación alcanzado por los activistas de los movimientos sociales en cinco áreas clave (Brem-Wilson, 2015; 2016):

1. Acceso

Disponer del derecho formal a participar en la política de un organismo es crucial para tener acceso al trabajo de ese organismo. No obstante, tener acceso también requiere estar en el lugar correcto en el momento correcto. En el caso del CSA eso supone, en general, ir a Roma en ciertos momentos del

parcial de sus dinámicas tras la reforma. Aquellos que buscan una visión más amplia ver Brem-Wilson, 2016; 2011; Duncan, 2015; McKeon, 2015; Seufert, 2013. El blog de Jessica Duncan, Gobernanza alimentaria, también ha mostrado algunas piezas que ofrecen observaciones y reflexiones vanguardistas sobre el CSA tras su reforma: <https://foodgovernance.com/category/cfs/>. El libro de Ingeborg Gaarde que está a punto de publicarse aporta un punto de vista importante sobre la experiencia de negociación de La Vía Campesina tras la reforma del CSA.

año. Para todos aquellos que representan a grupos no europeos, que son la mayoría, esto supone un consumo de tiempo y un viaje intercontinental caro. Tener acceso también significa negociar la entrada en debates específicos así como los protocolos y procedimientos que regulan esto.

2. Comunicación inteligible y persuasiva

Una participación efectiva requiere que los participantes puedan comunicarse de forma que sea a) inteligible y b) persuasiva para otros pertenecientes a la misma esfera (en especial los que toman las decisiones, o estados miembros). En parte, esto es un problema de idioma, lo que en el contexto del CSA implica hablar al menos una de las seis lenguas oficiales de la FAO: inglés, francés, español, ruso, árabe y chino. Ámbitos (como la ONU) que, por un lado, pueden añadir valor a modos distintos de comunicación o «protocolos de estilo» (Fraser 1990, 63, Calhoun 2010, 323), y, por otro, significados compartidos. Adoptar estos modos y significados puede ser una condición previa de la comunicación inteligible y persuasiva. (Holzschieiter 2005, Keck y Sikikink 2005, Berkovitch 1999, Litfin 1994). Sean cuales sean los modos de comunicación que prevalezcan dentro de los procesos del CSA, está claro que existen una serie de posibilidades limitadas; por ejemplo, si no habla una de las seis lenguas oficiales de la FAO no puede participar en las sesiones formales.

También es muy importante reconocer que, en especial, para los movimientos sociales como La Vía Campesina la comunicación inteligible es también un problema de inteligibilidad propia, de permanecer fiel a las experiencias propias, que son la mejor forma de representación e identidad.

3. Estar informado

Estar informado, entender las dinámicas de debate, la importancia de lo que está en juego, los instrumentos políticos que se tienen en cuenta, la forma en que estos afectan potencialmente a las aspiraciones de los grupos para el debate político, son todas condiciones previas para una participación efectiva en el proceso político (Menser 2008, 22, Goetz y Gaventá 2001, 47, Scholte 2004, 19). Para los representantes de los grupos rurales, y otros participantes no profesionales, pueden ser significativas las limitaciones de la comprensión técnica de todas las propuestas y asuntos referentes a los procesos políticos transnacionales (La Vía Campesina 2012b, Brem-Wilson 2012).

4. Estar cómodo

La participación efectiva también requiere que los participantes estén física, emocional y psicológicamente cómodos participando y compartiendo espacio con otros participantes en el debate. Deben sentirse seguros y no intimidados (Gaventa 2004). Los organismos intergubernamentales como el CSA son muy grandes y están dominados por élites políticas, como funcionarios de Naciones Unidas y políticos experimentados, y para aquellos que no tengan experiencia en este campo puede ser un entorno desafiante.

5. Que se reconozca que se tiene derecho a hablar

Para participar de forma efectiva en un proceso político es necesario que otros participantes en el proceso respeten el derecho a hablar. Esto significa que tienen que prestar atención cuando se habla, facilitar el acceso al debate adecuado cuando se solicite y mostrar respeto a las intervenciones con respuestas apropiadas. También significa que las intervenciones reciben el tratamiento adecuado cuando los *debates* se convierten en *decisiones*. El grado en que una persona disfruta de su derecho a hablar suele estar relacionado con su identidad, con las no-élites (mujeres, jóvenes, gente de color, pueblos indígenas) a las que frecuentemente se margina en los contextos de elaboración política por parte de aquellos en posiciones de más poder. Por lo tanto, es esencial estar sobre la pista del grado de satisfacción del movimiento de la soberanía alimentaria (rural y otras no-élites) en cuanto al reconocimiento de su derecho a hablar en el CSA (una asamblea intergubernamental dominada por las élites metropolitanas).

Estas son las cinco áreas, los Requisitos de Participación Efectiva (RPE), donde se puede asegurar o perder la participación efectiva en un proceso político. Discernir entre estas cinco áreas nos permitirá construir una imagen detallada de la calidad de la participación del movimiento social en un organismo político como el CSA. También es muy importante captar las dinámicas subyacentes que dan forma al grado de participación efectiva logrado en cada área. Hay que prestar una atención especial a la relación entre tres series de variables:

Serie 1: Posibilidad de participación

Se refiere a las propiedades del proceso político. Esto incluye detalles como la ubicación, escala, duración, participantes y formato de las reuniones; la etapa en el ciclo político en la que se desarrolla la reunión, las lenguas en las que se desarrolla la reunión, los recursos disponibles para implementación (convirtiendo decisiones en impactos), y otros.

Serie 2: Perfil participante

Se refiere a las propiedades de quien busca participar en el proceso. Esto incluye sus *capacidades* (en tiempo, recursos económicos, conocimientos, competencias lingüísticas, bienestar físico, etc.), sus *preferencias de participación* (disposiciones culturales y personales) y su *identidad*, tal y como entiendan las personas que participan y las demás (hombre, mujer, joven, anciano, campesino, experto, poderoso, sin poder, legítimo, ilegítimo, etc.).

En el primer caso, el grado de participación efectiva logrado en un proceso político es el resultado de una interacción entre la oportunidad de participar y el perfil del participante. Por ejemplo, si una reunión se realiza en inglés y el participante solo habla español, el resultado es la incapacidad de comunicarse de forma inteligible y persuasiva en ese ámbito o un *déficit de RPE*. Del mismo modo, si la documentación de la reunión es técnicamente compleja o está disponible justo antes de la reunión, y el actor no es especialista o el tiempo es muy limitado, entonces el resultado es que no existe posibilidad de estar informado sobre lo que se debate.

No obstante, es posible solucionar los déficits de RPE a través de una tercera serie de variables:

Serie 3: Asesoramiento de terceras partes

Se refiere a las intervenciones, diseñadas para apoyar la participación de un actor, facilitadas por una organización o individuo que no es ni el actor ni la persona que participa. Aquí se incluiría la dotación de recursos, ayuda técnica, coordinación, apoyo y otros. Por ejemplo, en casos en los que la complejidad de un asunto político impide la participación de la no-élite, una tercera parte podría proporcionar un documento breve que aclare los aspectos que se van a considerar. Otro caso podría ser cuando un actor no habla la lengua en la que se desarrolla el proceso político oficial, una tercera parte (como un intérprete activista) podría ejercer de intérprete para evitar la desconexión. De hecho, este tipo de apoyos son los que los actores de organizaciones no gubernamentales y otros aliados están proporcionando a los actores de los movimientos sociales en el CSA y en otros espacios políticos transnacionales.

Es importante identificar las tres series de variables cuyas interrelaciones determinan el grado de participación efectiva que logran los participantes de los procesos políticos, ya que nos permite reconocer el dinamismo inherente que existe en la relación entre los actores y los contextos estructurales

(posibilidad de participar) en los que tienen que negociar, cuando participan en entornos de elaboración política como puede ser el CSA. Diferentes oportunidades de participar demandan diferentes capacidades y lo que en un campo puede ser competencia en otro puede ser incompetencia.

Prestar atención a estas dinámicas subyacentes también nos permite reconocer que existen *tres rutas hipotéticas* para resolver o superar los bloqueos para conseguir una participación efectiva en cada una de las cinco áreas (déficit de RPE). La primera ruta es a través de ajustes en el *perfil del actor* (Serie 1), mediante formación, construcción de la capacidad, refuerzo organizativo, experiencia y otros. La segunda ruta es a través de ajustes en *asesoramiento de terceras partes* (Serie 2) o un aumento del apoyo por parte de las organizaciones aliadas. La ruta final es a través de *ajustes en la posibilidad de participación en sí misma* (Serie 3). Es decir, las reuniones se pueden reubicar, se puede experimentar con los formatos, la información clave puede adecuarse al perfil de los participantes, se puede ofrecer interpretación oficial para permitir la participación de lenguas minoritarias, y otras.

Reconocer esta tercera posibilidad es absolutamente crucial en un contexto de toma de decisión intergubernamental en el que, históricamente, las organizaciones de la sociedad civil solo han podido participar adaptándose al modo de trabajo y comunicación, ritmos y prácticas que prevalecen en tales ámbitos (Mautner 2008). En otras palabras, ha significado «salvar el abismo» entre ellos y la esfera intergubernamental a través de una mezcla entre ajuste de la capacidad y asesoramiento de terceras partes (McKeon, 2009: 89). Aquí una clave peligrosa es que el ajuste en la posibilidad de participar pueda resultar en una desconexión entre los actores que participan en el trabajo intergubernamental y los participantes en el conjunto de la base (Holzscheiter 2005); aunque un análisis que verá la luz próximamente sugiere que La Vía Campesina está negociando este desafío con éxito (Gaarde, próxima publicación).

A falta de ajustes en la posibilidad de participación para adaptar sus límites de capacidad y preferencias de participación, tal vez lo más importante de forma inmediata sea que la carga para asegurar su participación efectiva recaerá de forma desproporcionada sobre los movimientos sociales y sus aliados. La participación en la elaboración de políticas transnacionales requiere tiempo, requiere trabajo y para los movimientos sociales los recursos

que se emplean en este apartado son recursos que no están disponibles para otras luchas iguales o más importantes. Por lo tanto, es muy importante, en organismos como el CSA, explorar tanto como sea posible el potencial de ajustes en posibilidad de participación con el fin de rebajar la carga de participación para los movimientos sociales y sus aliados.

Los gestores de procesos institucionales como funcionarios y diplomáticos de la ONU tienen un importante papel que desempeñar aquí. Ellos son los que de forma colectiva dan forma a la posibilidad de participación en organismos como el CSA, por lo tanto, es vital que sean sensibles a los desafíos que afrontan los actores de los movimientos sociales que buscan participar en esos organismos, y que sepan reconocer las formas en las que las posibilidades de participación (que definen espacios y procesos y son las que más permiten *sus propias* capacidades y preferencias de participación) pueden excluir a los actores de los movimientos sociales y de la no-élite. Desgraciadamente, hay muy pocas pruebas de esa sensibilidad en los gestores de procesos institucionales en este momento.

Si volvemos un poco la vista atrás, es importante reconocer que no es posible determinar una ruta óptima para resolver el déficit de RPE con antelación. Tal y como se muestra en la Tabla 1, los diferentes ajustes conllevan diferentes riesgos y la sensibilidad a estos riesgos es importante.

Tabla 1, los diferentes ajustes conllevan diferentes riesgos y la sensibilidad a estos riesgos es importante.

Tabla 1: Ejemplos de Déficit de Requisitos de Participación Efectiva y Tres Clases de Respuesta

Requisitos de Participación Efectiva (RPE)	Ejemplo de Déficit	Ejemplo de Respuesta (carga sobre el participante):
<i>Estar informado</i>	Los participantes no pueden acceder a los documentos relevantes debido a su lenguaje técnico y denso	El participante dedica tiempo y recursos a superar las barreras técnicas para participar Riesgo: Recursos no disponibles para otras luchas
<i>Estar cómodo con la participación en el ámbito</i>	El participante se ve inhibido por la escala/composición/protocolos del ámbito en el que se trabaja	Recibir formación para mejorar la seguridad Riesgo: Se mantiene la barrera para otros con el mismo perfil
<i>Disfrutar del reconocimiento del derecho a hablar</i>	Actor/grupo no percibido como legítimo/autorizado por otros participantes dentro del ámbito de trabajo	El participante afirma su derecho a hablar a través de su participación en el ámbito o diversas rutas (por ejemplo, afirmación de la subjetividad, demostración, acciones simbólicas) Riesgo: Requiere tiempo

Fuente: el autor

Conclusion

La reforma en 2009 del Comité de Seguridad Alimentaria Mundial de Naciones Unidas representa un momento histórico para el objetivo del movimiento de la soberanía alimentaria de asegurar la participación de los productores de alimentos y otros grupos en la elaboración de políticas agrícolas y alimentarias transnacionales. Es importante, ahora, identificar y buscar la forma de superar las barreras que impiden los constantes intentos de convertir el derecho formal de los activistas de los movimientos sociales de participar en este organismo en una participación efectiva. Esto en el contexto de una agenda más amplia para identificar y buscar la forma de superar las barreras que impiden la participación de grupos de la soberanía alimentaria en la toma de decisiones políticas (Patel, 2009). Utilizando el marco desarrollado en este capítulo, dicha evaluación debería:

Ejemplo de respuesta (carga sobre las terceras partes): Asesoramiento	Ejemplo de respuesta (carga sostenida por el ámbito): Ajuste de posibilidad de oportunidad
<p>ONG aliada proporciona documento informativo que permita al participante implicarse con el procesos político</p> <p>Riesgo: el participante depende de terceras partes para una participación efectiva</p>	<p>Material original adecuado a las capacidades de los participantes</p> <p>Riesgo: Menos recursos disponibles para que los gestores de procesos institucionales aborden otros bloqueos</p>
<p>Las terceras partes aliadas median entre el participante y el ámbito de trabajo</p> <p>Riesgo: el participante depende de las terceras partes para su participación efectiva</p>	<p>Creación de una reunión formal, subsidiaria con escala de protocolos adecuados para el participante</p> <p>Riesgo: la reunión puede acabar en desconexión del proceso oficial y, por lo tanto, no influir en este</p>
<p>Terceras partes aliadas con credenciales apropiadas y estatus media entre el actor/grupo y el ámbito de trabajo</p> <p>Riesgo: El participante depende de terceras partes para que su participación sea efectiva</p>	<p>Otros participantes están educados para reconocer de antemano la legitimidad negada de participantes previamente excluidos</p> <p>Riesgo: puede no funcionar</p>

- Identificar las posibilidades de participación dentro del CSA así como cualquier reto al que se enfrenten los actores de los movimientos sociales con el fin de lograr los RPE en estas.
- Apoyar a los activistas de los movimientos sociales y las reflexiones de sus aliados (gestores de procesos de la sociedad civil) sobre cómo abordar mejor esos déficits.
- Aumentar la concienciación de los gestores de procesos institucionales de los anteriores y facilitar su reflexión en el grado en el que se puedan utilizar los ajustes en la posibilidad de participación dentro del CSA para superar los retos constantes a los que se enfrentan allí los actores de los movimientos sociales.

Ciertamente, esta no es una agenda sencilla pero es esencial dada la importancia del objetivo al que busca contribuir.

Referencias

- Berkovitch, N. 1999. The emergence and transformation of the International Women's Movement. *En: Boli, J. y G.M. Thomas, eds. Constructing world culture.* Stanford: Stanford University Press. pp. 100-126.
- Borras S. Jr. y J.C. Franco, 2009. Transnational Agrarian Movements struggling for land and citizenship rights. *Documento de trabajo del IDS*, 323. Brighton: Institute of Development Studies.
- Brem-Wilson, J. 2012. La Vía Campesina and the Committee on World Food Security: A transnational public sphere. Tesis doctoral (PhD). University of Bradford. Disponible en: <http://bradscholars.brad.ac.uk/>.
- Brem-Wilson, J. 2015. Towards Food Sovereignty: Interrogating Peasant Voice in the United Nations Committee on World Food Security. *Journal of Peasant Studies*, 42(1).
- Brem-Wilson, J. 2016. La Vía Campesina and the United Nations Committee on World Food Security: Affected Publics and Institutional Dynamics in the Nascent Transnational Public Sphere. *Review of International Studies*. doi:10.1017/S0260210516000309
- Calhoun, C. 2010. The public sphere in the field of power. *Social Science History*, 34(3), 301-335.
- CFS (Comité Mundial). 2009. Reforma del Comité de Seguridad Alimentaria Mundial: Versión final. Referencia del documento: CFS:2009/2. Disponible en: http://www.fao.org/unfao/bodies/cfs/cfs35/index_en.htm [Consultado el 19 de diciembre de 2011].
- Desmarais, A. 2007. *La Vía Campesina: Globalization and the power of peasants.* London: Pluto Press.
- Duncan, J. 2015. Global Food Security Governance: Civil Society Engagement in the Reformed Committee on World Food Security. London: Routledge.
- Fairbairn, M. 2010. Framing resistance: International food regimes and the roots of food sovereignty. *En: Wittman, H., Desmarais, A. y N. Wiebe, eds. Food sovereignty: Reconnecting food, nature and community.* Oxford: Pambazuka Press. pp. 15-32.
- Gaarde, I. (Próxima publicación) *Negotiating a Global Policy Space: La Vía Campesina in the Committee on World Food Security.* London: Routledge. FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura). 2008. Comité de Seguridad Alimentaria Mundial: Participación de la Sociedad Civil/Organizaciones no gubernamentales. Disponible en: <ftp://ftp.fao.org/docrep/fao/meeting/014/k3028e.pdf> [Consultado el 30 de noviembre de 2011].
- Fraser, N. 1990. Rethinking the public sphere: A contribution to the critique of actually existing democracy. *Social Text*, 25/26, 56-80.
- Gaventa, J. 2004. Strengthening participatory and deliberative approaches to local governance: Learning the lessons from abroad. *National Civic Review*, Winter: 16–27.
- Goetz, A.M. y Gaventa, J. 2001. Bringing citizen voice and client focus into service delivery. *Documento de trabajo del IDS* 138, Brighton: IDS.
- Holzschleiter, A. 2005. Discourse as capability: Non-state actors' capital in global governance. *Millennium - Journal of International Studies*, 33(3): 723-746.

- Keck, M. y Sikkink, K. 1998. *Activists beyond borders: Advocacy networks in international politics*. Ithaca: Cornell University Press.
- Lang, T., D. Barling, and M. Caraher. 2009. *Food policy: Integrating health, environment and society*. Oxford: Oxford University Press.
- La Vía Campesina. 2012a. El Comité de Seguridad Alimentaria Mundial (CSA): Un nuevo espacio para la política alimentaria del mundo, oportunidades y limitaciones. Disponible en: www.viacampesina.org/dl/click.php?id=44 [Consultado el 9 de diciembre de 2013].
- La Vía Campesina. 2012b. La Vía Campesina: Movimiento internacional de campesinos y campesinas. *Página web La Vía Campesina*. Disponible en: http://viacampesina.org/en/index.php?option=com_content&view=frontpage&Itemid=1 [Consultado el 21 de julio de 2011].
- Litfin, K. 1994. *Ozone discourses: Science and politics in global environmental cooperation*. Columbia: Columbia University Press.
- Maxwell, S., and R. Slater. 2004. Food policy old and new. In *Food policy old and new*, edited by S. Maxwell and R. Slater, 1–20. Oxford: Blackwell Publishing
- McKeon, N. 2009a. *The United Nations and civil society: Legitimizing global governance – whose voice?* London: Zed Books.
- McKeon, N. 2009b. A food battle won. *La Vía Campesina Website*. Disponible en: http://viacampesina.org/en/index.php?option=com_content&view=article&Id=805:fao-a-food-battle-won&catid=21:food-sovereignty-and-trade&Itemid=38 [Consultado el 4 de noviembre de 2010].
- McKeon, N. 2015. *Food Security Governance: Empowering Communities, Regulating Corporations* (London: Routledge).
- McMichael, P. 2005. Global development and the corporate food regime. En: Buttell, F. y P. McMichael, eds. *Research in rural sociology and development*. Oxford, UK: Elsevier Press. pp. 269-303.
- Menser, M. 2008. Transnational participatory democracy in action: The case of La Vía Campesina. *Journal of Social Philosophy*, 39(1): 20-41.
- Patel, R. 2009. What does food sovereignty look like? *Journal of Peasant Studies*, 36(3): 663-706.
- Scholte, J.A. 2004. *Democratizing the global economy: The role of civil society*. University of Warwick: Centre for the Study of Globalisation and Regionalisation. Disponible en: www2.warwick.ac.uk/fac/soc/csgr/projects/englishreport.pdf [Consultado el 31 de agosto de 2012].
- Seufert, P. 2013. *Diretrizes voluntarias de la FAO sobre la gobernanza de la tenencia responsable de la tierra, pesca y bosques.. Globalizations*, 10(2): 181–6.
- van Dijk, Teun, A. 1996. Discourse, power and access. En: Caldas-Coulthard, C. R. y M. Coulthard, eds. *Texts and Practices: Readings in Critical Discourse Analysis*. London: Routledge.
- World Bank. 2007. Informe de Desarrollo Mundial 2008: Agricultura para el desarrollo. Washington: Banco Mundial.

Soberanía Alimentaria:



LA SOBERANÍA ALIMENTARIA EN LA VIDA DIARIA: HACIA UN ENFOQUE DE LOS SISTEMAS ALIMENTARIOS CENTRADO EN LAS PERSONAS

Meleiza Figueroa

Introducción: las vidas sociales de los sistemas alimentarios

Los hijos e hijas de las personas que vivían aquí en Pembroke, la comunidad agrícola negra más grande al norte de la línea Mason-Dixon, vinieron aquí y no querían aprender a cultivar. No querían saber nada de la tierra...seguimos conociendo las experiencias de personas con un sentimiento de pena con la tierra; y aquí enterramos la pena, literalmente, no solo devolvimos la pena a la tierra sino que retomamos nuestro poder, el de nuestra relación con la tierra. Tenemos fresas para el amor y el perdón, y caléndulas para sanar las heridas... la gente vino de Uganda y de Kenia y lo compartieron... quizá podamos empezar un proceso global aquí, donde liberaremos nuestra colonización y nuestro sufrimiento y volvamos a recuperar nuestro poder de nuevo.

— Dr. Jifunza Wright, cofundador de Healthy Food Hub

En los últimos años los términos «alimentos sostenibles», «justicia alimentaria» y «soberanía alimentaria» han formado parte del lenguaje común en el discurso académico y en el discurso político popular. La «tormenta perfecta» de la convergencia de las crisis económica, ecológica y agraria ha afectado a comunidades de todo el mundo, desde los campesinos y campesinas del Sur global hasta las familias pobres de los decadentes núcleos urbanos del Estados Unidos posindustrial. Las protestas contra varios aspectos del «régimen alimentario» capitalista global (McMichael 2005) han animado algunos de los movimientos sociales de perfil alto de la memoria reciente.

Los académicos críticos con la alimentación y con los discursos dentro

de los movimientos alimentarios se han concentrado principalmente en los «alimentos» de los sistemas alimentarios, mientras que en este capítulo se propone un enfoque teórico que no se centre en el «alimento» como punto central del estudio sino que destaque la práctica diaria y la vida social como puntos de partida para un análisis crítico del sistema alimentario capitalista industrial además de una búsqueda de alternativas. Este capítulo enlaza con las formas de abordar los retos y las perspectivas de la soberanía alimentaria en un contexto basado en Estados Unidos (y el Norte global en general), especialmente en las comunidades urbanas.

Las dificultades a la hora de adaptar la soberanía alimentaria al contexto norteamericano y urbano son subyacentes al hecho de que este concepto surgiera de las luchas campesinas y de los movimientos rurales del Sur global. Las principales demandas de la soberanía alimentaria —autonomía, acceso a la tierra y conservación de las tradiciones en cuanto a las prácticas alimentarias agrícolas y los sistemas de cultivo— se entienden y expresan fácilmente en entornos donde hay claros referentes: espacios de producción campesina, formaciones sociales tradicionales y economías morales que garantizan la defensa frente a la intrusión de las relaciones sociales capitalistas y la industrialización de la agricultura. Sin embargo ¿qué significa mantener formas «tradicionales» de vida o «espacios campesinos» en una situación donde a las personas se las separa de estos referentes?

En ausencia de tipos de referentes concretos que informen a los movimientos campesinos, el imaginario que se asocia con el sistema alimentario sostenible se presenta con frecuencia como «una visión» abstracta y utópica que tiene como base una conexión afectiva con la tierra y la naturaleza. La universalidad asumida de este imaginario podría ayudar a explicar algunos de los errores de los movimientos alimentarios de Estados Unidos para conectar y calar en las comunidades que están en lucha con urgentes problemas económicos y sociales.

Sugiero un cambio de la perspectiva teórica del «alimento» a las formaciones sociales y las trayectorias históricas que producen experiencias particulares de alimentos. Percibir la alimentación como un medio esencial de reproducción también implica realizar preguntas sobre la producción y la reproducción de los seres humanos como trabajadores y fuerza de trabajo. De este modo, el enfoque teórico que se describe en este documento explora las formas en las que constantemente se tiene que reproducir la proletarización,

es cada vez más parcial o incompleta y controvertida. En estos procesos, la alimentación es un campo clave para la lucha.

Este enfoque de la soberanía alimentaria «centrado en las personas» se basa en dos aspectos teóricos principales, en primer lugar, un concepto relacional de los alimentos; construir sobre la noción de articulación de Stuart Hall (Hall 1996) ayuda a reubicar las conexiones profundas entre las diversas experiencias en variados contextos locales. En vez de un «impacto» en el marco, en el que los procesos globales sencillamente se imponen a sí mismos a las comunidades locales, este enfoque destaca los papeles interconectados que varias comunidades y localidades juegan en la constitución de un proceso global como un todo. En segundo lugar, un enfoque en «la vida diaria» (Lefebvre 2002) ayuda a explicar la conexión entre alimentación y otros fenómenos sociales como explotación de clases y racismo que dan forma a experiencias y luchas particulares.

Exploro estos aspectos empíricamente a través de mi trabajo etnográfico con el Healthy Food Hub, un mercado cooperativo al sur de Chicago. El Healthy Food Hub utiliza la compra colectiva de alimentos cultivados principalmente en comunidades agrícolas negras, como medio de obtener buenos alimentos por menos dinero además de construir lazos culturales y crear oportunidades económicas para los miembros de la comunidad. Frente a la desindustrialización, los crecientes niveles de pobreza y desempleo además de una crisis alimentaria urbana, las familias afroamericanas que, predominantemente, conforman el Healthy Food Hub están desarrollando innovadoras formas de praxis alimentaria. Su eficacia se deriva directamente de las prácticas caseras que reviven y que provienen de sus orígenes rurales, una «cultura de trabajo colectivo»,³⁰ conexiones contemporáneas con las familias campesinas negras de zonas rurales, así como un compromiso con la autodeterminación.

Para los antiguos trabajadores industriales del sur de Chicago, la zona de población negra, el acceso a alimentos frescos y saludables a través del Healthy Food Hub no es cuestión de «perseguir un trozo del pastel de la nueva economía verde»,³¹ sino que es un punto de entrada a un proyecto más grande para construir formas de «salud comunitaria» con capacidad para

30 Declaraciones de Fred Carter, Healthy Food Hub Sustainability Address, 5 de febrero de 2011.

31 Boletín del Black Oaks Community Center, Vol. 1 n.º. 1,

crear autonomía y resiliencia frente a las fuerzas que continúan afectando a sus comunidades.

Tenedores por encima de la justicia: límites y contradicciones en el discurso «centrado en la alimentación»

Los movimientos alimentarios y las perspectivas que los informan, en especial en Estados Unidos, tienen tendencia a compartir una orientación común hacia una «narrativa que relaciona la producción y el consumo de alimentos orgánicos locales con cambios positivos económicos, medioambientales y sociales» (Alkon y Agyeman 2011). Con frecuencia, da la impresión de que la mejor manera de resistir ante el sistema alimentario industrial es «votar con tu tenedor», una solución basada en el mercado con base en el consumo ético (Pollan 2006). Los esfuerzos orientados a la política en el dominio institucional de gobiernos y ONG promueven soluciones tecnócratas que se pueden aplicar en general con respecto a una gran variedad de contextos locales (Pelletier et al. 2000).

Aunque es frecuente que la crítica a la economía capitalista global se muestre de forma implícita, y a veces de forma explícita, en algunos de estos análisis muchas de las soluciones que promueven los movimientos alimentarios más importantes han demostrado ser compatibles (e incluso las han adoptado) con las grandes corporaciones alimentarias y agroindustriales cuyas prácticas contribuyen a los problemas que el movimiento alimentario trata de abordar. En este sentido, diversas corrientes académicas y de discurso del movimiento alimentario «parecen producir y reproducir formas, espacios de gobernanza y mentalidades neoliberales» (Guthman 2008b). Además, con frecuencia se evitan aspectos relacionados con la diferencia como raza, clase, género así como los legados de la esclavitud y el colonialismo. El resultado es que los enfoques populares para resolver los problemas relacionados con la alimentación, muchas veces, reflejan y reproducen las sensibilidades culturales y privilegios económicos asociados a una clase media blanca subjetiva (Alkon y Agyeman 2011).

En aquellos lugares en los que los principales movimientos alimentarios han abordado la cuestión de las comunidades de color y la forma en la que se relacionan los asuntos alimentarios con otras opresiones históricas como el racismo y la pobreza, por ejemplo en el discurso de los «desiertos alimentarios» (Gallagher 2006), dichas comunidades se perciben muchas veces a través de una lente deficitaria, lo que exige soluciones educativas descendentes,

tecnócratas, basadas en la ayuda y que se sostienen sobre una intervención de alto nivel por parte de actores externos. Incluso cuando se encuentran los enfoques básicos de los aspectos alimentarios, el universalismo utópico y el «pensamiento deficitario» (Valencia 1997) suelen ignorar las historias específicas y las diferentes formas en las que las desigualdades estructurales afectan a las minorías y a las comunidades urbanas con bajos ingresos. De esa forma, esta labor y estos esfuerzos no solo fallan a la hora de implicarse con las comunidades a las que intentan llegar (Guthman 2008a), sino que también fallan a la hora de reconocer formas potencialmente útiles de conocimiento y práctica social ya existentes en dichas comunidades.

En contraste con estos enfoques, el discurso de la soberanía alimentaria, que defiende «el derecho de los pueblos a decidir su propio sistema alimentario y productivo, mercados, modos de producción, cultura alimentaria y entornos» (Wittman, Desmarais, y Wiebe 2010), sitúa los aspectos de poder, diferencia y democracia al frente de su perspectiva crítica. La Declaración de Nyéléni sobre soberanía alimentaria «sugiere que existen una serie de condiciones que son necesarias para que se obtenga la soberanía alimentaria, como por ejemplo un salario digno, seguridad en la tenencia y seguridad de vivienda, derechos culturales y el final del dumping de productos por debajo del coste de producción, capitalismo desastroso, colonialismo, imperialismo y organismos modificados genéticamente (OMG), al servicio de un futuro en el que, entre otras cosas, «la reforma agraria revitalice la interdependencia entre consumidores y productores» (Patel 2009).

El imperativo radical de la soberanía alimentaria es considerar la justicia social no solo como una propiedad añadida al sistema alimentario sostenible, sino como el fundamento básico desde el que se tiene que construir un sistema alimentario; es decir, corregir las injusticias estructurales e históricas son algunas de las «condiciones previas esenciales antes de que se pueda alcanzar la soberanía alimentaria» (Patel 2009). Por lo tanto, la primacía de lo social en las ideas y objetivos de la soberanía alimentaria, sugiere una reorientación en la crítica de los sistemas alimentarios hacia lo social y la organización de la sociedad como un todo. Nos obliga no solo a interrogar las estructuras jurídicas, económicas y legislativas que gobiernan la producción y consumo de alimentos, sino a considerar los sistemas alimentarios en términos de sus vidas sociales. Se hace necesario un examen de las transformaciones que ha acarreado el capitalismo a cada nivel, desde las estructuras macroeconómicas globales hasta las esferas más íntimas de la vida diaria.

Construir un arca: la resiliencia y la rearticulación en el sur de Chicago

Aquellas personas que controlan la producción alimentaria y la reproducción humana tienen el verdadero poder, tienen el control sobre la vida y la muerte. Necesitamos ampliar nuestro control, construir desde la base de nuestra historia y nuestros ancestros, de modo que nos aseguremos de que sobrevivimos y superamos esta crisis, la forma en la superamos el holocausto del comercio de esclavos, la esclavitud, las leyes Jim Crow, la migración a las ciudades, el declive del capitalismo industrial y lo que el planeta y la sociedad tienen para nosotros en el futuro.

– Miembro del Healthy Food Hub

Soberanía Alimentaria:

Contemplar los sistemas alimentarios en términos de vidas sociales como conjuntos de relaciones, articulaciones y transmisores de significado, ayuda a los analistas y activistas alimentarios a evitar universalizar, algo que de forma inconsciente lleva el discurso y la práctica del movimiento alimentario hacia un conjunto particular de preferencias culturales y de clase al tiempo que se aleja de otros (Guthman 2008a). Este enfoque, cuando se aplica al ejemplo empírico de los miembros mayoritariamente afroamericanos del Healthy Food Hub de Chicago, revela las controvertidas relaciones que mucha gente negra tiene con los discursos de la alimentación y la sostenibilidad medioambiental; además, nos ayuda a apreciar más lo que han construido y por qué repercute tanto en los miembros de la comunidad que están en su entorno.

Situado en una zona definida anteriormente como «desierto alimentario» (Gallagher 2006) y como «zona de sacrificio urbano» (Gottesdiener 2013), el Healthy Food Hub nació en 2009 con el objetivo de aunar los recursos de sus miembros y comunidades aledañas para «llevar a casa alimentos más saludables, ricos y frescos por menos dinero.»³² Esto se ha logrado principalmente a través de la compra colectiva de productos orgánicos al por mayor, así como a través de la producción de alimentos en explotaciones rurales en la histórica comunidad agrícola negra de Pembroke Township, Illinois, que se encuentra a unas 60 millas (97 km) al sur de la ciudad. Es una organización cuya base son sus socios y sirve a unas 500 familias en muchos

barrios del sur de Chicago. Este centro celebra un día de mercado cada dos sábados en la Betty Shabazz Charter School, donde los miembros pueden recoger sus pedidos, comprar otros alimentos, comprar otros productos y regalos además de asistir a charlas, talleres y reuniones organizativas.

El sistema de pedidos previos es el principal mecanismo por el que el centro obtiene sus productos alimentarios; además su funcionamiento también se encamina a reforzar la cultura cooperativa y participativa algo que respalda el objetivo del centro de construir comunidad. El proceso de pedido previo tiene dos partes: los miembros envían la primera ronda de pedidos el lunes anterior al día de mercado, tanto a través de la web como por teléfono. Un par de días después se envía un correo electrónico a los miembros con los detalles de su pedido y se les informa de los productos y cantidades adicionales que deben pedir para poder lograr un descuento importante en su compra. Entonces los miembros pueden elegir comprar más o comentarlo con familiares y amigos para añadir productos a su pedido original, de forma que todo el mundo pueda comprar sus alimentos al precio más bajo posible. Uno de los voluntarios del centro describe el proceso de compra colectiva como un «CSA a la inversa»: no es un campesino vendiendo sus productos a los socios del centro, son la personas que comen las que deciden lo que quieren comer, y están creando un sistema para apoyar eso... Sé lo que necesitas, de ese modo yo solo tengo que coger aquello que mi comunidad reconoce que se necesita.»³³

En contraste con la típica experiencia de compra en supermercado, los días de mercado se perciben como un acontecimiento social que promueven las relaciones entre los miembros y reúnen la diversidad de conocimientos y recursos que aportan al espacio. Es habitual pasar un buen rato en la línea de caja charlando con socios y voluntarios, se realizan varias presentaciones y talleres sobre temas diversos que van desde la cocina sana, hierbas medicinales, cultivos acuapónicos (cultivos integrados de animales acuáticos y plantas) y preparación para desastres hasta técnicas de cultivo de alimentos así como nuevas formas de permacultura. Este espacio permite a los socios compartir conocimientos e ideas entre ellos al tiempo que refuerzan la variedad de productos y servicios que el centro puede proporcionar.

33 Entrevista con un voluntario del Healthy Food Hub, 6/26/11.

El Healthy Food Hub también mantiene un centro de producción de 40 acres y un «eco-campus» en el Black Oaks Center para una vida renovable y sostenible que se encuentra en Pembroke Township. En el Black Oaks los organizadores cultivan alimentos, reciben visitas escolares y desarrollan seminarios de fin de semana sobre ecología y permacultura para la juventud urbana de la zona sur. También han puesto en marcha un programa de formación para aprender a cultivar, el *Rotating Apprentice Farmers*, un curso intensivo de verano y agroecológico en el que los participantes ejercen de aprendices de campesinos negros de la comunidad de Pembroke. En el año 2014 el programa había formado a 40 nuevos campesinos, en su mayoría jóvenes, en métodos de cultivo y ganadería.

El relativo éxito del Healthy Food Hub no proviene solo de los productos y servicios que proporciona y del compromiso de sus miembros sino también del reconocimiento de las necesidades materiales y los dilemas culturales a los que se han enfrentado las comunidades negras de la zona sur. Los barrios de los que nace el centro y sus principales socios se encuentran entre los más golpeados por la desindustrialización y la crisis económica: el desempleo juvenil entre los hombres negros de la zona sur se acerca al 50%, la exclusión ha despoblado grandes franjas de estos barrios y en los últimos años la zona ha soportado niveles de violencia sin precedentes (Malooley 2013). La última tienda de comestibles propiedad de un negro en la zona sur cerró en 1995 y la falta de acceso a alimentos frescos y sanos en esos barrios se convirtió en el impulso inicial para crear el centro.

Gran parte de los socios más mayores del centro pertenecen a la primera y segunda generación de migrantes de cuatro condados de la región del Delta del Mississippi. Los hijos de los trabajadores agrícolas dejaron la región con sus familias en las décadas de 1950-1960 para huir de la violencia racial que siguió al asesinato de Emmett Till.³⁴ Así que la experiencia de la vida agrícola, en el recuerdo colectivo de estos trasplantes urbanos, tiene menos que ver con un sentimiento nostálgico de conexión transcendental con la tierra y más con un sentimiento ligado a un paisaje de miedo y opresión. Una mujer expresa su frustración ante los esfuerzos bien intencionados pero ingenuos de los activistas medioambientales y alimentarios blancos y lo expresa así:

34 Emmett Till, un chico afroamericano asesinado en 1955, cuando tenía 14 años, acusado de haber flirteado con una mujer blanca.

Queréis que plante un árbol pero nos colgáis del árbol. El árbol no es un símbolo de vida, vosotros colgáis a nuestros hermanos de él, se nos arrebató la vida con él. No, no cavaré mi propia tumba; eso es lo que la naturaleza es para nosotros, una tumba.³⁵

El legado de la esclavitud quizá haya sido la influencia más fuerte que ha moldeado las difíciles relaciones entre alimentación, tierra y el distrito negro en el que se encuentra el centro. La tierra, un símbolo material de autonomía y libertad para las comunidades agrícolas del mundo, tiene connotaciones dolorosas y traumáticas para los antiguos esclavos que huyeron a las ciudades para escapar del sometimiento de la tierra. Fred Carter, cofundador del Healthy Food Hub y del Black Oaks Center, destaca la relación contradictoria entre alimentación y esclavitud cuando se contempla en el contexto de su profunda historia:

Es un reto que no se reduce a Pembroke, es un reto para nosotros como grupo, como personas de una raza, en este país y en el mundo. Entramos en la esclavitud por nuestra habilidad para cultivar alimentos y debido a nuestra capacidad de cultivar alimentos y alimentar a la gente se nos esclavizó. Esa es una de las razones principales por las que nos trajeron aquí, sabíamos cómo cultivar arroz, sabíamos de esta tierra...éramos el motor, nosotros alimentábamos el planeta. Y dado que se nos violó, esclavizó y pegó para servir a los blancos, para alimentarlos, es un recuerdo doloroso para nosotros.³⁶

Sin embargo, del mismo modo que la pobreza y la opresión siguieron a la población negra desde el sur rural al sur de Chicago, también encontraron la manera de sobrevivir y ayudarse como comunidad. Junto con el dolor de su experiencia y las condiciones sociales del sur rural, también vinieron con ellos formas positivas y creativas de resistencia colectiva a dichas condiciones y cuajaron profundamente en la memoria social. Estas prácticas alimentarias diarias, que derivaban de pasados agrícolas, se convirtieron en parte vital de las herramientas del centro para construir el significado colectivo de empoderamiento de la comunidad.

35 Entrevista radiofónica con Kellen Marshall, Practically Speaking Radio Episodio nº 11: Blacks in Green. 5/20/13.

36 Entrevista en la televisión a Fred Carter, PCC Network Forum, 4/11/12.

Para los fundadores del centro, que emigraron del Mississippi rural a Chicago cuando eran niños, la compra colectiva tiene una particular importancia como práctica alimentaria en el hogar. La compra colectiva de alimentos en Mississippi hunde sus raíces históricas en la compleja y olvidada historia de la resistencia de los campesinos negros ante el capitalismo blanco. En los primeros años de la reconstrucción, uno de cada diez afroamericanos se asentó en la región del Delta esperando subir por la «escalera agrícola» hasta la «tierra prometida de los pobres» (Willis 2000; Woods 1998). Estos campesinos negros siguieron una serie de estrategias individuales y colectivas para utilizar las ventajas de la propiedad de la tierra, incluyendo los esfuerzos para construir nuevos tipos de sociedades agrícolas basadas en la solidaridad, la autosuficiencia y las mejoras colectivas.

A medida que el poder invasor de los prestamistas blancos comenzó a subordinar a la clase negra campesina que nacía en una «segunda esclavitud» de trabajadores agrícolas, las organizaciones populistas como la *Colored Farmers' Alliance* formaron cooperativas para comprar en la región, pidiendo a los campesinos negros que «descubrieran el potencial y el poder de la unión de los agricultores negros para reducir sus deudas y terminar su supeditación a los prestamistas blancos» (Willis 2000). En el siglo XX estos esfuerzos fueron violentamente destrozados por Klan y Jim Crow y su importancia política olvidada durante mucho tiempo por los campesinos del Delta y sus descendientes, pero la idea de agrupar los recursos para cubrir necesidades básicas a bajos precios se mantuvo, ya que era económicamente razonable para todas aquellas familias rurales que luchaban por llegar a fin de mes.

La compra colectiva nació en un momento de resistencia económica, encontró su camino a Chicago y se ocultó en los recuerdos individuales de las casas hasta que, en otro momento de crisis, se convirtió en una pieza clave para desarrollar una nueva articulación entre alimentación y poder comunitario. La forma en la que el Healthy Food Hub redistribuyó esta práctica a nivel comunitario en un contexto postindustrial puede parecer bastante diferente de sus antecedentes agrícolas; los mecanismos para aunar y utilizar recursos se articulan a través de las modernas tecnologías, su infraestructura se extiende tanto en el espacio urbano como en el rural y, lo más importante, no se aísla ni espacial ni económicamente del sistema más amplio en el que opera.

El aspecto colectivo de las operaciones económicas del centro, inspiradas por el concepto socialista africano de *ujamaa* o cooperativa económica, sirve como base fuerte para reinscribir la comprensión de la comunidad, la sostenibilidad, el autoabastecimiento y la resiliencia en y a través de la práctica cultural y material. En una ciudad donde las dinámicas competitivas predatoras e ideológicas del capitalismo neoliberal han devastado, fragmentado y vulnerado a las comunidades, los miembros del Healthy Food Hub luchan por repensar y redefinir los conceptos de salud e intercambio junto con líneas colectivas y autodeterminadas. Los socios que aportan dinero, recursos materiales, tiempo, habilidades y conocimiento al centro, lo hacen todos con la intención de construir, mantener y retener el control sobre su «salud comunitaria.» Tal y como lo describe uno de los organizadores del Healthy Food Hub, «presentamos oportunidades económicas y después intentamos que esas oportunidades circulen y crezcan de forma que todo el mundo se pueda beneficiar de ellas.»³⁷

La labor del Healthy Food Hub nace de un conocimiento y comprensión profundos de la experiencia histórica de la comunidad negra, de la esclavitud, de la opresión racial, de los efectos de la desindustrialización y de la «crisis urbana» en la que la exclusión, el desempleo, el deterioro de las infraestructuras y la violencia de las bandas ha tenido consecuencias terribles. Para ellos el hecho de que cayeran las falsas esperanzas de lograr la prosperidad individual con los medios del capitalismo se convierte en una motivación para reclamar los valores culturales del colectivo a través de la construcción de la supervivencia social. El centro es, principalmente, un tipo de «empresa social», pero la forma en la que sus socios protegen a la comunidad de la marginación les diferencia de las principales políticas de «consumo consciente» basadas en el mercado que reproducen los valores neoliberales de la competencia individual.

El compromiso del centro con la autonomía y la autodeterminación colectiva se ha convertido en relevante de cara a las presiones externas, no solo de los procesos económicos más grandes sino también de poderosos intereses políticos y sin ánimo de lucro dentro de la ciudad que buscan imponer sus propios modelos de desarrollo sostenible en los «desiertos alimentarios» del sur de Chicago. Los miembros del Healthy Food Hub están,

37 Michael Tekhen Strobe, vídeo promocional del Healthy Food Hub. Se puede ver en <http://livesharelearn.com/our-stories>.

dispuestos a mantenerse firmes... a ser capaces de transformar los desiertos alimentarios ellos mismos, no partiendo de aportaciones externas de gente que no vive en sus comunidades y que se lleva la mayor parte de la riqueza fuera de ellas. Nuestro compromiso firme para con nosotros ha sido mantener la riqueza en nuestra comunidad a todos los niveles, tanto social, intelectual, natural como político. Podemos crear, literalmente, algo diferente y nuevo.³⁸

Conclusión: enterrar el dolor, asumir poder

Cambiar la lente del análisis de la alimentación de la gente y la vida social al centro mismo de los sistemas alimentarios sugiere, quizá, nuevas estrategias para la investigación y la acción. Promueve un cambio alejándose del «pensamiento deficitario» de las investigaciones basadas en la comunidad hacia ese enfoque ingenioso y de sensibilidades opuestas que desarrolla y sostiene la gente en condiciones adversas.

El Healthy Food Hub representa una reconfiguración pragmática de los recuerdos, las historias y el conocimiento de sus miembros para construir infraestructuras resilientes, con fundamentos culturales y con autodeterminación para la supervivencia e independencia de la comunidad de las fuerzas económicas que la han esclavizado, explotado y, finalmente, dejado atrás. En el momento en que esta investigación se estaba llevando a cabo, el Healthy Food Hub no recurrió explícitamente a los conceptos e ideas del movimiento de la soberanía alimentaria global, pero sus prácticas diarias reflejaban una crítica del sistema alimentario corporativo, se comprometía con las historias y necesidades específicas de la comunidad e incorporó elementos y estrategias disponibles de forma que *funcionaba para ellos*. Incluso aunque los socios del Healthy Food Hub no hablaran, necesariamente, yo sostengo que actuaron en términos de práctica de la soberanía alimentaria. La acción de rearticular esas relaciones de subsistencia se convierten en un acto de construcción de poder de la comunidad, una forma de soberanía desarrollada colectivamente desde los espacios más íntimos de la vida diaria.

38 Entrevista de radio con Dr. Jifunza Wright, Practically Speaking Radio, 5/20/13.

Referencias

- Alkon, A. H. y J. Agyeman. 2011. *Cultivating Food Justice: Race, Class, and Sustainability*. Cambridge: MIT Press.
- Gallagher, M. 2006. *Examining the Impact of Food Deserts on Public Health in Chicago*. Chicago: Mari Gallagher Research and Consulting Group.
- Gottesdiener, L. 2013. The Great Eviction. *The Nation*, 1 de agosto.
- Guthman, J. 2008a. 'If They Only Knew': Color Blindness and Universalism in California Alternative Food Institutions. *The professional geographer* 60 (3):387-397.
- . 2008b. Neoliberalism and the Making of Food Politics in California. *Geoforum* 39 (3):1171-1183.
- Hall, S. 1996. Race, Articulation, and Societies Structured in Dominance. *Black British cultural studies: A reader*:16-60.
- Lefebvre, H. 2002. *Critique of Everyday Life: Foundations for a Sociology of the Everyday*: Verso Books.
- Malooley, J. 2013. Chicago Kids Go Back to School Surrounded by Violence and Cops. *VICE*, 20 de agosto.
- McMichael, P. 2005. Global Development and the Corporate Food Regime. *New Directions in the Sociology of Global Development; Research in Rural Sociology and Development*, 11, 269–303.
- Patel, R. 2009. Food Sovereignty. *Journal of Peasant Studies* 36 (3):663-706.
- Pelletier, D. L., V. Kraak, C. Mccullum, and U. Uusitalo. 2000. Values, Public Policy, and Community Food Security. *Agriculture and Human Values* 17 (1):75-93.
- Pollan, M. 2006. Vote with Your Fork. *The New York Times*.
- Valencia, R. R. 1997. *The Evolution of Deficit Thinking: Educational Thought and Practice*: Routledge.
- Willis, J. C. 2000. *Forgotten Time : The Yazoo-Mississippi Delta after the Civil War*. The American South Series. Charlottesville: University Press of Virginia.
- Wittman, H., A. A. Desmarais, and N. Wiebe. 2010. *Food Sovereignty: Reconnecting Food, Nature & Community*: Fernwood Halifax, Winnipeg.
- Woods, C. A. 1998. *Development Arrested : The Blues and Plantation Power in the Mississippi Delta*. Haymarket Series. London ; New York: Verso.
- Woolf, A. 2007. King Corn. USA: Mosaic Films.



NUEVOS DERECHOS PARA LOS CAMPESINOS EN NACIONES UNIDAS: PERSPECTIVA CRÍTICA DE LAS REIVINDICACIONES DE DERECHOS DE LA VÍA CAMPESINA

Priscilla Claeys

La Vía Campesina, soberanía alimentaria y derechos humanos

La Vía Campesina (LVC) surgió a comienzos de la década de 1990 cuando los campesinos y pequeños agricultores de Centroamérica, norte y sur de América, Europa y otros lugares buscaban articular una respuesta común al ataque neoliberal que había devastado sus vidas (Desmarais 2008). Desde entonces el movimiento se ha opuesto a la «descampesinización global» (Araghi 1995) y al creciente «régimen alimentario industrial» (McMichael 2009); ha desarrollado un modelo de «soberanía alimentaria» para contrarrestar el paradigma dominante de la economía de mercado y ha construido una agenda común para norte y sur (Rosset y Martínez-Torres 2010).

El concepto de soberanía alimentaria se ha definido con frecuencia como «basado en los derechos» (Patel 2007; P. Rosset y Martínez-Torres 2010). En los últimos años, LVC ha perseguido en Naciones Unidas el reconocimiento de nuevos derechos humanos para los campesinos, como el derecho a la tierra y al territorio, el derecho a las semillas y el derecho a establecer los precios de los productos agrícolas (Edelman y James 2011). La Vía Campesina ha proclamado la soberanía alimentaria como un derecho colectivo en sí mismo (Claeys 2012) y en un futuro podría convertirse en un nuevo derecho humano. En este artículo se analiza el modo en el que el movimiento ha trabajado hacia la institucionalización de nuevas categorías de derechos como el «derecho a la soberanía alimentaria» y «los derechos de los campesinos».

Ventajas y limitaciones del marco de los derechos humanos

Son muchas las ventajas de utilizar los derechos humanos para enmarcar las reivindicaciones. Los activistas pueden utilizar los derechos humanos para redefinir los límites entre lo que es justo e injusto (Agrikoliansky 2010). Los derechos hacen que las reivindicaciones se vuelvan universales y legítimas

las demandas además de permitir a los movimientos sociales orientar las reclamaciones de forma que no se resalten intereses sectoriales (Valocchi 1996). Los derechos también facilitan la integración de muchas ideologías diferentes y ayudan a exportar las reivindicaciones a movimientos con diferentes referencias ideológicas, políticas o culturales (Fillieule y al. 2010). Estas ventajas ayudan a explicar por qué los derechos humanos se han movlizado en un gran número de luchas sociales.

Aun así, enmarcar las reclamaciones como derechos puede suponer serios desafíos. El primero, los regímenes de derechos humanos continúan dominados por un concepto occidental, liberal e individualista de los derechos (Donnelly 1982; Engle Merry 1997; Rajagopal 2003). Esto ha obligado a muchos grupos a «definir de acuerdo con valores ajenos algunos aspectos fundamentales de su identidad y forma de vida» (GRAIN 2007). El segundo, estos regímenes están contruidos en torno a las obligaciones de los estados y no abordan de forma adecuada las responsabilidades de los actores privados y transnacionales. Son numerosos los pensadores que han desafiado este «marco estadista» pero continua dominando (Stammers 1995) y algunos lo perciben como altamente problemático en vista de la entidad que atribuye al estado (Kneen 2009). El tercero, los derechos humanos tienden a resaltar la libertad económica (entendida como una apropiación individual de, acceso a, y control sobre los recursos económicos), a expensas, con frecuencia, de la igualdad del resultado o del bienestar (Charvet y Kaczynska-Nay 2008). Algunos incluso han calificado el discurso de los derechos humanos como «un instrumento para la expansión patológica del liberalismo moderno y posmoderno y de aquello que lo acompaña: el capitalismo de libre mercado» (Sardar 1998)³⁹.

El cuarto, la sustitución de responsabilidades por derechos puede debilitar la solidaridad social, la valoración de los bienes públicos y la identidad comunal (Kneen 2009). El quinto, la totalidad de los derechos humanos puede promover expectativas poco realistas, inhibir el diálogo y generar conflicto, porque los derechos humanos no se ven atenuados por límites u obligaciones (Glendon 1991). Por último, se han criticado los derechos humanos por no ayudarnos a imaginar un futuro diferente debido a que la ideología de los derechos humanos es, en esencia, «presentista» (Gauchet 2000, 272). Estos factores pueden obstaculizar seriamente el potencial subversivo de los

39 Citado en Kneen 2009, 16.

derechos humanos y representar un gran desafío para los movimientos, como LVC, que se sirven de los derechos humanos en su lucha contra el capitalismo y el neoliberalismo.

Los límites del marco de los derechos humanos de Naciones Unidas son particularmente útiles para comprender por qué los activistas de LVC no se han limitado a utilizar los derechos existentes, como el derecho a la comida, para enmarcar sus reivindicaciones, sino que han reclamado nuevos derechos humanos (Claeys 2012). Estos límites también nos ayudan a entender qué es lo que ha llevado a los activistas de LVC a desarrollar desde la base un concepto alternativo de los derechos humanos.

El derecho a la soberanía alimentaria

La creación de la soberanía alimentaria como marco de acción colectiva surge a mediados de la década de 1980 en Mesoamérica, principalmente como respuesta a los drásticos programas de ajuste estructural, a la eliminación de las ayudas estatales para la agricultura y a la llegada de alimentos importados de Estados Unidos (Edelman 2014). El desarrollo de marcos de acción colectivos son siempre procesos disputados: la elaboración de actividades se da en un contexto complejo y multiorganizativo y se ve afectada por el entorno político y cultural en el que tienen lugar. La imposición de cierta visión de la realidad implica marcos y contramarcos con el fin de responder a acontecimientos y detractores dinámicos y atraer potenciales participantes al movimiento (R. D. Benford y Snow 2000). Por lo tanto, no sorprende que las menciones a la soberanía alimentaria en ese momento ocurrieran «en un flujo de términos relacionados utilizados de forma mucho más común», como autonomía alimentaria, autoabastecimiento alimentario o seguridad alimentaria (Edelman 2014, 4-5).

No obstante, lo que indica la confusa genealogía de la soberanía alimentaria es que los movimientos campesinos tuvieron éxito en su esfuerzo estratégico de «marco de transformación» (Benford y Snow 2000, 625). En el centro de esta transformación se dio un doble movimiento lejos del énfasis de la «seguridad alimentaria nacional » y hacia una creciente confirmación del «derecho a continuar siendo productores» (Edelman 1999, 102-103).

La difusión y la creciente resonancia del marco de la soberanía alimentaria a comienzos de la década de 1990 se encuentra estrechamente relacionada con sus bases en «el marco maestro de los derechos» (Benford y Snow 2000,

619). Cuando la soberanía alimentaria apareció por primera vez en la escena internacional en 1996 fue definida por LVC como «el derecho de cada nación a mantener y desarrollar su propia capacidad para producir sus alimentos básicos respetando la diversidad productiva y cultural» (Vía Campesina 1996). Este énfasis en el derecho de los estados se atribuye a la implantación del marco de la soberanía alimentaria como reacción a la liberalización del comercio. La Organización Mundial del Comercio (OMC) se convirtió en uno de los principales objetivos de las actividades de LVC. El enfoque de la soberanía alimentaria a nivel internacional se centró en poner fin a los vertidos, en renovar las leyes de comercio internacional y en asegurar la protección arancelaria para los productos agrícolas (Vía Campesina 1999).

No obstante, el énfasis en la nación-estado como soberana fue breve. Los activistas de LVC comenzaron a demandar la soberanía alimentaria, más que como un paradigma alternativo, como un derecho humano que disfrutarían y celebrarían las comunidades, los pueblos o las regiones, dejando atrás el enfoque estadista inicial. El uso del término emblemático «pueblos» en muchas de las declaraciones de LVC se puede interpretar como una forma de abrazar la multiplicidad de los niveles de la toma de decisión donde se tendrían que debatir las políticas de soberanía alimentaria, lo que Schiavoni, basándose en Patel y McMichael, ha descrito como «múltiples soberanías» localizadas (Schiavoni 2015). El derecho de los pueblos a la soberanía alimentaria introduce un nuevo significado en la idea de «participación», algo que los activistas de LVC contemplan como «la necesidad de romper el monopolio del gobierno a la hora de definir el interés público» (Baxi 2007, 132), desafiando de ese modo al estado «como la única fuente legítima para la elaboración y aplicación de la ley» (Falk 1988, 27).

Las referencias a la soberanía alimentaria bien como una lista de derechos bien como «el derecho a» son innumerables. En algún otro lugar he mencionado cómo se ha construido el nuevo «derecho de los pueblos a la soberanía alimentaria» y cómo ha reactivado «antiguos» derechos colectivos reconocidos por la ONU, como el derecho a la autodeterminación, el derecho al desarrollo y el derecho a la soberanía permanente sobre los recursos naturales. Al igual que estos otros derechos, el derecho a la soberanía alimentaria se puede analizar como una dimensión interna, el derecho de la gente a elegir su propio sistema político, económico y social; y una dimensión externa, el derecho de los estados a desarrollar su agricultura (Claeys

2012, 849). Otra forma de abordar el derecho a la soberanía alimentaria es como una dimensión económica, reivindicar el papel de los campesinos en la economía y su derecho a producir y vender en los mercados locales; y una dimensión política, resaltando el control democrático en el sistema alimentario (Windfuhr y Jonsén 2005).

En los últimos años, la soberanía alimentaria se ha convertido en un paradigma basado en derechos plenos y con frecuencia se ha mencionado que descansa sobre los seis pilares definidos en el Foro para la Soberanía Alimentaria Nyéléni 2007: 1) prioriza los alimentos para los pueblos y defiende «el derecho a alimentos suficientes, nutritivos y culturalmente apropiados para todas las y los individuos, pueblos y comunidades»; 2) valora a quienes proveen alimentos y «respeta los derechos» de las mujeres y hombres que «cultivan, siembran, cosechan y procesan alimentos»; 3) localiza los sistemas de alimentación; 4) promueve el control local; 5) desarrolla conocimiento y habilidades; y 6) trabaja con la naturaleza (Foro para la Soberanía Alimentaria Nyéléni 2007).

Institucionalizar el derecho a la soberanía alimentaria

La Vía Campesina ha buscado institucionalizar el derecho a la soberanía alimentaria de dos maneras: por un lado ha intentado traducirla en una alternativa a las leyes internacionales de comercio en relación con alimentos y agricultura y, por otro lado, ha buscado obtener su reconocimiento como un nuevo derecho humano. En el periodo previo a la Conferencia Ministerial de la OMC en Doha en 2001, LVC, junto con una gran red de movimientos sociales y ONG, pidieron que se consagrara el derecho a la soberanía alimentaria en una Convención Internacional (Our World is Not for Sale 2001). En 2004, el activista francés José Bové llevó ante el Secretario General de la ONU en aquel momento, Kofi Annan, la petición de una Convención sobre Soberanía Alimentaria; al Secretario General le pidió «que apoyase a las organizaciones de La Vía Campesina en sus esfuerzos por el reconocimiento de la soberanía alimentaria como un nuevo derecho humano básico» (Vía Campesina 2004).

Desde entonces, los intentos por institucionalizar el derecho a la soberanía alimentaria a nivel internacional han sido menos prioritarios. Al reconocer que “el reconocimiento de la soberanía alimentaria por parte de la ONU constituiría un paraguas para todas estas movilizaciones”, el activista de LVC Paul Nicholson advierte que tal proyecto requeriría un gran “esfuerzo

organizativo” y que el diálogo directo con los gobiernos nacionales puede ser, en un sentido estratégico, más accesible. La prioridad actual es concentrarse en “luchas específicas como el acaparamiento de tierras” (Nicholson 2012, 9).

Mientras que muchos activistas de LVC insisten en que la lucha por la soberanía alimentaria debería articularse a nivel local, regional e internacional, aumenta el enfoque sobre lo «local». Los activistas están promoviendo *prácticas* de soberanía alimentaria que representan alternativas específicas y factibles aquí y ahora. Se pone menos empeño en crear el tipo de aparato regulatorio que se necesitaría para permitir que estas prácticas floreciesen (Clapp 2014; Burnett y Murphy 2014; Edelman 2014). En diciembre de 2013, por ejemplo, LVC anunció su retirada de la coalición Our World Is Not For Sale coalition (OWINFS) argumentando que reclamaba «un cambio sistémico más profundo y no una mera reforma o cambio de la OMC» (Vía Campesina 2013c). Este distanciamiento estratégico se justificó por la necesidad de evitar conceder cualquier legitimidad a la OMC.

No se han abandonado los esfuerzos para institucionalizar la soberanía alimentaria pero se ha trasladado a diferentes ámbitos: la creación de políticas públicas para la soberanía alimentaria a nivel regional, nacional y municipal y, hasta cierto punto, promover la soberanía alimentaria en la agenda del Comité de Seguridad Alimentaria Mundial de la ONU.

Las políticas de la soberanía alimentaria

Los esfuerzos de La Vía Campesina para institucionalizar la soberanía alimentaria han sido particularmente fructíferos a nivel nacional y local/municipal (Bellinger y Fakhri 2013). En Ecuador, Bolivia y Venezuela se ha conseguido el reconocimiento constitucional de la soberanía alimentaria, mientras que Nicaragua, Mali y Senegal han adoptado las políticas de la soberanía alimentaria, normalmente junto con o bajo presión de los movimientos campesinos (Beuchelt y Virchow 2012). Se han debatido propuestas similares en República Dominicana, Perú y El Salvador (Godek 2013). Las diversas dimensiones de la soberanía alimentaria se han integrado especialmente bien en estas políticas pero el apoyo a la soberanía alimentaria como un objetivo/obligación de estado ha generado nuevas contradicciones (Bernstein 2014) y desafíos para los movimientos campesinos.

En Bolivia, la retórica del gobierno respecto a la soberanía alimentaria es compatible con los sistemas agrícolas convencionales, la industria

agroalimentaria dirigida a la exportación y los organismos modificados genéticamente (OMG) «controlados por el estado» (Cockburn 2013, 3). En Ecuador, la «persistencia de una lógica de industrialización y modernización rural dentro de algunos componentes estratégicos del gobierno» está acompañada «por un escaso protagonismo de las organizaciones sociales que apoyaron en origen la propuesta de soberanía alimentaria» (Giunta 2013, 20). Hasta ahora estas políticas han aportado pocos cambios estructurales, surgiendo nuevas consideraciones estratégicas para las organizaciones que habían presionado para un cambio legal. Como resultado de esto, el entusiasmo inicial por las políticas de soberanía alimentaria en general dentro del movimiento de soberanía alimentaria ha mermado considerablemente.

La soberanía alimentaria en el Comité de Seguridad Alimentaria Mundial (CSA)

Tras su reforma en 2009, el Comité de Seguridad Alimentaria Mundial (CSA) ha surgido poco a poco como la plataforma política central de Naciones Unidas para tratar con la seguridad alimentaria y la nutrición. Las interacciones entre La Vía Campesina y el CSA han sido ambivalentes. Por un lado, a través del Mecanismo Internacional de la Sociedad Civil (MSC) en una serie de grupos de trabajo en donde se debaten cuestiones como la tierra, la inversión agrícola, la volatilidad, los biocombustibles y el cambio climático. Por otro lado, muchos activistas de LVC contemplan el CSA como otro foro internacional que es poco probable que traiga un cambio social. En una reciente declaración para anunciar que se ha firmado un acuerdo de colaboración entre LVC y la Organización de Naciones Unidas para la Agricultura y Alimentación (FAO), el movimiento advirtió que «es realista con respecto a la cantidad de energía que debería poner en Naciones Unidas, manteniendo su mayor fortaleza en las bases movilizándolo agricultores y construyendo alternativas» (Vía Campesina 2013a).

Los derechos de los campesinos

Mientras que LVC ha desplegado el *derecho a la soberanía alimentaria* principalmente como respuesta al neoliberalismo en la agricultura, el vocabulario del movimiento incluye una serie de otros nuevos derechos. En la última década el repertorio de derechos de LVC se ha incrementado para incluir el «derecho a la tierra y el territorio», el «derecho a los medios de producción agrícola», la «libertad para determinar el precio y el mercado para la producción agrícola», el «derecho a la protección de los valores agrícola»

y el «derecho a la diversidad biológica» (Vía Campesina 2008a). Estos derechos, recopilados en la Declaración de Derechos de los Campesinos del movimiento trata las «transformaciones agrícolas» en profundidad y a largo plazo (Borras 2009; Bernstein 2014).

El marco de los derechos de los campesinos (y primera propuesta de la Declaración) se creó durante las consultas realizadas a nivel local con comunidades campesinas de Indonesia a finales de la década de 1990 (Purwanto 2013) y se desarrolló posteriormente entre 2002 y 2008. Lo que comenzó como un proceso esencialmente indonesio, dirigido por la organización miembro Serikat Petani Indonesia-SPI, llamó la atención de organizaciones miembro de otros países de la región y, posteriormente, a nivel internacional. Se colocó en la agenda de trabajo del Comité de Derechos Humanos de LVC y se envió para su consideración por parte de otros miembros del movimiento durante la Conferencia Internacional sobre los Derechos de las Campesinas y los Campesinos que se celebró en Yakarta en 2008 (Vía Campesina 2008b). El texto fue finalmente adoptado por LVC en su 5ª Conferencia Internacional en Maputo en 2008.

A pesar de las consultas internas sobre esta cuestión, un documento interno de LVC en 2008 reconoció que había un «nivel diferente de comprensión respecto a los derechos de los campesinos en diferentes países y regiones» y que era necesario un debate interno (Vía Campesina 2008c). La falta de apropiación del marco de los derechos de los campesinos por parte de otras regiones, en particular América Latina, y por parte de activistas que no están implicados en los ámbitos transnacionales sigue siendo un obstáculo considerable para la difusión de este marco, aunque se aprecian algunos signos de cambio; por ejemplo, las organizaciones miembro europeas de LVC han debatido esto y han comenzado a presionar a sus respectivos gobiernos.

Es más, el marco de los derechos de los campesinos no ha conseguido aún cualidades fuertes de movilización: no es un marco que unifique y movilice, aunque muchos líderes de LVC han expresado su esperanza de que la Declaración pueda servir como herramienta de movilización y anime a sus miembros que se refieran a ella y no esperar a que la ONU la reconozca. En contraste con el marco de la soberanía alimentaria, que se ha comprobado es altamente motivador y adaptable, el marco de los derechos de los campesinos se mantiene de alguna forma desconectado de los activistas de base. Al mismo tiempo, la gente de LVC, como Paul Nicholson, parece estar

segura de que el movimiento se las arreglará para movilizar el apoyo de las bases para la Declaración, contando con que puede ser más fácil que lograr la institucionalización del derecho a la soberanía alimentaria (Nicholson 2012). El potencial de movilización del marco de los derechos de los campesinos podría ser realmente considerable si consigue reforzar la identidad colectiva de un movimiento siempre a la búsqueda de nuevas formas de construir enlaces simbólicos y confrontados con miembros cada vez más diversos.

Institucionalizar los derechos de los campesinos

A pesar de los desafíos y las incertidumbres, LVC ha trabajado activamente en los últimos años para llevar la Declaración de los Derechos de las Campesinas y los Campesinos al Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas (CDH) con el apoyo de expertos en derechos humanos. Gracias a estos esfuerzos, el 24 de septiembre de 2012 el CDH adoptó una resolución (A/HRC/21/L.23) que llevó a la creación de un grupo de trabajo intergubernamental de composición abierta con el cometido de negociar un borrador de la Declaración de Naciones Unidas sobre los derechos de los campesinos y otras personas que trabajan en zonas rurales (Consejo de Derechos Humanos 2012b). Las negociaciones comenzaron en el mes de julio de 2013 y se espera que continúen en los próximos años tras la adopción en junio de 2014 de una nueva resolución que renueva el cometido del grupo de trabajo.

Es probable que la reivindicación de nuevos derechos a recursos, como el derecho a la tierra, constituya un escollo en las negociaciones, tanto por la naturaleza colectiva de los derechos que se reclaman como por la falta de consistencia con las normas existentes y por los desafíos que representarían su implementación (Golay 2013). La definición de campesinado como grupo, ¿socioeconómico? ¿cultural?, al que se le conceden nuevos derechos específicos también promete ser controvertida e igualmente se tendrá que aclarar la ambigua relación entre los derechos de los campesinos y el derecho a la soberanía alimentaria. En la última versión de la Declaración de los Derechos de los Campesinos presentada por el Comité Asesor del CDH en 2012, el «derecho a la soberanía alimentaria» se reconoce en el artículo 2.5, que establece que los campesinos tienen «derecho a una alimentación saludable y culturalmente apropiada producida mediante métodos ecológicos racionales y sostenibles, y el derecho a definir sus propios sistemas de alimentación y agricultura» (Consejo de Derechos Humanos 2012a). Resulta interesante que esta fórmula se extrajera de la Declaración de Nyéléni pero

excluye la referencia a la soberanía alimentaria como un «derecho de los pueblos». No se sabe a ciencia cierta qué pasará con este artículo a medida que las negociaciones progresen.

Desde una perspectiva estratégica, el uso de los derechos humanos presenta tres desafíos interrelacionados para los movimientos sociales. Uno, el marco de los derechos humanos está profundamente relacionado con marcos responsables (nacionales) institucionales y legales (Kolben 2008). La práctica de los derechos humanos suele reducirse a una práctica que está organizada y orientada hacia estructuras de poder institucionalizadas; esto puede poner seriamente en peligro el «impulso emancipador» de los derechos humanos (Stammers 2009, 106, 225). Dos, el nivel de conocimiento necesario para desplegar argumentos de derechos humanos significa que los derechos humanos han sido defendidos más veces por los abogados de los derechos humanos (Riles 2006) que por el ciudadano medio. Como resultado de esto los conflictos enmarcados en términos de derechos humanos suelen resolverse en ámbitos especializados y corren el riesgo de minar los esfuerzos de los movimientos sociales para organizarse y movilizarse. Tres, las reclamaciones de los derechos humanos suelen construirse de forma que demandan su codificación en ley, pero la institucionalización de estas reclamaciones pueden obstaculizar el potencial subversivo de los derechos humanos. (Stammers 2009).

¿Cómo ha afrontado LVC estos desafíos? ¿Puede el movimiento perseguir el reconocimiento de nuevos derechos para campesinos en la ONU sin reducir el potencial subversivo de sus reclamaciones basadas en derechos? ¿Reforzarán la soberanía alimentaria, como un derecho pero también como una visión y una plataforma de acción, y los derechos de los campesinos o por el contrario se minarán entre ellos?

Contrariamente a la Declaración de Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas (DNUDPI) que se basa en la identificación propia, la Declaración de los Derechos de los Campesinos proporciona una definición de los campesinos como poseedores de derechos. Esta definición es amplia e inclusiva en el sentido de que incluye a los trabajadores agrícolas y los que no tienen tierra, pero omite ciertas categorías y corre el riesgo de pasar por alto la identidad compleja y evolutiva de la familia rural actual (Golay 2009; Edelman 2013). La Declaración también resalta la importancia de mantener «culturas alimentarias tradicionales» (art. 3.5) y pone énfasis en la existencia de valores

y una forma de vida que se basan en el núcleo familiar y la comunidad (art. 10.4; art. 10.5) atribuyendo, por lo tanto, características sociales y culturales al campesinado. Celebra la convivencia con la naturaleza y define a los campesinos como aquellos que mantienen «una relación directa y especial con la tierra y la naturaleza» (art. 1). Este énfasis respecto a lo que «la gente de la tierra» tiene en común ha ayudado a los activistas de distintos entornos sociopolíticos y económicos a encontrar un punto común. No obstante, existe el riesgo de que el «esencialismo campesino» (Bernstein y Byres 2001, 6) pueda llevar a la exclusión una vez que las identidades se conviertan en ley.

¿Logrará La Vía Campesina construir alianzas y obtener el apoyo de otros medios rurales y urbanos a medida que promueve nuevos derechos para los campesinos como grupo? La experiencia con otros procesos de la ONU cuyo objetivo era crear nuevos niveles de derechos humanos muestra que, para tener éxito a largo plazo, aquellos implicados en la elaboración de normas necesitan crear una base amplia e inclusiva así como llegar a los gobiernos, a organizaciones de la sociedad civil, expertos, víctimas y beneficiarios además de las agencias de la ONU (Consejo Internacional de Políticas de Derechos Humanos 2006). Si la soberanía alimentaria ha demostrado ser un vehículo relativamente bueno para la construcción de alianzas, la lucha por los derechos de los campesinos puede hacer cosas más complicadas, aunque el movimiento es muy consciente de la importancia de construir alianzas entre sectores.

Conclusión

Al defender la idea de los derechos de los campesinos como derechos de grupo, de autonomía individual conectados a un colectivo autónomo y de autodeterminación que descansan ambos en lo individual y lo colectivo, los activistas de LVC han triunfado a la hora de «localizar» los derechos humanos y hacerlos comprensibles a sus diversos contextos (Feyter y al. 2011). La experiencia de LVC con los derechos humanos también apunta a la importancia de la movilización política para el éxito de las estrategias basadas en derechos, y de encontrar un equilibrio adecuado entre la actividad de movimiento *institucional* y *no-institucional*. Aún hay que ver si, en el futuro, La Vía Campesina se las arreglará para ir más allá efectuando «reclamaciones reactivas por los derechos»⁴⁰ basándose *en la* soberanía alimentaria y los

40 Extraído de Kneen en una entrevista con Devlin Kuyek: "Food politics and the tyranny of rights: A profile of Brewster Kneen", el 5 de enero, 2010 en la revista *Briarpatch Magazine*.

derechos humanos para crear, junto con otros grupos sociales, una visión alternativa del bien común.

Referencias

- Agrikoliansky, Eric. 2010. "Les usages protestataires du droit." En *Penser les mouvements sociaux. Conflits sociaux et contestations dans les sociétés contemporaines*, 225-243. La Découverte.
- Araghi, Farshad A. 1995. «Global Depeasantization, 1945-1990 ». *The Sociological Quarterly* 36 (2): 337-368.
- Baxi, Upendra. 2007. *Human Rights in a Posthuman World. Critical Essays*. New Delhi, India: Oxford University Press.
- Bellinger, Nathan, y Michael Fakhri. 2013. "The Intersection Between Food Sovereignty and Law." *Natural Resources & Environment* 28 (2).
- Benford, R. D., y David A Snow. 2000. "Framing Processes and Social Movements: an Overview and Assessment." *Annual Review of Sociology* 26: 611-639.
- Bernstein, Henry. 2014. "Food sovereignty via the 'peasant way': a sceptical view." *Journal of Peasant Studies* 0 (0): 1-33.
- Bernstein, Henry, y Terence J. Byres. 2001. "From Peasant Studies to Agrarian Change." *Journal of Agrarian Change* 1 (1): 1-56.
- Beuchelt, Tina D., y Detlef Virchow. 2012. «Food sovereignty or the human right to adequate food: which concept serves better as international development policy for global hunger and poverty reduction? » *Agriculture and Human Values*, enero.
- Borras, Saturnino. 2009. "Agrarian change and peasant studies: changes, continuities and challenges." *Journal of Peasant Studies* 36 (1): 5-31.
- Burnett, Kim, y Sophia Murphy. 2014. "What place for international trade in food sovereignty?" *Journal of Peasant Studies* 41 (6): 1065-1084.
- Charvet, John, y Elisa Kaczynska-Nay. 2008. *The Liberal Project and Human Rights. The Theory and Practice of a New World Order*. Cambridge University Press.
- Claeys, Priscilla. 2012. "The Creation of New Rights by the Food Sovereignty Movement: The Challenge of Institutionalizing Subversion." *Sociology* 46 (5): 844-860.
- Clapp, Jennifer. 2014. "Financialization, distance and global food politics." *Journal of Peasant Studies* 41 (5): 797-814.
- Cockburn, Jenny. 2013. "Bolivia's Food Sovereignty & Agrobiodiversity: Undermining the Local to Strengthen the State?" En *Soberanía Alimentaria: un diálogo crítico*. Ponencia presentada en la Conferencia del 14-15 de septiembre. Universidad de Yale.
- Desmarais, Annette Aurélie. 2008. *La Vía Campesina, une réponse paysanne à la crise alimentaire*. Montréal: Ecosociété.
- Donnelly, Jack. 1982. "Human Rights and Human Dignity: An Analytic Critique of Non-Western Conceptions of Human Rights." *The American Political Science Review* 76 (2): 303-316.
- Edelman, Marc. 1999. *Campesinos contra la globalización. Movimientos sociales rurales en Costa Rica*. Stanford, California: Stanford University Press.. 2013. "What is a peasant? What are

- peasantries? Documento breve sobre cuestiones de definición.” Preparado para la primera sesión del Grupo de Trabajo Intergubernamental en una Declaración de Naciones Unidas sobre los derechos de los campesinos y campesinas y otras personas que trabajan en zonas rurales, Ginebra, 15-19 julio de 2013.
- _____. 2014. «Soberanía alimentaria: genealogías olvidadas y futuros desafíos». *Journal of Peasant Studies* 41 (6): 959-978.
- Edelman, Marc, y Carwil James. 2011. “Peasants’ rights and the UN system: quixotic struggle? Or emancipatory idea whose time has come?” *Journal of Peasant Studies* 38 (1): 81-108.
- Engle Merry, Sally. 1997. “Changing rights, changing culture.” En *Culture and Rights: Anthropological Perspectives*. (Cowan and al. eds.), cap. 2. New York: Cambridge University Press.
- Falk, Richard. 1988. “The rights of peoples (in particular indigenous people).” En *The rights of people*. Oxford Clarendon.
- Feyter, Koen De, Stephan Parmentier, Christiane Timmerman, y George Ulrich. 2011. *The Local Relevance of Human Rights*. Cambridge University Press.
- Fillieule, Olivier, Eric Agrikoliansky, Isabelle Sommier, and al. 2010. *Penser les mouvements sociaux : Conflits sociaux et contestations dans les sociétés contemporaines*. Editions La Découverte.
- Gauchet, Marcel. 2000. “Quand les droits de l’homme deviennent une politique.” *Le Débat*, no 110 (August).
- Giunta, Isabella. 2013. “Food sovereignty in Ecuador: The gap between the constitutionalization of the principles and their materialization in the official agri-food strategies.” Ponencia presentada en la conferencia titulada «Soberanía alimentaria: un diálogo crítico» que se desarrolló el 14-15 de septiembre en la Universidad de Yale.
- Glendon, Mary Ann. 1991. *Rights Talk. The Impoverishment of Political Discourse*. New York: The Free Press, Macmillan Inc.
- Godek, Wendy. 2013. “The Complexity of Food Sovereignty Policymaking: The Case of Nicaragua’s Law 693.” En *Soberanía Alimentaria: un diálogo crítico*. Ponencia presentada en el conferencia del 14-15 de septiembre. Universidad de Yale.
- Golay, Cristophe. 2009. “Les droits des paysans. Cahier critique n°5.” *Centre Europe Tiers-Monde (CETIM)*.
- _____. 2013. «Legal reflections on the rights of peasants and other people working in rural areas. Documento breve preparado para la primera sesión del grupo de trabajo sobre los derechos de los campesinos y campesinas y otras personas que trabajan en zonas rurales, Ginebra, 15-19 de julio de 2013 ».
- GRAIN. 2007. “What’s wrong with rights’?” *Seedling* 28, GRAIN.
- Consejo de Derechos Humanos. 2012a. “Estudio final del Comité Asesor de la Comisión de Derechos Humanos sobre el avance de los derechos de los campesinos y campesinas y otras personas que trabajan en zonas rurales (A/HR/19/75).”
- _____. 2012b. “Resolution on the Promotion of the human rights of peasants and other people working in rural areas (A/HRC/21/L.23).” Naciones Unidas.
- Consejo Internacional de Políticas de Derechos Humanos. 2006. «Nuevas normas de derechos

- humanos: aprendiendo de la experiencia». Consejo Internacional de Políticas de Derechos Humanos. Versoix, Suiza. <http://www.ichrp.org/en/projects/120>.
- Comité Internacional de Planificación para la Soberanía Alimentaria (CIP) y Campaña Más y Mejor. 2009. "Peoples' comprehensive framework for action to eradicate hunger."
- Kneen, Brewster. 2009. *The Tyranny of Rights*. Ottawa, Canada: The Ram's Horn.
- Kolben, Kevin. 2008. «Labor Rights as Human Rights? » *Virginia Journal of International Law* 50 (2): 450-484.
- McMichael, Philip. 2009. "A food regime genealogy." *Journal of Peasant Studies* 36 (1): 139-169.
- Nicholson, Paul. 2012. "Terre et liberté! A la conquête de la souveraineté alimentaire." Paul Nicholson, *La Vía Campesina*. avec les contributions de Xavier Montagut et Javiera Rulli. Sous la direction de Julie Duchatel. PubliCetim n°36 (Versión en inglés). Centre Europe Tiers-Monde (CETIM).
- Foro para la Soberanía Alimentaria Nyéléni. 2007. «Informe de síntesis. Foro para la Soberanía Alimentaria Nyéléni (2007)» *Nyéleni Newsletter* N°16. 2013.
- Our World is Not for Sale. 2001. «Prioridad a la soberanía alimentaria de los pueblos. OMC fuera de la agricultura y alimentación ».
- Patel, Raj. 2007. "Transgressing Rights: La Vía Campesina's call for food sovereignty." *Feminist Economics* 13 (1): 87-116.
- Purwanto, Heri. 2013. "Local To Global ; How Serikat Petani Indonesia Has Accelerated The Movement For Agrarian Reform." En el Libro Abierto de La Vía Campesina: Celebrando 20 años de lucha y esperanza. *Vía Campesina*.
- Rajagopal, Balakrishnan. 2003. *International Law from Below: Development, Social Movements, and Third World Resistance*. Cambridge University Press.
- Riles, Annelise. 2006. "Anthropology, Human Rights, and Legal Knowledge: Culture in the Iron Cage." *American Anthropologist* 108 (1): 52-65.
- Rosset, Peter, y María Elena Martínez-Torres. 2010. "La Vía Campesina: the birth and evolution of a transnational social movement." *Journal of Peasant Studies* 37 (1): 149-175.
- Sardar, Ziauddin. 1998. *Postmodernism and the Other the New Imperialism of Western Culture*. London; Chicago, Ill.: Pluto Press.
- Schiavoni, Christina. 2015. "Competing Sovereignties, Contested Processes: Insights from the Venezuelan Food Sovereignty Experiment". *Globalizations* 12 (4): 466-480.
- Stammers, Neil. 1995. "A Critique of Social Approaches to Human Rights." *Human Rights Quarterly* 17 (3): 488-508.
- _____. 2009. *Human Rights and Social Movements*. London and New York: Pluto Press.
- Valocchi, Steve. 1996. "The Emergence of the Integrationist Ideology in the Civil Rights Movement." *Social Problems* 43 (1): 116-130.
- Vía Campesina. 1993. «Declaración de Mons de La Vía Campesina.» . 1996. «Declaración de La Vía Campesina en Tlaxcala (Declaración de la Segunda Conferencia Internacional de La Vía Campesina, Tlaxcala, Mexico).»
- _____. 1999. «Declaración de Seattle: Fuera la OMC de la agricultura.» 3 de diciembre.

- _____. 2003. «Posición Vía Campesina Cancún ». 2 de septiembre.
- _____. 2004. «José Bové Meets Kofi Annan: Civil Society Raises Food Sovereignty Issue» (con ocasión de la reunión de la UNCTAD el 14-18 junio de 2004, en São Paulo).
- _____. 2008a. «Declaración de los Derechos de las campesinas y los campesinos.» . 2008b. «En el 60° aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, reclamamos como campesinas y campesinos del mundo nuestra propia convención.» Declaración final de la Conferencia Internacional sobre los Derechos de las Campesinas y Campesinos (Yakarta). 25 de junio.
- _____. 2008c. “The Global Campaign on the International Convention on the Rights of the Peasants” (documento interno).
- _____. 2013a. “Gaining support for the peasant’s way - La Vía Campesina en las instituciones de seguridad alimentaria de la ONU.” 11 de octubre.
- _____. 2013b. «La Vía Campesina se hace presente en Bali para protestar en contra de la OMC y el Régimen de Libre Comercio.» 29 de noviembre.
- _____. 2013c. “Letter announcing the withdrawal of La Vía Campesina from the OWINFS network.” 4 de diciembre. Vía Campesina, Gerak Lawan y Movimientos Sociales por una Asia Alternativa (SMAA).
- _____. 2013. «La OMC impulsa en el último momento un paquete de medidas del que los países desarrollados y las multinacionales son los claros vencedores.» 8 de diciembre.
- Windfuhr, Michael, y Jennie Jonsén. 2005. “Food Sovereignty: Towards Democracy in Localized Food Systems.” FIAN International, ITDG Publishing.



DÍA DE DIÁLOGO – ESPACIOS DE INTERCAMBIO ENTRE COMUNIDAD ACADÉMICA Y MOVIMIENTOS SOCIALES COMO INSTRUMENTOS DE CONSTRUCCIÓN COLECTIVA DE CONOCIMIENTO

Sofía Monsalve, Katie Sandwell y Silvy Kay

Introducción

En el año 2006 el Instituto de Estudios Sociales de la Haya (ISS) organizó una importante conferencia sobre «Tierra, pobreza, justicia social y desarrollo: la perspectiva de los movimientos sociales». Probablemente fue la primera vez que un gran número de campesinas, campesinos y otros activistas de la soberanía alimentaria se reunieron para debatir, en un plano de igualdad, con investigadores cuestiones en torno a la tierra incluyendo el compromiso de los investigadores con las luchas de la tierra. Tras esta primera reunión Initiatives in Critical Agrarian Studies (ICAS) basándose en el ISS comenzó a organizar desde el año 2011 una serie de coloquios que se han hecho muy conocidos por unir «investigadores, activistas y profesionales del desarrollo procedentes de diversas disciplinas y de todas partes de mundo». El diálogo crítico entre estos tres grupos ha tenido un alto grado de energía y también momentos de tensión. Los motivos de esa tensión abarcan desde las diferencias lingüísticas, estilo, pasos, disponibilidad de recursos hasta desarrollar la investigación y beneficiarse de ella, del prestigio y reconocimiento. Las diferencias también surgen «sobre qué conocimiento producir, cómo producirlo, quién debería producirlo, qué hacer con él y quién «es propietario» de ese conocimiento una vez que se ha producido.».

Con ocasión del Coloquio nº 5 de ICAS, que tuvo lugar en enero de 2014 y que se tituló «La soberanía alimentaria: un diálogo crítico», una pareja de activistas investigadoras consideró que era el momento de enfocar estas diferencias creando un nuevo espacio de debate, uno que permitiera promover la creatividad al mismo tiempo que construir más confianza. Experimentar con nuevos métodos de relación y comunicación se percibió como un aspecto clave para este proyecto. Así, nació la idea de organizar un Día de Diálogo

codo con codo en el Coloquio de ICAS con el objetivo de implicarse de forma más personal con los desafíos clave a los que se enfrenta el movimiento de la soberanía alimentaria en la actualidad. Este artículo intenta de forma breve informar y reflejar la primera edición de este Día de Diálogo.

El desconcierto sobre la soberanía alimentaria

Antes de comenzar el día del diálogo se les pidió a los participantes que compartieran qué era lo que les desconcertaba y ocupaba sus pensamientos. Por una vez, esto permitió a los participantes aportar un valor integral, reuniendo aspectos profesionales, intelectuales, personales y físicos, todo en uno. Las preguntas que se enviaron reflejaban esto y mostraban la necesidad de enfocar la construcción del movimiento utilizando toda nuestra sabiduría, no solo nuestra parte académica o racional. ¿De qué manera reconciliamos nuestra parte personal y nuestra parte política? ¿Cómo nos ocupamos de los cambios familiares, luchas personales y contextos políticos de nuestras vidas? ¿De qué forma trabajamos juntos y de qué manera enlaza nuestro trabajo con nuestras vidas? La gente también planteó preguntas difíciles sobre activismo y el movimiento de la soberanía alimentaria: ¿Qué es lo que hace que el desarrollo agrícola sea diferente en el «este» y el «sur»? ¿De qué manera desarrollamos lazos entre la gente que trabaja en soberanía alimentaria a nivel local y a nivel internacional? ¿De qué manera podemos profundizar y ampliar más el proceso de Nyéléni? Comenzar el día con estas cuestiones nada sencillas nos ayudó a establecer el tono para un día creativo, de exploración exhaustiva de posibilidades de soberanía alimentaria y también nos ayudó a crear un espacio donde la gente podía poner sobre la mesa todo tipo de cuestiones y aspectos.

Ama tosa tosa!

Elizabeth Mpofu, coordinadora general de La Vía Campesina, relajó enseguida a todo el mundo mediante un ejercicio que consistía en que a algunas personas se les pedía que deletrearan su nombre en alto a medida que entonaban el *Ama tosa tosa*, un término indígena de Zimbabue que se refiere al uso del cerebro y trabajar duro. A los participantes también se les pidió que signaran sus nombres pero no con las manos sino con todo el cuerpo, en especial con el culo. Aparte de poner en pie a todo el mundo, estos ejercicios desempeñaron un papel muy importante al ayudar a poner a todos los participantes en el mismo nivel y romper la tendencia a situar el conocimiento académico «por encima» de otras formas de conocimiento.

Los ejercicios que reconocen el cuerpo y ponen en valor el conocimiento tradicional ayudan a crear un espacio que desafía las tradicionales dinámicas de poder. Este tipo de reto es especialmente necesario cuando nosotros, como activistas, académicas y académicos, campesinas y campesinos y todos, deseamos juntarnos y co-crear conocimiento y cambio social.

Una vez que a los participantes se imbuyeron de energía y estuvieron listos para debatir nos separamos en tres grupos auto-seleccionados para debatir los aspectos de la soberanía alimentaria. Los grupos estaban compuestos por 15 - 25 personas cada uno, con lo cual era posible debatir temas específicos en profundidad y de forma más exhaustiva. Las sesiones estaban guiadas por una serie de preguntas desarrolladas por los organizadores. Después de un periodo de debate todo el mundo se reunía en una sesión plenaria para compartir las principales conclusiones y preguntas de cada grupo de debate.

Grupo de trabajo 1: Transformar el sistema alimentario

El primer grupo debatió aspectos de discurso y estrategia. Comenzaron por problematizar el marco del «sistema alimentario», y por plantear inquietudes respecto a que este lenguaje descentralizaba a los productores de alimentos. También debatieron problemas como de qué manera rescatar el discurso de la nutrición que había sido adoptado por los intereses corporativos. Finalmente, debatieron aspectos de la voz y la representación, de cómo construir un movimiento equilibrado que incluya las voces del campesinado y de otros actores pero que utilice investigaciones científicas y otras formas de investigación para avanzar en sus objetivos. El grupo habló de la importancia de desarrollar herramientas para una investigación participativa y dirigida por campesinas y campesinos que les permita registrar y hacer visible el valor que producen. En particular se preguntaban si sería posible desarrollar una herramienta basada en la teoría de la agricultura campesina de Chayanov que les ayudara a profundizar en el propio conocimiento del campesinado sobre la forma en la que funcionan sus explotaciones y, por lo tanto, les permitiera implicarse en la elaboración política sobre una base más informada. En respuesta a las preguntas que se les proporcionó, el grupo produjo una segunda serie de cuestiones para ayudar en el avance del movimiento:

Preguntas del grupo:

- ¿Cuáles son las formas de relación entre las pequeñas explotaciones y las unidades (empresas) de planificación y ejecución que son ventajosas para los pequeños campesinos y campesinas?
- ¿Qué formas de tenencia de la tierra funcionan frente a la clásica diferencia de clase campesina (y desposesión) y abordan aspectos de género y generacionales?
- ¿De qué forma tomamos la nutrición como un concepto e interés alejado de los intereses industriales de las empresas y la relacionamos con los movimientos de la soberanía alimentaria?
- ¿Qué lenguaje podemos utilizar para hablar de «sistemas alimentarios» que no disminuya la importancia de la agricultura?
- ¿Podemos imaginar un procesado de alimentos que trabaje con y para los productores campesinos y campesinas?
- ¿Cuál es el siguiente paso para las escuelas agroecológicas, procesado y maquinaria?
- ¿De qué manera podemos aprovechar el gran número de aliados investigadores que tenemos?

Grupo de trabajo 2: Reforzar el movimiento de la soberanía alimentaria

El Segundo grupo debatió el potencial de colaboración con grupos como trabajadores agrícolas y sindicatos obreros, el papel de los investigadores y académicos en el movimiento de la soberanía alimentaria, las estrategias para implicar a la siguiente generación de activistas y los obstáculos a los que se enfrenta el movimiento. De este debate surgieron algunos aspectos clave.

Comprometer a potenciales aliados: ¿Quién no está en esta mesa?

Los participantes identificaron una serie de potenciales aliados que se distribuían en dos categorías: actores politizados que compartían los mismos objetivos relacionados que la soberanía alimentaria pero no son aún aliados activos, y actores no-políticos que tienen interés material en la soberanía alimentaria pero no son políticamente activos en ningún movimiento.

Los participantes vieron un enorme potencial para construir alianzas con movimientos como el movimiento Justicia alimentaria de Estados Unidos, movimientos de trabajadores y sindicatos incluyendo a Lucha por 15, un movimiento que lucha por un salario digno para los trabajadores de los locales de comida rápida de Estados Unidos y otras iniciativas locales. También identificaron los desafíos más importantes a la hora de alcanzar algunos potenciales aliados como trabajadores agrícolas, juventud urbana y un gran número de campesinas y campesinos. Mientras un gran número de participantes estuvo de acuerdo en que la soberanía alimentaria debía mantener el foco en el papel de los agricultores, especialmente campesinos y campesinas, también fue un aspecto muy importante la necesidad de involucrar políticamente a un sector más amplio de gente y construir alianzas con los movimientos alimentarios urbanos, jóvenes y actores de otros sectores del sistema alimentario.

Académicos e investigadores: más allá del consentimiento informado

El grupo debatió las esperanzas, los desafíos, los obstáculos y las oportunidades relacionadas con trabajar con investigadores en general y académicos en particular. Se identificaron algunas dificultades a partir de experiencias personales: otros compromisos de los investigadores académicos, desafíos de fondos o apoyo a la investigación y la incapacidad de los investigadores para responder a las necesidades urgentes de información fueron algunos de los obstáculos que se identificaron para la colaboración. También surgieron algunas preocupaciones estructurales más profundas, el acto de ser investigado puede crear un desequilibrio de poder entre activistas e investigadores, se ha incurrido en algunos riesgos políticos al publicar estudios de las políticas internas de los movimiento y hay buenas razones para continuar desafiando la idea de que el mundo académico tiene el monopolio de la creación de conocimiento.

No obstante, mientras se reconocía la importancia de una investigación integral del movimiento, y se reconocía que las relaciones entre los investigadores académicos y otros actores deben iniciarse con precaución y previsión, la mayoría de los participantes también creía que la investigación académica tenía el potencial de hacer importantes contribuciones para hacer avanzar el movimiento; desde proporcionar apoyo con base en hechos para la promoción de políticas hasta ayudar a los actores a implicarse en los procesos de reflexión propia.

Finalmente, los participantes también se dieron cuenta de que un gran número de investigadores, más que académicos externos para reclutar o rechazar, son miembros del movimiento. Los académicos cada vez están más politizados e involucrados en la soberanía alimentaria y los activistas también están entrando, cada vez más, en las instituciones académicas. Estos dos procesos están creando un grupo creciente de intelectuales orgánicos que están en una posición poderosa pero complicada para contribuir al movimiento. En términos prácticos el grupo identificó la necesidad de reforzar ambos procesos, crear oportunidades para politizar a jóvenes académicos y abrir espacios en el entorno académico para que los actores del movimiento hablen por sí mismos.

Obstáculos y objetivos:

También se identificaron algunos obstáculos. En particular, la falta de financiación surgió como un creciente desafío. Los miembros del grupo argumentaron que «la revolución no se financiará» y los intereses creados, las agendas políticas de los principales medios de financiación, tanto públicos como filantrópicos, así como otras agendas de algunas de las organizaciones de caridad más importantes, pueden dificultar el acceso a la financiación de los activistas de la soberanía alimentaria. Al mismo tiempo se reconoció la necesidad de acceder a algunos fondos o niveles de financiación para que el movimiento crezca de forma efectiva, y la asignación de fondos públicos para las iniciativas puede ser un objetivo político importante.

Grupo de trabajo 3: Gobernar para la soberanía alimentaria

El taller comenzó con un ejercicio en el que se pidió a los participantes que se situaran físicamente a sí mismos en la escala de gobernanza, de un extremo de la sala al otro, representando los niveles internacionales y locales respectivamente. ¿A qué nivel de gobernanza –local, nacional, o internacional–somos más activos la mayoría de nosotros? Dos cosas que hay que destacar, i) la ausencia de participantes en el taller que trabajaban principal o exclusivamente a nivel básico y ii) la dificultad de muchos de ellos para situarse en algún nivel de la escala. Esto planteó la cuestión de si existe un sesgo inherente cuando se trata de aspectos de gobernanza hacia marcos de gobernanza global que necesitamos abordar y corregir. También cobró fuerza el sentimiento de que es necesario y clave pensar la gobernanza no como una escala rígida sino en términos de espectro en el que unir las diferentes partes de la gobernanza. Posteriormente el grupo examinó los aspectos de

gobernanza planteados por la soberanía alimentaria, el objetivo era formular y ajustar preguntas para posteriores reflexiones e investigaciones.

El debate llevo a que se formularan las siguientes preguntas marco sobre la gobernanza para la soberanía alimentaria:

- ¿De qué manera implicarse con el estado? ¿Queremos recuperar el estado? ¿Aún creemos en el estado nación? ¿o tenemos que trascender finalmente el sistema del estado que introduce una serie inherente de límites a las posibilidades de la soberanía alimentaria en práctica?
- ¿Dónde se sitúa el verdadero poder de toma de decisión? ¿De qué manera tratamos con actores como empresas que tienen otros vectores de poder? Cómo respondemos al aumento de lo privado y de la gobernanza privatizada, por ejemplo, la responsabilidad social corporativa, planes de auto-certificación, asociaciones público-privadas, diálogo de múltiples grupos interesados, etc.
- ¿Deberíamos trabajar dentro de las estructuras existentes o centrar nuestros esfuerzos en la creación de estructuras alternativas de gobernanza? ¿Es bueno estar siempre dentro de las estructuras de gobernanza, por ejemplo un nuevo Comité director de la alianza? ¿hasta qué punto nos comprometemos con las estructuras de gobernanza para que se nos incluya?
- ¿Qué papel desempeñan las normas y los valores en el gobierno para la soberanía alimentaria? ¿y cuáles son los mecanismos para realizar un seguimiento y responsabilizarse de que todo está en el lugar que le corresponde para asegurar resultados efectivos y llevar a la práctica la soberanía alimentaria?
- ¿Se compromete de forma suficiente el movimiento de la soberanía alimentaria con todas las áreas relevantes de gobernanza, por ejemplo aspectos de comercio?
- ¿Confiamos en «la política a lo grande»? ¿Deberíamos fijarnos más en las estructuras de gobernanza a pequeña escala, por ejemplo, los municipios?
- ¿Quién representa a quién cuando se trata de gobernar para la soberanía alimentaria? ¿Cómo se define el liderazgo legítimo?

- ¿De qué forma define el movimiento de la soberanía alimentaria sus prioridades en el ámbito de la gobernanza? ¿Se establecen las prioridades de una forma reactiva/defensiva o de forma proactiva? ¿De qué forma equilibrar las necesidades internas con el entorno exterior?

La perspectiva del movimiento

Después del intenso debate de la mañana, el grupo realizó un ejercicio para implicarse de una forma más creativa y lúdica en el futuro de la soberanía alimentaria. Separados en cuatro grupos por edades, los participantes esbozaron sus perspectivas del movimiento de la soberanía alimentaria y del sistema alimentario global a 20-30 años. Después de una hora los grupos se reunieron para compartir estas perspectivas, lo que reveló algunas diferencias muy interesantes respecto a perspectiva, enfoque y capacidad artística.

Los grupos se volvieron a reunir para compartir sus perspectivas

El grupo de mayores de 55, denominado con cariño el Consejo de los Mayores, creó una serie de diagramas que se relacionan con algunos de los aspectos teóricos más profundos, y que incluyen la cuestión de quién es de hecho «soberano» en la soberanía alimentaria y representaron una perspectiva de un sistema alimentario muy bien relacionado y diverso.

El grupo de 40 - 55 realizó una pieza que representaba los pensamientos de un ciudadano futuro que vivía en un mundo con un sistema alimentario transformado, y que contemplaba la catástrofe global que se había evitado al reacondicionar un sistema alimentario corporativo y destructivo para el medio ambiente.

Se reconoció en conjunto que el grupo compuesto por personas de 30-40 tenía el monopolio del talento artístico ya que crearon un mural espectacular. Utilizaron materiales que encontraron y un fuerte simbolismo para representar a un ciudadano de un futuro optimista conectado con una naturaleza resiliente y comunidades que se apoyan, que se relacionan con otros movimientos sociales y que equilibran las diversas demandas con el objetivo de una vida buena y plena.

Finalmente, el grupo compuesto por personas de 20-30 presentó la perspectiva más pesimista, centrándose en los retos que aún hay que superar y tocando en parte la cuestión de cómo es más probable que se vea el sistema alimentario en vez de cómo desearían que se percibiera. Aun así,

el grupo de los más jóvenes finalizó con una visión de esperanza de muchos movimientos diferentes que se unen «bajo un mismo techo» con los activistas urbanos y rurales, los movimientos DIY, artes y procesos de base comunitaria que se apoyan entre sí con el fin de continuar trabajando para construir un movimiento fuerte además de un sistema alimentario justo y sostenible.

Este ejercicio supuso una buena oportunidad de mirar con esperanza al futuro y supuso también la oportunidad de contemplar las diferencias claras en el enfoque generacional. En términos muy generales, los grupos mostraron un cambio de concreto a abstracto a medida que la edad aumentaba; además, muchos participantes se dieron cuenta de que los grupos de gente de más edad nombraban representantes mientras que los grupos más jóvenes tenían un enfoque más directo y democrático, presentando su trabajo de forma colectiva. El ejercicio puso de manifiesto la diversidad y la fuerza de las contribuciones de la gente de edad diferente, destacando la importancia de la colaboración intergeneracional para construir un movimiento fuerte y sostenible.

Cruzar el puente a ciegas

A medida que el Día de Diálogo se acercaba a su fin hubo tiempo para un ejercicio más. Después de crear un puente metafórico con tres envases de zumo y demostrar la forma de cruzarlo, Elizabeth Mpofo pidió un voluntario para salir de la sala. Josh aceptó el reto y salió, cuando volvió a entrar Elizabeth le tapó los ojos y le pidió que cruzara el puente. Sin embargo, una vez que la persona con los ojos tapados estaba colocada se quitó el puente de los tres envases de zumo, algo que Josh descubrió una vez que había cruzado el puente. ¿Cuál es el significado de esto? La metáfora está abierta a diversas interpretaciones pero sirve para recordarnos que no siempre nos enfrentamos a los retos que pensamos.

El día finalizó con los participantes sintiéndose conectados y comprometidos para continuar el debate entre activistas y académicos del movimiento de la soberanía alimentaria. Casi era la hora de irse pero no antes de que Nora McKeon llevara al grupo a la entrega más absoluta con Bella Ciao!

Conclusión

El día concluyó con los participantes llenos de energía y conectados de nuevo con la fuerza y la diversidad del movimiento alimentario. Nos preguntamos «¿Cómo podemos cambiar el mundo si no modificamos nuestra

forma de reunirnos?» Esta reunión sugirió una dirección para ese cambio, «fue un día fantástico, lleno de creatividad y fantasía en el que derribamos fronteras. Llevaremos este día con nosotros en todo lo que hagamos.»

La naturaleza transformadora del día no procedía solo de lo que se dijo en los intensos y amplios debates o de la diversidad y energía de los participantes, sino también de la oportunidad de romper con los tradicionales moldes académicos y profesionales para comunicar y traer alegría y creatividad a la sala. En este debate «nosotros [...] utilizamos formas de comunicar que pueden ser de ayuda a la hora de cruzar mundos diferentes» y nos juntamos con el espíritu de compartir alegría y perspectivas. Los participantes sugirieron que esto reflejaba un cambio más amplio que se estaba produciendo dentro del movimiento: «solíamos centrarnos en los resultados de las reuniones y ahora nos centramos más en el proceso, en construir confianza y, posteriormente, los resultados saldrán por sí solos.»

Reconocemos que aún queda mucho trabajo por hacer en cuanto a responder algunas de las cuestiones expuestas antes, en perfeccionar la información específica y construir nuevas herramientas además de construir un movimiento más fuerte. «Necesitamos profundizar en nuestras ideas y necesitamos, igualmente, reuniones específicas sobre aspectos concretos». Los que asistieron a esta reunión no solo sentían que esta reunión había servido para ayudarnos a decidir nuestras prioridades sino que también ilustraba la importancia de los procesos transformadores y las formas alternativas de comunicar, lo que nos ayuda a aportar todo lo mejor de nuestra parte. Algunas personas tenían la sensación de que este día representaba un punto de inflexión en nuestra historia como colectivo y como movimiento.

La forma en que nos comunicamos entre nosotros influye enormemente en a quién se va a escuchar y qué se va a hacer, por lo tanto, reuniones como esta, que van más allá de lo estrictamente profesional o académico, nos permiten encuentros más profundos y debates más personales, que son tremendamente importante para construir un movimiento fuerte y que se desarrolle un nuevo tipo de sistema alimentario. Al final del día, los presentes estuvieron de acuerdo en que «el valor de esa reunión es profundo para este movimiento».

TERCER BLOQUE

Transformando la Soberanía Alimentaria desde las “gafas” del género: enfoques feministas y aportes desde las organizaciones de mujeres campesinas





NO TODOS SOMOS IGUALES: HABLANDO EN SERIO SOBRE GÉNERO EN EL DISCURSO DE LA SOBERANÍA ALIMENTARIA

Clara Mi Young Park, Ben White y Julia

Introducción

En el fondo, la soberanía alimentaria (SA) busca un «igualitarismo radical» (Patel 2009, 670) basado en el cambio y la justicia sociales. Sin embargo, y aunque las asimetrías de poder y los derechos de la mujer se consideran piezas clave para la SA por el papel crucial de estas en la producción, adquisición y preparación de la alimentación (Wittman et al. 2010, Patel 2009), hoy en día no está claro cómo se ha de abordar la desigualdad de género. La SA en sí misma, tal y como indica Patel, es una «llamada intencionadamente imprecisa... una llamada a la gente para que se posicione e indique qué entiende por derecho a la alimentación en su comunidad» (Patel 2009, 92). Es decir, la SA en general, y una perspectiva de género en particular, son ambos conceptos difíciles de ajustar a un trabajo empírico –y muy pocos intentos se han hecho de buscar integrar ambos en análisis sistemáticos de SA.

La Vía Campesina (LVC) ha mostrado su fuerte compromiso con la igualdad de género tanto en la quinta como en la sexta conferencia internacional, de 2008 y 2013 respectivamente (Wittman 2011, Patel 2009, La Vía Campesina). Dentro de la LVC, las mujeres han defendido activamente la igualdad de género en programas, manifiestos y dentro de la propia organización (Wittman 2011, Wittman et al. 2010, Monsalve 2006). Es más, los derechos de la mujer constituyen uno de los pilares de la realización de la SA (Wittman et al. 2010, Patel 2009). De hecho, el último manifiesto *Mujeres de La Vía Campesina* confirma que la justicia de género y el acceso a las tierras son primordiales para la SA. El proyecto político de las mujeres campesinas de LVC tiene como objetivo luchar contra las políticas neoliberales, el capitalismo y el patriarcado, además de avanzar hacia un «nuevo mundo» que esté basado en la igualdad de género, la justicia social y la soberanía alimentaria y de semillas. Tal y como explica una activista feminista, «unir la soberanía

alimentaria y el feminismo constituye un reto inevitable para enfrentarnos a los movimientos sociales como el de LVC, un reto que conlleva revisar el enfoque y las estrategias para poder abordar la temática de igualdad de género y el empoderamiento de la mujer» (Caro Molina 2012).

Sin embargo, el discurso de la SA se centra en «la convergencia de intereses de los grupos que viven en las tierras», lo que implica que las divisiones de clase, o de cualquier otro carácter social, pueden verse ignoradas o minimizadas (Cousins y Scoones 2010, 44). El problema de esto radica en que cuando se incorporan los intereses de género al discurso de SA, reaparece la perspectiva de «todos somos iguales» (Brass 2000, 314); esta vez en relación a las campesinas o mujeres del rural. Por tanto, mientras se prioriza una agricultura familiar en igualdad, la SA no se está centrando expresamente en la desigualdad dentro del hogar o el trabajo doméstico no remunerado (Agarwal 2014, 1249).

En el presente artículo intentamos eliminar la defensa retórica tanto de la soberanía alimentaria como de la igualdad de género, con el objetivo de destacar diversas problemáticas subyacentes que requieren más teorización y análisis empírico. Hemos empleado estudios de casos sobre la expansión agrícola corporativa en cinco países africanos y asiáticos para subrayar la dinámica de incorporación y la lucha de hombres y mujeres en función de su posición, clase social y aportaciones. Estas dinámicas contribuyen a los procesos de diferenciación social y formación de clases; así, crean comunidades rurales más complejas que aquellas representadas por las protestas de igualitarismo rural, cooperación y solidaridad en el discurso de SA.

Delimitando «género» en el discurso de soberanía alimentaria.

Cuando se analizan asuntos de género dentro del discurso de SA, salen a la palestra temas de gran relevancia. Entre otros: buscar la manera de reconocer y problematizar los dualismos y diversidades de las explotaciones y la agricultura, la heterogeneidad de las mujeres y comunidades rurales, y las relaciones de género que surgen. La fuerza potencial del discurso de SA reside en «el enfoque heurístico sobre las relaciones de poder que invita, particularmente con respecto al género... [SA consiste en] el poder y el control del sistema alimentario» (Patel 2009, 1), y es precisamente ahí donde se puede explorar la unión entre el género y (la falta de) control sobre los sistemas alimentarios.

Aunque existen los circuitos locales de autosuficiencia agraria y también los nuevos «mercados anidados» (Van del Ploeg 2013, 130) que ponen en contacto a productores y consumidores, la mayoría de los productores de cultivo se ganan la vida, al menos en parte, proveyendo de alimento a no-cultivadores urbanos o distantes. De ese modo, dependen de una relación a gran escala que se ve favorecida por la existencia de los agentes corporativos. La mayoría de las cosechas habituales que entran en los grandes circuitos (nacional e internacional) se pueden cultivar de forma eficaz, con un alto rendimiento por hectárea, en unidades de explotación a pequeña escala. No obstante, se requieren unidades a gran escala para abordar las actividades tanto de planificación como la ejecución. Los agricultores se ven, así, obligados a involucrarse en el sector corporativo de una forma u otra (Véase White et al. 2012, 619), en lo que pueden considerarse complejas cadenas de productos básicos.

Una vez se han iniciado ya en la producción de productos básicos, las comunidades agrícolas a pequeña escala experimentan procesos de diferenciación interna similares a la lucha de clases. Mas no por ello estas pasan, más tarde, de representar “diferenciación” a representar “polarización” (de clases), como predecían ciertas estrictas formulaciones marxistas. Existen numerosas contratendencias posibles, algunas de ellas demográficas o generacionales (por ejemplo: dividir terrenos grandes entre varios descendientes); otras, provocadas por la inherente resiliencia del «campesinado» (Van der Ploeg 2013); y otras causadas por la intervención pública a través de impuestos continuos sobre la tierra y /o redistribución de los terrenos.

Además de estas dinámicas y tensiones tan similares a las de la diferenciación de clases, la «comunidad’ y su reproducción acostumbra involucrar tensiones de género y relaciones intergeneracionales» (Bernstein 2014, 1046). Analizar la cuestión de género dentro del discurso de SA implica tener en consideración las relaciones de género, no solo en las explotaciones (a pequeña escala), sino también dentro del ámbito de mano de obra agraria y cadenas de producción agrícola. Los debates sobre políticas alimentarias y agrícolas deben considerar a mujeres que trabajen en diferentes puestos dentro del sistema alimentario, como por ejemplo: productoras directas, mano de obra no remunerada en explotaciones familiares, asalariadas en explotaciones ajenas, agentes dentro de la cadena de productos básicos, proveedoras de sus familias, roles reproductivos, consumidoras de alimentos u otros productos agrícolas...

El acceso a la tierra es también un aspecto importante para la SA, especialmente si tenemos en cuenta que, de media, las mujeres representan menos del 20 % de los propietarios de tierra en los países desarrollados. Y, cuando ellas tienen el control, sus terrenos suelen ser más pequeños y de peor calidad que aquellos que pertenecen a hombres (FAO 2011). Desde 2002, los aspectos de género que están relacionados con el acceso a la tierra han resultado notorios en la Campaña Global por la Reforma Agraria (CGRA), y han resultado objeto de estudio, defensa y campañas de concienciación (Monsalve 2006). Sin embargo, Monsalve cuestiona las reformas que buscan reforzar la tierra individual de las mujeres y los derechos de propiedad, pues considera que nada de todo esto puede desviar la atención de los aspectos estructurales del problema (2006, 198-200). Del mismo modo, O’Laughlin observa lo siguiente:

Un enfoque limitado sobre la legalización del derecho individual de las mujeres a la tierra, oculta un planteamiento neoliberal –la centralidad de la privatización y la mercantilización de la tierra– dentro del lenguaje liberal de los derechos humanos; centra nuestra atención en la desigualdad de género dentro de la herencia de la propiedad, de la cual los pobres del rural, tanto hombres como mujeres, tienen muy poca. En relación con la seguridad de la propiedad de quienes sí tienen, los títulos de propiedad excluyen a quienes no tienen nada (2009, 203).

Las relaciones patriarcales de poder y las desigualdades de género con respecto a los derechos sobre la tierra y los procesos de toma de decisiones pueden ejercer una influencia decisiva en la incorporación a, o la exclusión de, la agricultura corporativa en expansión, pero se han pasado por alto durante mucho tiempo, tal y como apuntan ahora los académicos y académicas feministas en estudios de investigación sobre economía política agraria (Véase Razavi 2009, Deere 1995). Al centrarse en las relaciones de clase como unidad central del análisis, la economía política agraria ha tendido a subestimar el papel de otros aspectos sociales a la hora de dar forma a las relaciones de producción y reproducción –donde el campesino cabeza de familia asumía normalmente el papel de única unidad de producción (Razavi 2009, Deere 1995, 63). De igual modo, el ámbito del trabajo doméstico no remunerado, y del trabajo no mercantilizado en general, se ha desatendido enormemente dentro del sector de la economía política agraria, debido a su «fijación con la esfera de productos básicos donde se halla gran parte del valor» (Razavi 2009,

207; O’Laughlin 2009, 191-204). La SA aboga por un reconocimiento total de la contribución de la mujer a la producción alimentaria y por una puesta en valor de su papel como productora y reproductora. Si bien el modo en que las mujeres ejercen y equilibran dichos papeles debería estar sujeto a más investigaciones, especialmente desde una perspectiva de interseccionalidad. Además, las diferencias entre y dentro de las comunidades rurales apenas han sido estudiadas desde una perspectiva de género en aquellos estudios realizados sobre apropiación de tierras, agrocombustibles y explotaciones agrarias capitalistas.

A pesar de sus limitaciones, los estudios de caso todavía pueden arrojar luz sobre variaciones significativas en los procesos de género relacionados con la diferenciación social sobre el terreno; especialmente aquellos relativos a la incorporación y resistencia a la agricultura corporativa. Así, los estudios de caso que se mostrarán en esta sección incluyen:

País / Región	Cultivos introducidos	Forma(s) de incorporación	Fuente
Ghana (Región norte)	Mango	Asalariados y agricultura por contrato	FAO 2013a
Indonesia (Oeste de Kalimantan)	Aceite de palma	Asalariados y agricultura por contrato	Julia & White 2012
República Democrática Popular Lao (Provincias de Vientián Capital, Vientián y Bolikhamxai)	Jatrofa Bananas Tabaco	Asalariados y agricultura por contrato	Daley et al. 2013
Tanzania (Arusha, Norte de Tanzania)	Semillas de flores y vegetales	Asalariados y agricultura por contrato	Daley & Park 2012
Zambia (Provincia del sur)	Caña de azúcar	Agricultura por contrato	FAO 2013b

El siguiente apartado expone los cinco casos, explora las diferencias entre y dentro de las comunidades desde el punto de vista de la experiencia de las mujeres a la hora de acceder a las tierras, alimentación y otros recursos; en lo referente a las oportunidades de generar ingresos; la división del trabajo y la participación en los procesos de toma de decisiones dentro del hogar y a nivel de comunidad.

Acceso a las tierras y otros recursos productivos

Las relaciones de propiedad que representan desigualdad de género desempeñan un papel importante para la SA, especialmente cuando las comunidades se involucran en la agricultura corporativa en vez de (o al mismo tiempo que) en las explotaciones independientes a pequeña escala. Los derechos de acceso a la tierra de las mujeres no están relacionados únicamente con los derechos de propiedad habituales: a menudo conllevan derechos anidados, superpuestos y potencialmente conflictivos que se ven sujetos a diferentes sistemas de tenencia (reglamentario, consuetudinario, religioso), así como a costumbres de herencia, matrimonio y derechos sobre tierras comunales (Behrman et al. 2012, Daley y Park 2012). Además, pueden verse envueltos también derechos secundarios de acceso que vengan garantizados por parentesco masculino y que, por tanto, se vean sujetos a cambios en función de las condiciones de propiedad masculina.

Los esquemas de agricultura por contrato son un ejemplo del cambio de control de tierras que se lleva a cabo cuando los hogares participan en la agricultura corporativa, pues el acceso a la tierra es crucial para la participación de las mujeres en dichos esquemas. Al oeste de Kalimantan (Indonesia), la mayoría de las comunidades Dayak indígenas deniegan el acceso de las mujeres al espacio político, y aun así reconocen su derecho a la tierra bajo tenencia consuetudinaria. No obstante, la expansión de las plantaciones de aceite de palma en la zona ha minado sus derechos consuetudinarios mediante el sistema formal de registro de pequeños agricultores, que se basa en los «Cabeza de familia» (*Kepala Keluarga*) y según el cual el marido se ve designado como cabeza de familia y, por tanto, es registrado como pequeño agricultor. Así, cuando las unidades familiares de la zona entregan sus tierras consuetudinarias, las que reciben posteriormente mediante tenencia reglamentaria vienen casi siempre registradas a nombre del hombre considerado cabeza de familia (Julia y White 2012).

En una comunidad cercana a la frontera entre Indonesia y Malasia, las familias se veían desposeídas, a la fuerza, de sus tierras de cultivo (campos de arroz, frutales y plantaciones de caucho) y de su acceso al ratán, una de las fuentes de ingresos principales en esa zona. Más tarde, las mujeres recibían una cantidad como compensación simbólica por sus tierras, pero se quedaban sin otra opción de sustento que no fuera trabajar como asalariadas en dichas plantaciones. Normalmente, a las mujeres se las contrata como jornaleras, mientras que los hombres suelen tener más opciones de empleo, ya sea durante el cultivo diario, un contrato de trabajo permanente, o incluso

para labores de relaciones públicas (Julia, notas de campo, 2011).

No todos los casos estudiados implicaban la adquisición de grandes terrenos ni la desposesión de los locales, pero sí conllevaban todas inversiones e implicaciones de control de tierras sobre terrenos comunales y bosques empleados para recoger productos forestales no tradicionales (PFNT). Por ejemplo, la creación, en 2008, de una plantación de jatrofa en la provincia de Vientián, en la República Democrática Popular de Lao, provocó que las mujeres locales, quienes habían usado los bosques comunales para recoger PFNT y, posteriormente, vender esos productos o emplearlos para consumo familiar, perdiesen gran parte de su sustento alimentario y, también, de sus ingresos (Daley et al. 2013, 31). Del mismo modo, en Ghana, tras crearse una plantación de mangos de 150 hectáreas, únicamente tres de los árboles de esas tierras sobrevivieron a una tala masiva que buscaba controlar plagas y otras enfermedades. Así que las mujeres de Gushie y Dipalehad se vieron obligadas a caminar entre 3 y 4 kilómetros para conseguir madera, fruta y frutos secos (FAO, 2013^a, 18).

En el caso de Iban Dayak, debido a la destrucción de los bosques consuetudinarios protegidos, la gente ha perdido acceso al ratán, el mayor contribuyente a los ingresos familiares, sobre todo para aquellas familias que no poseen tierras. Una mujer que actúa como cabeza de familia nos ha explicado que perdió gran parte de sus fuentes de ingresos provenientes del ratán y que ahora se veía obligada a trabajar muchas horas como asalariada, en plantaciones de caucho sujetos a aparcería, recogiendo madera de *agar*, y transportando troncos (Julia y White 2012).

Acceso a alimento individual y para los hogares

Si pasamos ahora al caso de Tanzania, podemos destacar que los cultivadores de semillas de flores estaban empleando tierras que habían sido utilizadas previamente para cultivar alimento. Algunos habían logrado arrendar terrenos adicionales para continuar cultivando maíz; pero las mujeres de Kiserian y Lepurko señalaban que cultivar flores implicaba tener menos tierras disponibles para maíz (Daley y Park 2012, 19). Ocuparse de las flores requiere jornadas de doce horas, así que las mujeres trabajan muchas más horas y apenas les quedaba tiempo para realizar otras actividades; en ocasiones incluso no podían comer. Sin embargo, la mayoría de las mujeres enfatizaba que las participantes preferían el cultivo comercial y veían

significativamente preocupante que no saliesen adelante las cosechas de maíz (Daley y Park 2012, 21).

En Zambia, la empresa de caña de azúcar dedicó entre media y una hectárea de las tierras marginales a quienes cultivaban para uso doméstico, y mientras las mujeres empleaban esas tierras para, mayormente, cultivar alimentos de uso propio, los hombres solían participar en cultivos comerciales (FAO 2013b, 28). Tanto en la República Democrática Popular de Lao como en Tanzania, muchas de las personas que informaron de que los ingresos eran mayores si se participaba en cultivos corporativos, no comentaron que dichas mejoras afectasen positivamente a la seguridad alimentaria de sus hogares (Daley et al, 2013, Daley y Park 2012). En Tanzania, un 71 por ciento de las personas entrevistadas confirmaron una mejora de sus ingresos, pero solo un 49 por ciento apreciaba que mejorase también la seguridad alimentaria de sus hogares (Daley y Park 2012). Del mismo modo, en Laos, un 90 por ciento de los participantes en los estudios de caso respondían que habían aumentado sus ingresos, pero solo el 52 por ciento admitía que mejorase también su capacidad de acceso a alimento (Daley et al. 2013, 35; Daley y Park 2012, 35). En este caso, la mayoría de los problemas radicaban en la pérdida, por parte de las mujeres, de acceso a los PFNT (Daley et al. 2013, 43).

Una tendencia similar se ha vislumbrado en la comunidad Iban Dayak, donde las mujeres que habían perdido sus tierras se convertían en trabajadoras asalariadas de la plantación de aceite de palma. En general, la comunidad había tenido que empezar a comprar alimento mientras que la plantación se convertía en su fuente principal de ingresos. Estos ejemplos muestran los procesos de diferenciación social, con sus diversas implicaciones y resultados para la gente de las comunidades y familias afectadas. En términos de SA, esto sugiere que se necesitan más estudios exhaustivos sobre el modo en que están relacionadas las desigualdades de género y las cuestiones de acceso a tierras y modos de trabajar, o de «fragmentación de la mano de obra» (Bernstein 2004), en función de si realmente se busca una perspectiva real sobre la tierra y la soberanía alimentaria dentro de un marco de género y justicia social.

Acceso al empleo y división del trabajo

En los cinco casos estudiados, aquellas personas que no disponían de tierras, o que tenían muy pocas, eran más propensas a trabajar como

asalariadas en las plantaciones, o como trabajadoras ocasionales para otros campesinos. Por ejemplo, en la República Democrática Popular de Lao, a las mujeres y los hombres jóvenes pertenecientes a familias pobres, sobre todo, o a minorías étnicas, se los contrataba como trabajadores ocasionales en una plantación de banana de propietarios británicos, en la provincia de Brokhamxai (Daley et al. 2013, Lund 2011, 900). Del mismo modo, en la industria de las semillas de flores y vegetales de Tanzania, muchas de las mujeres divorciadas o viudas que trabajan como asalariadas había perdido acceso a las tierras de su pueblo natal y había emigrado a otras zonas en busca de empleo en el sector horticultor. El sesenta y uno por ciento de los empleados de la empresa eran mujeres, contratadas permanentes, temporales u ocasionales. En este caso, las trabajadoras se encontraban altamente satisfechas y muchas de las entrevistadas llevaban entre 3 y 16 años en la empresa (Daley y Park 2012, 23). Esas mujeres afirmaban que se encontraban mucho mejor ahora porque «incluso cuando no tienen dinero para comida, siempre pueden acceder a préstamos si cuentan con un trabajo» (Park, notas de campo, 2011).

En Lao, las agricultoras de tabaco capitalistas emergentes, al igual que aquellas que producen a pequeña escala, lamentaban haber tenido que soportar la pesada carga de la producción adicional exigida por el mercado (Daley et al. 2013). Si bien para los agricultores su incorporación se solía traducir en mayores ingresos, para sus mujeres implicaba más trabajo sin que ello conllevara un aumento de la cantidad de dinero de la que dispondrían. Y aunque muchos de los participantes varones afirmaban que era la mujer quien se encargaba de distribuir el presupuesto familiar, comentando de forma jocosa el «poder de la mujer en el hogar», la realidad era que las mujeres no participaban en las decisiones de la comunidad, ni optaban a las oportunidades de formación y ampliación disponibles para los varones; lo que hace pensar que dicha igualdad dentro del hogar no era real (Daley et al. 2013). También existían mujeres, pocas, que funcionaban como cabeza de familia y luchaban por mantener la producción de tabaco, pues todos sus descendientes se habían marchado en busca de trabajo a las ciudades y no podían permitirse pagar a trabajadores ocasionales. Así, la estructura familiar y el número de miembros activos ejercía una gran influencia en lo referente al acceso a las tierras y la capacidad de comprometerse en la agricultura comercial.

Se encontraron también casos de agricultoras con éxito que, en algunos casos, resultaban más productivas y prósperas que sus homólogos varones;

por ejemplo, el caso de una explotación de caña de azúcar en Zambia, donde la productora era una de las cuatro únicas mujeres de una comunidad agricultora de 50 miembros. Además del azúcar de caña, ella cultivaba también maíz, en una hectárea, suficiente para alimentar a su familia durante un año entero. Había construido una casa de tres habitaciones y con cuartos para el servicio, empleado a 25 trabajadores de riego, comprado un coche y un terreno de 900 m² cerca, donde se estaba construyendo una casa para poner en alquiler «para diversificar su cartera de riesgos» (FAO 2013b, 29). Un trabajador de extensión agraria atribuía el éxito de las agricultoras a su confianza en el trabajo ocasional, al uso que estas hacían de los incentivos que recibían y al estilo de gestión prudente y práctico al mantener una relación cercana con sus empleados (FAO 2013b, 26).

En todos estos casos, las mujeres desempeñaban tareas de agricultura específicas, además de cumplir con sus responsabilidades domésticas tales como cocinar, recoger productos del bosque, leña para fuego y agua. Las esposas de los trabajadores asalariados habían visto incrementada su carga de trabajo, tanto a nivel de explotación agraria como dentro del hogar —a veces incluso tenían que preparar la comida para los trabajadores ocasionales que habían sido contratados para ayudar en momentos clave de la cosecha. Sin embargo, en Lao y Tanzania, las mujeres de los grupos de estudio indicaban un aumento en los beneficios, en tanto en cuanto disponían de más dinero para las tasas de las escuelas de sus hijos/as, medicinas, útiles del hogar y para comprar carne (Daley et al. 2013, Daley y Park 2012). En concreto, las mujeres tendían a priorizar el bienestar general de sus familias sobre sus beneficios personales, lo que arroja esa idea de que las familias son lugares de contradicción y resistencia, así como núcleos de cooperación (Véase O’Laughlin 2009, Jackson 2003, Razavi 2003, White y Kabeer 2001).

Participación en los procesos de decisión

La falta de acceso a la tierra y las relaciones de poder patriarcal obstaculizan la participación de la mujer en los procesos de toma de decisiones dentro de la comunidad, así como su interacción con los inversores. Por ejemplo, en Ghana, las mujeres continúan siendo excluidas de las consultas comunitarias con la empresa de producción de mango en lo que al arrendamiento de tierra se refiere. Como consecuencia de ello, las mujeres no recibieron compensación alguna y se quedaron sin opciones a un contrato, además de perder también acceso a las tierras que habían

estado usando hasta ese momento (FAO 2013a). Las mujeres de Iban Dayak hubieron de enfrentarse a problemas similares cuando se vieron excluidas de las consultas comunitarias en su pueblo con respecto a la creación de una plantación de aceite de palma, pues la tradición dicta que las mujeres no pueden participar en las cuestiones políticas que afectan a la comunidad y es «la voz de los hombres la considerada como voz unánime de todos los habitantes» (Julia y White 2012, 1012).

En las familias polígamas de Lepurko, al norte de Tanzania, las mujeres masai tenían asignado un terreno cada una, y muchas, además, habían logrado contratos propios con una empresa holandesa de semillas de flores y vegetales, lo que las convertían en productoras. Sin embargo, los grupos estudiados indicaron que esas mujeres no eran libres de decidir qué plantar en sus propios campos y recibían instrucciones de sus maridos a la hora de firmar los contratos. También habrían de consultarles a ellos cómo gastar y distribuir el dinero que recibían en concepto de ingresos, lo que solía emplearse mayormente para la educación de los hijos/as (Daley y Park 2012, 10).

En cambio, en el caso de Zambia, los grupos estudiados de hombres y mujeres que producían caña de azúcar revelaron que en las familias cuya cabeza de familia es un hombre pero donde es una mujer la titular, es ella quien más poder de decisión tiene en lo que respecta al uso y distribución de los ingresos familiares; no ocurre lo mismo cuando el titular es un hombre (FAO 2013b, 27). Del mismo modo, en el caso de Tanzania, la mayoría de las mujeres indicaron que preferían tener contratos propios. Como señaló una de ellas, «tener un contrato a mi nombre me hace sentir mejor, me da seguridad; es más fácil conseguir préstamos de amigos, porque saben que tienes un contrato y que recibirán ingresos pronto» (Daley y Park 2012, 20). Las mujeres que no tenían contratos propios dijeron que decidían de forma conjunta con sus maridos en aquellos temas que concernían el uso de las tierras y los ingresos, mientras que los hombres de los grupos de estudio afirmaban que consultaban a sus mujeres con las decisiones relativas a las tierras. En palabras de un joven de Mareu «la tierra no se puede vender sin preguntar a las mujeres; de lo contrario, ella puede llevar a su marido ante los tribunales» (Daley y Park 2012).

Conclusiones

A través de los cinco casos estudiados, este artículo buscaba destacar la

emergencia de las nuevas clases de género de los trabajadores y agricultores, y los diversos caminos de diferenciación que se están desarrollando en lo referente a los contratos de explotación agraria y trabajo asalariado en plantaciones. Mientras que algunas mujeres valoran la oportunidad de participar en los diferentes negocios agrarios, para otras únicamente conlleva más trabajo y menos beneficios. Además, algunas mujeres no disponen del capital y fuentes de recursos necesarios para participar; y lo que es más, muchas han perdido capacidad de acceso a tierras comunales y áreas forestales.

Estos estudios de caso también sugieren que el acceso de la mujer a los medios de producción, especialmente a la tierra, y su control sobre qué producir, se ven ampliamente limitados por las relaciones patriarcales que operan dentro de las comunidades e incluso las propias familias. En palabras de Agarwal «un nudo de igualdad de género no es suficiente... los problemas a los que se enfrentan las mujeres como agricultoras están muy enraizados y son estructurales, necesitaríamos abordarlos de forma mucho más específica» (2014, 1255). Al mismo tiempo, hay diferencias significativas entre las mujeres, en función de las experiencias propias, tanto a nivel de comunidad como entre comunidades distintas. Esas diferencias se han ido conformando en función de las percepciones y oportunidades que cada una de esas mujeres (y clases de mujeres) se iba enfrentando a las diversas formas de incorporación. Así, estos casos apoyan el argumento de que «no todas las mujeres son iguales» en términos de su aportación, posición dentro del hogar y de la comunidad, y también en relación a lo que cada una de ellas puede querer o esperar de sí misma y de su familia. Aunque los principios agroecológicos y el reconocimiento del papel de la mujer en la cadena alimentaria suponen alternativas a la agricultura corporativa, estas alternativas necesitan abordar en profundidad el tema de las relaciones patriarcales y las diferencias basadas en las clases, sin olvidar las diversas posiciones y los diferentes papeles intersectoriales que desempeñan las mujeres de los grupos de estudio (Véase Collins 2000).

En resumen, este artículo ha expuesto tres ideas interrelacionadas: en primer lugar, las propuestas de SA necesitan abordar las desigualdades de género de manera sistemática como elemento estratégico de su estructura, y no simplemente como ideología de movilización; en segundo lugar, si la SA desea estabilizarse dentro de los estudios críticos agrarios, habrá de reconciliarse con las contradicciones inherentes del discurso de «todos somos iguales» (Brass 2000, 314), abordando el análisis de las diferencias

sociales tales como clase, género e identidad étnica en concepto de punto de partida para enfrentarse a las desigualdades de poder existentes. Y, por último, la incorporación de los intereses de género al discurso de SA requiere tendencias hacia generalizaciones que sean enmendadas a través del reconocimiento y la exploración de las diferentes experiencias, intereses y respuestas de las mujeres en diversos contextos. Asumir que todas las mujeres rurales preferirían producir a pequeña escala (o a escala familiar) en vez de involucrarse en la agricultura corporativa sería demasiado audaz. Si se quiere abordar el tema de género en el marco de la SA, será necesario establecer derechos de género de manera firme dentro de su visión igualitaria radical. Ello implica que las mujeres tengan exactamente los mismos derechos que los hombres a la hora de acceder a las tierras y participar en los grupos agrícolas, organizaciones y cooperativas, o a la hora de tomar decisiones sobre cultivos y cosechas, y acceder a servicios, instrumentos y mecanismos.

Referencias

- Agarwal, Bina. 2014. Food sovereignty, food security and democratic choice: Critical contradictions, difficult conciliations. *Journal of Peasant Studies* 41(6), 1247–1268.
- Behrman, Julia, Ruth Meinzen-Dick, and Agnes Quisumbing. 2012. The Gender Implications of Large-Scale Land Deals. *Journal of Peasant Studies* 39(1), 49–79.
- Bernstein, Henry. 1998. Labour Regimes and Social Change under Colonialism. *Survival and Change in the Third World*, Ben Crow et al. (eds.), 30-49. Cambridge: Polity Press.
- Bernstein, Henry. 2004. Changing Before Our Very Eyes: Agrarian Questions and the Politics of Land in Capitalism Today. *Journal of Agrarian Change* 4(1-2), 190-225.
- Bernstein, Henry. 2010. *Class Dynamics of Agrarian Change (Agrarian Change and Peasant Studies Series)*. Black Point, Nova Scotia: Fernwood Publishing.
- Bernstein, Henry. 2013. Interview: Agriculture, Class and Capitalism. *International Socialism* (138). Consultado el 28 de febrero de 2014. <http://isj.org.uk/index.php4?id=888&issue=138>
- Bernstein, Henry. 2014. Food Sovereignty via the 'peasant way': A sceptical view. *Journal of Peasant Studies* 46(6), 1031–1063.
- Brass, Tom. 2000. *Peasants, Populism, and Postmodernism: The Return of the Agrarian Myth*. London: Frank Cass.
- Caro Molina, Pamela E. 2012. Feminismo y soberanía alimentaria. Oxfam Debate en línea: <http://blogs.oxfam.org/en/blogs/feminism-and-food-sovereignty>.
- Collins, Patricia Hill. 2000. *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment (2nd Edition)*. New York: Routledge.
- Cousins, Ben, and Ian Scoones. 2010. Contested Paradigms of 'viability' in Redistributive Land Reform: Perspectives from Southern Africa. *Journal of Peasant Studies* 37(1), 31–66.
- Daley, Elizabeth, Martha Osorio, and Clara Mi Young Park. 2013. *The Gender and Equity Implications of Land- Related Investments on Land Access and Labour and Income-*

- Generating Opportunities. A Case Study of Selected Agricultural Investments in Lao PDR.* Rome: FAO.
- Daley, Elizabeth, and Clara Mi Young Park. 2012. *The Gender and Equity Implications of Land-Related Investments on Labour and Income-Generating Opportunities: Tanzania Case Study.* Rome: FAO.
- Deere, Carmen Diana. 1995. What Difference Does Gender Make? Rethinking Peasant Studies. *Feminist Economics* 1(1), 53–72.
- FAO. 2013a. *The Gender and Equity Implications of Land-Related Investments on Land Access, Labour and Income-Generating Opportunities in Northern Ghana. The Case Study of Integrated Tamale Fruit Company.* Roma: FAO.
- FAO. 2013b. *The Gender and Equity Implications of Land-Related Investments on Land Access, Labour and Income-Generating Opportunities. A Case Study of Selected Agricultural Investments in Zambia.* Roma: FAO.
- FAO. 2011. *El estado mundial de la agricultura y la alimentación 2010-2011. Mujeres en la agricultura. Cerrar la brecha de género en aras del desarrollo.* Roma: FAO.
- Jackson, Cecile. 2003. Gender Analysis of Land: Beyond Land Rights for Women? *Journal of Agrarian Change* 3(4), 453–480.
- Julia, y Ben White. 2012. Gendered Experiences of Dispossession: Oil Palm Expansion in a Dayak Hibun Community in West Kalimantan. *Journal of Peasant Studies* 39(3–4), 995–1016.
- La Via Campesina. 2013. Manifiesto internacional de las mujeres de La Via Campesina. Consultado el 6 de agosto de 2013. <http://www.viacampesina.org/en/index.php/our-conferences-mainmenu-28/6-jakarta-2013/resolutions-and-declarations/1451-women-of-via-campesina-international-manifiesto-2>.
- Lund, Christian. 2011. Fragmented Sovereignty: Land Reform and Dispossession in Laos. *Journal of Peasant Studies* 38(4), 885–905.
- LVC. 2013. La Asamblea de mujeres evalúa su campaña mundial “Basta de violencia contra las mujeres” y planifica el futuro. Consultado el 22 de agosto de 2013. <http://viacampesina.org/en/index.php/our-conferences-mainmenu-28/6-jakarta-2013/1418-women-s-assembly-evaluates-its-global-campaign-to-stop-the-violence-against-women-and-makes-plans-for-the-future>.
- Monsalve Suárez, Sofía. 2006. Gender and Land. *Promised Land: Competing Visions of Agrarian Reform*, Peter M. Rosset, Raj Patel, and Michael Courville (eds.), 192–207. Oakland, CA: Food First Books.
- O’Laughlin, Bridget. 2009. Gender Justice, Land and the Agrarian Question in Southern Africa. *Peasants and Globalizations. Political Economy, Rural Transformation and the Agrarian Question*, Haroon A. Akram-Lodhi and Cristóbal Kay (eds.), 190–213. London and New York: Routledge.
- Patel, Raj. 2009. Food Sovereignty. *Journal of Peasant Studies* 36(3), 663–706.
- Patel, Raj. 2012. Food Sovereignty: Power, Gender, and the Right to Food. *PLoS Medicine* 9(6).
- Razavi, Shahra. 2003. *Agrarian Change, Gender and Land Rights.* Oxford: Wiley-Blackwell.
- Razavi, Shahra. 2009. Engendering the Political Economy of Agrarian Change. *Journal of Peasant Studies* 36(1), 197–226.

- Shields, Stephanie. 2008. Gender: An Intersectionality Perspective. *Sex Roles* 59(5–6), 301–311.
- Van der Ploeg, Jan Douwe. 2013. *Peasants and the Art of Farming: A Chayanovian Manifesto*. Halifax: Fernwood.
- White, Ben, Saturnino M. Borras Jr., Ian Scoones, and Ruth Hall. 2012. “The New Enclosures: Critical Perspectives on Corporate Land Deals.” *Journal of Peasant Studies* 39(3–4), 619–647.
- Whitehead, Ann, and Naila Kabeer. 2001. *Living with Uncertainty: Gender, Livelihood and Pro-Poor Growth in Rural Sub-Saharan Africa. IDS Working Paper 134*. Brighton: Institute of Development Studies.
- Wittman, Hannah. 2011. Food Sovereignty: A New Rights Framework for Food and Nature? *Environment and Society: Advances in Research* 2(1), 87–105.
- Wittman, Hannah, Annette Desmarais, and Nettie Wiebe. 2010. The Origins & Potential of Food Sovereignty. *Food Sovereignty: Reconnecting Food, Nature and Community*, Hannah Wittman, Annette Desmarais, and Nettie Wiebe (eds.), 1–12. Halifax: Fernwood Publishing.

Soberanía Alimentaria:



LA SOBERANÍA ALIMENTARIA Y LA ELECCIÓN DEMOCRÁTICA: ¿PUEDEN RESOLVERSE LAS CONTRADICCIONES SUBYACENTES?⁴¹

Bina Agarwal

La soberanía alimentaria: cambiar la definición

Cuando La Vía Campesina presentó en 1996 el concepto de soberanía alimentaria se centró en la autosuficiencia y la diversidad nacional de los sistemas alimentarios, pero a medida que la idea de la soberanía alimentaria se fue extendiendo a nivel global, recogida por diferentes grupos, la definición se amplió.

En un principio pasó de destacar el derecho de las *naciones* a ser autosuficientes (1996) a los derechos de las personas a definir la producción y el comercio nacionales así como a determinar hasta qué punto *querían* ser autosuficientes (2002). Posteriormente, en 2007, la definición incluyó a todas aquellas personas directamente implicadas en la cadena alimentaria, desde productores hasta distribuidores y consumidores (2007). Esta última definición también abarcaba otros derechos, como el derecho a gestionar la tierra, la importancia de empoderar al campesinado, la agricultura familiar y el fin de las desigualdades, incluida la desigualdad de género. Esta se elaboró en la declaración del Foro para la Soberanía Alimentaria que La Vía Campesina celebró en Nyéléni, Mali en el año 2007:

La soberanía alimentaria es el derecho de los pueblos a alimentos nutritivos y culturalmente adecuados, accesibles, producidos de forma sostenible y ecológica y su derecho a decidir su propio sistema alimentario y productivo. Esto pone a aquellos que producen, distribuyen y consumen alimentos en el corazón de los sistemas y políticas alimentarias, por encima de las exigencias de

⁴¹ Esta es la versión editada modificada de un documento publicado por primera vez bajo el título: «La soberanía alimentaria, la seguridad alimentaria y la elección democrática: contradicciones críticas, conciliación difícil» en *The Journal of Peasant Studies*, 41(6): 1247-1268.

los mercados y de las empresas. Nos ofrece una estrategia para resistir y dismantelar el comercio libre y corporativo [...] Defiende e incluye los intereses de las futuras generaciones [...] La soberanía alimentaria da prioridad a las economías locales y a los mercados locales y nacionales y otorga el poder a los campesinos y a la agricultura familiar [...] Garantiza [...] los derechos de acceso y gestión de la tierra [...] Supone nuevas relaciones sociales libres de opresión y desigualdades entre los hombres y las mujeres, pueblos, grupos raciales, clases sociales y generaciones (Ver texto completo en Patel 2009: 673-74).

Existen muchos tipos de contradicciones es esta última definición que pueden resultar especialmente problemáticas en caso de que estas demandas se conviertan en aplicables. En primer lugar, el cambio, con respecto a la definición de 1996, al resaltar la autosuficiencia nacional (como un grito contra la hegemonía global y la dependencia en el acceso a los alimentos) abogando por la autosuficiencia local en la definición de 2002, aunque no queda muy claro qué abarca exactamente el término «local», y la necesidad, e incluso la viabilidad, de la autosuficiencia local es debatible. En segundo lugar, la definición de 2002 permite a las personas ser autosuficientes hasta el punto que deseen, resaltando la decisión individual, pero en 2007 el énfasis cambia hacia las decisiones de grupo y la construcción de consenso. Esto hace que surjan algunas preguntas clave: ¿Se puede alcanzar el consenso o simplemente llegaríamos a un mayoritarismo? ¿De qué modo se incorporarían las perspectivas derivadas del género, casta, etnia y demás si divergen unas de otras y, a su vez, de la mayoría?

En tercer lugar, la declaración de 2007 pone al frente la agricultura *familiar* aun cuando pone el énfasis en la igualdad de género. Pero ¿de qué forma se puede abordar la desigualdad en las relaciones de género dentro la familia? Sin duda, poner el énfasis en la agricultura familiar que, muchas veces, depende del trabajo no remunerado de las mujeres podría ir en la dirección contraria a menos que se traten las desigualdades dentro de la unidad familiar. Además ¿de qué manera se une la agricultura familiar con la idea de la propiedad colectiva de la tierra?

Estas ampliaciones y cambios de las definiciones reflejan lo que Patel denomina sucintamente «definición por comité», una definición en la que muchas personas se pueden ver reflejadas, lo que puede ayudar a la hora de movilizar a la gente en una campaña pero ¿funcionaría en la práctica?

Tengamos en cuenta algunos de los retos y obstáculos que podrían aparecer en el camino.

El derecho de las naciones: ¿autosuficiencia?

En los años 2007–2008 el abrupto incremento en el precio de los alimentos sacudió al mundo, los más afectados fueron los pobres, en especial mujeres y niños de unidades familiares sin recursos. De acuerdo con las estimaciones, este incremento de precios aumentó la cifra de pobres en 105 millones situándose estos principalmente en el sur de Asia y en el África subsahariana (Ivanic y Will 2008).

Un factor importante que subyace en el incremento de precios fue la concentración regional de la producción de cereales y las exportaciones. Por ejemplo, aunque más del 80% de las exportaciones de arroz provenían de Asia en 2008, los exportadores eran principalmente Tailandia, Vietnam, India y Pakistán y después de Asia, los Estados Unidos de América. Igualmente, el 85% de las exportaciones de trigo provenían tan solo de cuatro regiones, Norteamérica, Rusia, Europa y Australia; y el 81% de las exportaciones de maíz provenían de Norteamérica y Latinoamérica (especialmente Argentina y Brasil). Se reunimos todas las exportaciones de cereales, el 65% procede de Norteamérica y Europa. Esta concentración regional no solo provoca que los países con déficit de alimentos dependan más aún de algunas exportaciones para cubrir sus necesidades alimenticias, sino que también les hace vulnerables al cambio de políticas de los países exportadores, lo que puede influir en la disponibilidad global y en los precios. El suministro de cereales cae y los precios suben si, por ejemplo, los países exportadores dedican a biocombustible las zonas que dedicaban a cereales, reducen las exportaciones para satisfacer las necesidades de su propia población, gestionan su agricultura de forma poco eficaz o reducen el control especulativo sobre el acaparamiento de tierra.

A largo plazo también tenemos que tener en cuenta el factor del cambio climático como amenaza para la seguridad alimentaria global. A pesar de que varían las estimaciones sobre hasta qué punto puede afectar el cambio climático, coinciden en su predicción de que el sur de Asia y el África subsahariana (regiones donde viven la mayoría de los pobres) serán las zonas más afectadas (Wheeler y von Braun 2013). Aun sin cambio climático sería necesario realizar un esfuerzo extraordinario para conseguir la seguridad alimentaria de unos 9 mil millones de personas para el año

2050, y con el cambio climático, incluso realizando grandes esfuerzos para mitigarlo, el campesinado pobre, especialmente mujeres y niños, serían los más afectados. (IFPRI 2009, Wheeler y von Braun 2013).

Ante este panorama, resuena el argumento que esgrime La Via Campesina para la soberanía alimentaria en términos del «derecho de cada nación» (especialmente las naciones con déficit) a buscar la autosuficiencia; pero de qué manera pueden avanzar hacia la autosuficiencia las regiones con déficit alimentario, en especial aquellas más vulnerables a los efectos adversos del cambio climático, es decir, sur de Asia y África subsahariana.

De entrada, es importante reconocer que no todas las naciones pueden ser autosuficientes en alimentación dadas las obvias restricciones impuestas por la tierra de cultivo, el agua para regadío y otros recursos básicos, especialmente en países geográficamente pequeños, por lo tanto el comercio no se puede eliminar.⁴² Pero en caso de que optemos por un objetivo más limitado de países que buscan aumentar la producción hasta su mejor capacidad, encontramos dos modelos que contrastan de forma global con visiones divergentes en lo que al cambio agrícola se refiere. Una de las visiones prima las grandes explotaciones de empresas que alimentan a un creciente número de habitantes urbanos, y la otra visualiza un grupo enorme de agricultores pequeños y marginales que aumentan su producción y realizan una transición acompañada de agricultura a no agricultura o que eligen quedarse en la agricultura como una opción de vida atractiva. La Via Campesina apuesta por esta última pero pueden surgir muchas dificultades a la hora de llevar a cabo esta idea, en especial en relación con las limitaciones en cuanto suministros a las que se enfrentan los pequeños campesinos y campesinas para poder aumentar su producción.

La pequeña campesina y sus restricciones

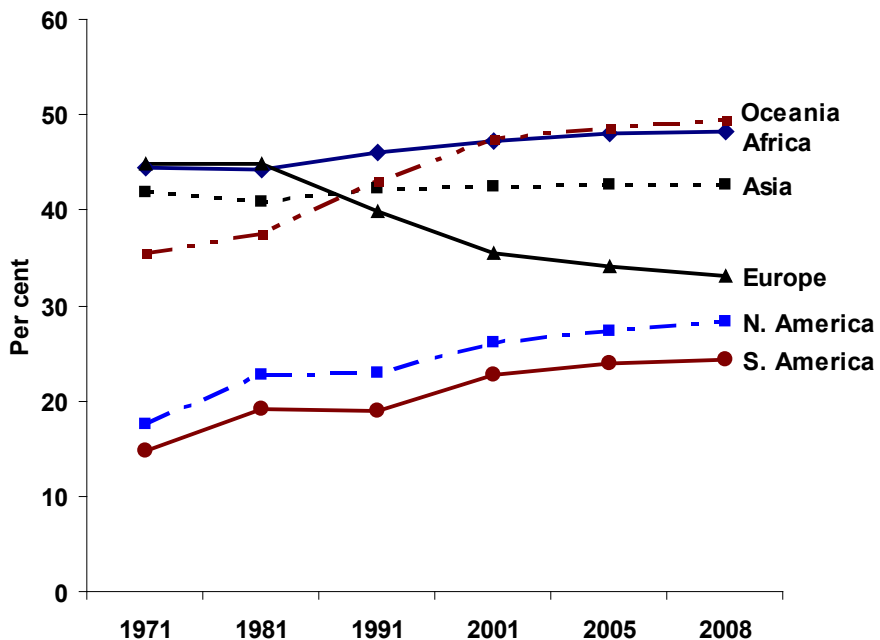
La mayor parte de las personas que se dedican a la agricultura en los países en desarrollo son pequeños campesinos y campesinas, marginales y cada vez más mujeres. La mayoría se encuentran atrapadas en ciclos de baja productividad y esto se da especialmente en Asia y África, donde casi el 60% de la mano de obra pertenece a la agricultura aunque la contribución de esta al PIB se encuentre por debajo del 10% en Asia y del 20% en África. Esta divergencia entre la contribución de la agricultura al PIB y la población que

42 Ver también, Burnett y Murphy (este volumen).

mantiene implica que un gran número de personas dependen de la agricultura de subsistencia con un bajo rendimiento y esta trampa tiene género dado que las mujeres padecen una desproporcionada dependencia de la agricultura como su medio de vida.

Las mujeres también constituyen una parte sustancial del *total* de la mano de obra agrícola. En los últimos 40 años, en todo el mundo con excepción de Europa, hemos visto una feminización de la agricultura, es decir, un incremento en la proporción de mujeres en el total de la mano de obra agrícola, aun cuando la proporción absoluta se mantiene en la mitad o por debajo (Figura1). Si tenemos en cuenta el tiempo que ocupa la producción, procesado y preparación de los alimentos, las mujeres contribuyen en un 60%–70% del total del trabajo necesario para poner comida en la mesa en la mayor parte del África Subsahariana, India y China. (Doss 2010: 9).

Figura 1: Porcentaje de mujeres en el total de la mano de obra agrícola en diversas regiones del mundo



Fuente: Basada en estadísticas de la FAO (<http://faostat.fao.org>); también se reproducen en Agarwal (2013)

Los pequeños campesinos y campesinas, en especial las campesinas, tienen un papel esencial a la hora de revivir la agricultura e incrementar su capacidad para soportar los embates del cambio climático. No obstante, también afrontan retos enormes. La mayoría de las mujeres no poseen nada o casi nada de la tierra en los países en desarrollo, aunque dentro de este patrón de desigualdad puede haber variaciones geográficas debido a diferencias en las leyes, cultura, religión, ecología y formas de cosechar (Agarwal 1994, Deere u de Leon 2002). Por lo tanto, y en general, las mujeres trabajan como mano de obra sin remuneración en las explotaciones familiares que son propiedad de los familiares varones, trabajan como mano de obra en los campos de otros o bajo acuerdos inseguros de tenencia de la tierra obtenidos a través de familiares masculinos o arriendos de mercado (Banco Mundial 2007, 80).

Es más, aun cuando las mujeres son propietarias de la tierra su control sobre ella, en términos de sus derechos de arrendamiento, hipoteca, venta o uso como garante, tiende a ser más restrictivo que el que se ejerce sobre los hombres (Agarwal 1994, Saito et al. 1994). Las encuestas sobre hogares recopiladas por la FAO (2011, 23) en 20 países, también muestran que los hogares encabezados por hombres (MHH) gestionan explotaciones mucho más grandes, de media, que los hogares encabezados por mujeres (FHH).

Además, las mujeres campesinas se enfrentan a desigualdades de género documentadas y al sesgo masculino a la hora de acceder a los insumos y servicios básicos.⁴³ Los miembros de las cooperativas rurales que suministran los insumos son hombres en la mayoría de los países (ver, entre otros, Saito et al. 1994) y las mujeres campesinas tienen menos posibilidades de poseer aperos de labranza que los campesinos hombres (Saito et al. 1994, 23; Peterman et al. 2009, 28); además, su participación pública y su movilidad social está restringida en muchos países. Todo esto en conjunto hace que para ellas sea mucho más difícil obtener insumos, mano de obra o vender su producción (Agarwal 1994, FAO 2011, Banco Mundial 2009).

Según el *Informe sobre el estado mundial de la agricultura y la alimentación* correspondiente al año 2011 realizado por la FAO, disminuir las restricciones que afrontan las mujeres campesinas incrementaría el rendimiento de sus explotaciones en un 20-30% y aumentaría la producción agrícola de

⁴³ Ver Banco Mundial (2009), FAO (2011), y Peterman, et al. (2009) para información global; y Doss (2001) para África.

los países en desarrollo entre un 2,5 y un 4%, con lo que esto tendría un impacto significativo en la disponibilidad nacional de alimentos (FAO 2011).⁴⁴ No afrontar la brecha de género en el acceso a los servicios e insumos no solo confinaría a un gran número de campesinas a una agricultura de bajo rendimiento, sino que también tendría un impacto negativo en los esfuerzos nacionales por una seguridad alimentaria.

¿Qué es lo que implica el debate sobre la soberanía alimentaria? En primer lugar, con el fin de aumentar la producción alimentaria basada en la agricultura de pequeñas explotaciones, la mayoría de los países en desarrollo necesitarán realizar grandes esfuerzos para permitir a las pequeñas campesinas y campesinos (en especial al creciente número de mujeres campesinas) superar las restricciones de su producción. En segundo lugar, la declaración de Nyéléni aboga por la igualdad de género y el reconocimiento del papel y derechos de las mujeres en la producción alimentaria así como su representación en los órganos de toma de decisión. Al mismo tiempo, proporciona un papel central a la «agricultura familiar», y este énfasis es problemático en muchos aspectos. Para empezar, dado el número de hombres que se ha trasladado a la ciudad o a trabajos no relacionados con la agricultura dentro de las zonas rurales, muchas explotaciones familiares están dirigidas por mujeres, pero la mayoría (tal como se menciona anteriormente) no tienen derechos directos sobre la tierra u otros activos. Es más, las explotaciones familiares no proporcionan autonomía a las mujeres trabajadoras ni los medios para desarrollar su potencial como campesinas, con lo que un simple guiño hacia la igualdad de género no es suficiente. Los problemas a los que se enfrentan las mujeres son estructurales y de raíces profundas y tendrían que ser abordados de una forma específica, lo que incluiría una redistribución productiva de los activos como la tierra e insumos *dentro* de las unidades familiares campesinas de forma igualitaria en cuestiones de género, así como dedicar servicios estatales a satisfacer mejor las necesidades de las mujeres campesinas; como por ejemplo, servicios relacionados con el crédito, más formación, información sobre nuevas tecnologías, ensayos prácticos, suministro de insumos, almacenamiento y comercio.

44 Me he centrado en las cosechas, pero el argumento de que mejorar el acceso de las mujeres a los recursos aumentaría la producción debería ampliarse a otros aspectos de la alimentación, como la pesca.

El derecho de elección democrática

La perspectiva de la soberanía alimentaria concede un peso considerable a la elección y el debate democráticos; por supuesto, todas las opciones se pueden restringir de forma estructural mediante las limitaciones económicas, políticas y sociales en las que se desarrollan. No obstante, la definición de 2002 otorga espacio a la elección individual al reconocer que la gente puede ser autosuficiente *hasta el punto que lo desee*. Sin embargo, en la definición de 2007 se centra más en los procesos colectivos de deliberación democrática y en la construcción de consenso, ¿es posible construir consenso entre los componentes dispares del movimiento de la soberanía alimentaria? La Via Campesina, por ejemplo, está formada por unas 148 organizaciones miembros en 69 países diferentes (Martinez-Torres y Rosset 2010, 165), con miembros que no solo se diferencian en género, clase y etnia sino también ideológicamente (Borras 2008), y ¿qué ocurre si una parte significativa de campesinas y campesinos elige opciones (dentro de las restricciones que afrontan) que difieren de aquellas que desea el movimiento de la soberanía alimentaria en aras de un supuesto bien común?

Consideremos, a modo de ilustración, un ejemplo de India. En el año 2003, el gobierno indio realizó una encuesta en todo el país (NSSO 2005), de las 51.770 explotaciones agrícolas (286 mil personas) que vivían en 6.638 pueblos, constató que a un 40% de ellos no les gustaba la agricultura y que si tuvieran otra opción preferirían otro medio de vida (Agarwal y Agrawal 2017). ¿Quiénes eran aquellas personas a las que no les gustaba la agricultura? Un 76% de ellos trabajaban una hectárea (ha) o menos de tierra, también tenían menos probabilidades de estar al corriente de las medidas de apoyo a precios mínimos del gobierno, tener seguro para la cosecha, ser miembros de una organización de campesinos y campesinas o de un grupo de ayuda propia (SHG), saber sobre biofertilizantes o provenir de una unidad familiar donde al menos uno de los miembros tuviese formación educativa o algún tipo de formación agrícola. Esto nos lleva a pensar que los más vulnerables y las personas con menos recursos son las más proclives a querer abandonar la agricultura.

También hay pruebas claras de que el campesinado cuando se enfrenta a opciones económicas difíciles no siempre quiere cosechar para alimentación. En mi investigación sobre los grupos de mujeres campesinas de Andhra Pradesh, descubrí que habían dejado de cultivar de forma colectiva y una

de las razones más importantes fue la exigencia de la organización no gubernamental local (ONG), que había catalizado la formación de grupos, de que las mujeres plantaran cosechas para alimentos con el fin de mejorar la seguridad alimentaria de la unidad familiar (que no es muy diferente del enfoque de la soberanía alimentaria). Con frecuencia las cosechas no salían adelante debido a problemas de riego en duras condiciones de sequía, y estos grupos de mujeres querían cultivar algodón para ganar más con el fin de cubrir las rentas altas que les cobraban por sus tierras. Más abajo se muestran algunos puntos de vista ilustrativos, basados en las entrevistas que realicé en 2013 con grupos que no habían estado activos en agricultura colectiva durante los dos últimos años:

El personal de la ONG, MS, nos restringió la plantación de cosechas para alimentos. Como no llovía durante tres años consecutivos solo cultivamos legumbres en 2 acres pero no recogimos nada. Entonces decidimos plantar de forma individual algodón lo que nos permite obtener un beneficio incluso cuando hay escasez de lluvias (grupo de campesinas, pueblo 1)

Queríamos continuar con el cultivo en grupo, pero tenemos que pagar una renta alta por la tierra. Los propietarios nos piden 15.000 rupias por acre sin sistemas de riego. ... Perdimos toda la cosecha de maíz debido a la sequía. El algodón nos podría haber dado algún beneficio incluso con la sequía pero MS, la ONG, insistió en que cultivásemos solo para alimentación (grupo de campesinas, pueblo 2)

También existe la suposición popular de que las mujeres *prefieren* cultivar alimentos. Ejemplos como los de arriba, así como otros de diversas partes del África subsahariana donde las mujeres cultivan con éxito cosechas comerciales como cacao, indican que esa es una suposición errónea (Whitehead 2005). La seguridad alimentaria no necesita, necesariamente, autosuficiencia alimentaria a nivel local o de unidad familiar. Los habitantes de las zonas rurales sin tierra y la mayoría de los habitantes urbanos compran alimentos y no tienen medios para plantar los suyos propios. Para ellos, un salario digno es lo que les preocupa para la seguridad alimentaria. Es más, la salud *nutricional* no solo depende de la cantidad y diversidad de cereales consumidos, sino también de otros alimentos nutritivos y no todos ellos se pueden cosechar para consumo propio.

La cuestión de la agricultura sin químicos (indudablemente deseable tanto a nivel medioambiental como para la salud del consumidor) es de nuevo un asunto complejo y no es la decisión de todo el mundo. Por ejemplo, en India, según las estadísticas recogidas en 2013 por *El Mundo de la Agricultura Orgánica* tan solo el 0,6% de la tierra agrícola tiene certificación de producción orgánica.⁴⁵ Realmente, la mayor parte del campesinado indio son agricultores orgánicos *por defecto* más que por decisión propia, ya que normalmente no pueden acceder a los insumos químicos, y esto a pesar de las políticas que desarrollan muchos estados para promover una agricultura baja en productos químicos.

Decidir una agricultura que no sea para autoabastecimiento, decidir no plantar para alimentos, decidir no plantar de forma orgánica, todas estas son decisiones democráticas sujetas a las restricciones a las que se enfrentan los campesinos y campesinas. Por lo tanto, puede darse un serio conflicto entre los objetivos del movimiento de la soberanía alimentaria y lo que muchos campesinos y campesinas deciden hacer.

Cooperación y colectivos

Consideremos ahora la cuestión de los derechos colectivos frente a los individuales. Paul Nicholson, en su elaboración de la declaración de Nyéléni menciona (Wittman 2009: 679): «... colocamos los derechos colectivo por encima del modelo de propiedad individual de la tierra.» No obstante, no queda claro qué significaría esto en la práctica. ¿De qué manera se convertiría la propiedad individual en derechos colectivos?

La cooperación voluntaria para constituir colectividades podría ser una forma de avanzar para que los pequeños productores superasen sus restricciones de suministro. Esto no implicaría una *propiedad* colectiva de uno de los principales recursos como puede ser la tierra. De hecho, los derechos individuales pueden coexistir de forma cómoda con los enfoques colectivos mediante una puesta en común de los recursos privados dedicados a la producción, sin por ello perder la propiedad. Pero sí que *implicaría* ir más allá del modelo individual de agricultura familiar que es el que ha estado promoviendo el movimiento de la soberanía alimentaria.

45 Ver FIBL & IFOAM (2013), y Bhattacharyya y Chakroborty (2005:116).

Un enfoque de grupo para la producción agrícola puede, potencialmente, tomar muchas formas, implicando diversos grados de cooperación y beneficios (ver tipología en la Tabla 1). Es común el propósito único de cooperación al final del proceso de producción, al igual que para su comercialización, y se puede encontrar en muchas regiones y países en diferentes tipos de acuerdos colectivos. Pero las cooperativas de comercio con producción individual conllevan poca cooperación diaria. Un nivel un poco más alto de cooperación conlleva la inversión conjunta en maquinaria móvil como tractores y cosechadoras combinadas, o elementos fijos como pozos de riego. De hecho, la inversión conjunta en pozos de riego por parte de los pequeños productores se remonta a un siglo o más en el sur de Asia (ver, por ejemplo, Darling 1947; Goyal 1966), y ha tomado nuevas formas en las últimas décadas. Otra variante son las cooperativas de maquinaria, que invierten en maquinaria grande que los campesinos y campesinas, miembros de la cooperativa, pueden alquilar; se pueden encontrar algunos ejemplos en países como Canadá, Francia, Cuba e India. La planificación conjunta de la cosecha basada en la ecología local y en las finanzas comunes para adquirir insumos, maquinaria y seguros para las cosechas (que yo denomino cooperación limitada para múltiples finalidades) también está comenzando a funcionar en algunas partes de India con el apoyo de las ONG. En términos más generales, trabajar en grupo puede mejorar el poder de negociación de los pequeños campesinos y campesinas con las agencias gubernamentales y, además, incrementar su acceso al crédito formal, insumos e información (Braverman et al. 1991).

Tabla 1. Niveles y naturaleza de la cooperación: una tipología

Nivel de cooperación	Naturaleza de la cooperación	Ejemplos ilustrativos ¹
Cooperación mínima de propósito único	Formar parte de cooperativas o empresas productoras para comercialización o adquisición de insumos pero cultivo individual	Muchos países a nivel global, incluyendo las economías en desarrollo y las desarrolladas
Cooperación intermedia de propósito único	Inversión conjunta en riego privado o gran maquinaria pero cultivo individual	India (en muchos estados) Francia y Canadá: CUMA (cooperativas para el uso de equipamiento agrícola) Cuba
Cooperación limitada para múltiples finalidades	Planificación de cosecha colectiva, adquisición de insumos y venta de producción pero cultivo individual	India, Cuba ²
Cooperación integral para múltiples finalidades	Agricultura en grupo: puesta en común de tierra privada o arrendada junto con mano de obra y capital para cultivo y venta conjuntos además de compartir los beneficios	Actualmente: India, Francia, Japón A finales de la década de 1990 y comienzos de 2000: las economías en transición de Rumanía, Kirguistán, Alemania Oriental y Nicaragua

Notas: ¹Estos ejemplos son solo ilustrativos, también podría haber casos en otros países.

²Estos están fuera del contexto de colectivos y están compuestos por familias campesinas que son propietarias de sus tierras, cultivan de forma separada pero cooperan a la hora de compartir la maquinaria agrícola, obtener créditos y comercializar productos.

Fuente: Bina Agarwal, investigación en curso. Ver también Agarwal (2010).

No obstante, la forma más integrada de cooperación, con potencial para obtener más beneficio en términos de incremento de la productividad y empoderamiento social implicaría la puesta en común de la tierra (en propiedad o arrendada), mano de obra y capital. Esto puede traer, en potencia, economías de escala, repartir los riesgos asociados con la agricultura entre más personas, facilitar el experimentar con cosechas y diversificar, añadir la puesta en común de conocimientos y capacidad de gestión además de ayudar a las familias a cubrir el déficit de mano de obra en momentos puntuales. Solo la consolidación de la tierra puede llevar a un ahorro sustancial de mano de obra mediante una mejor división de las tareas (Foster y Rosenzweig 2010). Para las campesinas estas ventajas económicas podrían ser particularmente sustanciosas dado que ellas se enfrentan a mayores restricciones.

Podemos encontrar muchos ejemplos de agricultura en grupo con puesta en común de la tierra, especialmente en Asia y Europa. Por ejemplo, Francia ha tenido una larga tradición de campesinos y campesinas que ponían en común su tierra y otros recursos y formaban grupos agrícolas denominados GAEC (Grupos agrícolas de Explotación en Común). Esto se vio catalizado por una ley aprobada por el estado en 1962. Hoy en día hay más de 37.000 GAEC y su número sigue creciendo con las nuevas generaciones de campesinos y campesinas (Agarwal y Dorin 2017b).

En muchas partes de Asia Central y Este de Europa donde las grandes explotaciones colectivas que se formaron entre 1950 y 1970 se descolectivizaron entre 1980 y 1990, muchas familias campesinas decidieron no volver a la agricultura individual. Por el contrario, crearon de forma voluntaria nuevas empresas de grupos (con amigos, familiares o vecinos), pusieron su tierra y la mano de obra en común para cultivar en tierras restituidas de forma colectiva en pequeños grupos o en antiguos colectivos con menor tamaño. Esta gente actuó así para poder superar tanto la falta de maquinaria y mano de obra como la falta de experiencia y conocimientos en la gestión individual de una explotación. Algunos estudios realizados en Kirguistán, Rumanía y Alemania Oriental a comienzos de 2000 revelaron que estas empresas de grupo eran significativamente más productivas que las explotaciones familiares individuales.⁴⁶ Aunque este tipo de explotaciones no se ha mantenido en todas partes, el hecho es que han tenido una función de transición importante y han sobrevivido durante muchos años por sí mismas y con no poca relevancia.

En Asia del Sur nos encontramos con un modelo muy diferente. Aquí existen grupos compuestos solo por mujeres que fomentan las ONG y los gobiernos locales. En India algunas iniciativas se remontan a la década de 1980. Por ejemplo, en Andhra Pradesh (en el sur de India) con la ayuda de la ONG Sociedad de Desarrollo de Deccan (DDS), las mujeres pobres de casta baja expuestas a los efectos de la sequía del distrito de Medak comenzaron a arrendar o comprar tierra en grupos, de entre 5 y 15 personas, a través de varios programas gubernamentales que ofrecían créditos subvencionados y ayudas (Agarwal 2003, 2010). Todas las personas que formaban parte del grupo y que entrevisté a finales de la década de 1990 mencionaron que al

46 Ver, por ejemplo, Sabates-Wheeler (2002); Sabates-Wheeler y Childress (2004), Mathijs y Swinnen (2001). Ver también Agarwal (2010) para un debate detallado enmarcado en una perspectiva comparativa.

trabajar en conjuntos podían superar las restricciones de producción, acceder a las autoridades gubernamentales y disfrutar de flexibilidad respecto al uso de su tiempo. Desde entonces, en la década de 2000, se han creado dos importantes iniciativas, una en Andhra Pradesh, que abarca 500 pueblos esparcidos por 5 distritos, y la otra en Kerala, que cubre todo el estado a través de la Misión Kudumbashree.

Estos ejemplos demuestran el potencial que tiene el campesinado (mujeres y hombres) al cooperar para superar su falta de recursos. En los antiguos regímenes socialistas la cooperación se da entre familias campesinas que reciben poco apoyo directo externo del estado. En Asia del Sur la cooperación se da entre mujeres de familias campesinas con el apoyo del gobierno local o de algunas ONG. Las implicaciones de género relacionadas con estos esfuerzos se pueden mezclar. En lugares donde toda la familia coopera no está claro el mecanismo para abordar las desigualdades intrafamiliares. En los grupos exclusivamente de campesinas existe una base para el empoderamiento de la mujer fuera de la estructura familiar, pero aún son débiles las reivindicaciones de las mujeres con respecto a la tierra familiar y la mano de obra para que apoyen su esfuerzo colectivo. Sin embargo, con frecuencia los cónyuges contemplan los proyectos de agricultura en grupo constituidos por mujeres como una forma de aporte económico adicional o en especies y no como un conflicto con la producción agrícola familiar.

No se sugiere que la agricultura en grupo sea la panacea ni la única alternativa posible, pero es un modelo cuyo potencial ha recibido poca atención como alternativa al modelo dominante de explotación agrícola familiar, una alternativa que podría ayudar a los pequeños campesinos y campesinas con fuertes limitaciones, por falta de acceso a recursos, a acceder a medios de vida y trabajo decentes en situaciones de incertidumbre económica y climática. Esta forma de acción colectiva (que yo denomino «acción colectiva de cooperación») es también más difícil de mantener, y es diferente de lo que denominó «acción de agitación colectiva» que es común a los movimientos sociales (Agarwal 2000). La agitación suele ser esporádica y en situaciones muy específicas, como la de pedir al Estado que lleve a cabo la reforma de redistribución de la tierra. En contraste, la agricultura de cooperación para múltiples finalidades requiere una interacción, toma de decisiones y seguimiento habituales. En cierto sentido, esta es una innovación institucional que es necesaria en la fase posterior a la agitación por parte de un movimiento para, por ejemplo, los derechos de la tierra.

Además, existen al menos tres puntos que hay que tener en cuenta en los ejemplos de agricultura en grupo citados anteriormente. Primero, la tierra (donde sea de propiedad individual) no se pierde cuando se forma el grupo sino que los campesinos y campesinas mantienen sus derechos individuales pero cosechan de forma colectiva. Segundo, muchos de los grupos de mujeres con los que he realizado la investigación en India piensan que, para ellas, la seguridad alimentaria no proviene solo, o necesariamente, de cultivar sus propios alimentos, sino también de tener la capacidad para comprar alimentos. De este modo, dan importancia a unos ingresos más altos también y no solo a la autosuficiencia mediante la producción propia. Tercero, estas iniciativas no nacieron de una visión global de lo que debería ser o no la economía campesina, surgieron a raíz de perspectivas locales y sistemas de apoyo institucional. Los grupos que tienen libertad para elegir lo que desean cosechar y de qué manera, cuya base es el retorno económico u otro objetivo que ellos valores, parecen tener más posibilidad de supervivencia como colectivo que aquellos que poseen una visión de autosuficiencia impuesta desde arriba.

Conclusión

La perspectiva de la soberanía alimentaria de La Vía Campesina, que destaca la autosuficiencia alimentaria, la agroecología, la comunidad, la democracia y la igualdad, es muy atractiva e importante; no obstante existen algunos elementos que, en la práctica, pueden entrar en serio conflicto con otros.

El objetivo de autosuficiencia alimentaria a nivel nacional, por ejemplo, suena a medio para reducir las vulnerabilidades provenientes de la dependencia extrema de algunos países de la importación de alimentos con respecto a los países exportadores. Dada la incertidumbre que surge de dicha dependencia, la volatilidad e incremento del precio de los alimentos así como los efectos del cambio climático, parecen ser claramente deseables los esfuerzos nacionales para lograr algún grado de suficiencia alimentaria y avanzar en la dirección de una agricultura con bajo uso de químicos y sostenible (ambos puntos básicos del argumento de la soberanía alimentaria), aunque no todos los países pueden o desean alcanzar la autosuficiencia total.

El objetivo de autosuficiencia nacional no se puede coger y trasladar de forma sencilla a la autosuficiencia local o de las explotaciones. Es legítimo argumentar que la decisión de los campesinos y campesinas está sujeta a

las limitaciones que sufren y a las alternativas que tienen ante ellos. Por lo tanto, es importante identificar esas limitaciones, económicas, institucionales, técnicas, informativas y políticas, y reflexionar sobre alternativas; en especial alternativas que tengan como base la cooperación entre pequeñas campesinas y campesinos. Es igualmente importante reconocer que los derechos, valiosos, de voz y decisión que ejercitan aquellos en desventaja en los contextos locales no pueden estar siempre en sintonía con trayectorias preconcebidas definidas por los movimientos globales en nombre de los desfavorecidos. Esa es la paradoja.

En la transición agrícola somos testigos de que un creciente número de pequeños campesinos y campesinas (hombres en mayor número que mujeres) están abandonando la agricultura. A otras personas (de ambos sexos) les gustaría también dejarlo, y la mayoría espera que sus hijos tengan otra ocupación en el futuro. A medida que los países se urbanizan, la seguridad alimentaria de millones de personas dependerá de su capacidad para adquirir alimentos más que de su capacidad para producirlos.

En conjunto, todo esto plantea cuestiones críticas sobre la implicación práctica de la perspectiva de la soberanía alimentaria. No se puede negar que esta perspectiva es un recordatorio importante de los riesgos medioambientales, y de otra índole, tras los excesos de la tecnología de la revolución verde, al igual que la necesidad de construir la diversidad, la ecología y la comunidad; pero el marco para todo esto está lejos de ser claro. El enfoque de grupo basado en la cooperación voluntaria y los principios democráticos, como los que se debaten en este documento, podría ser una forma de avanzar. Pero este enfoque es marcadamente diferente de los antiguos colectivos socialistas y de la idea de Paul Nicolson/La Via Campesina de la propiedad colectiva de la tierra, y necesitan salir de ese modelo de agricultura familiar individual que se destaca en la perspectiva de la soberanía alimentaria.

La importancia de adaptación al contexto de cualquier perspectiva global plantea el aspecto de la libertad de decisión individual y democrática. Son significativos los desafíos que surgen de preguntas como ¿quién representa a muchos? ¿Mediante qué proceso se toman las decisiones? ¿Pueden las instituciones que promueven la voz y la elección llevar a una convergencia de las prioridades colectivas e individuales o promover libertades individuales al tiempo que definen responsabilidades colectivas?

Referencias

- Agarwal, B. 1994. *A field of one's own: gender and land rights in South Asia*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Agarwal, B. 2000. 'Conceptualising environmental collective action: why gender matters', *Cambridge Journal of Economics*, 24: 283-310.
- Agarwal, B. 2003. 'Gender and Land rights revisited: exploring new prospects via the state, family and market', *Journal of Agrarian Change*, 3 (1-2): 184-224.
- Agarwal, B. 2010. Rethinking agricultural production collectivities, *Economic and Political Weekly*, 27 February, 55 (9): 64-78.
- Agarwal, B. 2013. Food security, productivity and gender inequality, chapter in Herring, R. (ed). *Handbook of food politics and society*. Accessible online. New York: Oxford University Press.
- Agarwal, B. y A. Agrawal. 2017a. 'Do farmers really like farming? Indian farmers in transition', *Oxford Development Studies*, 9 de febrero accesible en línea en: <http://dx.doi.org/10.1080/13600818.2017.1283010>
- Agarwal, B. and B. Dorin. 2017b. 'Group farming in France: Why are some regions more conducive to cooperation than others?' mimeo.
- Bhattacharyya, P. y G. Chakraborty. 2005. Current status of organic farming in India and other countries', *Indian Journal of Fertilisers*, 1 (9):111-123.
- Burnett, Kim y Sophia Murphy. 2013. What place for international trade in food sovereignty? Documento presentado en la Conferencia Internacional sobre «Soberanía Alimentaria: un diálogo crítico» el 14-15 de septiembre de 2013, Universidad de Yale, New Haven, CT.
- Darling, M.L. 1947. *The Punjab peasant in prosperity and debt*. Lahore: Vanguard Books.
- Deere, C.D. y M. de León. 2001. *Empowering women: land and property rights in Latin America*. Pittsburg: University of Pittsburg.
- Doss, C. R. 2001. Designing agricultural technology for African women farmers: lessons from 25 years of experience, *World Development*, 29 (12): 2075-2092
- Doss, C. R. 2010. If women hold up half the sky, how much of the world's food do they produce? Documento informativo, *2011 Informe del Estado mundial de la Agricultura y la Alimentación (Informe SOFA)* FAO, Roma.
- FAO. 2011. *El Estado mundial de la Agricultura y la Alimentación (Informe SOFA)*. Roma: FAO.
- FIBL & IFOAM. 2013. *El Mundo de la Agricultura Orgánica*. Accesible en: <http://www.organic-world.net/fileadmin/documents/yearbook/2013/web-fibl-ifoam-2013-318-321.pdf>
- Foster, A.D., y M.R. Rosenzweig. 2010. Is there surplus labour in rural India, Documento de Debate n° 991, Economic Growth Centre, Yale University, New Haven.
- Gol (Gobierno de India). 2010-11. *Censo agrícola 2010-11 Informe de toda India sobre el Número y Área de Explotaciones en Funcionamiento*, División del Censo Agrícola, Departamento de Agricultura y Cooperación, Ministerio de Agricultura, Nueva Delhi.
- Gol. 2006. *Censo de India 2001: Proyección demográfica para India y Estados 2001-2026*, Informe del grupo técnico sobre proyección demográfica, Comisión Nacional de Población, Gol, Delhi.

- Ivanic, M., y W. Martin. 2008. Implications of higher global food prices for poverty in low-income countries, Documento de trabajo de Investigación Política de la serie 4594, Banco Mundial, Washington DC.
- IFPRI (Instituto Internacional de Investigación sobre Políticas Alimentarias). 2009. *El Cambio Climático: Impacto en la Agricultura y Costes de Adaptación*. IFPRI, Washington DC.
- Mathijs, E. y J.F.M. Swinnen. 2001. Production Organization and Efficiency during Transition: An Empirical Analysis of East German Agriculture, *Review of Economics and Statistics*, 83 (1): 100-107.
- NSSO. 2005. *Some Aspects of Farming: Situation Assessment Survey of Farmers*. Nueva Delhi: Departamento de Estadísticas, Gobierno de India.
- Patel, R. (2009). Grassroots voices: what does food sovereignty look like? *Journal of Peasant Studies*, 36(3): 663-706.
- Peterman, A., J. Behrman y A. R. Quisumbing (2009). A review of empirical evidence on gender differences in non-land agricultural inputs, technology and services in developing countries, background paper, 2011 Informe SOFA, FAO, Rome.
- Saito, K.A., H. Mekonnen y D. Spurling (1994). Raising the productivity of women farmers in sub-Saharan Africa, Documentos de Debate del Banco Mundial, Departamento Técnico de África de la serie nº 230, Banco Mundial, Washington DC.
- Sabates-Wheeler, R. 2002. Farm strategy, self-selection and productivity: can small farming groups offer production benefits to farmers in post-socialist Romania, *World Development*, 30 (10): 1737-1753.
- Sabates-Wheeler, R. y M. D. Childress. 2004. Asset-pooling in uncertain times: implications of small-group farming for agricultural restructuring in the Kyrgyz Republic, Documento de Trabajo 239, Institute of Development Studies, Sussex.
- Wheeler, T. y J. von Braun. 2013. Climate change impacts on global food security, *Science*, 341, 508-513.
- Whitehead, A. 2005. The gendered impacts of liberalisation policies on African agricultural economies and rural livelihoods, Documento informativo para UNRISD Informe sobre igualdad de género: la lucha por la justicia en un mundo desigual (Ginebra: UNRISD).
- Wittman, H. 1999. Entrevista a: Paul Nicholson, La Via Campesina, *The Journal of Peasant Studies*, 36 (3): 676-682.
- World Bank. 2007. *Informe sobre el desarrollo mundial 2008: agricultura para el desarrollo*. Banco Mundial: Washington DC.
- World Bank. 2009. *El Género en el libro de consulta sobre agricultura*. Vol. 1 y 2. Banco Mundial, Washington DC.

DE LA SEGURIDAD ALIMENTARIA A LA SOBERANÍA ALIMENTARIA FEMINISTA

Carolyn Sachs y Anouk Patel-Campillo

Introducción

La inseguridad alimentaria es inaceptablemente alta tanto en Estados Unidos como en todo el mundo. Casi la mayor parte de la población que pasa hambre (un 98%) vive en el Sur global, y la mayoría de la gente desnutrida vive en Asia (578 millones) y en el África subsahariana (239 millones) (WFP 2013). El hambre y la malnutrición también son un problema en Estados Unidos, donde el 15% de los hogares (50,1 millones de personas) sufrieron inseguridad alimentaria en algún momento a lo largo del año 2011. Esa inseguridad alimentaria se distribuye de forma desigual según género, raza y etnia: un 36,8% de los hogares encabezados por mujeres, un 26,2% de los hogares de hispanos y un 25% de hogares de población negra sufrieron inseguridad alimentaria en 2011 (Coleman-Jensen et al. 2013).

A pesar de las claras dimensiones de género del hambre y de la seguridad alimentaria, los grandes esfuerzos que, para abordar el hambre, realizan un creciente número de instituciones internacionales, incluyendo la Organizaciones de Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), los movimientos de la soberanía alimentaria en países en desarrollo y los movimientos de justicia alimentaria de Estados Unidos, no sitúan los aspectos de género en el centro de sus planteamientos. Igualmente, para la mayoría, las cuestiones como el hambre y la alimentación no se sitúan en el centro de los trabajos de activistas e investigación feministas.

Intervenciones teóricas feministas

Siguiendo la estela del trabajo de Nancy Fraser, muchas investigadoras feministas han analizado la afinidad entre el neoliberalismo y el feminismo, y han hecho un llamamiento a un planteamiento feminista, transformado y radical de los temas globales (Fraser 2009). Sostenemos que aspectos como el hambre, la malnutrición y la seguridad alimentaria deberían ser aspectos frontales y centrales en este enfoque feminista transformado. Fraser

sostiene que el enfoque feminista sobre el aumento de empleo remunerado para las mujeres «ha aportado un ingrediente clave del nuevo espíritu del neoliberalismo» (Ibid., 116) al modificar lo que comenzó como una crítica de la desigualdad de género en una justificación de los empleadores para unas prácticas de empleo flexibles que impulsan un capitalismo sin trabas. Sin embargo, lo que es más importante es que la inversión de esta crítica engaña a las mujeres, en especial a las profesionales, al percibir su trabajo asalariado como algo que va más allá de obtener unos ingresos, también lo perciben como el camino hacia un empoderamiento personal.

El empoderamiento de las mujeres ha estado unido a la acumulación del capital, bien intentando romper el techo de cristal, como trabajadoras temporales flexibles en agricultura o procesado de alimentos o bien con préstamos para microcréditos. Fraser impulsa a las investigadoras y activistas feministas a volver a centrarse en aspectos de justicia económica y eliminación de la pobreza. A pesar de la importante contribución de investigadoras como Vandana Shiva, muchas feministas han ignorado la inseguridad alimentaria y el hambre (Sachs 1983; Shiva 1989, 1991, 1993). Los cuerpos de las mujeres son con frecuencia lugares de malnutrición, tanto para ellas mismas como para sus hijos. Siguiendo la estela reivindicativa de Fraser buscamos redirigir la atención hacia el trabajo cosificado y a la prestación de cuidados.

En los países en desarrollo la mayor parte del trabajo no remunerado que realizan las mujeres, así como el trabajo de cuidar y atender, se centra en la provisión de alimentos. La imagen reconocible de las mujeres rurales portando leña y agua ilustra su enorme carga de trabajo pero es importante recordar que este trabajo está conectado con alimentar a sus familias. Desgraciadamente, en vez de encontrar formas de reducir esas cargas el planteamiento neoliberal sigue idealizando y colocando la responsabilidad de la desigualdad en los individuos. Tal y como sugiere Brenda Weber, tanto el neoliberalismo como muchas formas de feminismo priman el espíritu empresarial y la agencia individual como claves para resolver los aspectos sociales más importantes (Weber 2010). En la actualidad se realizan esfuerzos enormes dentro de la agricultura con el fin de promover la igualdad de género incrementando el acceso de las campesinas a los nuevos mercados. Los recientes esfuerzos de desarrollo agrícola promueven la implicación de las mujeres en cadenas de valor agrícola como medio de llevar a las mujeres al sistema de mercado capitalista e imbuirles los valores y prácticas que definen al empresariado infalible o al trabajador asalariado duradero. Muchas veces estos esfuerzos

implican el reclutamiento de mujeres a la hora de crear cadenas de valor para productos que, tradicionalmente, han producido ellas además de convertirse en «el rostro» de las iniciativas del comercio justo y ético.

Este planteamiento individual de salir adelante por tus propios medios puede ser útil para algunas mujeres, pero ese esfuerzo también debilita las luchas feministas, de clase y raciales por la solidaridad política. Weber hace un llamamiento a las feministas para alinearse con otros esfuerzos progresivos con el objetivo de crear un nuevo orden político poswestfaliano que aborde las injusticias junto con los ejes y escalas y que incluya abordar las injusticias a nivel global; algunas feministas ya están llevando estas ideas en direcciones transformadoras y nuevas. Lynne Phillips y Sally Cole distinguen entre dos tipos de feminismo en América Latina, un feminismo que orbita alrededor de Naciones Unidas y «otro feminismo mundial» que imagina un futuro transformador (Phillips y Cole 2009). Su argumento es que las feministas que trabajan en ambos escenarios luchan para mantener el género en las agendas de las instituciones masculinistas y movimientos sociales.

Las feministas implicadas en aspectos agrícolas y alimentarios luchan para mantener el género en la agenda de Naciones Unidas y de los movimientos sociales. En el sistema de Naciones Unidas, la FAO y el Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (FIDA) se encuentran las dos agencias principales que se centran en agricultura y alimentación; las feministas han logrado incluir en estas organizaciones políticas la transversalidad de género, mientras que quienes trabajan en «otro feminismo mundial» relacionado con la agricultura abordan las preocupaciones feministas bajo otros auspicios.

Otra intervención teórica feminista que prueba la utilidad de avanzar en nuestra idea sobre inseguridad alimentaria es la evolución teórica y el trabajo político sobre interseccionalidad. Este enfoque sobre «las dinámicas solapadas y conflictivas de raza, género, sexualidad, nación y otras desigualdades» se ha tomado por parte de investigadoras feministas, investigadores críticos de la raza y muchas otras disciplinas como una teoría, método y estrategia para comprender y cambiar los sistemas superpuestos de opresión basados en la raza, clase, etnia, sexualidad y género (Lykke 2011). En ocasiones la interseccionalidad se ha centrado en la identidad y subjetividad pero recientemente los investigadores han puesto el acento en las desigualdades políticas y estructurales (Cho et al. 2013).

Otros investigadores también han reclamado que se ponga el foco en las relaciones transfronterizas de la interseccionalidad y no únicamente en la interseccionalidad dentro de un país o estado-nación. Vrushali Patil sostiene que necesitamos pensar en los múltiples procesos a diferentes escalas que contribuyen al nacimiento de dinámicas locales particulares que tienen que ver con el género. Desde la perspectiva de la interseccionalidad redefinir estas dinámicas tan solo a través de la lente de la interseccionalidad nacional perpetuará un énfasis excesivo en las dinámicas e identidades locales. Necesitamos volver a reflexionar sobre la existencia de diferentes locales y globales, y pensar en locales en relación con diferentes procesos globales (Patil 2013).

Es esencial entender el modo en el que enlazan los sistemas de interconexión de clase, raza y etnia con las dinámicas transfronterizas a medida que intentamos abordar aspectos de seguridad alimentaria y soberanía alimentaria. Debido a que, muchas veces, el hambre y la inseguridad alimentaria convergen con las identidades marginales, es necesario especificar histórica y analíticamente las dinámicas de poder, estructurales y de género asociadas con los enfoques de la inseguridad alimentaria.

El enfoque de la ONU sobre la seguridad alimentaria y sus críticas

Tras la Segunda Guerra Mundial se dio un cambio económico, social y político muy significativo. Para las naciones imperiales esta coyuntura histórica marcó la necesidad de reconocer como «soberanas» a antiguas colonias y territorios independientes, además de tener que volver a definir las relaciones entre estas y su lugar en el orden internacional. Las herramientas que se utilizaron para «reordenar» estas relaciones no fueron solo políticas y económicas sino también de género. El proyecto de desarrollo situó a los hombres, exactamente a algunas formas particulares de masculinidad, en el epicentro de las relaciones sociales a través de formas redefinidas de gobernanza espacial y multiescalar (es decir, en el mercado, instituciones de comercio y organismos de regulación). Estos espacios relacionados con el género de poder difuminaron, consolidaron y normalizaron formas específicas de relaciones de género en espacio y tiempo confirmando a las masculinidades hegemónicas el privilegio de la invisibilidad. Tal y como hace ya algún tiempo que afirman muchas analistas feministas (Beneria 1999; Collins 1993; Connell 2005; Hooper 2001), desde esta perspectiva el modelo social, incluyendo el estado, las instituciones internacionales y el mercado, está lejos de ser neutral respecto a género.

De estas relaciones de poder y espacios de género es de donde ha surgido el marco de la seguridad alimentaria. Creado antes de que la mayoría de sus miembros hubiese ganado su independencia, la FAO de Naciones Unidas fue la encargada de organizar la agricultura y alimentación del mundo y abordar el problema del hambre (Escobar 1995). De este modo, la FAO promovió y supervisó la modernización de los sistemas agrícolas nacionales y «gestionó» los excedentes de productos agrícolas, en particular los de Estados Unidos (trigo, maíz y sorgo) canalizando esos excedentes agrícolas a antiguas colonias (FAO 1981, 173).

En la actualidad, la FAO y una serie de organizaciones internacionales organizan sus esfuerzos en torno a lo que identifican como los cuatro pilares de la seguridad alimentaria, disponibilidad, acceso, utilización y estabilidad (FAO 2011). En este marco el problema del hambre se aborda, principalmente, a través de soluciones basadas en el mercado que implican aumento de la producción agrícola global, el comercio internacional y la integración de mercado.

El primer pilar de la seguridad alimentaria, la disponibilidad, se mide a nivel global, nacional o regional. La disponibilidad alimentaria se refiere a la capacidad de los países para obtener suficiente cantidad de alimento para cubrir las necesidades diarias de la gente y se determina sin tener en cuenta la procedencia de los alimentos. El marco de la seguridad alimentaria no aborda por completo las causas de la falta de disponibilidad de alimentos desde una perspectiva de género ni tampoco aclara sus prácticas asociadas al género.

El acceso, el segundo pilar de la seguridad alimentaria, destaca la capacidad de los hogares de tener suficientes recursos para producir alimentos, comprar alimentos o recibir ayuda de alimentos. El acceso a los alimentos a nivel de unidad familiar se obtiene abriendo los mercados a las importaciones, aumentando la producción y, en algunos casos, fomentando la disposición global de excedentes de productos agrícolas. Esto afecta a la capacidad de las mujeres en particular para asegurar la seguridad alimentaria a largo plazo a nivel de ámbito doméstico. Aunque las campesinas producen en torno a un 40% de los alimentos del mundo, sufren discriminación en términos de acceso a la tierra, a servicios financieros, insumos adecuados, tecnología y educación agrícola. En muchos países las mujeres suelen contribuir con el grueso de su trabajo a la producción de

alimentos y ganadería para consumo doméstico, mientras que los hombres, normalmente, producen para el mercado. Un enfoque más adecuado se centra en aspectos de la desigualdad de género en el acceso a recursos de producción, agua y conocimiento que con frecuencia limitan la capacidad de la mujer de producir alimentos para sus hogares, un acceso que abordaría de forma mucho más adecuada las necesidades a largo plazo de disponibilidad de alimentos. No obstante, se tendría que conseguir en conjunto con una transformación radical de las relaciones de género y la redistribución de los recursos.

El tercer pilar del marco de la seguridad alimentaria, la estabilidad, pone el foco en la estabilidad, en el suministro de alimento en todas las estaciones y durante emergencias alimentarias y de otro tipo así como un precio estable de los alimentos. Desde esta perspectiva, la integración del mercado a través del libre comercio y los mercados abiertos, el cumplimiento de los derechos de propiedad intelectual y el énfasis en la agricultura orientada a la exportación, supone un suministro constante anual de alimentos al tiempo que la estabilidad de precios se basa en los mecanismos del mercado. Aun así, el aumento de precio de los alimentos debido a la especulación, al cambio climático y desastres naturales, entre otros, afecta a la gente pobre y a las mujeres de forma desmesurada. En los casos de desastre y emergencias alimentarias las mujeres pierden su capacidad de aportar semillas, ganado y alimento a sus familias. En situaciones de conflicto las mujeres y las niñas son más vulnerables a la violencia relacionada con el género y pueden no tener acceso a sus campos para cultivar o pastorear. En este contexto, un planteamiento desde la perspectiva de género para la estabilidad alimentaria daría prioridad de una forma más efectiva a las redes sociales seguras creadas para proteger a las mujeres y otras poblaciones marginadas a diversas escalas, incluyendo el núcleo familiar, la comunidad, la región y la nación.

La utilización de los alimentos, el último pilar del marco de la seguridad alimentaria se relaciona con la capacidad de los individuos de cubrir sus necesidades específicas nutricionales y de dieta. Si bien es importante posibilitar que los individuos cubran estas necesidades, la ingesta de calorías por sí sola no es suficiente para asegurar una dieta y nutrición adecuadas, sino que también la calidad de los alimentos, la seguridad y la nutrición, además de agua e higiene son parte esencial de la capacidad de cada individuo para utilizar los alimentos como forma de tener una vida sana. En

la mayoría de las sociedades las mujeres desempeñan un papel importante a la hora de transformar los alimentos disponibles en seguridad nutricional para los niños y otros miembros de la familia. Obviamente, las mujeres amamantan y si la lactancia se realiza en exclusiva durante los seis primeros meses de vida y continúa durante dos años con suplementos alimentarios los resultados de salud son mucho mejores para los bebés.⁴⁷ Además, las mujeres, tradicionalmente, asumen la responsabilidad de la preparación de los alimentos, cocina y provisión de agua e higiene dentro de la unidad familiar; un marco de la seguridad alimentaria desde una perspectiva de género debe abordar el modo en el que las relaciones de género desiguales en el hogar, en la comunidad y en otros círculos menoscaban la capacidad de las mujeres para cubrir las necesidades nutricionales de sus familias.

Desafiando el enfoque descendente de la seguridad alimentaria y las relaciones de poder sociales, económicas y geopolíticas que genera, se encuentra el movimiento de la soberanía alimentaria liderado por La Vía Campesina (Vía) y que está compuesto por pequeños y medianos campesinos y campesinas, la gente pobre de las zonas rurales, trabajadores agrícolas e indígenas. En contraste con el marco de seguridad alimentaria que lidera la FAO y otras entidades internacionales, la Vía sostiene que la inseguridad alimentaria no está causada por la escasez de alimentos, sino que las principales causas del hambre y la malnutrición son la distribución desigual de los alimentos, la tierra y otros recursos productivos, incluyendo agua y semillas. La Vía promueve una redefinición de alimentación y agricultura que tenga como base el derecho a las relaciones sociales agroalimentarias que conecte de forma directa con la gente, las comunidades y lugares o lo que ellos denominan «soberanía alimentaria» (Desmarais 2002; Windfuhr y Jonsen 2005; Wittman et al. 2010). El enfoque de la soberanía alimentaria de La Vía busca conseguir un control sobre los sistemas agroalimentarios locales que las antiguas colonias nunca han tenido en realidad.

47 UNICEF, "The Breastfeeding Initiatives Exchange," página web, <http://www.unicef.org/programme/breastfeeding>.

Estos dos marcos difieren en lo referente a los principios y mecanismos para abordar el hambre. Como producto de su trayectoria histórica, el marco de seguridad alimentaria de la FAO se basa en las estructuras de poder que no solo privilegian sino que no cuestionan la posición de las masculinidades hegemónicas a diversos niveles de la gobernanza política y económica, incluyendo las instituciones supranacionales, corporaciones transnacionales, élites de gobierno nacional y el mercado.

La soberanía alimentaria feminista

Mientras La Vía aún lucha con la desigualdad de género en sus filas no está ciega en cuanto a género y trabaja de forma activa para visibilizar el poder y el privilegio asociados a formas particulares de masculinidad. La perspectiva de La Vía es reincorporar los sistemas agroalimentarios al tiempo que se reconoce el papel de las mujeres en la agricultura, la familia y la producción agroecológica en la comunidad, así como la necesidad de combatir el patriarcado. Las campesinas y agricultoras participaron en el movimiento de la soberanía alimentaria desde sus inicios, el concepto de soberanía alimentaria es más fluido y tiene más matices que el concepto de seguridad alimentaria, que ha sido cuidadosamente definido por las instituciones agrícolas. Las mujeres dentro del movimiento a nivel de base han planteado las importantes dimensiones de género de la soberanía alimentaria.

En primer lugar, al valorar el trabajo agrícola de las mujeres, la responsabilidad en el suministro de alimentos y la contribución a la unidad familiar la soberanía alimentaria promueve un sistema alimentario basado en la agricultura a pequeña escala más que en sistemas de monocultivo a gran escala. En este contexto, se reconoce la contribución de la mujer al Sur global. Las mujeres del movimiento de la soberanía alimentaria insisten en que su trabajo de producción para el mercado, la familia y la producción social debe ser reconocido y valorado. Esto entra en relación directa con el enfoque del movimiento de la soberanía alimentaria respecto al control local de los recursos naturales, en especial la soberanía de las semillas y el rechazo a la privatización de los recursos genéticos de semillas y plantas (Kloppenborg, 2010). Además, la soberanía alimentaria valora el conocimiento de campesinas, campesinos y agricultores, en contraste con la privatización del cultivo de plantas que promueven las corporaciones transnacionales. Los aspectos de género son claves aquí ya que las mujeres tienen una historia larga y no reconocida a la hora de proteger las semillas y seleccionar las

plantas en muchas regiones del mundo. También es más probable que las mujeres de las zonas rurales produzcan una mayor diversidad de cosechas para el consumo familiar y los mercados locales que sus compañeros. El dilema aquí es de qué forma valorar la contribución de las mujeres a la unidad familiar y a la provisión local de alimentos sin reinscribir la tradicional responsabilidad de las mujeres en el aprovisionamiento de alimentos. Caro (2013) pone por delante la posibilidad de transformar el trabajo de hombres y mujeres en este ámbito a través del empoderamiento de género con el fin de desafiar esa única responsabilidad de las mujeres respecto al alimento a nivel de unidad familiar. La soberanía alimentaria también se centra en proteger el medio ambiente y reducir las emisiones de gases de efecto invernadero con el compromiso de acabar con la contribución de la agricultura al calentamiento global. Los estudios han demostrado que las campesinas de Estados Unidos son más proclives a utilizar prácticas agrícolas sostenibles y orgánicas (Trauger et al, 2008). Finalmente, las mujeres del movimiento destacan el derecho a un acceso igualitario a alimentos adecuados culturalmente y sanos a la par de hombres y niños. Las feministas que trabajan tanto en Naciones Unidas como en el movimiento de la soberanía alimentaria han promovido que se reconocieran estos aspectos de género y que se abordaran en todas las políticas, aun así, su implementación se retrasa.

Raj Patel sostiene que deberíamos utilizar el análisis feminista para «abrir de golpe una serie de prioridades importantes en torno a la soberanía alimentaria.» (Patel 2010, 193). Sugiere que se utilice la soberanía alimentaria para abordar las profundas desigualdades de poder basadas en sexo, raza y patriarcado además de poder de clase. Asumimos este reto y desarrollamos diversas posibilidades para un nuevo modelo de soberanía alimentaria feminista que incluya el apoyo a la producción de alimentos a múltiples escalas, revalorización del trabajo alimentario que alimenta a las familias y la provisión de buenos alimentos para todos.

El apoyo a la producción de alimentos a múltiples escalas

Un enfoque feminista de la soberanía alimentaria reconoce que la producción de alimentos ocurre a todos los niveles y escalas, que van desde la producción a gran escala, pequeña escala, explotaciones diversificadas hasta las huertas urbanas en tejados y terrazas. Un enfoque sensible al género es clave a la hora de considerar la escala de producción porque, en general, cuanto más pequeña es la explotación más probable es que las mujeres, en especial las de grupos raciales y etnias marginados, sean las que

cultivan y toman las decisiones. Nuestra sugerencia es que las instituciones de gobierno públicas y la sociedad civil tengan un papel y una responsabilidad a la hora de asegurar que el proceso de soberanía alimentaria feminista nace y prospera. Distinguimos estos papeles de acuerdo con la escala y proporcionamos algunos posibles ejemplos de lo que esto supondría.

Percibimos un papel para los gobiernos locales y nacionales a la hora de crear un entorno propicio para las mujeres campesinas y otros grupos marginados en todas las escalas, incluyendo a las productoras, las que realizan una agricultura de subsistencia, las que trabajan en huertos y las de producción urbana. Sugerimos que los mecanismos institucionales similares que se han utilizado para conceder subvenciones e incentivos fiscales a la agricultura orientada a la exportación o para atraer inversión extranjera directa, también se utilicen para conceder apoyo a las campesinas mencionadas anteriormente. Una forma de lograr esto es a través de presupuestos participativos a todos los niveles de gobierno que empodere a las comunidades para que se impliquen en el proceso de toma de decisiones referente a la distribución de fondos locales, estatales y nacionales, al tiempo que se crea un sistema mediante el que los gobiernos tengan que rendir cuentas a la gente. Además de asegurar los derechos de tenencia de la tierra a las mujeres, también vemos un papel importante para los gobiernos locales a la hora de proporcionar seguridad (en especial a mujeres y niñas) y espacios para que la gente cultive, especialmente en zonas urbanas. Al rediseñar físicamente en entorno construido a través de la zonificación y otras herramientas de planificación especial, es posible crear entornos particulares donde las mujeres, niñas y niños se sientan y estén, de hecho, seguras. Igualmente, herramientas como las ordenanzas de zonificación pueden promover la creación de huertos urbanos que no solo conecten a la gente con los alimentos sino a unos con otros. En los lugares en los que se ha socavado la capacidad a nivel local se pueden crear organizaciones no gubernamentales o grupos de comunidades para organizar esos espacios seguros.

Estos esfuerzos pueden dar como resultado redes de aprendizaje campesino a campesino lideradas por la comunidad, bancos de semillas para mujeres y viveros, por nombrar algunos. El énfasis se pondría en la diversidad de cultivos y en los sistemas humanos de producción animal así como la calidad nutritiva y el sabor de los alimentos. Para hacer realidad la seguridad alimentaria y la erradicación del hambre, los responsables

de las diferentes escalas de gobernanza (internacional, nacional, regional y local) deben tener muy en cuenta la reforma y redistribución de la tierra. Esto no será tarea fácil dada la larga y violenta historia de la desposesión de la tierra por parte de los gobiernos y de las élites económicas así como otras instancias actuales de acaparamiento de tierras. Mientras los gobiernos nacionales faciliten el proceso de desposesión de la tierra aprobando leyes que promueven la inversión directa externa y la acumulación de tierra por parte de unos pocos, será necesario contrarrestar estas formas de opresión a nivel local. Aunque seamos conscientes de que los gobiernos locales no son perfectos (corrupción y clientelismo son abundantes) eso no significa que los intereses de las comunidades son siempre opuestos a los de aquellos que están en el gobierno local. Más bien en situaciones de acaparamiento de tierra y de agricultura intensiva (y extensiva) puede haber intereses comunes que se pueden reforzar. Encontrar un espacio común es la forma de avanzar para afrontar la persistencia de las historias de desposesión con una base colonialista, racista y sexista que es necesario reparar.

Revalorar el trabajo relacionado con los alimentos para alimentar a la familia

Tanto Naciones Unidas como las feministas de la soberanía alimentaria reconocen que el trabajo de reproducción social que realizan las mujeres con los alimentos está infravalorado. No obstante, el gran dilema es de qué modo valorar el trabajo reproductivo de las mujeres con los alimentos incluyendo la lactancia, cocinar y preparación de alimentos sin reinscribir el estatus subordinado asociado con las divisiones tradicionales del trabajo en relación con el género. Una estrategia obvia es implicar a hombres y niños en la preparación de los alimentos y en cuestiones nutricionales. Puede que se tarde generaciones en reestructurar las relaciones tradicionales de género, por lo que es importante incorporar el entendimiento de que los papeles de género son fluidos. Este entendimiento da la oportunidad de reformular los sistemas educativos a todos los niveles de forma que los niños aprendan a involucrarse en todo tipo de actividades sin importar su sexo, que faciliten su aprendizaje del valor de esas actividades y que se comiencen a cuestionar los papeles tradicionales de género en casa y en la sociedad. Otra estrategia implica una redistribución más radical del trabajo y los recursos para asegurar que todas las mujeres y hombres tienen tiempo y recursos para proveer de alimento adecuado a sus familias. Esta trayectoria más radical implica repensar y redefinir los modelos heteronormativos de los núcleos familiares que llevan a la desigualdad en y entre las casas.

Como podemos ver tanto en los análisis de género de Naciones Unidas sobre los pilares alimentarios como en la crítica de las relaciones patriarcales en el movimiento de la soberanía alimentaria, en muchas regiones del mundo las limitaciones de las mujeres a nivel del hogar en la toma de decisiones relacionada con la producción, provisión y acceso de los alimentos impide soluciones al hambre y la malnutrición. Muchas de las posibilidades de reforzar los modelos de soberanía alimentaria feminista incluyen nuevos modelos de cocinas comunitarias, compartir la elaboración de los alimentos en las casas y un impulso para reorganizar la división del trabajo en el hogar que destaque lo positivo así como el trabajo de suministrar alimentos. Simultáneamente a la búsqueda del reconocimiento y los derechos de los pequeños campesinos y campesinas deben realizarse esfuerzos para mejorar los derechos, ingresos y beneficios de los trabajadores agrícolas y alimentarios en el complejo industrial alimentario. Muchas veces las trabajadoras forman el núcleo y el nivel más bajo en las explotaciones y en el procesado de alimentos (Allen y Sachs 2007). Las empresas en el Sur global se basan en las trabajadoras para conformar una fuerza de trabajo flexible, temporal, estacional e informal para cultivos de alto valor (Sachs y Alston 2010; Patel-Campillo 2010). La contratación de mujeres en estos puestos se ha justificado con la responsabilidad de las mujeres en la reproducción social, lo que se interpreta como que no necesitan tanto tiempo en empleos formales (Raynolds 2002; Bain 2010). Las prácticas comunes de los gobiernos nacionales y las empresas suponen, con frecuencia, la flexibilización de las prácticas de empleo, el incremento de la carga de trabajo individual y la productividad del trabajador manteniendo salarios artificialmente bajos y cambiando las leyes relativas al trabajo, lo que incluye la ampliación de la jornada laboral para ahorrar las horas extras a las empresas. Estas prácticas de producción y leyes nacionales relacionadas con el trabajo, que van en contra del trabajador, se justifican con frecuencia con la necesidad de competitividad en los mercados globales (Patel-Campillo 2012). Un planteamiento reforzado de la soberanía alimentaria feminista desmitificaría y desbarataría los discursos e ideologías dominantes que permiten que dichas prácticas tengan lugar. No solo deberían realizarse esfuerzos para promover salarios justos para mujeres y hombres, proporcionar empleo adecuado, condiciones de trabajo adecuadas y seguridad laboral, sino que también deberían realizarse esfuerzos para disminuir el énfasis de los objetivos neoliberales tales como el aumento de la productividad del trabajador y centrarse, en cambio, en la calidad de vida y de los alimentos. Dado que los gobiernos locales rurales se enfrentan con frecuencia a presiones relacionadas con la flexibilización

del empleo en la agroindustria, consideramos que el papel de los gobiernos locales es el de limitar estas prácticas legislando, a nivel local, aumentos de salario, utilizando la planificación espacial con vistas a limitar los efectos adversos del impacto social y medioambiental que con frecuencia se asocia con los monocultivos intensivos, y quizá incluso construir alianzas políticas y económicas horizontales con otros municipios que se enfrentan a problemas similares. También consideramos el papel de las redes de solidaridad locales e internacionales como promotoras de una redistribución justa junto con las cadenas de valor además de educar a los consumidores en los mercados prósperos, en particular a las generaciones más jóvenes, respecto al coste social, económico y medioambiental del consumo y el despilfarro.

Suministrar buenos alimentos para todos

Los gobiernos y organizaciones locales, nacionales e internacionales deben comprometerse con suministrar alimento a todos independientemente de sus ingresos, género, raza, etnia y edad. Los programas patrocinados por el Estado deben proporcionar recursos para una dieta diversa y nutritiva para los más vulnerables y acabar con los programas de despilfarro de alimentos que son dañinos para los productores, campesinas y campesinos locales. Aunque la ayuda alimentaria puede proporcionar asistencia en momentos críticos de crisis, algunos tipos de ayuda alimentaria, especialmente la ayuda alimentaria de Estados Unidos, se ha utilizado para deshacerse de los excedentes al enviarla a países en desarrollo distorsionando los precios en esos mercados y que puede tener un impacto negativo sobre los campesinos y campesinas locales más pobres. La asociación entre campesinos y campesinas, bancos de alimentos locales y programas de alimentos del gobierno podrían proporcionar una alimentación más sana a la gente vulnerable al tiempo que apoyan la agricultura local y regional.

A nivel del hogar y la comunidad podemos reforzar, inculcar y fomentar el gusto por los alimentos frescos, la cocina local y los lazos sociales a través de comidas de toda la comunidad al aire libre, concursos y celebraciones en los que se incentive a hombres y niños a aprender a cocinar y participar en público con sus familias. Trasladar la cocina de la esfera «privada» y relacionada con el género al espacio público puede tener un efecto catalizador para valorar las actividades que se han asociado tradicionalmente con las mujeres. Los métodos de producción agrícola sostenibles producen alimentos más sanos, reducen la exposición a los pesticidas de las personas que trabajan tanto en la producción como en el procesado de alimentos, y protege la calidad

del agua. El incremento de la producción de alimentos en las ciudades que destaca cadenas de valor cortas y la producción local sería de especial ayuda para las mujeres productoras. Organizaciones como *Black Urban Growers* (BUGS) celebran y apoyan a aquellas personas negras que producen a nivel urbano y reivindican nuevos tipos de paisajes urbanos en Estados Unidos. Las mujeres juegan papeles clave en la agricultura urbana al producir vegetales y carne en huertos y pequeños terrenos en muchas ciudades del Sur global, como India, Filipinas, Ghana, Kenia y Perú (Hovorka et al. 2009).

Sin embargo, muchos de estos esfuerzos no son reconocidos y es necesario realizar más esfuerzos por parte de las autoridades y planificadores de la ciudad para proporcionar tierra y otros recursos que supongan un apoyo a los esfuerzos de las mujeres en agricultura urbana. Resolver asuntos como el hambre y la malnutrición requiere reconocer y abordar las dinámicas solapadas y conflictivas de raza, género, clase, sexualidad y ciudadanía relacionadas con la desigualdad alimentaria. Tanto la soberanía alimentaria como otros movimientos de justicia social (como los movimientos de justicia alimentaria) (Holt-Giménez 2011) destacan desigualdades basadas en raza y etnia pero serían más efectivas si trasladasen los aspectos de género y feminismo desde los márgenes al centro. Además del trabajo a nivel local, los esfuerzos de la soberanía alimentaria feminista tienen que continuar para transformar las instituciones agrícolas, alimentarias y de desarrollo, incluyendo las agencias de Naciones Unidas, ministerios de agricultura e instituciones de investigación agrícola nacionales e internacionales. Años de mujeres y desarrollo, género y desarrollo y transversalidad de género han penetrado muy poco en las políticas agrícolas y en las agendas de investigación. Las feministas que trabajan en estas instituciones han promovido la importancia de las cuestiones de género en su reivindicación de un enfoque sobre la calidad y la diversidad alimentaria que mejore la salud de la gente y un ecosistema más grande. Aunque algunas de estas instituciones han respondido con enfoques de transversalidad, es vital que el género se coloque en el centro para resolver el hambre y la desnutrición.

Referencias

- Allen, Patricia y Carolyn Sachs. 2007. "Women and Food Chains: The Gendered Politics of Food," *International Journal of Food and Agriculture* 5, no. 1: 1–23.
- Bain, Carmen. 2010. "Structuring the Flexible and Feminized Labor Market: GlobalGAP Standards for Agricultural Labor in Chile," *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 35, no. 2: 243–70.

- Beneria, Lourdes. 1999. "Globalization, Gender and the Davos Man," *Feminist Economics* 5, no. 3: 61–83.
- Cho, Sumi, Kimberle Williams Crenshaw, y Leslie McCall, 2013. "Toward a Field of Intersectionality Studies: Theory, Applications, and Praxis," *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 38, no. 3: 785–810.
- Coleman-Jensen, Alisha, Mark Nord, y A. Singh. 2013. Household Food Security in the United States in 2012, Economic Research Report no. ERR -155, Washington, DC: USDA.
- Collins, Jane. 1993. "Gender, Contracts and Wage Work: Agricultural Restructuring in Brazil's Sao Francisco Valley," *Development and Change* 24, no. 1: 53–82.
- Connell, Raewyn. 2005. "Change among the Gatekeepers: Men, Masculinities, and Gender Equality in the Global Arena," *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 30, no. 3: 1801–25.
- Caro, Pamela. 2013. "Gender Equality and Women's Rights in the CLOC-Vía Campesina Movement" (studio de caso para BRIDGE/IDS Cutting Edge Pack: Gender and Social Movements), disponible: <http://socialmovements.bridge.ids.ac.uk/sites/socialmovements.bridge.ids.ac.uk/files/case-studies/VC%20case%20English.pdf>. Consultado el 3 de oct. 2014.
- Desmarais, Annette. 2002. "The Vía Campesina: Consolidating an International Peasant and Farm Movement," *Journal of Peasant Studies* 29, no. 2: 91–124.
- Escobar, Arturo. 1995. "The Dispersion of Power: Tales of Food and Hunger," en su *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World*, Princeton, NJ: Princeton University Press.
- FAO. 2011. *El estado mundial de agricultura y alimentación: Las mujeres en la agricultura: Cerrar la brecha de género en aras del desarrollo*, Roma: FAO.
- Fraser, Nancy. 2009. "Feminism, Capitalism and the Cunning of History," *New Left Review* 56 marzo-abril: 97–117.
- Holt-Gimenez, Eric. 2011. "Food Security, Food Justice, and Food Sovereignty?" in *Cultivating Food Justice: Race, Class, and Sustainability*, ed. Alison Hope Alkon y Julian Agyeman, Cambridge, MA: MIT Press.
- Hooper, Charlotte. 2001. *Manly States: Masculinities, International Relations, and Gender Politics*, New York: Columbia University Press.
- Hovorka, Alice, Henk de Zeeuw, y Mary Njenga, (eds.), 2009. *Women Feeding Cities: Mainstreaming Gender in Urban Agriculture and Food Security*. Warwickshire, UK: Practical Action.
- Kloppenburg, Jack. 2010. "Impeding Dispossession, Enabling Repossession: Biological Open Source and the Recovery of Seed Sovereignty," *Journal of Agrarian Change*, 10, no. 3: 367–88.
- Lykke, Nina. 2011. "Intersectional Analysis: Black Box or Useful Critical Feminist Thinking Technology," en *Framing Intersectionality: Debates on a Multi-faceted Concept in Gender Studies*, (eds.) Helma Lutz, Maria Teresa Herrera Vivar, y Linda Supik, Farnham, VT: Ashgate: 207–21.
- Patel, Raj. 2010. "What Does Food Sovereignty Look Like?" en Wittman, Hannah, Annette Desmarais, y Nettie Wiebe, (eds.), 2010. *Food Sovereignty: Reconnecting Food, Nature and Community*. Oakland, CA: Fernwood: 186–96.

- Patel-Campillo, Anouk. 2010. "Agro-Export Specialization and Food Security in a Sub-National Context: The Case of Colombian Cut Flowers," *Cambridge Journal of Regions, Economy and Society* 3 (1): 279–94.
- _____. 2012. "The Gendered Production-Consumption Relation: Accounting for Employment and Socioeconomic Hierarchies in the Colombian Cut Flower Global Commodity Chain," *Sociologia Ruralis* 52, no. 3: 272–93.
- Patil, Vrushali. 2013. "From Patriarchy to Intersectionality: A Transnational Feminist Assessment of How Far We've Really Come," *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 38, no. 4: 847–67.
- Phillips, Lynne y Sally Cole. 2009. "Feminist Flows, Feminist Fault Lines: Women's Machineries and Women's Movements in Latin America," *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 35, no. 1: 185–211.
- Phillips, R. W. 1981. *FAO: Its Origins, Formation and Evolution 1945–1981*, Rome: FAO.
- Raynolds, Laura. 2002 "Wages for Wives: Renegotiating Gender and Production Relations in Contract Farming in the Dominican Republic," *World Development* 30, no. 5: 783–98.
- Sachs, Carolyn. 1983. *Gendered Fields: Women, Agriculture and Environment*, Boulder, CO: Westview Press.
- Sachs, Carolyn y Margaret Alston. 2010. "Global Shifts, Sedimentations, and Imaginaries: An Introduction to the Special Issue on Women and Agriculture," *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 35, no. 2: 277–87.
- Shiva, Vandana. 1989. *Staying Alive: Women, Ecology and Development*, London: Zed Books.
- _____. 1991. *The Violence of the Green Revolution: Third World Agriculture, Ecology, and Politics*, London: Zed Books.
- _____. 1993. *Monocultures of the Mind: Perspectives on Biodiversity and Biotechnology*, London: Zed Books.
- Trauger, Amy, Carolyn Sachs, Mary Barbercheck, Nancy Ellen Kiernan, Kathy Brasier, y Jill Findeis. 2008. "Agricultural education: Gender identity and knowledge Exchange," *Journal of Rural Studies*, 24, no 4, Oct: 432-39.
- Weber, Brenda R. 2010. "Teaching Popular Culture through Gender Studies: Feminist Pedagogy in a Postfeminist and Neoliberal Academy?" *Feminist Teacher* 20, no. 2: 124–38.
- Windfuhr, Michael y Jennie Jonsen. 2005. *Food Sovereignty: Towards Democracy in Localised Food Systems*, Warwickshire, UK: ITDG.
- Wittman, Hannah, Annette Desmarais, y Nettie Wiebe, (eds.), 2010. *Food Sovereignty: Reconnecting Food, Nature and Community*. Oakland, CA: Fernwood,.
- World Food Program (WFP), 2013. «Saber más sobre el hambre» Página web del Programa Mundial de Alimentos. Disponible en: <http://www.wfp.org/hunger,2013>.

EL CONOCIMIENTO DE LAS MUJERES QUE TRANSFORMA LA SOBERANÍA ALIMENTARIA: EL MOVIMIENTO COOPERATIVO Y LAS SEMILLAS INDÍGENAS DE LA ASOCIACIÓN DE MUJERES CAMPESINAS DE COREA (KWPA)

Hyo Jeong Kim

Introducción

La soberanía alimentaria está en código rojo en Corea del Sur. Este país se ha convertido en el segundo mayor importador del mundo de cosechas modificadas genéticamente. Es más, el actual gobierno ha anunciado una política de comercialización para cosechas modificadas genéticamente que incluye el arroz, un alimento básico para la gente de Corea. El país también ha sido testigo de un fuerte descenso de la agricultura en las últimas décadas, el porcentaje de campesinas y campesinos entre la población total ha pasado del 50% en la década de 1970 hasta un 7% (o menos) en la década de 2010, y más de una cuarta parte del terreno dedicado a agricultura ha desaparecido en ese mismo periodo (Statistic Korea, 2015). En los últimos 45 años, los ingresos anuales de una explotación se han multiplicado por 51, pasando de 180 dólares americanos a 9.180 dólares americanos, mientras que la deuda se ha incrementado más 1.710 veces pasando de 15 dólares a 25.650 dólares (Statistic Korea, 2016). Resumiendo, el sector agrícola de Corea del Sur se ha desintegrado rápidamente durante el proceso de industrialización y el país se está integrando cada vez más en el sistema agroalimentario global (Yoon, Song y Lee, 2013). El autoabastecimiento de cereal de Corea del Sur que era de más de un 70% a mediados de la década de 1970 se encuentra ahora en un 20% aproximadamente. Este nivel de autoabastecimiento alimentario, en general, sin contar el cereal es de tan solo un 3,7%; de hecho, Corea del Sur es un país muy dependiente de la importación de alimentos por parte de las grandes corporaciones alimentarias globales, que ahora supone más de un 60% de los alimentos consumidos (Lee, Song y Kim 2009, 58).

Otro aspecto muy importante que se destaca en este capítulo es la feminización de la pobreza y la agricultura en Corea del Sur. Las campesinas

suponen aproximadamente un 80% de la mano de obra agrícola (Statistics Korea, 2013), esto significa que para entender la forma en la que funciona el sistema alimentario tenemos que entender la experiencia de las campesinas, la mayoría de productoras en Corea. A pesar de su alto nivel de empleo en la agricultura, alrededor de un 73% de las campesinas no tiene tierra (Ibid); la mitad de las mujeres coreanas tienen más de 60 años y sus ingresos mensuales se encuentran por debajo de los 400 dólares americanos en comparación con el promedio nacional de ingresos mensuales de 3.400 dólares americanos (Statistic Korea, 2008). Debido a la desigualdad de género y a la cultura patriarcal los derechos económicos de las campesinas se respetan muy poco y para sumar aún más dificultades a esta situación las campesinas a pequeña escala —en especial campesinas mayores que son mayoría en las zonas rurales— no pueden vender sus productos porque están excluidas de las redes de distribución de alimentos. Los sistemas de distribución de alimentos están dominados por productores a gran escala y sirven tanto a establecimientos minoristas como a supermercados.

Por lo tanto, es importante desarrollar y mantener las ventas de alimentos locales con el fin de promover el acceso a los mercados de los campesinos a pequeña escala (de las mujeres especialmente). En general, la feminización de la pobreza y la agricultura supone que las campesinas, que representan mayoría en la agricultura, están muy marginadas. En este capítulo se exploran algunas iniciativas que han surgido en respuesta a estos retos a los que se enfrenta el movimiento de la soberanía alimentaria en Corea del Sur.

El movimiento de conservación de las semillas indígenas

Desde la década de 1970 la agricultura de Corea del Sur se ha industrializado a través de la Revolución verde y el movimiento *Saemaeul* (nueva comunidad) que fueron promovidas por el régimen militar autocrático. A los campesinos y campesinas se les obligó a formar parte de este proyecto de desarrollo y se prescindió de sus conocimientos y habilidades indígenas, y durante más de cuatro décadas se ha ignorado y debilitado su sistema y valores agrícolas locales.

Como alternativa al movimiento *Saemaeul*, el movimiento de la soberanía alimentaria y el discurso de Corea del Sur han estado liderados por grupos de campesinos y campesinas como la KWPA (Asociación de Mujeres Campesinas de Corea) y la KPL (Liga Campesina de Corea) después de convertirse en miembros de La Vía Campesina en 2004. El reconocimiento de las semillas

indígenas como una alternativa importante a los organismos modificados genéticamente (OMG) ha crecido desde mediados de la década de 2000 en Corea del Sur. La KWPA se dedica especialmente a la conservación de las semillas indígenas en las comunidades campesinas. Este enfoque pone de relieve el conocimiento de las campesinas al que tradicionalmente se ha menospreciado pero que ahora se reinterpreta como un pilar básico del movimiento de la soberanía alimentaria en el país.

La mayoría de las activistas de la KWPA son parte de una tendencia de vuelta a la tierra, una tendencia en la que mucha gente está volviendo de las ciudades a las zonas rurales para dedicarse a la agricultura. Al haberse acostumbrado al sistema de agricultura industrial compraban todo el material para la agricultura, desde semillas a fertilizantes incluso para la agricultura orgánica; debido a la pérdida de conocimiento no sabían cómo cultivar las semillas indígenas de modo que intentaron llevar a cabo una investigación de campo para buscar y reunir las semillas indígenas y el conocimiento de las abuelas (las *hal-mo-ni*) de sus comunidades rurales. Fue una oportunidad de reunirse y aprender a través de generaciones de campesinas. Mujeres de entre 30 y 50 años volviendo a la agricultura donde podían aprender de las viejas generaciones de campesinas que habían sido agricultoras durante más de 40 años. Al mismo tiempo, el interés de las generaciones más jóvenes ayuda a reconsiderar el papel de las campesinas, que había sido infravalorado y habían sido excluidas del sistema económico de mercado capitalista en el proceso de modernización.

El movimiento de semillas indígenas se ha expandido a través de diversos proyectos de las campesinas de la KWPA, jóvenes y mayores, a más de 50 ciudades y 8 provincias de todo Corea del Sur. Ellas recogen y cultivan semillas indígenas y registran el conocimiento indígena de las abuelas campesinas, las *hal-mo-ni*, de sus comunidades locales; además, celebran campañas y festivales de semillas indígenas.

Para desarrollar el movimiento de las semillas indígenas tienen que darse dos condiciones indispensables, por un lado las semillas indígenas de la comunidad local y por otra parte el conocimiento de las campesinas que han estado cultivando estas semillas durante mucho tiempo. Algunas mujeres han mantenido su forma ancestral de agricultura a través del proceso de industrialización de la agricultura. Sus características comunes son que tienen explotaciones a pequeña escala y más de 60 años (Kim, 2010; Kim, 2011). El

gobierno de Corea del Sur desarrolló una política agrícola para agricultura a gran escala en la Revolución verde de la década de 1970, para recibir apoyo del gobierno las campesinas y campesinos debían disponer de un terreno grande y capital para adquirir maquinaria y sistemas de riego. Sin embargo, algunos campesinos y campesinas se mantuvieron como productores a pequeña escala y también mantuvieron sus prácticas agrícolas indígenas porque no podían participar de forma activa en el programa gubernamental por falta de capital. En estos casos, las campesinas en particular, han sido las protectoras de las semillas indígenas.

¿Qué significa el conocimiento de las mujeres para la soberanía alimentaria?

1. Separación de género del trabajo y de la gestión de las semillas

Un viejo dicho coreano reza: «un campesino nunca come sus semillas, incluso si se está muriendo de hambre». Las semillas son el origen de la agricultura y son recursos valiosos para mantener los cultivos del año siguiente. Por lo tanto, era importante reunir y seleccionar las mejores semillas y mantenerlas para la siguiente siembra. Tradicionalmente las mujeres eran las que guardaban y reproducían las semillas y preparaban todo para la siguiente temporada. Las semillas seleccionadas, que se habían adaptado al clima y al suelo local, contenían el conocimiento, la habilidad y el saber hacer de muchas generaciones de mujeres campesinas. La separación de género del trabajo que rodea a las semillas se puede entender de forma similar al papel de la mujer como cuidadora, cuidando de la familia y la reproducción social. Históricamente las mujeres han mantenido las semillas como parte de su papel en el trabajo doméstico; el trabajo relacionado con las semillas se desarrollaba la mayor parte del tiempo en lugares de trabajo de la mujer, como el jardín, el patio, la cocina y cobertizo. Por tanto, el conocimiento indígena con respecto a las semillas se ha transmitido y manifestado en las experiencias vividas por las campesinas.

De todos modos ¿eran las mujeres, de forma natural u original, buenas en el cuidado y gestión de las semillas? El debate entre el esencialismo y el construccionismo revela puntos de vista conflictivos en cuanto a la labor de las mujeres como cuidadoras y madres. Sin embargo, muchas mujeres jóvenes, activistas campesinas, se han visto empoderadas en su papel de protectoras y reproductoras de semillas al destacar la perspectiva esencialista del papel de la mujer. Ellas defienden que el jardín y la huerta son lugares de trabajo de las mujeres y que las mujeres son buenas en su labor de proteger las semillas por su inherente «sensibilidad ecológica».

Es un instinto similar al de la maternidad. No es por la separación de género del trabajo, se debe a una sensibilidad ecológica. Las mujeres son mejores que los hombres en el cuidado y la alimentación. Las campesinas no recibieron ninguna formación sobre el cultivo de semillas pero son expertas. (Keum Soon Yoon, campesina orgánica y activista de la KWPA, zona de *Seong-Ju*)

Keum Soon Yoon destacó que el papel de la mujer de cuidar y criar está en conexión con la sensibilidad ecológica, explicó que esta conexión empoderó a las campesinas a participar en el movimiento de protección de las semillas indígenas. Las campesinas no se identificaron como productoras neutras sino como mujeres productoras que son ecológicamente buenas en el cuidado de entidades vivas. Esta identificación como mujeres productoras les ayudó a ver el cuidado y la maternidad de un modo positivo.

Aun cuando las campesinas han producido biodiversidad y han mantenido las semillas, se les ha tratado como extrañas en la sociedad patriarcal. Es más, el trabajo y el conocimiento de la mujer nunca se han valorado y visibilizado en el contexto de una ciencia objetiva y valor neutral, que se ven reforzados por la autoridad masculina (Chang, 1996: 180). En este contexto el trabajo y el conocimiento de la mujer se han visto como parte de un comportamiento natural o de la naturaleza (Shiva y Mies, 1993). Sin embargo, para muchas campesinas coreanas la gestión de las semillas refleja que la separación de género del trabajo no son meras tareas añadidas a mujeres que ya están de por sí sobrecargadas de trabajo. En el movimiento de la soberanía alimentaria estas formas de cuidado y maternidad de las mujeres se perciben como una parte positiva de la identidad de las campesinas.

2. Conocimiento de la biodiversidad basada en la naturaleza

Muchos grupos locales de mujeres ponen en marcha y gestionan muchos estudios relacionados con la protección de la biodiversidad agrícola. En India, las mujeres han puesto en marcha y se han involucrado en una serie de proyectos de adaptación que suponen la recuperación de las semillas tradicionales y el establecimiento de bancos comunitarios de semillas. En Sri Lanka, un proyecto liderado por mujeres ha estado promoviendo el cultivo de raíces y tubérculos indígenas, agricultura orgánica y gestión integrada de las plagas así como un banco de semillas (Equator Initiative, 2008). El papel de la mujer y sus conocimientos son vitales para biodiversidad agrícola (Shiva, 1994; Zweifel, 1997; Howard, 2003).

La agricultura tradicional no se separó de su entorno natural, con las actividades de producción agrícola las campesinas mantuvieron el medio de subsistencia. La labor agrícola fue una actividad rutinaria y la forma de cultivar el entorno. A través de la agricultura la gente cuidaba de sus familias y su medio de vida; más abajo se puede ver un diario de observación participativa de la zona de Hoengseong en el que se muestra el conocimiento de las campesinas sobre la biodiversidad, un aspecto clave de la agroecología.

Hoengseong se sitúa en una zona montañosa de modo que campesinas y campesinos intentaban utilizar los terrenos pequeños de forma efectiva para producir más. Las campesinas, principales guardianas de las huertas, plantaban soja y sésamo entre el maíz, de modo que la recogida y corte del maíz coincidía con el mejor momento para la soja y el sésamo por la cantidad de sol que recibían. Los tallos del maíz que se cortaba servían para alimentar a las vacas. De todos modos, no es fácil moverse entre el maíz para plantar semillas de soja y sésamo; al mismo tiempo que insertaban los plantones en la tierra iban quitando las malas hierbas y los plantones son delicados así que debe hacerse con mucho cuidado y plantarlos bien. Las *Hal-mo-ni* también plantaban soja y sésamo alrededor de los plantíos de arroz así como lechugas indígenas coreanas entre las cosechas de chile (En la explotación de Ae-gi Jeong, zona de Hoengseong , 29 de julio de 2010)

Ae-gi Jeong es una anciana de 83 años que trabaja una pequeña parcela de tierra con semillas indígenas de acuerdo con los ciclos naturales. Trabaja una parcela característica de montaña, no es un método que ella se haya inventado sino que es un método común en zonas montañosas como Hoengseong. Este método refuerza más la fertilidad del suelo que el monocultivo. El debilitamiento de los sistemas de biodiversidad va de la mano del debilitamiento del conocimiento de las mujeres y de su poder relacionado con ese conocimiento.

La industria agrícola aporta un conocimiento estándar y científico así como algunas habilidades solo para ciertos grupos, no obstante, las *hal-mo-ni* han cultivado la tierra con sus habilidades, conocimiento y experiencia indígenas basados en su comprensión del entorno natural. Muchas de ellas son analfabetas pero conocen el lenguaje natural del entorno; las campesinas han adquirido sus conocimientos por visión y por instinto no por herramientas

científicas o máquinas para saber cuál era el momento, el tiempo y la tierra adecuada para plantar. Este conocimiento era el conocimiento profesional que necesitaban aun cuando no estuviera registrado, publicado y apoyado por estudios científicos. Muchas de las campesinas que cultivan semillas indígenas no son activistas medioambientales pero sus vidas tienen raíces en la ecología y la biodiversidad.

3. Conocimiento complejo basado en la práctica diaria

Corea del Sur era una sociedad agrícola antes de su fuerte proceso de modernización, la mayoría de las mujeres vivían como campesinas en comunidades agrarias siguiendo los ciclos naturales para sobrevivir. Bajo la cultura patriarcal del confucianismo las mujeres asumieron todas las tareas de reproducción familiar como el embarazo, parto, tareas de cuidado y trabajo doméstico incluyendo la siembra de alimentos. En este periodo las mujeres proveyeron de alimento y ropa a sus familias y habitantes de sus aldeas como medio de subsistencia. Las mujeres guardaban y gestionaban las semillas, tejían ropa y preparaban alimentos de acuerdo con su propia cultura y conocimiento indígena.

La agricultura indígena estaba conectada con el trabajo doméstico, por ejemplo, las campesinas cultivaban varios tipos de legumbres para salsas, tofu y tartas de arroz y cada legumbre tenía un sabor y función diferentes. Parte del sorgo era para alimento mientras que el sorgo alto se utilizaba para haces escobas; en contraste con la actual agricultura dirigida a obtener beneficios, la producción de subsistencia ha respondido históricamente a las diversas necesidades relacionadas con la vida diaria.

La labor agrícola de las mujeres no es siempre visible, en gran parte esto se debe a la combinación de múltiples tareas que realizan al mismo tiempo. Cuando una campesina va al huerto a por vegetales para preparar la comida para su familia, quita las malas hierbas y alimenta al ganado; las campesinas desarrollan tareas diferentes según las condiciones del suelo, clima y cosechas. Las mujeres desempeñan un papel muy importante en la selección, producción, cosecha, almacenamiento y procesado de semillas, y también las cocinan (GRAIN 2000).

Sin embargo, estas habilidades tradicionales se han perdido de forma gradual en la transición de la sociedad agrícola a la sociedad industrial urbanizada en el proceso de modernización en Corea del Sur. A medida

que ha avanzado el desarrollo de la tecnología y la transición a la sociedad industrial, el resultado ha sido la descualificación de la agricultura y menos incentivos para que las mujeres continuasen con los medios tradicionales de trabajo de subsistencia como tejer ropa y gestionar semillas. La gente del campo ahora puede comprar ropa, semillas y fertilizantes en los mercados contribuyendo así a una reestructuración del trabajo rural. Por un lado, el trabajo agrícola se ha centrado sobre todo en la producción profesional por valor monetario y, por otro lado, el trabajo doméstico y de cuidados se ha separado de la agricultura. Esto implica un alejamiento del conocimiento y habilidades indígenas que representaban los sistemas integrados locales de producción, cultura y medioambiente. En este nuevo contexto, se han devaluado y minado las prácticas tradicionales de protección de las semillas y prácticas agrícolas.

4. Conocimiento y experiencia basados en la cultura comunitaria

La sociedad agrícola tradicional de Corea del Sur se basaba en la familia y en la comunidad en relación con el entorno natural. Campesinas y campesinos trabajaban juntos en los *dure* (grupo cooperativo) y en los *poom-a-shi* (intercambio de trabajo). En la actualidad una de las formas principales de adquirir nuevas habilidades y conocimientos es a través de la educación forma en la sociedad moderna, en contraste con las comunidades agrarias tradicionales que aprendían de la experiencia de los más mayores dentro de la comunidad.

Las mujeres eran las que gestionaban y seleccionaban las semillas y gran parte de este conocimiento tiene género y pasó de generación a generación de madres y suegras a hijas y nueras. Cada proceso desde la siembra a la recolección requería el conocimiento específico de las mujeres de la casa, sus conocimientos y las semillas se han entrelazado con las realidades del clima, tierra y entorno natural locales. Este conocimiento se ha compartido en la comunidad y ha pasado a la siguiente generación. La gente intercambiaba buenas semillas y conocimientos útiles para la agricultura que procedían de años de experiencia y contribución de toda la comunidad. En este sentido, las semillas han pasado por las manos de todos los miembros de la comunidad, especialmente de las mujeres y se trataron como una suerte de propiedad pública. Las explotaciones con semillas de la comunidad están reactivando este tipo de forma de compartir.

Por lo tanto, el conocimiento indígena en cada comunidad parte de la herencia de cada lugar. Esta herencia se nutre históricamente de las relaciones formadas a través de la agricultura, ganadería y horticultura así como a través de las preciosas semillas (Nabhan, 2010). La expansión de la agricultura industrial, con los años, ha reestructurado los sistemas agrícolas y la cultura indígenas. La agricultura industrial ha venido de la mano del discurso de desarrollo patriarcal, que justifica la ceguera de género basándose en la objetividad de la ciencia occidental (Braidotti et al, 1994; Mellor, 1998). No obstante, las mujeres han sobrevivido como las guardianas de la experiencia biocultural y el conocimiento inherente a los espacios y acciones particulares. Muchas de estas campesinas continúan cuidando pequeños huertos empleando su conocimiento, experiencia y habilidades que no están registradas ni reconocidas como parte predominante del desarrollo agrario.

Los retos del movimiento de la soberanía alimentaria

1. La falta de conocimiento respecto a las semillas indígenas

Jóvenes campesinas activistas comenzaron a cultivar semillas indígenas por primera vez a través del movimiento de conservación de semillas indígenas. Para algunas campesinas que habían cultivado con diferentes métodos durante más de 20 años no fue fácil volver al cultivo con semillas indígenas; es más, con las semillas denominadas «*terminator*» que solo se pueden utilizar o vender una vez, cultivarlas, seleccionarlas y conservarlas no fue tarea fácil. Además, existen diferentes modos de seleccionar y conservar las semillas dependiendo de si la tarea se realiza en solitario o en grupo.

En realidad, somos expertas cuando hablamos de nuestro propio cultivo, al igual que cuando hablo de criar cerdos o cultivar lechugas soy una experta cuando hablo de monocultivos. Sin embargo, yo era una principiante a la hora de cultivar y reproducir semillas indígenas. (Mee Kyoung Kim, campesina orgánica y activista de la KWPA de la zona de Hamahn)

Una de las jóvenes campesinas, Mee Kyoung Kim, dijo que el cultivo con semillas indígenas era difícil de dominar. Era difícil cultivar diferentes semillas sin conocimiento y experiencia pero, lo más importante, era necesario que se esforzaran por aprender a cultivarlas. La mayoría de las campesinas jóvenes tenían problemas a la hora de cultivar las semillas indígenas, que requerían

más tiempo y trabajo para seleccionarlas y conservarlas; incluso aquellas que habían sido campesinas durante 10 o 20 años eran aprendices en el mundo de las semillas indígenas.

Desde la isla de Ulleungdo traje unas semillas indígenas de patata rosa a la zona de Hoengseong y las compartí con mi comunidad. Las semillas no salieron, las hojas de los nuevos brotes de patata eran muy débiles no sabía qué era lo que fallaba. (Young Mee Han, campesina orgánica y activista de la KWPA de la zona de Heongseong)

Young Mee Han obtuvo las semillas indígenas de patata rosa coreana de una persona de la isla de Ulleungdo, pero el cultivo no prosperó. En realidad, ella era una experta en cultivo de patata industrial pero no sabía cómo cultivar patata indígena. Para sembrar y cuidar las semillas indígenas se necesitan capacidades complejas, conocer el clima y el suelo locales. Las jóvenes campesinas activistas se encontraron con que casi todas ellas tenían que adquirir de las campesinas ancianas, las *hal-mo-ni*, los conocimientos y habilidades sobre las semillas indígenas.

2. Aumento de la carga de trabajo de las campesinas

La KWPA ha trabajado para recuperar y mejorar el papel y el valor de las campesinas como protectoras y cultivadoras de semillas a través del movimiento de conservación de las semillas indígenas, pero no ha sido fácil. Algunas veces la agricultura tradicional requiere más trabajo por parte de las mujeres. Desde el año 2009 la KWPA se ha ocupado de más de 20 lugares de producción documentada de semillas indígenas en todo el país. Aunque la mayoría de los campos se gestionan y cultivan de forma comunal, algunas explotaciones están organizadas como lugares de exposición para educar e informar a niños, jóvenes y consumidores urbanos sobre la importancia de las semillas indígenas. Las campesinas activistas de la zona de Hamahn gestionan 0,5 acres donde, de forma comunal, cultivan 30 cultivos indígenas y reúnen las semillas, pero las mujeres viven en diferentes sitios de la zona de Hamahn, así que algunas tienen los campos a cuarenta minutos de su casa. Esta iniciativa se puede convertir en una carga para las campesinas que trabajan su propia explotación y cuidan de su familia en una estación especialmente ajetreada.

Discuto con mi marido muchas veces por el trabajo en el campo comunal de semillas. No le gusta que yo descuide el trabajo en nuestra explotación. (Seoung Ah Han, campesina orgánica y activista de la KWPA en la zona de Hamahn)

Seung Ah Han cultiva tomates orgánicos en invernaderos. Ella realiza un tipo de agricultura en invernadero que les obliga a ella y a su marido a trabajar por turnos con el fin de mantener la temperatura y las condiciones del invernadero. Además, tiene que cuidar de sus tres hijos, llevarles al colegio por la mañana y recogerlos por la tarde. Cuando acudió al huerto local para trabajar con cultivos indígenas a veces no podía prestar atención a su familia y finalmente discutió con su marido. El objetivo del cultivo de las semillas indígenas no era económico así que las campesinas activistas se encontraron con que tenían dificultades para mantener los campos comunales de cultivo indígena sin entrar en conflicto con sus familias.

El conocimiento indígena que se desarrolla entre las jóvenes campesinas a través de cultivar y proteger las semillas tiene muy poco valor económico bajo el prisma del actual sistema de agricultura convencional. Sin embargo, a pesar de los desafíos descritos en este documento se ha comprobado que es una labor muy valiosa a través de la cual las campesinas han podido revalorizar su papel en la agricultura. La KWPA explicó que las semillas cultivadas por las campesinas son los materiales más importantes y valiosos para la agricultura sostenible; las semillas representan el conocimiento tradicional, el alimento seguro, recursos genéticos y herencia cultural. (KWPA 2008, 8).

3. Un asunto de compensación económica

Las campesinas activistas tenían problemas para vender los cultivos indígenas que eran más pequeños y menos comercializables al principio. Llevaron la cuestión de la producción y comerciabilidad al movimiento de semillas indígenas.

A la gente coreana no le gustan los productos pequeños. Les gustan los cereales y los vegetales grandes y coloridos, prefieren los productos grandes. (Eun Jin Jung, campesina orgánica y activista de la KWPA de la zona de Hoengseong)

Eun Jin Jung ha cultivado muchos tipos de legumbres y mijo indígenas que había estado recibiendo de la KWPA desde el año 2006. Los productos

orgánicos de semillas indígenas eran deliciosos pero pequeños y de formas con las que los consumidores no estaban familiarizados en comparación con los productos convencionales de alto rendimiento. Estos productos también se producían en pequeñas cantidades de modo que era difícil venderlos. Los mercados públicos requieren la estandarización de los alimentos y productos agrícolas que se basan en los gustos generales de los consumidores. El resultado de esto es que es difícil lograr una sostenibilidad económica con la producción de alimentos indígenas si no se cambian las perspectivas de los consumidores.

El sistema alimentario existente, que está profundamente marcado por la demanda del consumidor, no tiene en cuenta los factores naturales y de las estaciones. La mayoría de los productos agrícolas indígenas dependen de las ventas directas a través de los mercados de los campesinos o CSA (Agricultura Apoyada por la Comunidad). El precio de estos productos no suele ser competitivo ni altamente comercial. Diferenciar las semillas indígenas es necesario con el fin de superar estos retos en el entorno de mercado actual. Algunas estrategias para esto incluyen la educación alimentaria para poder revalorizar la percepción de las semillas indígenas entre los consumidores.

Cooperativa de campesinas

Los miembros de la KWPA se han dado cuenta de la importancia de construir solidaridad pero no solo entre el campesinado sino entre campesinado y consumidores. Por lo tanto, crearon el Sister's Garden (El Jardín de la hermana) CSA. Comenzó su andadura en el año 2009 como una empresa social con apoyo del gobierno para pagar dos salarios. Hace poco han transformado la organización en una cooperativa así que las 200 campesinas que participan se han convertido en miembros de la cooperativa. El éxito de la CSA ha sido tal que en 7 años han pasado de ser una comunidad que suministraba semanalmente a 100 familias, a suministrar productos a 15 comunidades que se extienden por todo Corea del Sur y que llegan a más de 4.000 familias e individuos. Al contrario que con el sistema alimentario industrial los consumidores están en contacto con las decisiones de las productoras y de las limitaciones de las temporadas de cultivo. Además, al acceder a productos de temporada económicos los consumidores se involucran más con el trabajo que desarrolla la KWPA a través de su trabajo voluntario bien en las explotaciones de semillas indígenas o bien uniéndose a los cursos de cocina con alimentos indígenas que todos los meses se realizan en Seúl.

La cooperativa también se ve como un éxito en términos de empoderamiento económico de las campesinas. Este es el caso particular de las abuelas que de otro modo tendrían dificultad para acceder a los mercados con sus productos. En este sentido, el enfoque de la CSA es muy útil ya que conecta a consumidoras y productoras y asegura una compensación justa a las campesinas por su trabajo.

Avanzando

Un objetivo a largo plazo es producir y vender más cultivos indígenas a través de la cooperativa Sisters' Garden Cooperative (Cooperativa El Jardín de la hermana) y establecer una escuela de agroecología que apoye en el futuro el intercambio intergeneracional. La ambición de la KWPA para conectar mejor el movimiento de las semillas con la cooperativa no es solo una oportunidad para continuar reforzando la relación entre generaciones de campesinas mayores y jóvenes, sino también crear lazos con otras organizaciones afines del Este de Asia. Los primeros pasos en esta dirección se dieron entre 2015 y 2016 cuando las campesinas de la KWPA visitaron e intercambiaron conocimientos con miembros de CAEF (Fondo Agroecológico de la Comunidad) en Surin, Tailandia, y la Escuela de Agroecología de La Vía Campesina miembro de la organización Serikat Petani Indonesia. De esta forma mucha más gente podrá beneficiarse del conocimiento y capacidades necesarias para trabajar con éxito los cultivos indígenas.

Destacar el valor del conocimiento indígena de las campesinas no implica que tengamos que volver al pasado. Con el fin de desentrañar el problema producido por el sistema alimentario global es importante comprender las complejas realidades dentro del movimiento de la soberanía alimentaria. En este sentido es vital reconocer tanto los retos que implica recuperar el conocimiento indígena de las mujeres, como el potencial de este trabajo para revalorizar el papel de las mujeres como campesinas y recuperar la agricultura colectiva en comunidad casi destruida en Corea del Sur. A este respecto la agricultura indígena sí que es una forma de conocimiento orientada al futuro.

Referencias

- Braidotti, Rosi., Charkiewicz, Ewa., Hausler, Sabine and Wieringa, Saskia, 1994. *Women, the Environment and Sustainable Development: Towards a Theoretical Synthesis*, Zed Books.
- Chang, Pilwha, 1996. Community of Women's Experiences, *Philosophy and Reality*, Vol.31, Pp. 179-195.
- Equator Initiative, 2008. Community Development Centre-Sri Lanka. Disponible en <http://www.equatorinitiative.org/images/stories/com_winners/casestudy/case_1348151615.pdf>, Consultado en agosto de 2013.
- Nabhan, Gary Paul, 2008. *Where Our Food Comes From: Retracing Nikolay Vavilov's Quest to End Famine*, Island Press: 256.
- GRAIN, 2000. Potato: A fragile gift from the Andes. Disponible en <<http://www.grain.org/es/article/entries/220-potato-a-fragile-gift-from-the-andes>>, Consultado en agosto de 2013.
- Kim, Hyo Jeong, 2010. A Study about the Indigenous Knowledge of Peasant Women through the Indigenous Seed Preservation Movement, M.A. Thesis, Women's Studies, Ewha Womans University.
- Kim, Hyo Jeong, 2011. "Indigenous Seed Preservation Movement" in South Korea: based on Indigenous Knowledge of Peasant Women, *The Journal of Rural Society*, 21(2).
- Kloppenburg, Jack, 2010. "Seed Sovereignty: The Promise of Open Source Biology", Pp. 152-165 en *Food Sovereignty: Reconnecting Food, Nature and Community*. Hannah Wittman, Annette Desmarais, y Nettie Wiebe (eds.) Halifax: Fernwood Publishing.
- KWPA, 2008. The 12th General Meeting Proceeding Book of the Representative, KWPA.
- Lee, Dae-Seob., Song, Joo-Ho and Kim, Jeong-Seung, 2009, *An Analysis of the International Crisis Market and Korea's Alternative Grain Impact Strategy*, Korean Rural Economic Institute.
- Mellor, Mary, 1998. *Feminism and Ecology: An Introduction*, NYU Press.
- Statistics Korea. 2008. 2013. *Women and Agriculture*. Seoul: Statistics Korea.
- Shiva, Vandana and Mies, Maria, 1993. *Ecofeminism*, Zed Books.
- Shiva, Vandana, 1994. *Biodiversity Conservation: Whose Resource? Whose Knowledge?*, Indian National Trust for Art and Cultural Heritage.
- Yoon, Byeong-Seon., Song, Won-Kyu and Lee, Hae-jin, 2013. "The Struggle for Food Sovereignty in South Korea", *Monthly Review* 13, Volumen 65, Número 01. Disponible en <<http://monthlyreview.org/2013/05/01/the-struggle-for-food-sovereignty-in-south-korea>> Consultado en agosto de 2013.
- Zweifel, Helen, 1997. Biodiversity and the appropriation of women's knowledge, Indigenous Knowledge and Development Monitor, Indigenous Knowledge World Wide.

EPILOGO

SEGUIR CONSTRUYENDO CONOCIMIENTO CRÍTICO DESDE Y PARA CONTRIBUIR A LAS LUCHAS CAMPESINAS.

Alazne Intxauspe y Unai Aranguren
(ETXALDE/Ehne-Bizkaia- CCI De La Via Campesina)

Es parte de la cultura para EHNE- Bizkaia y ETXALDE compartir espacios de debate y trabajo en común con otras organizaciones y agentes. En el tránsito de la demanda hacia la construcción y materialización práctica y teórica de las alternativas que

Propugnamos, en las que el proceso de la Soberanía Alimentaria y el desarrollo sostenible están en el centro, es importante insistir en la idea de que el sector primario por sí sólo no va a poder promover los cambios de fondo que estamos planteando. Hay que articular el motor de cambio en base a mayorías sociales, a través de la socialización y acumulación de fuerzas en pro de los cambios que anhelamos. Mantener el pulso de trabajo en común con organizaciones, movimientos y activismos sociales es y debe seguir siendo parte de nuestra actividad diaria.

Sentimos que es importante avanzar en la dotación pensamiento crítico y de masa muscular a las demandas de cambio, y en ese camino debemos generar las mayores colaboraciones posibles marcando con claridad las prioridades, pero sin caer en falsas exclusividades. Siguiendo por este camino debemos avanzar en la definición de una interlocución social más eficaz en torno al derecho de una alimentación sana. Es importante dotar de carácter estratégico a la alimentación, desde el punto de vista de derecho y desde la vertiente social y económica en claves de transformación.

Nuestro compromiso de tejer movimientos campesinos nos ha llevado a ser una organización activa tanto en el ámbito local como internacional lo cual nos ha brindado una inmejorable

Oportunidad para situar al sector agrario y sus propuestas en el centro del debate político sobre su futuro y desarrollo. Esto exige complementar la agenda local y global y en este contexto

Debemos situar las redes de pensamiento e investigación crítica, al igual que las políticas públicas para la Soberanía Alimentaria. Siendo objetivo central analizar el contexto político y económico e impulsar la reflexión de cómo articular nuevas propuestas en la implementación de procesos de Soberanía Alimentaria.

¿Cómo; quién y con qué implicaciones sociales, económicas y ecológicas se alimentará al mundo?”. El desafío de cómo alimentar a todas las personas del mundo es un debate histórico, pero en estos momentos nos marcamos el desafío de entrar en detalles de ¿cómo se está alimentando a las personas a nivel planetario?, ¿cuáles son las prácticas predominantes y sus consecuencias?, ¿cómo se está implementando la Soberanía Alimentaria en la realidad?, ¿qué podemos aprender de la investigación y el activismo sobre el sistema alimentario para marcar pautas hacia un modelo sostenible?

La credibilidad es fruto del trabajo, acumulando errores y aciertos, pero sobre todo construyendo procesos, conocimiento y reflexión. Para todo ello la única receta es abrir y ganar espacios de trabajo con humildad y determinación, y sobretodo disfrutar. Lo que construyamos sobre esos parámetros será lo que refleje nuestro futuro.